"NO HAY EXPERIENCIA LITERARIA
COMO LEER UN LIBRO DE INDIA HOLTON".
–LANA HARPER, AUTORA *BEST SELLER*
DE *THE NEW YORK TIMES*.

LAS BRUJAS DE LA EXTRAORDINARIA LIGA WICKEN



AUTORA *BEST SELLER* INTERNACIONAL

INDIA HOLTON

VeRa


"NO HAY EXPERIENCIA LITERARIA
COMO LEER UN LIBRO DE INDIA HOLTON".
-LANA HARPER, AUTORA *BEST SELLER*
DE *THE NEW YORK TIMES*.
LAS
BRUJAS
DE LA
EXTRAORDINARIA
LIGA WICKEN
AUTORA *BEST SELLER* INTERNACIONAL
INDIA HOLTON
VeRa



JUSTO CUANDO PENSABAS QUE ERA SEGURO VOLVER A LA CASA DE TÉ...

La señorita Charlotte Pettifer pertenece a una liga secreta de mujeres expertas en artes sutiles; es decir, aunque nunca debe decirse, son brujas. Utilizando la magia, la Liga Wicken ordena y manipula el mundo para convertirlo en un lugar mejor (de acuerdo con lo que ellas consideran que es "lo mejor", una visión totalmente distinta a la que tiene la Sociedad Wisteria).

Cuando se descubre el amuleto de Beryl Black, perdido hace mucho tiempo, Charlotte, como futura líder de la liga, deberá asegurarse de que ese poderoso talismán no caiga en las manos equivocadas. Y cuando se cruza con Alex O'Riley, un pirata que no está ni cerca de ser el señor Darcy, no puede sentirse más desafortunada.

Pero con todo el mundo corriendo tras el amuleto, Alex y Charlotte deciden unir sus fuerzas para encontrarlo juntos. Tan solo tendrán que mantener bajo control sus manos de carteristas, porque si Alex no tiene cuidado, podría robar algo más, como el corazón de Charlotte.

"HOLTON NOS PRESENTA A UNA ARDIENTE BRUJA FEMINISTA COMO HEROÍNA, A UN GALLARDO PIRATA COMO PROTAGONISTA Y NOS REGALA UNA PROSA LÍRICA Y UNAS BROMAS CHISPEANTES".
-LYNN PAINTER, AUTORA DE *EL SEÑOR NÚMERO DESCONOCIDO*.

¿Quieres saber sobre India? Aquí tienes su biografía oficial:

La autora de *best sellers* internacionales India Holton vive en Nueva Zelanda, donde creció corriendo descalza por las islas, vagando por los bosques y jugando en barcos.

Sus libros son comedias románticas satíricas ambientadas en una época victoriana alternativa, protagonizadas por mujeres poco convencionales y pícaros encantadores. Todas sus novelas han sido éxitos de ventas y una «Selección del Editor» de Amazon.

India es autista, al igual que muchos de sus personajes, y su escritura se alimenta de té y tormentas eléctricas.

Las peligrosas damas de la Sociedad Wisteria fue uno de los libros más leídos de *The New York Times* en 2021. *Las brujas de la extraordinaria Liga Wicken* es su esperada continuación.

SÍGUELA EN

𝕏 IndiaHolton

India.Holton

Traducción de Laura Estefanía

LAS BRUJAS DE LA EXTRAORDINARIA LIGA WICKEN



INDIA HOLTON

VeRa

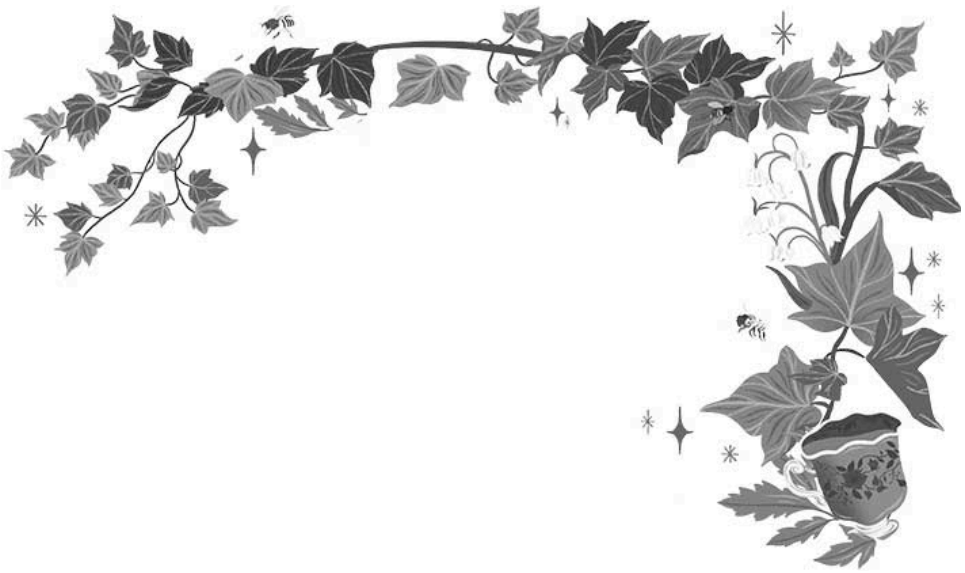


Para todas las damas libres como el viento.

GALERÍA DE PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

Charlotte Pettifer… una bibliófila
Alexander O'Riley… un pirata de moral cuestionable pero de pómulos bien marcados
El tráfico londinense… difícil
La señorita Plim… en general, un palo en la rueda
La señora Pettifer… la madre de nuestra heroína
Woollery… un mayordomo muy ingenioso
La señorita Gloughenbury… una rival
La señora Chuke… fuente de noticias interesantes
La señorita Tesorito… una doncella trémula
Ned Lightbourne… sinvergüenza y encantador
Constantinopla Brown… una joven
Empleados del museo
Cecilia Bassingthwaite… una pirata de escandalosa reputación
Varios piratas
Un surtido de brujas
El señor Pettifer… el padre de nuestra heroína
Eugenia Cuttle-Plim… una prima malhablada
Doctora Anne Smith… decididamente pícara
El señor Smith… un marido inesperado

Tom Eames... en el lugar equivocado en el momento equivocado
Lady Armitage... una némesis persistente y matrimoniófila
Bixby... un mayordomo impecable
Detective inspector Creeve... nasalmente dotado
La señora Rotunder... una pirata de sombrero extravagante
Hooper... campeón de pesca
El señor y la señora Smith... atrapados en una tormenta
Una camarera informativa
Varios turistas
El señor Rotunder... un caballero y mobiliario surtido
Pastor Dickersley... dos veces secuestrado, alguna vez tímido
La señora Ogden... una espectadora inocente



1

TÉ Y SÁNDWICHES – AHÍ VA EL DICKENS – UN TUMULTO INDECOROSO – NUESTRA HEROÍNA DESPEGA – EXPLOSIONES – LOS PELIGROS DE LA CARIDAD – UN CALZADO INTERESANTE – NO MÁS PREGUNTAS A ELIZABETH BENNET – UNA MALA DECISIÓN

Charlotte ya no se pudo quedar callada. Desde hacía un buen rato, un joven frente al mostrador de la confitería había estado maltratando a un camarero con un lenguaje que le perforaba el alma. Había intentado hacer lo mismo que los demás y mirar hacia otro lado. Porque… ¿quién no comprende el dolor que causa ver frustradas las esperanzas de un scon tibio con frutos rojos? Pero al final se le acabó la paciencia y tuvo que intervenir con los medios

que tenía a su alcance y esos medios no eran otra cosa que un libro de Dickens que había estado leyendo mientras tomaba el té con sandwichitos.

Mientras se levantaba de la silla, lanzó *Grandes esperanzas* a la cabeza del joven y luego volvió a sentarse frente a sus sándwiches.

El joven bramó. Se agarró la cabeza y con los ojos desorbitados paseó una mirada asesina por todo el local.

–i¿Quién fue?!

Charlotte extendió una delicada mano enguantada en encaje.

–Él –dijo, señalando a un caballero de pelo castaño en una mesa cercana.

Varias damas soltaron un grito ahogado. Sin embargo, el chivo expiatorio que había elegido ni se inmutó. A Charlotte no le sorprendió. Lo había visto entrar a la casa de té y había notado de un vistazo que todo en él era rico, desde su largo abrigo negro hasta su maletín con apliques de oro. No lo imaginaba prestando atención a alguien que considerara inferior a él. Dicho y hecho: leía el periódico y tomaba el café como si ella ni siquiera hubiera hablado.

Sin embargo, el joven enfadado la había oído bastante bien. Se abalanzó sobre el caballero, le arrebató el periódico y lo arrojó con dramatismo al suelo. La gravedad del momento quedó un poco deslucida porque salieron volando varias páginas y una de ellas le cubrió la cara y ahogó su exposición. Pero la apartó y la hizo un bollo en un puño.

–¿Qué cree que está haciendo? –le preguntó mientras blandía los nudillos con el papel arrugado.

El caballero parpadeó sin perder la compostura.

–¿Perdón?

–¡Me acaba de lanzar un libro! Levántese, señor. ¡Dé la cara!

–No sea ridículo –replicó el caballero, impasible. Charlotte percibió que su voz también era rica, con un acento apenas perceptible, entretejido como hilo de oro.

–Compénseme por mi periódico y luego vuelva a la zanja de la que salió. Está alterando la paz del lugar.

–¡Qué alterando ni alterando! –El joven agarró las solapas del abrigo del otro hombre, más corpulento que él, y lo levantó de la silla.

–Ay, Dios mío –murmuró Charlotte, apretando el respaldo con la espalda mientras los hombres tropezaban contra su mesa. Los otros clientes gritaban, pero Charlotte no perdió el control. La taza saltaba en el platito. Los sándwiches casi se salían del plato. Si se quedaba ahí bufando sin hacer nada, se le iba a arruinar todo lo que le habían servido.

Con un suspiro, se levantó y dejó la servilleta sobre la mesa. Tomó un último sorbo de té mientras los hombres derribaban sillas en furioso combate. Envolvió sus sandwichitos en la servilleta, rescató su bolso justo antes de que los hombres cayeran sobre él y luego se dirigió a la salida con el maletín del caballero en la mano.

Sonó una campanita cuando abrió la puerta y salió. Una brisa le acarició el peinado rubio fresa, pero no consiguió desarmarlo. Charlotte se detuvo un momento, entrecerró los ojos por la luz vibrante de la tarde y evaluó qué camino tomar.

St. James Street estaba iluminada como siempre por el brillo que dejaban las señoras sin rumbo fijo enfrascadas en sus quehaceres habituales: comprar, mirar vidrieras y, en general, pasearse a ellas mismas. Por desgracia, una mujer vestida toda de gris, con una sola

pluma en el sombrero y con el armazón que va debajo de la falda lo más discreto posible pero sin llegar a ser indecente, llamaría mucho la atención entre ellas. Pero no había elección. Cerró la puerta de la casa de té justo cuando una tetera se estrellaba contra esta. Desde el interior del local llegó el grito angustiado de una mujer, y luego el de un hombre:

–¡¿Dónde está mi maletín?!

Charlotte se acomodó el modesto sombrero, se colgó el bolso del antebrazo y siguió caminando por la calle.

No se había alejado mucho cuando el tintineo de la campanita sacudió su conciencia. Sin mirar atrás, empezó a dar pasos más largos. En unos instantes recorrió varias yardas de St. James's Street, saludó con la cabeza a un agente de policía que se corrió para dejarla pasar, dobló y avanzó por King Street.

Casi de inmediato la obligó a detenerse media docena de señoras que se reían a coro mientras se deslizaban a un ritmo que apenas podía calificarse de paseo. Charlotte se puso a dar golpecitos impacientes con el pie mientras intentaba avanzar detrás de ellas con poco éxito.

–¡Alto, ladrona! –se oyó gritar desde St. James's Street, y la fuerza del enojo hizo que se oyera muy bien a pesar de la distancia. Charlotte intentó esquivar a las damas sin éxito. En serio, la gente no tenía consideración por los demás. ¿Cómo pretendían que se efectuara un robo cuando gente ociosa obstruía el paso de esa forma tan vergonzosa? No le dejaron otra alternativa más que renunciar a todo decoro y lanzarse entre los coches y los caballos que tiraban de ellos por la calle. Un conductor le pidió a voz en cuello que saliera de la ruta que él tenía trazada (o al menos profirió

palabras que querían decir eso). Cuando miró hacia atrás, Charlotte vio que el caballero de la casa de té tomaba King Street. Su abrigo ondeaba mientras se dirigía hacia ella. Al darse cuenta de que no podría evitar que la alcanzara, murmuró algo en voz baja.

De repente, los caballos relincharon y se encabritaron, y obligaron al coche del que tiraban a detenerse de golpe en el centro de la calle. De la parte trasera del vehículo salieron volando unas calabazas, que estallaron contra los adoquines y provocaron gritos de las damas que veían sus vestidos salpicados con un puré naranja. Un pequeño faetón que venía por detrás evitó la colisión por un pelo y, cuando el conductor se levantó de su asiento para insultar a gritos al conductor del carruaje, los peatones comenzaron a aglomerarse con la misma intención.

En cuestión de segundos, la calle quedó obstruida.

Charlotte se alejó del tumulto. Sus tacones hacían un clic clic delicado contra el pavimento. Vio la casa de reuniones públicas de Almack's más adelante y apuntó hacia ella.

El silbido de un policía ahogó el clamor de la multitud y Charlotte se estremeció. El dolor provocado por el ruido recorrió sus nervios. Ay, si pudiera abandonar Londres con toda su cacofonía y retirarse a Hampshire, el lugar de nacimiento de Jane Austen, donde la paz verde susurraba poesía suave y a la vez intensa al corazón. No sería posible. El deber la obligaba a permanecer en Londres, noble deber (y el hecho de que no había muchas cosas de valor para robar en la campiña), pero igual seguía soñando. Y de vez en cuando hacía breves excursiones en tren porque la verdad es que no había nada como alejarse de casa para sentirse realmente cómoda.

Así, mientras imaginaba robles y caminos rurales y a sus espaldas se intensificaba el tumulto, Charlotte se dirigió sin más demoras hacia Almack's. La puerta estaba abierta y junto a ella estaba la bicicleta de un repartidor apoyada contra la pared. Las cálidas sombras del interior prometían un descanso de los inconvenientes de Londres, lo mismo que una puerta trasera por la que podría salir sin que la vieran los policías, los conductores de carros cargados con calabazas y los alterados dueños de maletines. Casi había llegado cuando vio al niño.

Un mero trozo de humanidad, acurrucado entre ropas rotas y sucias, con la pequeña mano extendida en forma patética. Charlotte lo miró y luego miró la puerta de Almack's. Se detuvo con decisión.

–Hola –le dijo, con el tono rígido de alguien que no está acostumbrada a hablar con niños–. ¿Tienes hambre?

El niño asintió. Charlotte le ofreció sus sandwichitos envueltos, pero él vaciló y la miraba por encima del hombro con ojos muy abiertos y temerosos. De repente, le arrebató la comida y salió corriendo.

Charlotte lo observó mientras se alejaba. Dos sandwichitos de pepino no lo mantendrían en pie durante mucho tiempo, pero sin duda podría vender la servilleta de lino con buenos resultados. Casi sonrió cuando se le ocurrió la idea. Luego se puso de pie, con la barbilla en alto, y giró para mirar al caballero que ahora se cernía sobre ella.

–Buenas tardes –le dijo ella mientras apretaba con fuerza el maletín.

Como toda respuesta, él la tomó del brazo, no fuera cosa de que siguiera el ejemplo del niño. Su expresión osciló entre la sorpresa y

la incertidumbre antes de aterrizar en el duro suelo del disgusto. Sus ojos de un azul oscuro echaban chispas. Charlotte se dio cuenta de algo que no había notado antes: llevaba botas altas de cuero, con correas y hebillas, llenas de cicatrices fruto de un uso intenso, botas de esas que hacen temblar el corazón de una mujer, ya sea de miedo o de placer, según su educación. De la oreja izquierda le colgaba un gancho de plata; un anillo de rubí le rodeaba un pulgar y lo que ella había tomado por barba no era más que el resultado de no afeitarse unos días. Todo ello llevó a Charlotte a una conclusión a la que le horrorizó no haber llegado antes.

–Pirata –dijo con disgusto.

–Ladrona –respondió él–. Devuélveme mi maletín.

¡Qué grosero! ¡Ni siquiera la sugerencia de un por favor! Pero ¿qué otra cosa podía esperar de un bárbaro que seguro volaba por ahí en alguna casita de ladrillo creyéndose un gran hombre solo porque sabía hacer que se elevara?

Los piratas sí que eran lo más bajo de lo más bajo, incluso si (o posiblemente porque) podían llegar más alto que todos los demás en sus casas de guerra que podían elevar gracias a la magia. Un uso tan poco sutil del encantamiento era un crimen contra la civilización, incluso antes de pensar en piratería. Charlotte dejó que se evidenciara su irritación, aunque fruncir el ceño en la calle era cualquier cosa menos algo propio de una dama.

–La posesión es lo que cuenta, señor. Tenga la amabilidad de soltarme y no llamaré a la policía para que lo acuse de abuso sexual.

Él la sorprendió riendo.

–Veo que eres tan ingeniosa como ladrona. Y también una filántropa. Si no te hubieras detenido por el chico, podrías haber

escapado.

–Lo haré de todas maneras.

–No lo creo. Puede que seas lista, pero podría tirarte al suelo en un instante.

–Tal vez –aceptó Charlotte con serenidad–. Sin embargo, le sugiero que observe que mi zapato está sobre su pie. Si me apetece, puedo disparar un dardo envenenado del taco, dardo que le penetrará la bota y la piel y lo paralizará en unos instantes.

Él enarcó una ceja.

–Ingeniosa. Así que tú también eres pirata, supongo.

Charlotte profirió una exhalación indignada mientras trataba de zafarse.

–¡Claro que no, señor, y exijo una disculpa por el insulto!

Él se encogió de hombros.

Charlotte esperó, pero al parecer eso era todo lo que él estaba dispuesto a decir. Respiró hondo, decidida a mantener la calma. ¿Qué haría la feroz heroína de Jane Austen, Elizabeth Bennet, en esta situación?

–Me considero una mujer razonable –dijo–. Me enorgullece no tener prejuicios. Aunque su comportamiento es vergonzoso, y yo seguramente tenga hematomas en el brazo, comprendo que ha sido una tarde difícil para usted. Por lo tanto, le doy permiso para retirarse.

–Qué amable –respondió él con ironía, aunque aflojó un poco la mano que apretaba el brazo–. Sin embargo, no me voy a ningún lado sin mi maletín.

–Pero es para los huérfanos –dijo ella, y su tono sugería horror ante la idea de que él pudiera privar a las pobres y desdichadas

criaturas de cualquier pequeño consuelo que su maletín pudiera otorgarles.

–¿Para los huérfanos? ¿Y se lo vas a llevar ahora mismo?

–No sea ridículo. Ya es tarde. Ninguna dama bien educada hace negocios por la tarde. Me lo llevo a mi casa, venderé su contenido y así aumentará el volumen de mi patrimonio. Se fortalecerá mi riqueza en general y mi prestigio, lo que a su vez dará peso a mi opinión sobre la triste situación de los huérfanos.

–Entiendo. ¿Así que contribuyendo a tu riqueza personal estoy ayudando a los pobres?

–Tal cual.

El hombre, con una mueca de sospecha preguntó:

–¿Seguro que no eres pirata?

–¡Claro que no! Soy todo lo contrario de una pirata. Soy una buena persona. Solo les robo a los ricos.

–¿Y a los que serían ricos si se lo propusieran?

–También. –Hizo una pausa, frunciendo el ceño–. No. Es... –se interrumpió, murmurando algo inaudible.

–¿Cómo dices? –preguntó el hombre, y se sobresaltó cuando se acercó volando una calabaza y le rozó la cabeza antes de estallar contra la pared de Almack's. La pulpa húmeda salpicó su abrigo, aunque por suerte (y por alguna alteración de las leyes de la física) ninguna tocó a Charlotte.

El hombre la miró fijamente durante un largo rato. Luego, con la mano libre, le corrió la manga y quedó expuesta una delicada pulsera de oro con abejitas colgando.

–Ya me parecía. He oído hablar de mujeres como tú. ¿Cómo te llamas?

Charlotte trató de soltar el brazo, otra vez sin éxito.

–Muy bien –se resignó–. Soy la señorita Anne Smith. ¿Y a quién tengo la desgracia de dirigirme?

–Capitán Alex O'Riley, señora. Que, debo añadir, es mi verdadero nombre.

Así que era irlandés, como lo sugería su leve acento. Un pirata irlandés en Londres. Charlotte se podía imaginar la poesía desenfrenada que estaba dejando a su paso.

–No puedo decir que estoy encantada de conocerlo, señor O'Riley. Pero si me deja su tarjeta, estoy segura de que lo reconoceré si nos encontramos de nuevo en algún baile público u otro evento.

–O tal vez –contraatacó él–, podría dejarte inconsciente, llevarme mi maletín y besarte antes de irme.

Se le dibujó una sonrisa perversa. Charlotte se quedó sin aire por segunda vez en veintiún años. Su indignación era tan grande que le costó encontrar una respuesta ingeniosa. Elizabeth Bennet, consultada con urgencia, solo pudo sugerir que su arrogancia, su engreimiento y su egoísta desprecio por los sentimientos de los demás eran tales que superaban la desaprobación y pasaban directamente al disgusto. Pero Charlotte no tuvo tiempo de expresar todo eso antes de que él volviera a hablar.

–Perdóname –le dijo él, sin la menor muestra de remordimiento–. No suelo ser tan brusco. Pero ¿qué otra cosa puede hacer un pirata cuando se encuentra con una dama de la Liga Wicken? –Y le dirigió una mirada petulante y desafiante.

–No tengo ni idea de lo que quiere decir –respondió Charlotte.

–¿No? –Inclinó la cabeza hacia un lado como si pudiera verla mejor así torcido–. Una vez conocí a una dama con una pulsera con

abejas parecida.

–Es un símbolo muy común.

–En su caso, mostraba que pertenecía a una liga encubierta de mujeres expertas en las artes de la astucia. Es decir, aunque creo que nunca debe decirse –mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie lo oía, se puso tan cerca que Charlotte podía ver las chispas de burla en sus ojos–, de la brujería.

Charlotte se quedó pensando un momento, luego descartó a Elizabeth Bennet en favor de Lydia y le dio un fuerte pisotón en el pie.

Salió un humo púrpura del taco. Maldición. ¡Zapatos incorrectos! El patán podría enfermarse si respirara ese humo, pero como el humo estaba como a seis pies por debajo de su boca y nariz, el riesgo era mínimo. Era ella la que estaba en peligro, ya que era más baja que él. Por suerte, la sorpresa le había hecho aflojar la mano, y Charlotte se soltó de un tirón, lo golpeó en la barriga, luego bajó la barbilla con su propio maletín, y salió corriendo.

–¡Alto! –gritó él, pero no la siguió, porque estaba doblado agarrándose el abdomen. Charlotte sabía que pronto se recuperaría y la alcanzaría. Escapar a pie iba a ser imposible. Casi sin pensarlo, agarró la bicicleta del repartidor y se trepó tan rápido como se lo permitió su falda.

El vehículo se tambaleó cuando empezó a avanzar sobre los adoquines. Pronunció palabras apresuradas en voz baja. Una señora la esquivó justo a tiempo, se oyó un grito de quien ella supuso era el repartidor y siguió murmurando, murmurando con apremio, hasta que de repente la bicicleta se elevó del sendero por el aire iluminado por el sol.



Alex sonrió a pesar del dolor al ver a la bruja levantar el vuelo. Los peatones abrían grandes los ojos y la boca y señalaban al ver a una mujer en una bicicleta voladora, o tal vez porque se le veían los calzones de encaje por debajo de las faldas al viento. Era realmente magnífica, reconoció el capitán, con ese tupido pelo rubio fresa y esos ojos de tornado, por no hablar de su deliciosa voluntad de mutilarlo o matarlo. Sin embargo, sus modales le recordaban demasiado a los de la cuidadora de su infancia. La idea de besarla, mezclada con el recuerdo de su niñera dándole un chirlo en el trasero, lo puso más nervioso de lo que quería estar en un espacio público.

Además, a Alex le desagradaban las brujas por principio general. Aunque solo había conocido a una, había sido más que suficiente. Tan solo el recuerdo lo hizo estremecerse, y se apresuró a transformar la expresión en un gesto melancólico, por si alguien lo estaba mirando.

La Sociedad Wisteria, líder de la comunidad pirata, consideraba que la brujería estaba "desprestigiada", y Alex tendía a estar de acuerdo, aunque prefería "desviada", "destructiva" y otras palabras aliteradas que no se le ocurrían en ese momento. Aunque la Liga Wicken empleaba los mismos encantamientos mágicos que los piratas, optaban por hacerlo con más sutileza. Alex lo encontraba sospechoso. ¿Qué clase de persona prefería jugar con cosas menores (calabazas, personas, bicicletas) cuando podía hacer volar edificios enteros? ¿Y por qué hacerlo en secreto, cuando era posible aumentar la mala reputación?

Por otro lado, también estaba de acuerdo con las brujas cuando decían que los piratas eran arrogantes, y no tenían ningún sustento. Su propia arrogancia sí estaba totalmente justificada, pero algunos piratas que conocía harían bien en escuchar esa afirmación de la Liga Wicken. No es que tal cosa fuera a suceder, pues las dos sociedades se complacían tanto en odiarse mutuamente que nunca estaban dispuestas a encontrarse. Alex no habría perseguido a la mujer si se hubiera dado cuenta de que pertenecía a la Liga. Él podía ser un corsario nefasto, pero no solía buscarse problemas.

Eso sí, ahora era la bruja la que se estaba buscando problemas. Manejar una bicicleta sobre una calle llena de gente iba en el sentido contrario del secreto que perseguía la Liga, y cuando sus compañeras brujas se enteraran, iba a correr más peligro del que habría corrido con él.

Alex, al pensar en esto, sonrió y la despidió con la mano. Perder su maletín era una molestia, ya que había venido a la ciudad para un par de chantajes, tal vez una estafa o dos, y el robo había arruinado todo. Pero sobre todo se alegró de verla marchar. No importaba que todavía pudiera sentir su aroma de jabón puritano, ni que su pie estuviera todavía latiendo por cómo lo pateó. Alex respetaba a las mujeres lo suficiente para saber cuándo mantenerse alejado de ellas.

Pero, por Dios, esos calzones eran muy bonitos.

Charlotte frunció el ceño mientras pedaleaba hacia arriba. Toda su vida se había sometido a una regla. Bueno, es decir, a varias docenas de reglas, tales como no poner nunca la leche antes del té, no encorvarse nunca en el sofá y cepillarse siempre el pelo cien veces antes de acostarse. Pero por debajo de los mezquinos

requisitos que regulaban la existencia de las mujeres, había uno muy específico: no hacer magia en público.

Sí, ella podría arrojar un libro y hacer parecer que lo había hecho con la mano. Podía detener un carro tirado por caballos, derribar la carga para crear una distracción. Pero la magia muy evidente estaba estrictamente prohibida. No solo la podían quemar viva si la descubrían, sino que ponía en peligro a toda la Liga. Solo porque nadie se había encontrado con un cazador de brujas en más de un siglo no significaba que no estuvieran por ahí, acechando en las calles y atormentando las pesadillas de las brujas decentes e infractoras de la ley. Charlotte había sido educada para no romper una regla, para no arriesgarse.

Y, desde luego, Elizabeth Bennet nunca lo haría.

Sin embargo, allí estaba ella, montada en una bicicleta sobre una concurrida calle de Londres a mediodía mientras la miraba una multitud de peatones horrorizados.

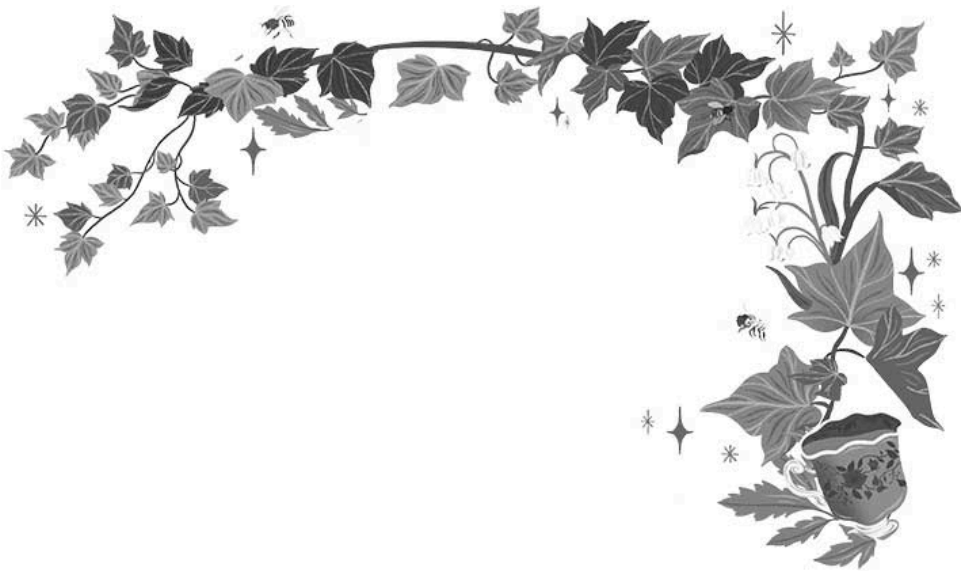
Si seré estúpida, se castigó Charlotte. *Un hombre te agarra del brazo, te sonríe como si estuviera desatando lentamente tu cerebro, y tú entras en pánico y tiras por la borda veintiún años de escrupulosa cautela... literalmente. Más vale que el contenido del maletín haga que todo esto haya valido la pena.*

La pluma de su sombrero tembló en la brisa como de memoria. Sus faldas le llegaban a las rodillas. Charlotte pedaleó con fuerza para ganar altura. Si pudiera ir más arriba que los tejados, sería libre. No pudo evitar lanzar una mirada hacia abajo, hacia la calle, y ahí vio al capitán O'Riley saludándola alegremente. Tenía algo en la mano...

¡No! Le había robado el bolso.

–¡Maldito desgraciado! –gritó, y sacudió el maletín. Él se rio. La bicicleta se tambaleó peligrosamente y, cuando Charlotte trató de agarrar el manillar con las dos manos, se rompió la cerradura del maletín. Antes de que pudiera hacer nada, se le abrió de golpe.

Y una nube de papel en blanco triturado flotó sobre la multitud.



2

LA SEÑORITA PLIM NO APRUEBA – EL PASADO Y EL FUTURO – UN CUENTO ABURRIDO EN EL QUE NO PASÓ NADA ESPECIAL – ¡NOTICIAS! – UN MAYORDOMO ACROBÁTICO – ¡MÁS NOTICIAS! – LA CARRERA HA COMENZADO

Es una verdad pocas veces reconocida que una mujer soltera en posesión de una buena fortuna no necesita con urgencia un marido. La señorita Judith Plim, en una buena posición social y dueña de varias fortunas (aunque por ley pertenecían a otras personas), siempre había pensado que un hombre no añadiría nada a su felicidad. A medida que pasaban los años y el mundo no le ofrecía la oportunidad de poner a prueba esta teoría, se empeñó tanto en ella

que dio por sentado que lo mismo debía ser cierto para todas las mujeres.

–Piensa en la pobre Hadassah Greig –le dijo a su hermana, la señora Pettifer, mientras tomaban el té frente a una mesa cubierta de encajes en el salón de los Pettifer–. El matrimonio le ha arruinado la salud. Solo lleva tres semanas y ya está prácticamente postrada en cama.

–Mmm –respondió la señora Pettifer, y pasó una página de la revista que tenía abierta en el regazo.

La señorita Plim la miró fijamente a través de unas gafas pequeñas y redondas.

–¿Me estás escuchando, Delphine?

–Claro que no, querida –respondió la señora Pettifer. Extendió una mano sin levantar la vista de su lectura y, con un murmullo bajo, transportó una galleta desde un plato cercano hasta sus dedos–. Pero no dejes que eso te impida continuar.

La señorita Plim frunció los labios para no emplear el conjuro de brujas que lanzaría a la señora Pettifer por la ventana más cercana. La magia no debe usarse por diversión. La señorita Plim lo tenía muy claro, tan claro, de hecho, que lo había convertido en el lema no oficial de la Liga Wicken a fuerza de pura insistencia. Era muy estricta. No para algo en particular, sino, más bien, para todo. Si había que ser exigente, la señorita Plim era la mujer para el trabajo. Y nada requería mayor perfeccionismo que la brujería.

–¿Qué estás leyendo en esa porquería que podría ser más importante que la autorruina voluntaria de las mujeres independientes? –le preguntó a su hermana.

–Una nota sobre los disturbios de Belfast –dijo la señora Pettifer.

–Uh.

(Esto fue, hay que decirlo, una declaración demasiado breve sobre la situación irlandesa de parte de una mujer que hacía poco había utilizado la brujería para hacer campaña contra "ese atroz liberal", Gladstone, a quien distrajo tanto con sutiles movimientos de la bandeja de lápices de su escritorio y de la maceta de helechos en el alféizar de su ventana que el hombre llegó a proponer la autonomía para los irlandeses, cosa que derivó en que lo expulsaran de su cargo).

–Varias personas han sido asesinadas –informó la señora Pettifer.

–Es bastante chocante.

La señorita Plim picoteó irritada su té.

–Ayer pasó algo aún más chocante.

–¿En serio? –dijo la señora Pettifer y pasó otra página–. ¿Le sonreíste a alguien?

–No. Estaba en Twining's y entró esa mujer Darlington. Me saludó cortésmente con la cabeza.

Al oír esto, la señora Pettifer por fin levantó la vista y sus ojos aterciopelados se abrieron de par en par.

–¿No me estarás hablando de la señorita Darlington, la pirata?

–La misma –entonó la señorita Plim.

–¡Qué atrocidad! ¿Y tú qué hiciste?

–Hice que un frasco de té le cayera en la cabeza, por supuesto. ¿Qué más podía hacer?

–Nada, claro –asintió la señora Pettifer–. ¿Y cómo respondió ella?

–Prepárate, hermana.

–Estoy preparada, hermana. Dime.

–¡Se rio!

A pesar de haberse preparado, la señora Pettifer se quedó dura.

–Esto nunca habría ocurrido hace unos meses –dijo la señorita Plim, negando con la cabeza al recordar la ofensiva escena. El nudo de pelo negro sobre su coronilla oscilaba con su propia actitud de desaprobación–. Al parecer la mujer se ha casado con algún hombre, y eso le ha hecho desarrollar el sentido del humor –declaró, estas últimas tres palabras pronunciadas como si tuvieran gusto a cáscara de limón–. Casada, a su edad avanzada, ¡y, además, cuando es rica e independiente! Las mujeres solo deben convertirse en esposas si no tienen nada mejor que hacer. Es cierto que Darlington es una pirata y por lo tanto propensa a comportamientos estúpidos. Pero aun así, esta tendencia moderna al romance es bastante ridícula.

–Mmm –dijo la señora Pettifer, tratando de no mirar la docena de rosas rojas que su marido le había regalado el día anterior. Estaban en un jarrón justo detrás de la cabeza de su hermana mayor, y hacían que la mujer delgada y vestida de gris pareciera estar coronada de locura. Si supiera cómo le había agradecido la señora Pettifer a su marido por aquellas rosas...

De repente, la señora Pettifer se vio obligada a utilizar la revista como abanico.

–Culpo a la educación –dijo la señorita Plim, ajena al rubor de su hermana–. El cerebro femenino se debilita con todas esas divagaciones de los filósofos varones y ejemplos tontos de reyes.

Con un chasquido de la lengua, condenó la gama completa de artes pedagógicas, eligió un sándwich diminuto de salmón de la bandeja de tres pisos que tenía ante ella y luego murmuró unas

palabras para que la tetera volviera a llenar su taza mientras ella cortaba el sándwich en cuartos.

–Al menos nuestra Charlotte parece establecida como una solterona.

–Mi Charlotte –corrigió la señora Pettifer, ya que la niña en cuestión era su hija.

–No digas tonterías, Delphine.

La señorita Plim se llevó el sándwich a los labios y luego lo bajó de nuevo con una expresión de vaga repulsión.

–Sabes una cosa, como buena Profetizada que es, Charlotte pertenece a toda la Liga Wicken.

En otras palabras, a ella misma. Al fin y al cabo, en tanto líder, la señorita Plim era la encarnación misma de la Liga. (O el arquetipo. O cualquier sustantivo que sirva para justificar que Charlotte estuviera bajo su control).

La señora Pettifer emitió un suspiro tan complejo como su peinado de rizos apretados.

–No menciones esa profecía. Sigo afirmando que Lettice solo quería predecir armazones más pequeños y dobladillos más altos.

–Tonterías. La oí...

–Le dictaste.

–… y dijo con claridad que llegaría el verdadero heredero de Beryl Black y traería una nueva era de grandeza. Luego te señaló a ti. Siete meses después, nació Charlotte.

La señora Pettifer recordaba la escena con desagrado. Había arruinado el día de su boda. El hecho de que Lettice hubiera muerto más tarde esa misma noche solo sirvió para fortalecer todavía más la creencia general en su predicción. Sobre todo porque las brujas de

la Liga conocían la advertencia de no hacer preguntas cuando veían un cuchillo que había caído accidentalmente en la espalda de una anciana mientras dormía. Por otra parte, el escándalo habría estallado si Charlotte no hubiera sido profetizada de alguna manera. A las brujas no les gustaba ver a la gente vivir sin un propósito. Era muy poco decoroso. Incluso ayer, le habían predicho a la propia señora Pettifer con varias cartas, cristales y nubes pasajeras que pasaría la semana jugando al tenis, comprando ese encantador sombrero rosa en Harrod's y, por desgracia, tomando el té con Judith.

–Lettice podría al menos haber esperado a que yo estuviera de luna de miel para anunciar su profecía –dijo mirando con amargura a su hermana.

La señorita Plim se habría encogido de hombros si eso no hubiera sido poco apropiado para una dama (y bastante difícil de hacer cuando la postura es aún más rígida que el labio superior de un inglés).

–No había tiempo que perder. Se rumoreaba que Margaret Cuttle estaba a punto de pagar a una médium para que predijera que su nieta era la Elegida. ¿Puedes imaginarte algo tan inescrupuloso?

La señora Pettifer pensó en el cuerpo de Lettice, en su lecho empapado de sangre, y decidió que era aconsejable cambiar de tema.

–Si temías que Charlotte se casara –le dijo–, ¿por qué insististe en que recibiera una educación tan completa?

–El riesgo era necesario. Aunque no fuera la Profetizada, Charlotte es una Plim, y por lo tanto debía ser educada con su legado en mente.

Las mujeres Plim habían sido brujas durante casi doscientos años, aunque esto no equivalía a una herencia sanguínea de la magia. Su poder provenía de un encantamiento en latín que Beryl Black había encontrado en una vieja botella traída por el mar mientras cavaba una tumba para su marido en la isla donde había naufragado. (Él le preguntó qué era la botella; ella le dijo que se volviera a dormir). Después de que Beryl se diera cuenta de que el encantamiento podía mover cualquier objeto, sin importar su peso, lo utilizó para hacer volar la cabaña de un lugareño de vuelta a Inglaterra, donde compartió su historia con las damas de su club de lectura. Así nació la Liga Wicken. (Y un subgrupo de menor importancia, compuesto por señoras cuyas contribuciones al club de lectura habían consistido en beber demasiado vino y en leer en voz alta escenas escabrosas de novelas baratas. Degradaron el arte de la brujería a la burda práctica de las casas voladoras y se autoproclamaron la Sociedad Wisteria. La Liga Wicken tenía otro nombre para ellas, demasiado vulgar para consignarlo aquí).

Una de las primeras brujas fue Andrómeda Plim, quien ~~denunció a Beryl a las autoridades~~ dispuso la jubilación anticipada de su querida amiga. Una vez que Beryl ~~fue juzgada y ahorcada~~ estuvo a salvo en el campo, Andrómeda asumió el papel de líder, y una Plim había gobernado la Liga desde entonces. Así que era una herencia que implicaba sangre, solo que no la de Plim.

El papel de Charlotte como la próxima líder no podía dejarse en las suaves manos de la señora Pettifer, que creía en tonterías como "amor" y "calidad de vida". En su lugar, la señorita Plim había instaurado un estricto régimen de progreso intelectual y represión psicológica que les habrían aflojado las rodillas a las directoras de los

internados. Y los resultados se habían mostrado tan excelentes como lo predijo su bola de cristal. A los nueve, Charlotte había servido una taza de té perfecta sentada en una habitación distinta a aquella en que se encontraba el juego. A los diecinueve, le había robado los pendientes a la princesa Beatriz sin que nadie se diera cuenta. Era el epítome de la plimisía. Si alguien ponía un vaso o un plato delante de ella, era absolutamente incapaz de no moverlo, aunque fuera la más mínima parte de una pulgada. Algún día se haría cargo de la Liga Wicken, cumpliendo la profecía y permitiendo que la señorita Plim se retirara, es decir, que siguiera gobernando entre bastidores hasta que por fin la arrastraran a la tumba.

–Me gustaría ver feliz a Lottie –dijo la señora Pettifer con otro suspiro.

–Te gustaría –murmuró agriamente la señorita Plim. Se estiró para tomar un nuevo sándwich, pero retiró la mano vacía–. Caviar. En serio, Delphine, ¿qué pasa con este tema náutico? ¿No tienes una buena y sensata Marmita?

En ese momento se oyó un golpe en la puerta principal, y pasos apresurados por el vestíbulo. Las damas vislumbraron una figura vestida de gris que pasaba corriendo por delante del salón.

–¿Charlotte? –dijo la señorita Plim, su voz aguda como un anzuelo–. ¿Eres tú?

El silencio momentáneo pareció estremecerse.

–Charlotte –repitió la señora Pettifer en un tono maternal y melancólico, que es mucho peor que la agudeza, pues solo puede ignorarse a costa de una culpa paralizante–. Está tu tía de visita. Ven a saludarla.

Una mujer cruzó el umbral de la puerta, con el rostro radiante y la respiración demasiado agitada para los buenos modales.

–¡Caramba! –exclamó la señorita Plim con asombro–. Parece que saliste de un huracán. Charlotte se tocó el mechón de pelo suelto que se le había caído del sombrero. El propio sombrero estaba torcido; unas cuantas arrugas marcaban su falda.

–Tomé un camino nuevo para venir a casa –explicó– y me tuve que apresurar. Hola, tía Judith. Buenas tardes, mamá.

–¿Nos acompañas a tomar el té? –le preguntó la señora Pettifer.

Charlotte dudó y las señoras la miraron parpadear mientras intentaba inventar una buena excusa. Pero al no conseguirlo, se sentó a la mesa con esa gentileza particularmente exquisita, que grita desgano.

–¿Qué has estado haciendo? –le preguntó su madre, pasándole una taza de té.

–¿Qué he estado haciendo? –La taza tembló en la mano de Charlotte. La apoyó sobre la mesa y sonrió–. Nada. Es decir, estuve arrastrándome como siempre, con los pies en el suelo, bastante aburrida.

–¿Fuiste a St. James's como habías planeado? –preguntó la señorita Plim.

–Un rato –dijo Charlotte, y luego se ruborizó sin razón–. Quiero decir, solo un momento. Entré y salí. No vi a nadie en especial, no hablé con nadie, por favor, pásame la leche.

La señora Pettifer miró a su hija con preocupación mientras encantaba la pequeña jarra de plata para que viajara por arriba de la mesa.

–¿Estás bien, querida?

Charlotte volvió a sonreír.

–Sí, por supuesto. ¿Cómo te ha ido a ti esta mañana?

–He estado ocupada planeando la cena de esta noche y asegurándome de que el cocinero pidiera muchas calabazas para la sopa que le gusta especialmente a lady Montague.

De repente, la señora Pettifer y la señorita Plim se quedaron sin aire en el mismo momento. La señorita Plim dejó caer el sándwich que estaba a punto de no comer. La señora Pettifer apretó una mano contra su pecho envuelto en encaje.

–¿Pasa algo? –preguntó Charlotte mientras devolvía sus miradas ansiosas.

–Creo que eres tú quien debe decírnoslo –dijo la señorita Plim.

–Querida –susurró la señora Pettifer– acabas de verter la leche en tu taza... ¡antes que el té!

Charlotte miró su taza y palideció.

–Les pido perdón –dijo–. Ha sido una mañana difícil, es decir, aburrida, que me ha embotado los sentidos.

–Ejem.

Las tres damas levantaron la vista y vieron la imperiosa forma de Woollery, el mayordomo de los Pettifer, cubriendo el espacio de la puerta.

–Señorita Gloughenbury –anunció. La señorita Plim y la señora Pettifer cruzaron miradas. Aunque ninguna de las dos dijo una palabra, la sonrisa dolorida de la primera y las cejas arqueadas de la segunda eran elocuentes por demás. Una mujer de mediana edad se deslizó junto a Woollery en una nube magnífica de encaje, ondas, rayas y adornitos. Llevaba un pequeño caniche blanco que también

estaba tan "sobrevestido" que estaría a punto de ahogarse si no fuera porque ya estaba muerto y embalsamado.

–Queridas, qué alegría me da verlas –saludó la mujer. Su voz era tan cultivada que cada vocal tenía su propio armazón y su sombrero de plumas. Su rostro era un rictus barnizado con un brillo resplandeciente que solo se ve en los frascos.

Las tres damas profirieron un murmullo como toda respuesta.

–Aunque me temo que no puedo verlas bien con toda esta luz –dijo ella mientras se llevaba una mano enguantada a los ojos para protegerlos–. Qué valientes son… ¡mantener las cortinas del salón abiertas! Por desgracia, mi complexión es demasiado refinada como para arriesgarme a hacer algo así.

–Usas los adjetivos de la manera más encantadoramente inesperada, Maud querida –replicó la señorita Plim.

–¡Querida! Y tú...

–¿No quiere sentarse aquí, señorita Gloughenbury? –dijo Charlotte, poniéndose de pie–. Yo tendría que ir saliendo.

–Quédate –le dijo la señorita Gloughenbury, y Charlotte se vio obligada a detenerse a medio camino hacia la puerta para no quedar como una grosera.

–Seguro querrás oír lo que tengo que decirles a tu madre y a tu tía.

–¿Ah, sí? –Charlotte sonrió a modo de pregunta.

–Sí, ¡he venido corriendo desde St. James's para contárselos!

–Ah, justamente Charlotte estaba en St. James's Street a esa misma hora –dijo encantada la señora Pettifer.

–¡Querida niña! –exclamó la señorita Gloughenbury, estirando su sonrisa para mostrar inquietud–. ¿Cómo has podido? Digo, ¿cómo se

te ocurrió hacer una cosa así?

–Mmm –emitió Charlotte.

–Todo el mundo sabe que St. James's Street no es un lugar apropiado para señoritas que se precien después del mediodía. ¿Eh? ¿Eh? –Miró a su alrededor en busca de asentimiento, aunque no le interesó si alguien asentía o no–. Todos esos clubes de caballeros corrompen el alma femenina.

–Tonterías –intervino la señorita Plim.

Es cierto que ella estaba de acuerdo acerca de lo inapropiada que resultaba St. James Street para las damas, pero la señorita Gloughenbury podría haber dicho que las Plims eran reinas y ella también lo habría declarado una tontería. Las dos damas habían estado enfrentadas desde que asistieron a una velada con el mismo vestido (es decir, no juntas dentro del mismo vestido, lo que habría representado un tipo de rivalidad diferente, sino cada una con una copia del vestido de la otra) y durante los últimos años se habían abstenido de mutilarse mutuamente y entablaron en cambio una competencia de obras de caridad en una guerra de poder de generosidad y benevolencia rencorosas. El hecho de que, sin darse cuenta, salvaran vidas y cada una de ellas recibiera una medalla fue una consecuencia que ninguna de las dos tuvo en cuenta, salvo para asegurarse de que la próxima donación fuera aún más merecedora de una medalla que la anterior.

La señorita Plim sacó de un bolsillo secreto un dispositivo de mango rojo del que extrajo una diminuta escoba y procedió a barrer miguitas imaginarias de la mesa del té. Esto apaciguó sus emociones y al mismo tiempo le dio una excusa para no mirar a la señorita Gloughenbury.

–Creo que una mujer moderna e independiente debería pasear por donde le plazca –mintió.

–¿Incluso por el aire? –preguntó la señorita Gloughenbury.

La escoba de la señorita Plim expulsó una cucharita de la mesa.

–Bueno, por supuesto que por ahí no. No podemos tolerar comportamiento piratesco.

–Tal cual, querida. Por eso es que he venido enseguida a decirte…

Charlotte tosió. La señorita Plim levantó la vista justo a tiempo para ver cómo una estatuita de bronce en la repisa de la chimenea detrás de la señorita Gloughenbury se liberaba de su posición y se dirigía a toda velocidad hacia la cabeza de la dama. Solo una carrera heroica de Woollery, que atrapó la estatuita en pleno vuelo, impidió que le diera de lleno a la dama.

–Le ruego que me disculpe –dijo Charlotte.

–No pasa nada, querida –respondió la señora Pettifer, sonriéndole a su hija–. ¿Quién no ha tosido accidentalmente ese hechizo?

–Como estaba diciendo –continuó la señorita Gloughenbury, acariciando a su perro con fastidio–, iba de camino a la mercería para robar una cinta nueva para mi Barker cuando tuve que desviarme debido a un terrible accidente en King Street. Había calabazas rotas por todos lados.

La señora Pettifer salió eyectada de la silla.

–Ay, Dios, eso es realmente ¡terrible! ¿Calabazas? ¿Está segura?

–Estoy segura de que hasta la señorita Gloughenbury puede identificar las calabazas –dijo la señorita Plim, aunque el cumplido estaba tan teñido de duda como para convertirlo con claridad, aunque lo negaría hasta la muerte, en un insulto.

La señorita Gloughenbury se dignó ignorar esto.

–Me temo que las noticias empeoran, Delphine. Cerca de allí, se podía ver a un pirata de aspecto bastante impresionante, hablando...

Charlotte tosió otra vez. Woollery cruzó el salón como un rayo y, gracias a un ágil salto, detuvo una enorme corona ornamental que rodaba desde la pared hacia la espalda de la señorita Gloughenbury.

–Parece que te vendría bien un comprimido para la tos, querida –murmuró la dama.

–Perdóneme, señorita Gloughenbury –respondió Charlotte–. ¿No quiere sentarse y tomar un poco de té? Tal vez nos pueda decir dónde compró ese precioso sombrero.

–En un momento, querida, después de que haya terminado de compartir mis noticias. ¿Dónde estaba?

–No puedo recordarlo –dijo la señorita Plim–, pero tengo una sugerencia en cuanto a dónde podría ir.

La sonrisa de la señorita Gloughenbury se tensó hasta tal punto que existía el peligro de que su rostro se plegara en dos. Sin duda, al día siguiente varios obreros pobres tendrían su alquiler pago y la señorita Plim se apresuraría a idear un contraataque aún más benéfico.

–¿Un pirata estaba hablando con...? –preguntó la señora Pettifer.

–Ah, sí. Hablando con un policía, ¿puedes creerlo? Parece que se habían robado una bicicleta en medio del alboroto, y estaban interrogando a este pirata como testigo.

–¿Lo arrestaron? –preguntó Charlotte con tono de que no le importaba mucho.

–Ojalá, cariño. ¡Pero aún no les compartí la información más impactante! Esa bicicleta remontó vuelo sobre la calle y la vieron docenas de personas. La conducía nada menos que...

Charlotte se aclaró la garganta y Woollery pegó un salto ahí mismo hasta un sofá detrás de la señorita Gloughenbury, con los brazos extendidos, para atrapar un aplique de luz que iba directo desde el cielorraso a estrellarse contra su cabeza.

–¿Te parece, Woollery? –murmuró la señora Pettifer–. Este no es el momento para hacer las tareas domésticas. Por favor, ve de inmediato a informarle a Cook sobre la espantosa situación de las calabazas.

–Sí, señora –dijo Woollery, y con una mirada cargada de advertencias hacia Charlotte, salió del salón.

–Como iba diciendo –prosiguió la señora– ¡esta bicicleta acrobática iba montada nada menos que por la tristemente célebre pirata Cecilia Bassingthwaite!

–¡¿En serio?! –dijo Charlotte con asombro.

–¿Por qué te sorprendes? –le preguntó la señorita Plim–. Yo misma no he oído nada más creíble en el último tiempo. Esa mujer es tan escandalosa que hasta la Sociedad Wisteria le tiene miedo.

–Dicen que robó una de sus casas y la estrelló –dijo la señora Pettifer.

–Yo escuché que intentó matar a la reina en el Banquete del Jubileo –añadió la señorita Gloughenbury.

–Bueno, hasta los piratas tienen sus buenos momentos –dijo la señorita Plim, empujando su sándwich con un tenedor–. Pero ella sigue siendo una rata sinvergüenza. Charlotte, ¡espero que tomes a la señorita Bassingthwaite como ejemplo de lo que nunca hay que hacer!

–Sí, tía Judith –dijo Charlotte, volviendo a la mesa. Se sentó y alisó el mantel que no tenía arrugas visibles–. Nunca he visto a la

señorita Bassingthwaite. ¿Cómo es?

–Creo que es pelirroja –dijo la señorita Gloughenbury.

–Eso suena típico de pirata –comentó la señorita Plim–. Ninguna bruja poseería un color de pelo tan indecente.

–Charlotte es pelirroja –señaló la señora Pettifer.

–Rubia –corrigió la señorita Plim.

–Rubia como la fresa –insistió la señora Pettifer.

La señorita Plim se estiró por encima de la mesa para tomar entre los dedos un mechón de pelo de Charlotte y lo sostuvo en alto, como resultado de lo cual Charlotte hizo una mueca de dolor a pesar de que una expresión así no era propia de una dama.

–Rubia. Como buena Profetizada que es, Charlotte tiene, por supuesto, un color de pelo que es del todo apropiado.

La señora Pettifer abrió la boca para seguir discutiendo.

–Ejem.

Todos se volvieron y vieron a Woollery una vez más en la puerta.

–La señora Chuke –anunció.

–¡Queridas!

Una mujer irrumpió en la sala y con su polisón de seda naranja casi derriba a Woollery.

–¡Tengo una noticia impactante!

Charlotte suspiró, pellizcándose el puente de la nariz.

–¡Escuchen esto! –ordenó la señora Chuke en voz tan alta, que incluso los vecinos podrían haber escuchado si estuvieran en casa–. Acabo de estar en St. James's y me he enterado de todo.

Un jarrón empezó a elevarse desde la repisa de la chimenea y su carga de flores temblaba en el aire.

–¡El Museo Británico ha inaugurado una exposición sobre Beryl Black!

El jarrón volvió a caer con un tintineo. Las damas reunidas murmuraron emocionadas entre ellas.

–¡Pero esperen, hay más! ¡Tesorita!

La señora Chuke chasqueó los dedos y su doncella, una joven pálida con el pelo castaño y un vestido color café, cruzó la puerta con paso ligero, tratando de caminar y hacer reverencias al mismo tiempo. La señora Chuke le arrebató de la mano un folleto y dio un paso atrás, mimetizándose con los muebles.

–"¡Solo por tiempo limitado!" –La señora leyó en voz alta el folleto–: "Venga hoy y vea el misterioso amuleto que alguna vez perteneció a Beryl Black".

–¿Misterioso amuleto? –repitió la señora Pettifer con satisfecha emoción.

–Ha sido descubierto hace poco –explicó la señora Chuke–. Al parecer, tiene Extrañas Marcas de una Naturaleza Accidental.

La señorita Tesorito se acercó a su ama y le susurró al oído.

–Naturaleza Occidental –dijo la señora Chuke. Agitó el folleto pero cuando la señorita Gloughenbury fue a buscarlo, lo alejó de ella.

–Creo que este puede ser el colgante que hizo Beryl cuando derritió la botella en la que encontró el encantamiento. Desapareció la noche en que se marchó a su retiro en el campo.

La señorita Plim y la señora Pettifer cruzaron miradas. Sabían que Andrómeda Plim le había robado el colgante a Beryl y luego lo había perdido por ser tan tonta como para ponerlo en un lugar seguro donde nadie pudiera encontrarlo, nadie, incluso ella.

–Si lo es –continuó la señora Chuke–, entonces se trata de un descubrimiento descomunal. Pensemos que la botella original tenía el hechizo en su interior y el gran poder del mar la rodeaba… la derritieron en fuego y luego la enfriaron en un molde de oro. He oído decir que el poder de esas fuerzas combinadas era tal que una persona que blandiera el amuleto podía derribar casas piratas del cielo, arrancar bosques, incluso invocar edificios a distancia.

–Es solo un mito –dijo Charlotte.

–Está en el Museo Británico –replicó la señora Chuke, agitando el folleto.

Nunca antes un momento de silencio había sonado tan fuerte.

–Imagínense poder quitar los yuyos del jardín sin ningún esfuerzo –dijo soñadoramente la señorita Gloughenbury.

–O traer un banco hasta donde una está –dijo la señora Pettifer con una sonrisa–. ¡Gran robo desde la comodidad de la propia puerta!

–¡Imaginen ser la caída de esas repugnantes damas de la Sociedad Wisteria, literalmente! –añadió la señorita Plim a través de un bocado de ostras.

Todas suspiraron.

–La Biblioteca Grenville del museo ha sido remodelada con este propósito específico –informó la señora Chuke– y se han tomado medidas de seguridad extraordinarias.

Las damas rieron. Incluso Woollery hizo una mueca de satisfacción.

–Bueno –dijo la señorita Gloughenbury mientras apretaba a su perro embalsamado bajo el brazo para enderezarse con más comodidad los guantes–. Esto ha sido encantador, queridas, pero

debo partir ahora. De repente he recordado otro compromiso que tengo con mi... mi sombrerero.

La señorita Plim apartó su silla y se levantó.

–Yo también debo irme. Gracias por el té, Delphine, pero tengo una cita urgente con el dentista y se me había olvidado.

Las dos damas corrieron hacia la puerta tan rápido como se los permitieron el decoro y sus pesados vestidos.

–Cielos, ¿ya es tan tarde? –dijo la señora Pettifer, aunque no había un reloj en la habitación como para que se hubiera fijado. Se levantó y sacudió las migas de su falda de volados–. Disculpe, señora Chuke, pero... tengo que ver a una mujer por una calabaza.

–No tienes por qué disculparte –respondió la señora Chuke, saliendo de la habitación mientras hablaba–. Solo pasé para compartir la información y ahora debo irme antes de que... –Parpadeó hacia la ventana como en busca de inspiración–. Sí, antes de que caiga la noche.

Con un batir de faldas y un ruido de tacos, las damas se marcharon, y un momento después se las podía ver apresurándose por la calle detrás de las señoritas Gloughenbury y Plim en dirección a Bloomsbury, donde además del Museo Británico había sin duda un dentista, un proveedor de calabazas, un sombrerero y varias horas más de luz.

Charlotte se quedó un momento pensativa, luego se recostó en la silla, apoyó los pies en otra silla y eligió un pastel con crema de la mesa de té.

–¿Se quedará la señorita en casa esta tarde? –le preguntó Woollery desde la puerta. Cruzaron miradas. A los dos les costó bastante sonreír.

–Creo que saldré en un momento –dijo Charlotte.

–¿Puedo traerle algo que le sirva?

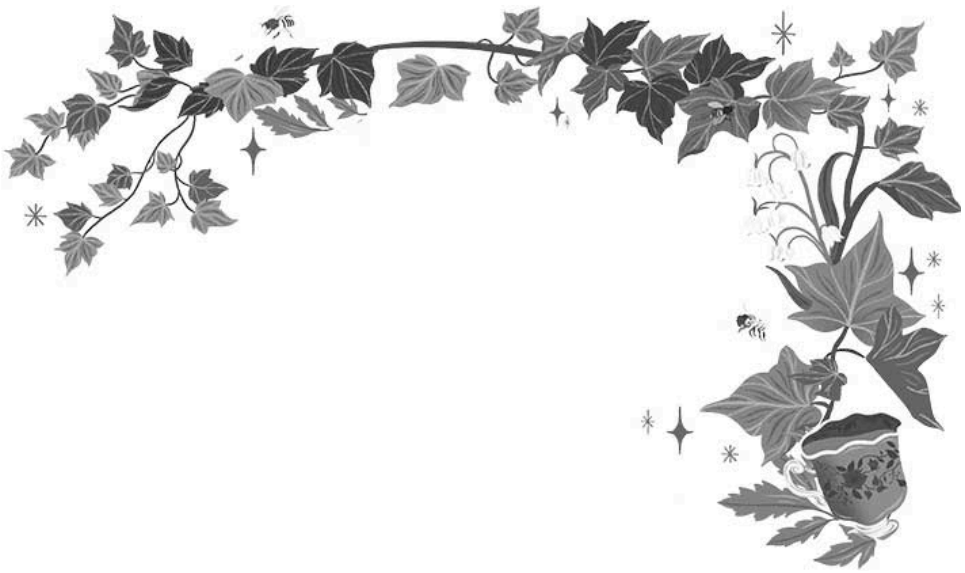
–Sí, por favor. Dile a Bagshot que necesito un bolso nuevo. Y podrías traerme mis botas negras bordadas, una sombrilla, tres destornilladores de anchos variados y una pistola.

–¿Pistola o rifle, señorita?

–Pistola, por favor. Tengo la sensación de que las cosas se van a poner bastante piratescas.

–Qué emocionante, señorita –dijo Woollery sin entonación.

–Eso espero, Woollery, porque me encantaría divertirme un poco –y tomando un pequeño bocado del pastel de crema, Charlotte le puso cara cómplice.



3

UN DONJUÁN – EL EFECTO DEL MATRIMONIO EN LA FRECUENCIA RESPIRATORIA – LOS MEJORES PLANES – LA BRUJA HA VUELTO – DOS ENEMIGOS SE ENCUENTRAN CARA A CARA – DESTRUCCIÓN POCO DIVERTIDA – LAS HERRAMIENTAS DE LA BRUJERÍA

A Alex le parecía que no había nada peor que reunirse con amigos. Se sentía tan perdido con ellos, sobre todo en el último tiempo, en el que se mostraban felices hasta un grado casi enfermizo. Alex no creía en la felicidad. Creía en el autoengaño temporal y en el gin.

Pero cuando entraba en el Museo Británico, vio a Ned Lightbourne apoyado en una pared del lado oeste del vestíbulo, con cara de aburrido y su corazón lo llevó hacia él antes de que sus pies supieran lo que hacían. Así eran las cosas entre Ned y él, con ese

instinto mutuo, a pesar de todo. A Alex no le gustaba, pero al parecer estaba condenado a un compañerismo perdurable, un amor fraternal, maldita sea.

Mientras cruzaba el vestíbulo y las botas golpeaban el suelo de piedra pulida, se dio cuenta de que varias señoras lo estaban observando. Las cabezas giraban bajo elegantes sombreros mientras seguían sus pasos serenos y potentes. Sus bocas esbozaban sonrisas indiscretas. Oyó varios susurros y sintió miradas calientes deslizarse por su cuerpo. Una mujer incluso amagó con acercarse, pero Alex la esquivó, pues no tenía tiempo para conversar a pesar de los bonitos rizos dorados de la dama. (La verdad es que era una empleada del museo que quería decirle que necesitaba una entrada para pasar. Pero a medida que se acercaba, se le hizo evidente que se trataba de un pirata, y con sabiduría decidió no perseguir ni el pago de la entrada ni al temible hombre con un arsenal de armas bajo su largo abrigo negro).

A Alex no le molestaba la atención. Por el contrario, después de haber experimentado una miserable juventud, de haber sido pateado, aplastado y lanzado a distancias variadas, ahora le gustaba ser objeto de deseo. Siempre estaba feliz de bailar con una dama, o de hacer mucho más, incluso si su motivo era escandalizar a la sociedad al ser vista en su compañía. Complacía a cualquiera que quisiera jugar con fuego. Nunca era un sentimiento sincero. Después de todo, nadie se acercaba a un pirata peligroso por su personalidad y, sin embargo, Alex no se quejaba. Las mujeres eran disfrutables, sin lugar a duda.

Pero un buen robo era aún mejor.

Cualquier mujer con la que se cruzara hoy no sería más que un obstáculo entre él y su objetivo, el amuleto de Beryl Black. Y Alex tenía la intención de conseguir su objetivo. No podía perder, porque no iba a perder. Había aprendido por las malas que la actitud lo era todo.

–¿Qué tal? –dijo acercándose a Ned.

El rubio levantó la vista con una expresión que parecía aún más mortífera porque se limaba las uñas con una daga dentada. Pero Alex limitó su respuesta a una sonrisa. Era difícil tomarse en serio a Ned después de haber escuchado sus divagaciones poéticas sobre las alegrías del amor la noche anterior a su boda. Alex había sido capaz de limpiar tres pistolas y afilar una espada antes de que Ned terminara de relatar las cualidades de su novia.

–Enhorabuena –le dijo–. Cuatro meses casado y aún respiras.

–Puedo asegurarte que me quedo sin aliento la mayor parte del tiempo –respondió Ned. Enfundó el cuchillo con un gesto despreocupado en un bolsillo de su abrigo negro bordado. Alex se dio cuenta de que iba vestido de forma piratesca, con unos pantalones ajustados y un horrible chaleco, y se alegró de que el matrimonio no hubiera transformado a su más antiguo amigo, aunque fuera para mejor.

–¿Dónde está tu esposa? –le preguntó, mirando a su alrededor en busca de la mujer que se había convertido en su amiga más reciente, con lo que ya eran dos.

Ned señaló vagamente hacia una puerta cercana.

–Ahí dentro.

–¿Es la exposición de Beryl Black? Supongo que está evaluando cómo robar el amuleto

Ned soltó una breve carcajada.

–No, está hojeando todos los viejos libros.

–¿Y te obligó a quedarte aquí para no estorbarla? –dijo Alex tratando de no sonreír.

–En realidad, estoy de guardia por si alguien consigue robar el amuleto y escapar. En ese caso los detendré y los liberaré de su carga.

–Ah, seguro que eres un verdadero pirata, Lightbourne. Siempre vas con el plan más perezoso.

–Por supuesto. También estás aquí por el amuleto, imagino.

Alex se encogió de hombros.

–Puede ser.

La verdad es que juró no descansar hasta que ese amuleto, y el poder que contenía, le pertenecieran.

–Buena suerte. La exposición solo ha estado abierta dos días y ya al menos un tercio de la Sociedad Wisteria está aquí, chismorreando, intercambiando recetas de pólvora y midiéndose unas a otras para asesinarse. También hay otras mujeres que supongo que son historiadoras entusiastas o brujas.

–Brujas –repitió Alex con amargura, y Ned enarcó una ceja.

–¿Todavía guardas rencor después de todos estos años?

–Qué puedo decir, soy irlandés. Mis nietos heredarán ese rencor, y los suyos después de ellos.

–Entonces puede que no quieras entrar en la exposición, por el bien de todos.

Alex no dijo nada de una manera tan puntiaguda como cualquiera de las siete espadas enfundadas en su persona. Ned se rio.

–Espero que al menos tengas planeada una escapada rápida.

–Mi casa está al final de la calle. ¿La tuya?

–Se la ha llevado la criada para hacer unas compras. Está bien, creo que voy a estar aquí por un tiempo. Ay de quien decida robar el amuleto antes de que Cecilia haya terminado de mirar en la biblioteca.

Alex estaba a punto de responder cuando vio algo por el rabillo del ojo que congeló cada palabra dentro de él.

La ladrona del maletín acababa de entrar.

Se detuvo en la entrada, una figura elegante vestida de gris, con el pelo atado, no muy tirante, bajo la excusa del sombrero que llevaba puesto. Mientras Alex la observaba, se quitó unas gafas de sol oscuras y miró con frialdad a su alrededor. Era aún más atractiva de lo que él recordaba, y desde hacía dos días desde su encuentro, había estado pensando mucho en ella. Y suspirando. Y deambulando por St. James's Street por si la volvía a ver (para exigirle que le devolviera el maletín, claro, y no para contemplar con admiración sus ojos ahumados o las lentas y prometedoras curvas de su cuerpo). Pero al verla ahora, se refugió inmediatamente en la sombra de Ned.

No se estaba escondiendo, para nada. Era un pirata grande y temible. Era solo que no tenía ganas de que lo viera en ese momento.

La mujer metió las gafas de sol en el bolsillo y empezó a caminar hacia la boletería. A Alex se le aceleró el pulso cuando se dio cuenta de que llevaba su maletín.

–Estás babeando –comentó Ned divertido.

Alex lo ignoró. *¿Qué zapatos llevaría puestos hoy?*, se preguntó. *¿Qué terrible daño le harían si ella los empleara contra él? ¿Y cómo*

podría organizar una demostración?

–Tendrás que tener cuidado –dijo Ned–. Es una bruja.

–¿La conoces? –le preguntó Alex, sin apartar la vista de la mujer.

Había llegado al final de la corta cola que había frente al mostrador y esperaba de la misma manera que espera un cartucho de dinamita.

–La conozco. Es Charlotte Pettifer, sobrina de Judith Plim, que dirige la Liga Wicken.

Alex enarcó una ceja, sorprendido.

–No sabía que tuvieran una líder. ¿Te imaginas a alguien intentando hacer eso en la Sociedad Wisteria?

Ned resopló entre risas.

–He oído que las brujas son menos volátiles que los piratas.

Ambos miraron a Charlotte Pettifer durante un momento y luego cruzaron una mirada irónica.

–Te sugiero que corras –dijo Ned.

–¿Alguna vez me has visto huir? Sin embargo, tal vez entre con presteza en la sala de exposiciones. ¿Nos vemos luego?

–Si sobrevives.

Charlotte estaba bastante segura de que la persona, sea caballero o dama, que tiene paciencia para una cola debe ser intolerablemente estúpido. Y sin embargo también se consideraba vulgar avanzar más rápido golpeando con el bolso a los de delante, así que se limitó a dar golpecitos con el pie mientras esperaba a que una chica convenciera a la persona de la boletería de que tenía más de dieciocho años y en cualquier momento llegaría su prometido para confirmarlo.

–Soy Constantinopla Brown –declaró la chica en tono pomposo. Y cuando la persona solo parpadeó–: He charlado con Su Majestad la Reina en el dormitorio de Su Majestad, y por lo tanto es evidente que se me puede otorgar confianza en este pequeño y tonto museo.

–He desayunado con la emperatriz rusa esta mañana –respondió la persona de la boletería con una sonrisa burlona–. Me aconsejó que no les vendiera entradas a colegialas mentirosas.

–¡Ahora mira...!

–Por el amor de Dios –dijo Charlotte, pasando por al lado de la persona que estaba frente a ella para mirar con el ceño fruncido a la taquillera.

–Obviamente, o es una aristócrata exagerada o una pirata. Ambas posibilidades sugieren que la deje pasar si quiere evitar un alboroto.

–Muy bien –cedió la taquillera y le entregó una entrada a la chica que salió triunfante de la cola y agitó el billete ante Charlotte.

–Te debo una.

Charlotte la miró sin comprender.

–No se me ocurre ningún caso en el que pueda ayudarme una joven de dieciséis años.

–Ah, pero tengo dieciséis años solo cronológicamente hablando –le contestó, y se fue trotando con un par de elegantes zapatos amarillos que le quedaban al menos una talla pequeños. Charlotte la observó con desaprobación. En los dos últimos días había visto aumentar el número de piratas y brujas que visitaban el museo a medida que se corría la voz del amuleto de Beryl. De hecho, a algunas horas era imposible ver el objeto expuesto debido a todos los vestidos con volados y los sombreros con adornos exagerados. Al menos todos se habían portado bien. Hasta ahora, el único daño

había sido a los egos, ya que las dos sociedades habían entablado un combate conversacional mientras exploraban la sala y evaluaban el amuleto custodiado.

Pero también era justo decir que si los modales se intensificaban alguien iba a acabar necesitando cirugía de urgencia.

Al apartar la vista de la chica, su mirada se cruzó con la de un caballero de pelo claro que merodeaba junto a un exhibidor de folletos. La miraba con una expresión tan gélida que Charlotte se estremeció. Su traje oscuro y su raído abrigo color café sugerían que no era un pirata. Qué otra cosa podría explicar la forma en que seguía observándola, incluso después de que ella le devolviera la mirada, como si quisiera arrancarle la ropa y la piel para arañarle el corazón... en busca de pruebas de...

–¡Fuego! ¡Fuego! ¡Evacúen el museo! ¡Fuego!

Charlotte parpadeó, sus pensamientos se dispersaron. Un joven se precipitó por el vestíbulo, agitando los brazos mientras gritaba la advertencia. Los clientes lo miraron con indiferencia. Era la sexta falsa alarma de incendio desde que se había inaugurado la exposición, y nadie se dejó engañar. El joven llegó a las puertas de entrada sin lograr ningún resultado, ruborizado por la vergüenza, dio media vuelta y arrastró los pies de vuelta a la Biblioteca Grenville.

Mientras tanto, la cola había avanzado. Charlotte miró de nuevo hacia el exhibidor de folletos, pero el hombre de pelo claro había desaparecido. Sin duda se trataba de un ciudadano corriente, fascinado por la elegancia de su sombrero. Compró una entrada y se dirigió hacia la biblioteca.

Durante los dos últimos días, había preparado un astuto plan para obtener el amuleto. Su amuleto. Como verdadera heredera de Beryl,

según la profecía de Wicken, ella era sin dudas también beneficiaria de las posesiones de Beryl, y si bien los mapas antiguos y los collares de perlas no le interesaban, un amuleto con el poder de romper la magia, romper edificios y someter incluso a la tía Judith, desde luego que sí. Con solo pensarlo, se le dibujó una sonrisa. Con tal poder, nadie podría impedirle ~~sentarse en un rincón tranquilo para leer~~ gobernar la Liga sin oposición.

Así que se había plantado ante las vitrinas, contemplando hileras de libros mientras aflojaba subrepticiamente los tornillos de los marcos de las puertas. Había localizado todos los interruptores de la luz. La amenaza pirata más importante, la señorita Darlington, asistía a una consulta urgente con su sufrido médico después de que Charlotte entregara en su casa una caja etiquetada como "sarampión". Y varias brujas que Charlotte consideraba rivales habían sido atraídas al otro lado de la ciudad por una supuesta oferta en limpiadores de alfombras ("¡Garantizado, quitan el té y la sangre de sus alfombras!"). Charlotte no necesitaba bola de cristal para asegurarse el éxito.

–Disculpe. –Un apuesto rubio le sonreía con tanto encanto que la Lizzie Bennet que llevaba dentro se desvaneció. En su lugar surgió Fanny Price, tartamudeando.

–¿Puedo ayudarlo? –preguntó plimescamente (lo que era aún más snob que delicadamente).

–He visto que a una señora se le ha caído el pañuelo –dijo– pero no sé si sería educado acercarme a ella. ¿Sería tan amable de hacerlo en mi lugar?

Charlotte miró el pañuelo que le tendía. Era delicado, con un ribete de encaje y lirios asiáticos rosas bordados, el tipo de pañuelo

que llevaría una dama que no tenía intención de usarlo para limpiar nada.

–Muy bien. –Lo tomó con cuidado–. ¿Qué señora?

–Ahora está en la exposición de Beryl Black. Vestido azul pastel, pelo dorado rojizo que lleva recogido en una trenza mítica pura y brillante. ¿Podrías decirle que creo que es hermosa?

–¡Pero qué dice! ¿No puede hacerlo usted mismo?

Él parpadeó tímidamente con sus largas pestañas.

–Soy muy tímido. ¿No lo haría por mí?

Charlotte dudó. Fanny Price le aconsejó que no pensara bien de aquel hombre que sin duda jugaba con los sentimientos de una mujer inocente. Pero otra parte de ella quería que todos se casaran si podían y era lo bastante imprudente como para ayudar a aquel hombre a conseguirlo.

–Por supuesto, lo haré.

Él intentó darle las gracias, pero ella ya estaba escapando de la conversación antes de que pudiera sonreírle otra vez.

Al entrar en la Biblioteca Grenville, Charlotte se detuvo un momento en el umbral y respiró hondo mientras trataba de procesar el ruido y los intensos colores de la abarrotada sala. Casi todo su cuerpo deseaba escapar a alguna biblioteca más tranquila en la que el único sonido procediera del paso de las páginas, pero una decidida ambición la impulsó a seguir adelante. Vio a su madre que flirteaba con uno de los guardias del museo, y a la señora Chuke dirigiendo a su doncella para robar el bolsillo de un segundo guardia, y otra media docena de caras conocidas entre los que se agolpaban alrededor de lo que presumiblemente era el amuleto exhibido.

Charlotte no podía verlo porque la tapaban los voluminosos vestidos, pero sí que podía sentir su magia tirando de sus instintos de bruja.

Por fin localizó a la mujer pelirroja vestida de azul pastel, examinando un libro abierto y con un aire de aplomo y feminidad que Charlotte odió pero al mismo tiempo la enamoró. ¡Era una mujer digna de una novela romántica!

Y aquí estaba Charlotte, a quien le habían encargado hacer un servicio dentro de esa novela.

Tragándose una emoción para la que no tenía ninguna referencia literaria, se acercó y extendió el brazo, con el pañuelo colgando de los dedos. La mujer se volvió para mirar el pedacito de tela con encaje con mucha cautela, como si pudiera ser un arma, y luego con un poco de confusión. Su mirada se dirigió al rostro de Charlotte y una elegante ceja se alzó en forma de pregunta.

–Disculpe –dijo Charlotte demorando el comentario–. Creo que esto es suyo.

Al mirar de nuevo el pañuelo, la mirada en los ojos grises de la mujer empezó a suavizarse.

–No es mío, pero he visto uno así en un escaparate esta mañana y me gustó mucho... ¿De dónde lo sacó?

–Un caballero en el hall de entrada dijo que la vio cuando se le cayó, y me pidió que se lo trajera.

Charlotte hizo un gesto con el pañuelo hacia la puerta en el mismo momento en que la mujer lo tomaba. Siguió un incómodo baile de manos. La mujer por fin sonrió y retiró con cuidado el pañuelo de las manos de Charlotte.

–Gracias.

–También me pidió que le transmitiera que la encuentra preciosa.

La mujer se rio. Un rubor cubrió su hermoso rostro.

–Déjeme adivinar. ¿Era un tipo rubio, con un sentido ridículo de la moda?

–Sí.

–Es mi marido. Es un granuja.

Se metió el pañuelo en el corsé, cerca del corazón.

–Ayer también la vi por aquí. ¿Ha ideado ya un plan para robar el amuleto?

Los ojos de Charlotte se abrieron de par en par.

–¿Me está llamando pirata?

–Desde luego que no. Nunca la ofendería de esa manera.

–Gracias.

–Yo, sin embargo, sí soy pirata; por lo tanto, mi curiosidad es profesional.

Charlotte miró con más atención a la mujer. Pelirroja, segura de sí misma, con interesantes bolsillos en el vestido.

–¿Por casualidad es usted Cecilia Bassingthwaite?

La mujer volvió a sonreír sin esfuerzo.

–Mi marido sigue intentando presentarme como la señora Lightbourne, pero sí, soy Cecilia Bassingthwaite. ¿Puedo pedirle el honor de su nombre?

–Charlotte Pettifer –dijo, y extendió una mano enguantada. Cecilia la estrechó. Por un instante, las manos se movieron en lo que podría haberse llamado, en boca de observadores poco caritativos, una lucha por ver quién dominaba a la otra, aunque ninguna perdió la expresión de amabilidad. Cuando volvieron a bajar las manos, se sonrieron con dulzura femenina.

Se han manipulado armas de forma menos aterradora que esta.

–Charlotte Pettifer –repitió Cecilia–. ¿La misma Charlotte Pettifer que hizo volar una bicicleta sobre St. James a principios de esta semana?

Charlotte entrecerró los ojos.

–Esa es una pregunta provocadora.

–Eso espero, o tendré que dejar la piratería y convertirme en una mujer razonable.

–¿Va a denunciarme?

Cecilia casi se ahoga del auténtico horror.

–¡Caramba! No. Podemos estar más allá de la era de los juicios masivos de brujas, pero soy consciente de que aún existe pena de muerte por brujería. Sería muy descortés de mi parte enviarla a la horca.

–Aunque me complace oír eso, claro, me siento obligada a mencionar su deber en la centenaria disputa entre la Sociedad Wisteria y la Liga Wicken. Por ejemplo, mire allí: la señora Chuke está intentando dirigir un busto de mármol hacia la cabeza de esa pobre y frágil anciana.

–Esa pobre, frágil y anciana señora es Bloodhound Bess –dijo Cecilia–. Estoy bastante segura de que su sombrero está fabricado con… Y sí, ahí... ahí está comprobado.

Ambas mujeres se estremecieron cuando el busto rebotó en el gran sombrero púrpura de Bloodhound Bess y se hizo añicos contra la pared. Lo siguió un dardo que no atravesó a la señora Chuke solo gracias a la pronta intervención de su criada, la señorita Tesorito, que saltó delante de ella y abrió una sombrilla de metal en miniatura que operó desde un dispositivo de mango rojo para proteger a la mujer.

Un empleado del museo se acercó corriendo, gritando:

–¡No! ¡Melpómene no!

Cayó de rodillas ante los fragmentos de mármol.

–Trágico –murmuró Charlotte.

–¿Qué era esa herramienta que utilizó su socia? –preguntó Cecilia en voz baja pero con gran interés.

Charlotte vaciló, pero no vio ningún inconveniente en decírselo.

–La llamamos escoba del ejército de brujas. Tiene varias funciones, aunque la usamos principalmente como escoba.

–¿Para volar?

–Para limpiar.

Justo en ese momento una mujer rígida con un vestido negro aún más rígido que ella sacó su propia escoba y, con un movimiento de su muñeca, hizo que una fina escobita saliera de su interior. Con paso firme, empezó a barrer los fragmentos del busto de mármol con tal vigor que el empleado se apartó temeroso. Mientras observaba su trabajo, otra bruja se apareció detrás de él y, susurrando el encantamiento, hizo que su cartera flotara del bolsillo de su chaqueta al de ella.

–Trabajo en equipo. Qué fascinante –murmuró Cecilia, como si acabara de haber visto una coreografía de hadas–. Qué pena que estemos enfrentadas. Sería más problemático que otra cosa invitarla a tomar el té. Si no fuera así, me encantaría mantener una conversación con usted sobre ese aparato, la elevación de las bicicletas y otros temas interesantes.

–Desgraciadamente, yo soy la que está destinada a ser la próxima líder de la Liga Wicken –respondió Charlotte–. Por lo tanto, no debería estar hablando con usted incluso ahora. Si no fuera así, le

pediría su opinión sobre *El elogio de la locura* de Erasmo, que ha estado leyendo. Pero me temo que estoy obligada a despreciarla. Y como veo a mi tía Plim cerca, debo desearle buenos...

Se detuvo, con el corazón latiéndole con fuerza al darse cuenta de que la señorita Plim estaba en conversación con cierto caballero alto de pelo castaño cuyo maletín ella tenía en la mano. Mientras los miraba fijamente, los labios de la señorita Plim se apretaron con desaprobación por algo que le dijo el capitán O'Riley. Luego depositó la mirada en Charlotte y frunció el ceño por encima de sus pequeñas gafas redondas.

–Oh, querida –murmuró Cecilia–. Me parece que está en problemas.

–Para nada –respondió Charlotte, con una actitud de perfecta calma–. Esa es la cara con la que mi tía expresa satisfacción.

–Y el hombre con quien está hablando es Alex O'Riley. Así como sé que estaba en esa bicicleta ayer, también sé que él fue la razón.

–Señorita Bassingthwaite, debo decir que es usted demasiado lista para el bien de los demás.

–Sí –respondió Cecilia complacida–. Ya me lo han dicho antes. En este caso, me enteré porque mi criada fue testigo de la escena. Pero sé mucho de tías. Y conozco a Alex. No es malicioso, pero es... bueno, un hombre. Dios sabe que no se les puede pedir un comportamiento racional.

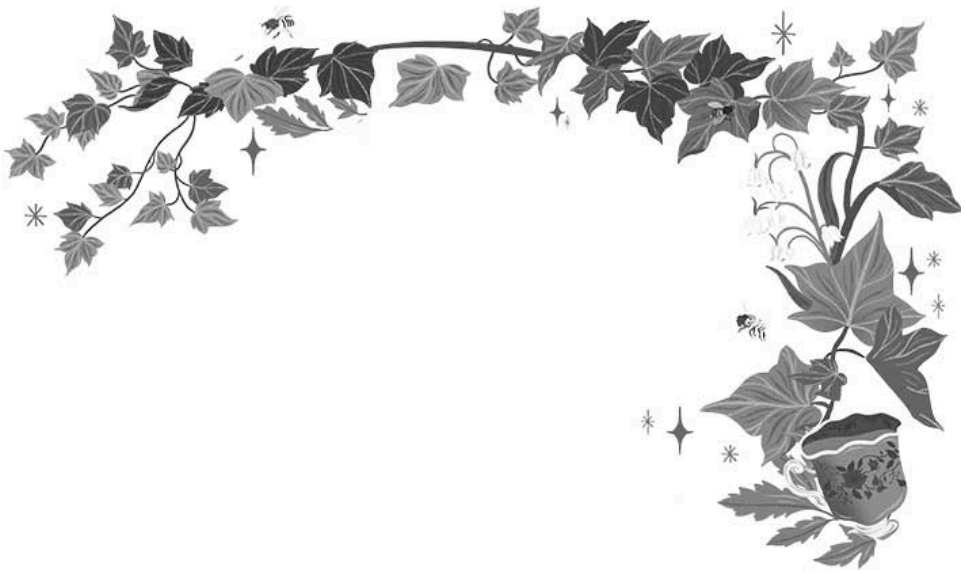
–Eso es cierto –Charlotte vaciló, mordiéndose el labio–. Creo que sería mejor...

–¿Huir a América? –sugirió Cecilia.

La señorita Plim levantó dos dedos y los movió con rapidez, llamando a Charlotte a su lado.

–Por desgracia –dijo Charlotte con un suspiro– no creo que sea lo suficientemente lejos.

Y apretando con fuerza el maletín, fue a enfrentarse a su destino.



4

NUESTRA HEROÍNA ES LINDA, INTELIGENTE Y RICA – SIN EMBARGO, TAMBIÉN LO ES NUESTRO HÉROE – ¡FUEGO! – EL SEÑOR DARCY NO MOLESTA – CHARLOTTE HUYE – NO ES EXACTAMENTE PEMBERLEY – EL MISTERIO DE LA ANATOMÍA MASCULINA – ALGO EN EL AIRE

Charlotte Pettifer había vivido veintiún años en el mundo con muchas cosas que la angustiaban y vejaban, pero Alex O'Riley era la peor de todas. Qué vileza la de aquel hombre que le causaba problemas solo porque ella se había fugado con su maletín... y había provocado que lo agredieran... y, mmmm, lo agredió ella misma. Sin duda él creía que podía comportarse así porque era un hombre con

una gran espada, varios cuchillos, y unos ojos azules de borde oscuro de los que solo podía decirse que eran hermo...

Charlotte apretó los labios para no quedarse sin aire ante sus propios pensamientos. No se podía permitir que el capitán O'Riley la pusiera nerviosa otra vez, y menos que menos frente a dos docenas de brujas y piratas, entre las que se encontraba su tía Judith. Y verla nerviosa llevaría a su tía a la Decepción. Y cada fibra de Charlotte estaba entrenada contra la Decepción de la tía Judith.

Además, Charlotte era mejor que él. Más lista, como lo demostraba el maletín que tenía en su poder. Más meticulosa en el vestir y en el pensar. ¡Ni siquiera se había puesto corbata! Si hasta se le podía ver parte del pecho a través de los botones abiertos de la camisa... Podía entrever tinta oscura por ahí...

¡Cielos, la luz eléctrica sí que puede calentar una sala!

Charlotte enderezó los hombros, levantó la barbilla y se acercó a Alex O'Riley (y, mmm, la señorita Plim).

–Hola, tía –dijo en un tono que no denotaba interés alguno en la conversación del pirata, ni en el pirata mismo, para el caso.

Con el rabillo del ojo, lo vio sonreír.

–Hola, Charlotte –dijo la señorita Plim. Cada sílaba era como el golpecito de uña afilada contra la compostura de Charlotte–. El capitán O'Riley acaba de contarme una historia muy interesante sobre ti.

–No deberías escucharlo, tía. Es un pirata.

–Tonterías, querida. Ni muerta hablaría con un pirata.

–Pero, tía, ¿no te has fijado en su pendiente? ¿En las botas? ¿En la amplia colección de armas en su persona?

La señorita Plim resopló.

–Una dama no se fija en la persona de un hombre, Charlotte. Además, si es un pirata, cosa que dudo, estoy segura de que no lo puede evitar.

A Charlotte se le desenfocó la mirada mientras intentaba procesar esto. ¿Quizá para la señorita Plim la piratería era algo así como una desafortunada enfermedad infecciosa? Charlotte estaba de acuerdo en eso.

–No importa, lo que te haya dicho es mentira.

–Entiendo.

La señorita Plim miró a Alex. Él se encogió de hombros y Charlotte supo que si lo miraba, vería una sonrisa torcida en su cara. Menos mal que no tenía intención de mirar. ¡Prefería morir antes que hacerlo!

Él le mostró la sonrisa torcida y Charlotte se dio la vuelta rápidamente, furiosa porque sus ojos habían ignorado completamente a su cerebro.

–Entonces –dijo la señorita Plim– para que quede claro: el otro día en St. James's, ¿no salvaste a un camarero de un cruel abuso verbal, ganándote así la admiración de este caballero de ocupación indeterminada, así como... así como el orgullo de toda tu familia?

–Eh... –Charlotte parpadeó, desconcertada–. Bueno, es posible que tal vez haya hecho algo parecido.

La señorita Plim estiró los labios, que tomaron la forma de lo que alguien sin el beneficio del ingenio o de un diccionario de sinónimos podría haber llamado sonrisa.

–Estás siendo modesta, querida.

–Ya me conoces, tía –dijo Charlotte con un enérgico movimiento de cabeza–. No me gusta llamar la atención.

Alex no se rio, pero Charlotte percibió el esfuerzo que estaba dedicando a no hacerlo y volvió a fruncir el ceño. ¡Criatura arrogante! (El capitán, no Charlotte, por supuesto). Las palabras salieron en un susurro de su lengua antes de que pudiera detenerlas. Un momento después, el catalejo de oro de Beryl saltó de su exhibidor en la pared y se lanzó por la habitación hacia la cabeza de Alex.

Alex lo atrapó sin mirar.

–Elogio tu humildad –dijo la señorita Plim, sin darse cuenta de la aparición del armamento en su conversación.

–Gracias. –A Charlotte la sorprendió el halago.

–En efecto –murmuró Alex–. La señorita Pettifer parece una chica de una extraordinaria humildad.

Charlotte contó al menos tres insultos diferentes en ese único cumplido. ¡Qué grosero! Apretó la puntera de su elegante bota bordada contra la bota de Alex, mucho más tosca, y tuvo el placer de ver cómo se le ponía rígido todo el cuerpo debido a lo que sin duda era miedo.

–Sin embargo –continuó la tía Plim–, el capitán tuvo la gentileza de contármelo, y una dama bien educada tendría la gentileza de corresponder a tal gentileza.

–Y no acusarlo de ser pirata –añadió Alex.

La señorita Plim asintió.

–Exacto.

–Pero usted es un pirata –señaló Charlotte.

–Eso no es motivo suficiente para acusarlo de serlo –dijo la señorita Plim.

Charlotte tomó aire para calmarse.

–Gracias por corregirme, tía. Por cierto, ¿sabías lo del nuevo orfanato que se inaugura hoy? –y se inventó un nombre cualquiera–: ¿El de Knightley Street?

–¿Nuevo orfanato?

Si los oídos de la señorita Plim hubieran podido aguzarse, lo habrían hecho. Su recogido parecía más erguido.

–Así es, y es tan nuevo que no tiene benefactores todavía, y he oído que los niños pasan hambre y frío.

La señorita Plim giró la cabeza para mirar a la señorita Gloughenbury, que estaba de pie junto al exhibidor del amuleto, aferrada a su perro vestido con terciopelo y tratando de convencer al guardia de que era una prestigiosa anticuaria y que solo quería inspeccionar la marca de oro de la pieza, tras lo cual se la devolvería, por supuesto, qué duda cabía.

–¿Alguien más sabe de este orfanato? –soltó la señorita Plim.

–Nadie –respondió Charlotte. La señorita Plim dio un paso atrás y se recogió las faldas grises.

–Santo cielo, mira qué hora es –dijo, sin siquiera fingir que miraba un reloj–. Voy a llegar tarde a mi cita con el dentista.

–Madre mía. –Charlotte señaló hacia la salida–. ¡Será mejor que te apresures!

Tan pronto como se lo advirtió, la señorita Plim cruzó a paso acelerado la galería, sin perder de vista a la señorita Gloughenbury.

–Esa mujer es más despiadada que una monja que acaba de ver a un estudiante con las uñas sucias –murmuró Alex O'Riley.

Charlotte estuvo a punto de asentir, pero se contuvo a tiempo. Se volvió y lo fulminó con la mirada.

–No sé a qué está jugando...

–¿Jugando? –repitió él, con voz inocente a pesar de la oscuridad de sus ojos. Mientras la miraba, iba girando el catalejo en la mano.

–… pero le aseguro que no estoy incómodo.

El catalejo se quedó quieto. La boca de Alex se deslizó hacia una sonrisa que habría hecho sonrojar a una mujer de menor nivel.

–Y puedo asegurarle, señorita Pettifer, que si en algún momento decido jugar con usted, acabará agradeciéndome profusamente por lo incómoda que la haré sentir.

Charlotte se quedó sin aliento. En realidad no entendía lo que él había querido decir, pero la insinuación de sus ojos seductores bastó para que inhalara una importante bocanada de aire.

–Y puedo asegurarle, señor, que no estoy aquí para jugar. Estoy aquí por negocios. Y lo próximo que le lance a la cabeza tendrá filo.

–Eso me tranquiliza –dijo él.

Para lo cual la única respuesta razonable fue un pisotón.

Por desgracia, él apartó el pie un microsegundo antes del impacto, y la bota se estrelló contra la piedra pulida. Charlotte se retorció cuando el dardo que había en la suela de la bota se apretó contra su propio pie. Solo la excelente calidad del material, el grueso cuero y unas resistentes medias de seda la salvaron de sufrir una incómoda parálisis.

–Ah, pobrecita –dijo lánguidamente el pirata–. Parece que estás un poco in… –sonrió– cómoda. Permíteme aliviarte la carga quitándote ese maletín.

Se lo arrebató. Dentro había documentos vitales para el plan de Charlotte en relación con el amuleto.

–¡Nunca! Y, además...

–¡Fuego! ¡Fuego!

El frenético grito de alarma resonó en la sala de exposiciones. Charlotte suspiró. Alex puso los ojos en blanco.

–Uno pensaría que la gente intentaría ser más original –dijo.

–O al menos aprender más rápido –añadió Charlotte.

Se miraron, pues se dieron cuenta de que habían caído sin querer en un acuerdo. Por suerte, en ese momento se elevó una llamarada desde un maniquí de madera que vestía el traje de novia de Beryl Black.

–¡Fuego! –gritaron varias damas, retrocediendo horrorizadas.

–¡Fuego! –gritaron los guardias.

Siguió un tropel general, empujones, contorsiones y lamentos mientras la multitud intentaba converger sobre el amuleto. Un guardia accionó una palanca en el pedestal que hasta entonces había pasado desapercibida. El suelo se abrió y el exhibidor desapareció de la vista. Piratas y brujas se encontraron con el suelo vacío y se entremezclaron en una maraña de furia, armamento y sombreros absurdos.

Charlotte levantó la comisura de los labios con reticente admiración por aquella medida de seguridad. Pero al ver la misma expresión en la cara de Alex, se apresuró a fruncir el ceño. Enfadada, giró sobre sus talones y murmuró palabras al vestido en llamas. El vestido, obediente, cayó al suelo.

Charlotte sacó su escoba del bolsillo y presionó el minúsculo botón del mango. La escobita extensible se abrió de un golpe. Caminó tranquilamente hacia la pila de satén en llamas, empezó a golpearlo con la escoba, aunque con una sola mano, pues la otra no soltaba el maletín. Para colmo de males, Alex se sumó al esfuerzo. Arrancó la

bandera negra de Beryl de una pared y la aplicó a las llamas. En unos instantes, habían apagado el fuego.

–Mmm –dijo Charlotte con brusquedad, en lugar de agradecer al caballero por su ayuda.

–Mmm –respondió él, en un tono igualmente brusco, arrojando la bandera sobre el vestido carbonizado.

–¡Todo el mundo fuera! –gritó el guardia del museo.

Sin mirarse, siguieron a la multitud que abandonaba la sala de exposiciones. La puerta se cerró de golpe tras ellos.



El resto del día se invirtió en conjeturas acerca de cuánto tardarían las damas Pettifer en regresar al museo y en determinar a quién invitarían a cenar cuando tuvieran el amuleto en su poder. Al menos, la señora Pettifer estuvo ocupada en eso. Charlotte, sentada muy derechita y muy quieta en el sofá, leía *Orgullo y prejuicio* y expresaba su acuerdo de vez en cuando con un leve murmullo. No leía el libro página por página, sino que saltaba a sus escenas favoritas, buscando un bálsamo mental para que los recuerdos del día la perturbaran menos. El señor Darcy... ¡ese sí que era un hombre en el que valía la pena pensar! Digno, pulcro, bien afeitado, justo el tipo de hombre que le gustaba a Charlotte. No amenazaría con besar a una dama, ni le sonreiría de un modo que la haría desear que él...

–Cielos, ¿qué pasa, querida? –preguntó la señora Pettifer cuando Charlotte se levantó del sofá–. ¿No apruebas a la señora Claybooth

como invitada? No tiene la culpa de haberse casado con un carnicero.

–Discúlpame, mamá –murmuró Charlotte, sentándose de nuevo y alisándose las faldas–. Creí ver un ratón, pero era una sombra.

Pasó un cuarto de hora asegurándole a la señora Pettifer que no había ningún tipo de roedor en el salón, después de lo cual la buena señora se enfrascó de nuevo en su planificación. Pero entonces el señor Pettifer, a quien consultaron como jefe de la casa, declaró que no habría cena. Ocupado como estaba, no tenía interés en la brujería y menos aún en recibir brujas. Las consideraba, como especie, en todo antipáticas (con la excepción de su buena esposa... y de Shirley también, por supuesto. No, espera... Charlotte). ¡De ninguna manera quería brujas a cenar en su comedor!

Para la noche, ya había catorce nombres en la lista de invitados.

–¿Qué hacemos con ese tipo tan guapo con el que estabas charlando en el museo? –le preguntó a Charlotte la señora Pettifer en un tono suave que disparó todas las alarmas en la cabeza de su hija.

Charlotte levantó la vista con desgano: estaba en la segunda propuesta de matrimonio del señor Darcy.

–¿Qué pasa con él? –preguntó.

–Parecía bastante simpático. Deberíamos invitarlo.

–Es un pirata, mamá.

La señora Pettifer hizo un gesto con la mano como si alejara esa preocupación.

–Estoy segura de que solo necesita la influencia de una mujer que lo ayude a sentar cabeza y tomar un trabajo adecuado, tal vez como artista o poeta un poco melancólico. Y mis piedras rúnicas predijeron

justo esta mañana que conocerías a un caballero elegible, querida Lottie.

Charlotte habría puesto los ojos en blanco si no los tuviera abiertos como dos huevos fritos. Por encima de su cadáver (o al menos del de alguien), entraría ese hombre diabólico a la casa Pettifer.

–No creo, mamá –murmuró, e intentó volver a leer su libro.

Pero la señora Pettifer poseía la determinación de una madre cuya hija no estaba tanto al borde de la soltería como a punto de caer en un espacio desprovisto de futuros nietos.

–Nuestros otros invitados se entretendrían mucho con su apariencia, es decir, ¡con su sapiencia! Parecía un hombre muy cultivado, a juzgar por sus... hombros anchos. Debe haber cargado muchas enciclopedias a lo largo de los años para volverse tan musculoso. A ti también te gusta leer y pensar. Seguro que disfrutarías conversando con él.

Charlotte miró a su madre con el ceño fruncido y no le gustó nada cómo había pronunciado la palabra "conversando".

–Señor Pettifer, ¿no está de acuerdo? –le dijo la señora Pettifer a su marido desde el otro lado del salón–. Un par de charlas con un caballero erudito es justo lo que necesita Charlotte.

El señor Pettifer chasqueó el periódico para recordarle a su esposa que estaba intentando leer.

–Charlotte es lo suficientemente mayor para tomar sus propias decisiones –dijo. (Y como su dote estaba en una cuenta que le generaba buenos intereses, no le importaba que nunca hablara con caballeros, independientemente de la educación que tuvieran).

–Estoy del todo conforme con mi vida, mamá –insistió Charlotte.

–Lo que eres es tímida y tierna –replicó la señora Pettifer, ignorando el ceño fruncido que Charlotte le estaba dedicando–. Necesitas correr algunos riesgos, empezar un nuevo ciclo, apuntar hacia el cielo... Oh, querida Lottie, ¿te traigo un vaso de agua?

–No, no –dijo Charlotte cuando pudo respirar de nuevo–. Sin embargo, puede que vaya a dar un paseo para tomar un poco de aire.

Se puso unas gafas de sol para protegerse de la suave luz otoñal y salió de la casa. Pero el barullo de los peatones y el traqueteo de los coches de caballos por la calle solo sirvieron para irritar aún más sus nervios. Pronto sintió ganas de correr y correr y no parar hasta estar en el campo, donde Jane Austen le aseguraba que un día era igual al otro, y no había piratas de ojos azules con espadas larguísimas.

Al recordar al capitán O'Riley, una extraña sensación eléctrica le apretó el estómago (o al menos una zona del cuerpo a la que por pudor llamamos estómago). Murmuró sin pensar, y un hombre que pasaba por allí tuvo que pegar un salto para agarrar el sombrero, que había salido disparado de su cabeza.

¡La vida había sido tan apacible antes de que ese molesto pirata irrumpiera en ella! Tan rutinaria. Tan excesivamente tediosa... no, un momento, "tranquila" era la palabra que quería decir. Y ahora estaba paseando por el Soho a una hora que por lo general reservaba para ocuparse de sus cartas de chantaje. Charlotte juró que en cuanto tuviera el amuleto en sus manos, compraría un boleto de tren para Hertfordshire. Si las aventuras sorprendían a una joven en su propia ciudad, ¡debía escapar de ellas con un buen viaje!

Una vez tomada esta agradable decisión, levantó la barbilla para afrontar el futuro con mejor ánimo, y enseguida bajó las cejas

frunciendo el ceño. Sin darse cuenta, se había encaminado de nuevo hacia el Museo Británico, donde se encontró con una extraña escena. Varias casas invadían la acera, pues a los piratas no les gustaba caminar si podían volar, y aterrizaban sus casas en los lugares en los que ocasionaban más molestias para los demás, y luego se quejaban si se les emitía una multa. En eso, se depositó entre las otras una vieja casita. Charlotte se quitó las gafas de sol para verla mejor.

Mientras que las otras eran casas de piratas, esta era una "casa piratesca". Las piedras parecían haber sido sacadas de un pantano humeante y raspadas por viejos y turbios fantasmas antes de ser colocadas en las paredes y las chimeneas. El musgo cubría el empinado tejado de pizarra y crecía entre muchas de las piedras. Se trataba de una construcción que realmente necesitaba tomar dos aspirinas y dormir bien. Charlotte quería darle una limpieza y colgar cortinas en las desnudas ventanas de marco blanco. Pero las marcas de quemaduras en la fachada y la chimenea rota sugerían que la casa se había enfrentado a algo peor que la desaprobación plimesca y había respondido a eso con ferocidad. En conjunto, recordaba a una antigua ave rapaz (por ejemplo, un halcón milenario) y Charlotte volvió a estremecerse al recordar la idea popular de que la casa de un pirata reflejaba su carácter. ¿Qué clase de vándala vivía aquí?

Justo entonces, un movimiento en una ventana llamó su atención. Había alguien detrás del cristal, abotonándose la camisa. La imagen de un pecho desnudo, lleno de músculos y marcado con una mancha de tinta negra hizo que Charlotte aguantara la respiración. Aunque no podía verle la cara, supo instintivamente que se trataba de Alex O'Riley. Esa certeza cantaba en su sangre y sus nervios, y le

provocaba más de esas sensaciones eléctricas que le hacían desear unas vacaciones urgentes en Rosings Park. Desvió la mirada.

El hombre terminó de abrocharse la camisa y procedió a metérsela en los pantalones. Charlotte se dio cuenta de que sus ojos habían vuelto a desobedecer una orden directa y los cerró con fuerza. Pero su sentido de la vista se resistió, y construyó la imagen de aquella piel desnuda en la oscuridad detrás de sus párpados.

Nunca había visto algo así, excepto en el frío mármol. Años atrás, había consultado los libros de ciencias naturales de la biblioteca de la casa Pettifer, y había descubierto que algunas páginas habían sido arrancadas. No le parecía digno proseguir la investigación en una biblioteca pública. Además, las estatuas clásicas le proporcionaban suficiente información para convencerse de que las especificidades físicas de los hombres no eran más que una tormenta en una taza de té.

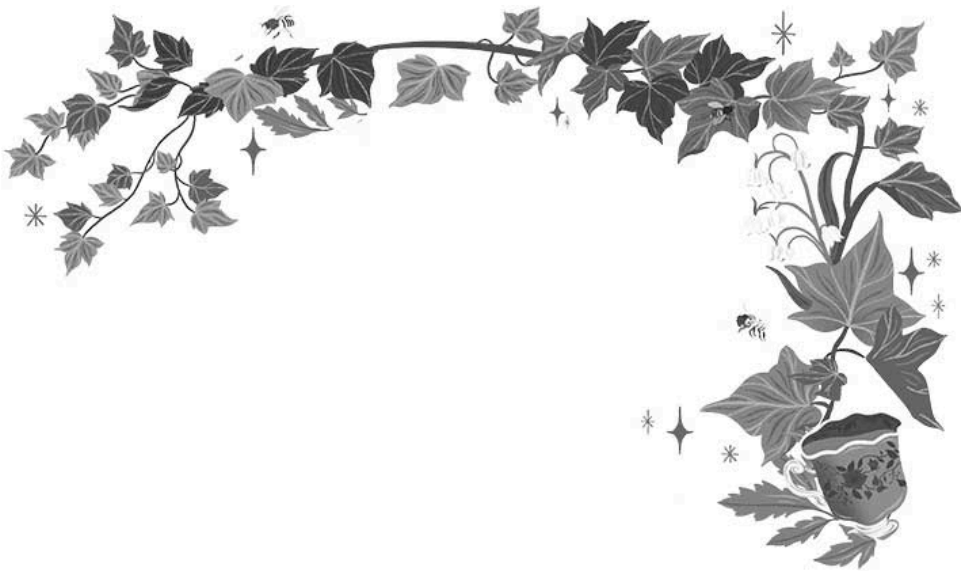
No podía entender por qué su pulso se aceleraba, y en lugares donde no se encuentra el corazón.

De repente, el hombre hizo una pausa mientras se acomodaba la camisa. Empezó a levantar la cabeza y, a medida que mostraba sus largas pestañas negras y una sonrisa torcida, Charlotte comprendió que se daba cuenta de que lo estaban observando y que en cualquier momento iba a verla.

La sonrisa se curvó y Charlotte se dio cuenta de que ya la había visto.

A pesar de que llevaba puestas varias capas de ropa, se sentía desnuda hasta el alma, que ardía de pudor. Se volvió bruscamente y marchó rumbo a su casa, con la intención de buscar un ejemplar de *Mansfield Park* y someterse a una severa reprimenda de Fanny Price.

Tan concentrada estaba en su marcha que no se percató de que el caballero de pelo claro la seguía desde la distancia mientras su nariz profería agudos ruiditos al olfatear el aire a su paso.



5

PERSONIFICACIÓN DEL ENEMIGO – UN MATRIMONIO POR INCONVENIENCIA – EL SEÑOR Y LA SEÑORA SMITH – UN DESACUERDO CULINARIO – EL DIVORCIO – SE ROBAN EL AMULETO – TODO ES INJUSTO EN EL ROBO Y EN LA GUERRA – SE ROBAN EL AMULETO OTRA VEZ – UN VIEJO ENEMIGO REGRESA

La estación, la escena, el aire de la mañana siguiente eran todos desfavorables para la ternura y el sentimiento. Charlotte frunció el ceño irritada mientras se dirigía de nuevo hacia el museo. La señorita Plim le había encomendado a la señora Pettifer que la ayudara a encontrar el orfanato de la Knightley Street a pie, consultando mapas o golpeando con una sombrilla en la cabeza a los empleados del Departamento de Urbanismo: así de decidida estaba

a encontrar a los huérfanos y darles de comer antes que esa mujer de Gloughenbury. La responsabilidad de robar el amuleto había quedado en las proféticas manos de Charlotte. Las hojas de té del desayuno habían prometido éxito, y la propia Charlotte había resuelto con determinación completar el trabajo. Tenía su maletín de documentos, su guion mental de conversaciones y su plan de salida, todo en orden.

Ningún jueguito pirata iba a detenerla esta vez.

Mientras caminaba, imaginando la apacible pradera de Hertfordshire en la que pronto estaría sentada admirando su amuleto (aunque fuera en una silla de respaldo recto, con una sombrilla encima para protegerse del aire fresco) se frotó la manga, el esternón, la cadera. Se había aplicado talco esta mañana y unas gotas de perfume de lilas que había sacado del tocador de su madre. Cecilia Bassingthwaite había olido a talco y a lilas. Es de suponer, sin embargo, que Cecilia Bassingthwaite se había acostumbrado al sarpullido que le causaban.

Y no sería raro que no le importara el agravante de un suave rizo cayendo por el cuello desnudo mientras que en Charlotte era muy probable que la volviera loca.

Además, si Cecilia Bassingthwaite tenía alguna estrategia para tolerar un corsé de encaje, Cecilia Bassingthwaite debería estar moralmente obligada a informar a otras mujeres de ello, antes de que decidieran llevar un vestido blanco, delicado, de encaje, rasposo y picoso, la mañana de un importante robo.

Así, con sueños y con picazón, Charlotte entró en el museo.

La exposición de Beryl Black se había reabierto a pesar del riesgo de incendio (y robo, libros dañados, estatuas rotas, traumas

emocionales) y Charlotte no había sido la única a la que se le había ocurrido llegar temprano. Al menos una docena de brujas se mezclaban con fastidio con una docena de piratas en una escena que se parecía a la sabana africana, pero con encajes y sonrisas educadas en lugar de pieles y dientes colmilludos.

Charlotte se detuvo para evaluar la situación. Vio cómo su prima Eugenia Cuttle-Plim arriesgaba su vida y sus extremidades para arrancar un hilo de la manga de la señora Rotunder. Otra pirata le estaba enderezando el broche de abeja de la señora Chuke en un acto equivalente a desenvainar las garras. Pistolas, espadas y alfileres de sombrero lanzaban reflejos bajo la luz eléctrica. Un movimiento en falso y veinticuatro leonas estaban listas para entrar en acción, y teniendo en cuenta que los únicos antílopes eran algunos empleados del museo temblando en los bordes de la multitud, el caos estaba garantizado. Charlotte sonrió de una manera que hizo que Bloodhound Bess, cuando la vio, se estremeciera y se alejara a toda prisa hacia el otro extremo de la sala.

Al divisar al curador de la exposición, Charlotte empezó a abrirse paso hacia él. Se cruzó con dos brujas que debatían sobre la etiqueta correcta para robar rubíes a una baronesa (¿antes o después de cenar?) y con un pirata de pelo blanco que les robaba perlas a las dos.

Pasó junto a Cecilia Bassingthwaite, enfundada en un vestido sencillo que se veía muy cómodo, que le susurraba a su marido, quien a su vez le acariciaba la espalda mientras la escuchaba con atención.

Sin querer, murmuró un hechizo, envió un busto de Erato volando por la habitación que aterrizó en la cuna que había pertenecido a Beryl Black, lo que o bien presagiaba un futuro encantador para la señorita Bassingthwaite y su marido, o bien fue pura casualidad.

Y por un momento horrible, que le paró el corazón, creyó ver a lady Armitage, la más loca y peligrosa de todas las piratas. Pero no era más que un pájaro casuario embalsamado que había sido incluido en la exposición porque Beryl había luchado una vez con él cuerpo a cuerpo hasta matarlo (o tal vez le había disparado desde lejos con un rifle Winchester, según si a uno le gustaban las historias interesantes o verdaderas).

El curador estaba en el otro extremo de la sala, acomodando otro de los vestidos de novia de Beryl, que habían puesto en lugar del destruido. Charlotte se preguntó si tendría un abdomen musculoso y tatuajes bajo su traje color café de tweed, pero la forma en que tragó saliva cuando ella se acercó fue tan poco atractiva que no sintió deseos de desnudarlo y averiguarlo. Esto venía a comprobar que lo que cuenta en un hombre es la calidad de su carácter, no el volumen de la fuerza bajo las mangas, ni el color cálido de la piel que convida sabor a sal en la lengua de una mujer cuando ella...

–¡Hola! –Su repentino y enérgico saludo hizo que el curador casi saltara de su piel, probablemente no tatuada–. No se alarme –le dijo–. No soy pirata, soy arqueóloga.

Él la miró con los ojos enrojecidos por la atención constante fruto de la desconfianza.

–¿Qué? ¿Otra más? He hablado con tres arqueólogos y un historiador en los últimos dos días.

–Alumnos míos –dijo Charlotte, tranquilizando al hombre con un gesto de la mano.

–¿En serio? Tanto el señor Jones como el señor Brown me dijeron que eran jefes de la Sociedad Arqueológica. El señor Jones-Joneson era mayor que mi abuelo. Y el señor Umblack tenía un documento que demostraba que dirigía el departamento arqueológico de la Universidad de Oxford (aunque yo sospechaba, ya que parecía haber una lista de las compras anotada en el reverso). El señor Umblack también olía a perfume floral y tenía grandes pechos, pero no soy quién para juzgar. Todos querían examinar el amuleto y a todos, independientemente de sus credenciales, se les negó el permiso.

Charlotte hizo una pausa para reflexionar. Luego sonrió.

–¿Entendió que le dije "arqueóloga"? Vaya, perdóneme, he dicho "arquitecta". Sí. Me llamo Anne Smith. Por supuesto, habrá oído hablar de mí. Hace poco recibí el premio de Arquitecta del Año otorgado por la, mmm, Sociedad de Arquitección.

Le tendió la mano y el hombre la estrechó sin convicción. Charlotte se esforzó por no hacer una mueca ni limpiarse la mano en la falda.

–No me interesa ningún amuleto –dijo–. He venido a entrevistarlo sobre la curaduría de esta exposición para un artículo especial que se presentará en nuestro próximo congreso. ¿Cómo se llama, por favor, para que pueda citarlo en mi presentación?

Un ceño fruncido comenzó a marchitar su expresión.

–¿Usted estudió arquitectura?

–Sí.

–Y es una arquitecta mujer.

–Sí.

–Ah.

Era evidente cómo el instinto lo urgía a considerar que eso no era cierto, pero su cerebro se dejó llevar por la confianza inquebrantable de Charlotte.

–¿Cómo está, señorita?

–Doctora –corrigió ella.

–¿Doctora en arquitectura?

–Así es. Años de educación, de lo más edificante. Permítame mostrarle mis credenciales. Puede que haya un pequeño error ortográfico, parece que arquitecta y arqueóloga se confunden a menudo, ja, ja, pero no le preste atención a ese detalle.

–Ja, ja –se rio el curador tímidamente, bastante abrumado. Charlotte intuyó que sería fácil manipular al hombre y se permitió un pequeño momento de felicidad, porque todo iba según lo previsto. Bueno, casi. Sería fácil fingir que dominaba la arquitectura y en unos minutos saldría del museo con el amuleto de Beryl en su poder y un lugar garantizado dentro de la comunidad mágica. Toma eso, Señorita Amada Cecilia Elegante Bassingthwaite.

Apoyó el maletín en la cadera y echó mano al pestillo.

–Hola, querida –dijo una voz masculina grave. Una mano cubrió la suya.

Y a partir de ahí, todo empezó a salir mal.

Charlotte miró asombrada a Alex O'Riley, pero no estaba demasiado perturbada como para hacer un comentario.

–¡Cómo se atreve, señor!

Él sonrió con simpatía.

–Lo mismo digo, mi querida.

–Ah, ahora tiene sentido –dijo el curador, suspirando de alivio mientras su mundo se volvía a acomodar.

–Doctor Smith, supongo –dijo, señalando a Alex con la cabeza–. Lo que convierte a la señorita en Doctora.

–¡Pedazo de...! –Charlotte trató de respirar para calmarse, pero no era fácil con los dientes apretados–. Soy la señorita Doctora Smith. –Y sacó la mano de debajo de la de Alex, provocando una fricción que chisporroteó en su piel. Él aprovechó para agarrar el asa del maletín.

–Suéltela –le exigió ella.

–Nunca –respondió él.

Forcejearon por la posesión del maletín mientras el curador los observaba nervioso. No era así como esperaba que se comportaran los doctores o los arquitectos (aunque tenía que admitir que se parecía bastante a su vida matrimonial).

–No entiendo –dijo–. ¿Quién de ustedes tiene un doctorado en arquitectura?

–Yo –dijo Alex con firmeza–. ¿Le parece que le mentiría yo?

El curador lo pensó. La masculinidad por sí sola sugería que era doctor, pero la falta de corbata, por no hablar de su colección de armas terroríficas, arrojaba algunas dudas. Tragó saliva y la nuez de Adán se le balanceaba como si temiera que alguien pudiera morderla.

–Doctor John Smith, a su servicio –insistió Alex–. Esta señora es mi querida dama.

Había hablado con normalidad, pero un sonido fuerte y repentino recorrió la sala como si hubiera gritado. Charlotte miró a su alrededor y vio que todo el mundo la observaba.

–¡Daga! –les dijo–. ¡Ha dicho "daga", no "dama"!

Los piratas y las brujas se miraron, unidos en ese momento bajo la emoción de un posible escándalo.

–Pero querida –dijo una abuelita de pelo inflado con un tatuaje de dragón en el brazo–, ¿cómo puedes ser su daga? Seguro que una daga es una metáfora caballeresca.

Varias personas soltaron una risita disimulada. Peor aún, Cecilia Bassingthwaite se estremeció con empatía. A Charlotte se le dio vuelta el estómago de la vergüenza. El hecho de que su madre y la señorita Plim no estuvieran presentes fue lo único que impidió que se extinguiera en una combustión espontánea.

Y entonces Alex le guiñó un ojo, como si la situación fuera divertida, no horripilante, no desordenada hasta el espanto, y no fuera con seguridad a alimentar chismes por todo Londres durante semanas. De repente, y por segunda vez desde que lo conocía, Charlotte perdió los estribos e hizo una tontería.

–¡Señorita Gloughenbury! –gritó con una voz encantadoramente agradable–. ¿No me dijo el otro día que la señora Rotunder pone la crema antes que la mermelada en sus scons? –Otro grito ahogado sacudió al grupo. El estado civil de Charlotte quedó en el olvido y la mitad de las damas se volvieron hacia la señorita Gloughenbury, asombradas de que una bruja conociera los hábitos culinarios de una pirata, y la otra mitad se volvió hacia la señora Rotunder por el pecado de ese hábito. Alguien desenvainó su espada.

–Inteligente –murmuró Alex.

Charlotte lo ignoró. Iba a volver a poner en marcha su plan... aunque la matara... bueno, no a ella, sino a alguien. Sería preferible que fuera a un irlandés con el pelo oscuro y un sentido del humor

sin escrúpulos. Volviéndose hacia el curador, levantó la barbilla con un gesto orgulloso.

–Le ruego que ignore a este hombre, señor. Está mintiendo, no es mi marido, es un pirata.

–Empresario aeronáutico –corrigió Alex.

Se oyó el sonido de metal chocando contra metal cuando la señora Rotunder y sus amigas tuvieron que defender su forma de preparar scons, pero ni Charlotte ni Alex se dieron cuenta, enfrascados como estaban en su propia guerra privada.

–Mi amor, te estás alterando demasiado –dijo Alex–. ¿Ves? Se te llenó la cara de rubor. –Pasó el dorso de un dedo por la mejilla de Charlotte, y al hacerlo convirtió su mentira en realidad–. Tienes que volver a casa a tomar una taza de té.

Ella se alejó un paso, luchando por no tocarse la cara que le había quedado con una sensación de hormigueo.

–No soy tu amor. Soy una famosa arque..., quiero decir, arquitecta. Soy una famosa arquitecta.

–Debería hacer lo que dice su marido, señora –le aconsejó el curador con una sonrisa condescendiente.

–¡No lo haré! –replicó Charlotte–. Es decir, reitero, no es mi marido. Es un granuja, un ladrón, ¡un bucanero!

–Empresario aeronáutico –corrigió el curador.

Charlotte inhaló bruscamente en un esfuerzo por reprimir su ira, por lo que el hombre pudo salir del trabajo aquella tarde en plena posesión de su pelo.

–Esto es una locura –declaró.

–Lo es –convino Alex, acariciándole el hombro de una forma que ningún marido se atrevería a hacerlo con su mujer–. Te advertí lo

que pasaría si te olvidabas de tomar las pastillas, cariño.

Se volvió hacia el curador.

–Me temo que la señora Smith se encuentra bastante mal. Es una historia trágica. Martilló un clavo para colgar nuestro retrato de boda el mes pasado y desde entonces la consume la obsesión de ser arquitecta. Me temo que quiere llevarse el amuleto para que nos sirva de aldaba.

–Madre mía.

El curador dirigió a Charlotte una mirada condescendiente que, si ella fuera pirata, le quitaría de la cara con la enérgica aplicación de sus nudillos. Pero no era una pirata, era una bruja. Y las brujas eran personas gentiles y dignas.

De repente, el hombre se puso bizco y empezó a tirar lo más discretamente posible de su ropa interior a través de la tela de sus pantalones.

–Vamos querida, dejemos al pobre hombre en paz –dijo Alex, tratando de apartarla–. Vamos a buscar tu medicamento y luego a la cama. Te arroparé bien, ¿no te gustaría?

Los distrajo brevemente una mujer que pasaba a empujones, con un largo cuchillo rasgando el aire de un lado a otro mientras insistía en la necesidad de colocar la crema debajo de la mermelada. Su compañero de conversación le respondió con un bastón rodeado de un alambre de púas. Desde algún lugar más lejos de ellos se oyó una leve explosión y unas plumas flotaron en el aire.

–Permítame comunicarle precisamente lo que me gustaría, capitán O'Riley –contestó Charlotte, separando los pies y presionándolos contra el suelo para que él no pudiera empujarla con facilidad–. Por

casualidad también tiene que ver con la medicina, o mejor dicho, con el veneno.

El curador, que seguía atendiendo a su retorcida ropa interior, dio un jadeo horrorizado.

–¡Cielo santo! Ya veo lo que quiere decir, señor Smith.

–No pasa nada –dijo Alex, sonando valiente–. He aguantado cosas peores. El otro día solo le pedí que repitiera una frase y me tiró una calabaza.

–Caramba.

–No es fácil, pero vale la pena. Cada vez que miro su adorable cara, mi bici... quiero decir, mi corazón se eleva.

Le sonrió con fingido cariño. Ella respondió con una mirada fría. Justo entonces, un puñal voló entre ellos y se incrustó y quedó temblando en un mapa que detallaba los viajes de Beryl Black. El curador se agachó con un chillido, levantando los brazos por encima de la cabeza.

Alex aprovechó la oportunidad para quitarle el maletín a Charlotte. Dio un paso atrás, con expresión sombría y triunfante.

–Considera esto una anulación, cariño.

Charlotte lo fulminó con la mirada.

–Eres la peor clase de...

Un trozo de madera en llamas chocó contra sus pies. Charlotte lo apartó de una patada.

–¡Gracias! –gritó alegremente un anciano caballero pirata, saltando para recuperar lo que en realidad era su pierna izquierda.

–… diablo –completó Charlotte.

–Pero un diablo que ha recuperado su maletín –dijo Alex–. Por favor pide perdón a los huérfanos en mi nombre.

–No, creo que mejor los compensaré –murmuró rápidamente, extendió la mano y el anillo de rubí del pirata voló hasta su palma. Con una sonrisa de satisfacción, se lo metió en el corsé. La expresión de Alex se volvió de golpe fría.

–Devuélvemelo.

Parecía realmente aterrador y un escalofrío recorrió el cuerpo de Charlotte. Pero no fue miedo, sino emoción. Nadie la había mirado de esa manera, inmune a su reputación como la bruja más poderosa de su época, y dispuesto a desmantelar por completo cualquier defensa que ella poseyera, si fuera necesario. Hasta la señorita Plim se había vuelto un poco cautelosa con ella últimamente. Alex O'Riley, sin embargo, estaba claro que no le tenía miedo. Encantada, le devolvió la mirada.

–Voy a meter la mano para buscarlo –le advirtió él.

–Lo intentará –dijo ella con complacencia. Se agacharon cuando un libro pasó volando por encima de ellos, y luego, cuando la señorita Gloughenbury lo golpeó con su caniche relleno y lo hizo volar de regreso. Charlotte se enderezó primero; Alex lo hizo más despacio, con los ojos ardientes bajo sus pesadas pestañas negras. Podría haber sido alarmante si la Elizabeth Bennet que Charlotte llevaba dentro no se hubiera reído al verlo.

–¡Señora Smith! –gritó el curador desde su montón de gente en el suelo–. Debe dejar que su marido la lleve a un lugar seguro. Estos piratas son peligrosos.

–No me dan miedo los piratas –se burló Charlotte.

–Debería –dijeron al unísono el curador y el pirata.

Ella suspiró. Era un sonido complejo, que contenía más consonantes de las que se oyen por lo general en el aire exhalado, y

los ojos de Alex se abrieron de par en par.

–No seas estúpida –dijo, pero ya era demasiado tarde. Él se vio de pronto flotando en el aire y luego atravesando la sala a una velocidad considerable. Terminó el viaje de repente contra una vitrina.

–¿Cómo lo hizo? –preguntó el curador con horrorizado asombro.

–Soy más fuerte de lo que parezco –respondió Charlotte–. Es el resultado de años de arquitecturar.

Se alejó a grandes zancadas, abriéndose paso entre mujeres que blandían espadas, golpeaban escobas y murmuraban conjuros. Los cuerpos saltaban a un lado abriéndole paso y las armas detenían su impulso natural y evitaban tocarla. La perfecta serenidad que solía sentir se veía tan sacudida como la risa en los ojos azules y burlones de un pirata, y de repente lo único que deseaba era tener el amuleto en la mano, en una habitación cerrada, con una buena taza de té en la mano y una galleta de jengibre para calmar sus nervios.

Los guardias del museo hacían sonar silbatos para pedir refuerzos; los piratas gritaban; las espadas chocaban con vibraciones que se expandían en aros sonoros. El mundo entero parecía palpitar. Charlotte miró hacia atrás y vio que Alex se había puesto en pie y empezaba a seguirla. Todos los demás permanecían ajenos a sus acciones, pero aunque el pirata la conocía desde hacía poco, parecía comprender lo que estaba a punto de hacer, tal vez porque había sido testigo de lo temeraria que podía ser cuando se le acababa la paciencia.

Ahora mismo, su pozo de paciencia parecía una zanja en el desierto africano al mediodía de un día de verano. Con una palabra que retorció en su lengua, envió un sombrero de mujer cubierto de

peonías a la cara de Alex. Pero lo vio quitarse el sombrero de encima y mostrar una sonrisa ardiente y oscura.

–*Concido, concido lente* –recitó Charlotte, aumentando su zancada hacia el pedestal que sostenía el amuleto de cristal. Mientras las palabras hacían su magia en el espacio intermedio, el guardia cayó hacia atrás, golpeándose contra el suelo. El silbato que tenía entre los labios chilló una vez y luego se silenció. Una pirata vestida de raso amarillo saltó por encima de él, balanceando su bolso de la correa mientras perseguía a una bruja que prefería sus scons al estilo Devonshire. Charlotte llegó al pedestal y apoyó una mano en la caja de cristal.

El amuleto, recostado sobre un cojín de terciopelo, brillaba como si dijera "Vamos, tómame". Para ser algo de valor incalculable, era bastante vulgar, solo un disco abultado de cristal parduzco enmarcado en metal que parecía más pintado de dorado que de oro. Estaba en una cadena de pesados eslabones que a Charlotte le recordaron, no sabía por qué, a hombres de pecho peludo pavoneándose en una pista de baile. Parpadeó y se concentró.

–*Discutio*.

La caja de cristal se hizo añicos.

Charlotte apartó instintivamente la mano de la explosión de vidrios. Un instante después estiró el brazo hacia el amuleto, pero una mano delicada, enguantada en encaje, llegó antes que ella.

–Muchas gracias –dijo Cecilia Bassingthwaite, sacando el disco. Con una breve y cortés inclinación de cabeza, se dio la vuelta, pasó por encima del aturdido curador y comenzó a correr hacia la puerta.

La conmoción nubló momentáneamente los sentidos de Charlotte antes de que la partiera un relámpago de furia absoluta. Lanzó

palabras contra la pirata. Cecilia tropezó y el amuleto se le escapó de las manos. Lo atrapó de nuevo, se levantó las faldas y siguió corriendo. Charlotte emprendió la persecución.

–¡El amuleto! –gritó alguien al darse cuenta.

Eugenia Cuttle-Plim pasó entre varias personas para agarrar el brazo de Cecilia. La pirata giró sobre sí misma y levantó el otro brazo en defensa propia, pero Eugenia le gritó una frase de hechizo en la cara. Cecilia retrocedió (menos por la brujería que por el hecho de que Eugenia había desayunado cebollas fritas) y la criada de la señora Chuke le robó el amuleto y se lo entregó a la señora Chuke. Antes de que la mujer pudiera dar un solo paso, la señorita Habersham, una joven bruja vestida con capas de frenéticos volados blancos, apartó a la criada, le dio una fuerte patada en la espinilla a la señora Chuke y se apoderó del amuleto antes de salir corriendo.

Charlotte se abrió paso entre la multitud, apartando a la gente de su camino. Había robado el amuleto con todas las de la ley (excepto el código expreso de la ley, claro) ¡Le pertenecía con todo derecho! Mientras la ira le ardía en la garganta, la regla intachable de no hacer magia en público se consumió, como le pasaría a ella misma si la pillaran y la procesaran por brujería pero no se detuvo a pensarlo. Con una frase rápida, se elevó varios metros del suelo y saltó hacia la señorita Habersham.

Aterrizó demasiado tarde. Alex O'Riley había llegado primero. Él levantó a la bruja llena de volados y la hizo girar de modo que su mitad inferior chocó con el abdomen de Charlotte. Fue como si la golpeara un pastel de crema, solo que con un par de rodillas en el interior. Charlotte se tambaleó y la señorita Habersham dijo una palabra que no era mágica, pero sí bien brujesca. Alex se rio. Le

quitó el amuleto, la dejó caer, ella rebotó en el armazón de su vestido y chocó de nuevo contra Charlotte.

–¡Alto, ladrón! –gritó Charlotte con furia impotente, tratando de quitarse de encima a la señorita Habersham y así poder perseguir al diabólico pirata. Alex no se detuvo, sino que le arrojó algo por encima del hombro. La señorita Habersham se agachó; Charlotte atrapó el objeto en el aire y frunció el ceño ante su familiar superficie de cuero.

–Diablos –murmuró, tirando el maletín a un lado. Se estrelló contra un busto de Euterpe, provocando una cacofonía de ruidos disonantes que, irónicamente, alcanzaron su crescendo cuando el busto de mármol chocó contra el suelo. Charlotte se liberó de los volados de la señorita Habersham, pero ya era demasiado tarde. Alex salió corriendo por la puerta...

Y cayó de bruces cuando una pierna calzada con una bota se estiró para hacerlo tropezar.

–Lo siento, viejo amigo –dijo Ned Lightbourne con languidez, agachándose para sacarle el amuleto de la mano a Alex. Se enderezó y se volvió para marcharse…

Y recibió un golpe en la cara con un gran bolso rosa.

–¡Toma esto, señor Luxe!

–Constantinopla –gimió Ned, tambaleándose.

La chica pirata giró sin propósito pero con un efecto dramático, le dio un golpe en las tripas y le arrebató el amuleto.

–¿Qué te parece este paso de baile? –Y huyó por el hall de entrada seguida por piratas y brujas.

Charlotte hizo girar a la señorita Habersham, empujó a la señorita Gloughenbury e hizo una mueca de dolor cuando alguien tiró del

sombrero para frenarla. Al otro lado del pasillo, Cecilia Bassingthwaite saltó por encima de la boletería y pateó hábilmente el amuleto de las garras de Constantinopla. Se elevó en el aire, brillando intensamente, y la multitud se detuvo. Todos los ojos se alzaron para observar la trayectoria. En ese momento, un joven entró en el museo con las manos en los bolsillos y el sombrero inclinado hacia un lado.

–¿Qué pasa? –preguntó a la asamblea general.

–¡Tom! –gritó Constantinopla–. ¡Atrápalo!

Los ojos de Tom se abrieron de par en par al ver que el amuleto volaba hacia él. Extendió ambas manos casi sin pensar, y se le sacudió todo el cuerpo de la sorpresa cuando el tesoro cayó sobre sus palmas. Se quedó mirándolo.

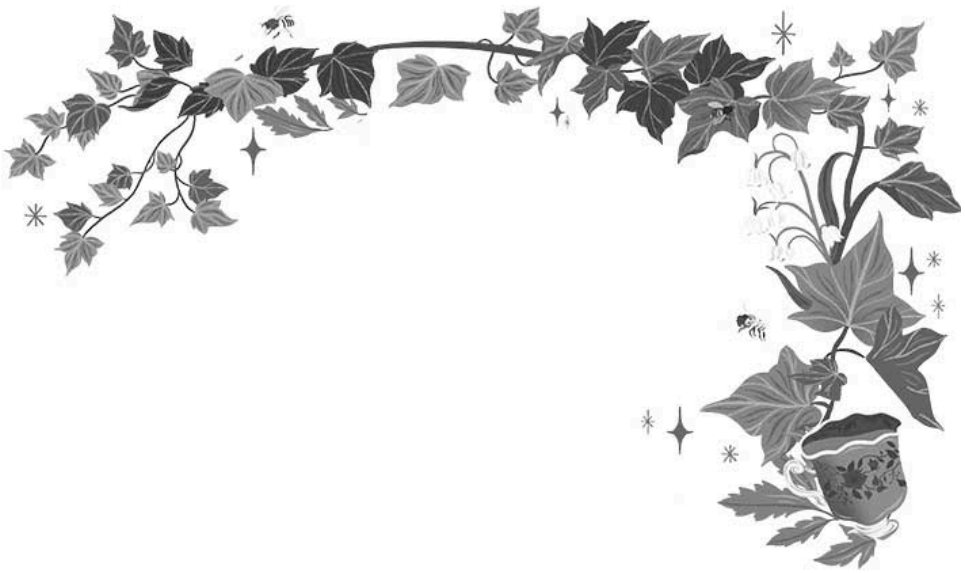
–¡Corre, Tom! –gritó Constantinopla–. ¡Corre!

Tom giró con obediencia y se dirigió hacia el exterior. Mientras corría por las escaleras del museo y hacia la explanada del frente, miró a la multitud que lo seguía. Y así fue como no vio la casa alta y estrecha que bajaba ante él. Ni se dio cuenta de que su puerta roja se abría.

–¡Tom! –gritó Constantinopla con voz aguda y frenética–. ¡Es lady Armitage!

Pero la advertencia llegó demasiado tarde. Tom entró corriendo en la casa y la puerta se cerró de golpe.

Piratas y brujas por igual se pararon en los escalones del museo, asombrados mientras la casa sinónimo del horror piratesco por excelencia se alejaba de la explanada y salía volando, llevándose consigo el amuleto de Beryl (y a Tom Eames).



6

PISANDO LOS TALONES – EL MAYORDOMO NO LO HARÍA – UNA IMAGEN INOPORTUNA – CHARLOTTE NO ES UNA ARAÑA – CÍRCULO CALIENTE – EL TÉ COMO ARMA – CHARLOTTE HACE LÍO – CUANDO UNA PUERTA SE CIERRA – ALEX SE RINDE

A la sociedad de piratas le divertía de vez en cuando enviar algunas decenas de mujeres a volar en casas aptas para la batalla. Chalets, mansiones, uno o dos castillitos... constituían un valiente espectáculo cuando se los veía juntos (es decir, una persona tenía que ser valiente para quedarse quieta y contemplarlos en lugar de salir gritando). Sin embargo, había un acuerdo general en que la casa de Alex O'Riley era una monstruosidad. No importaba que

también era la más rápida del cielo. Un verdadero pirata debía tener consideración por las apariencias. Por lo menos debía blanquear las paredes, arreglar la chimenea y someterse a la opinión superior de la Sociedad Wisteria en todos los asuntos, ya que ellos solo velaban por sus intereses.

Pero hacía muchos siglos que los ingleses venían diciéndoles esas cosas a los irlandeses, así que Alex se sentía cómodo ignorándolas. Le gustaba su casa. Le gustaba su rusticidad y que siempre oliera a lluvia de Donegal. Y lo que más le gustaba era cómo podía chocarla con la casa de la señora Rotunder cuando salían juntos de Great Russell Street y que aun así su magia no se debilitara mientras que el elegante chalet de la señora Rotunder se inclinaba bruscamente a estribor y solo la salvaba del derrumbe total la presencia de una oficina de telegramas.

(Hay que decirlo: la salvaba la campana).

Alex no se sentía culpable por esto. No solo significaba un rival menos en el aire, sino que en su propia banda de estribor Bloodhound Bess intentaba hacerle lo mismo.

Todos habían corrido a sus casas después de ver cómo se fugaba lady Armitage tanto con el amuleto como con un muchacho pirata, y no solo porque Constantinopla, la prometida de Tom, gritaba de la manera más irritante. El hecho de que un objeto de tal poder como el amuleto de Beryl hubiera caído en las garras de lady Armitage debía considerarse nada menos que un desastre. La mujer había asesinado a varios maridos y ahora no tenía otra cosa que hacer más que casarse con el resto del mundo, o arruinarlo, si podía. Por lo general, las damas de la Sociedad Wisteria no llegaban a muchos acuerdos pero las unía la creencia de que no se debía permitir que

Armitage tomara ventaja o de lo contrario sería intolerable en las fiestas. Además, los piratas eran constitucionalmente incapaces de dejar pasar las cosas.

Dos ancianas salieron corriendo hacia sus casas de batalla y a su paso empujaron a Alex y casi lo tiran al suelo. Pero mientras elevaba su casa y murmuraba la estrofa del encantamiento para ganar velocidad y giraba con maestría la gran rueda del timón de roble con una sola mano, Alex sabía que pronto se adelantaría a los demás. La casa de un pirata era su psiquis visible, decía el refrán. A Alex le gustaba la suya, pero al fin y al cabo no era más que una forma de desplazarse por el aire. La haría volar tan rápido como pudiera y, si se le caía algún trozo, bueno, había muchas piedras alrededor para repararla.

Y lo mismo respecto de su psiquis.

Además, estaba decidido a llevarse ese amuleto, y no solo por la cara que pondría Charlotte Pettifer, que no tendría precio.

La bruja era la única culpable de lo que le pasaba. Romper calabazas y lanzar musas era muy entretenido, pero no aportaba ningún beneficio real cuando las cosas despegaban, en sentido literal. Ahora bien, si hubiera sido una pirata, se habría sacado las hebillas del pelo (se detuvo un momento para visualizarlo) y le habría puesto una en la garganta mientras le exigía la llave de su casa. No se quedaría parada como las brujas en la explanada del museo, agitando los puños y sombrillas mientras los piratas levantaban casas a su alrededor y se alejaban a toda velocidad.

Alex no solía sentirse tan competitivo. Aparte de su amistad con Ned Lightbourne, su principal relación con la comunidad pirata hasta el momento había consistido en evitar a la comunidad pirata. Y solo

una vez en el pasado le había otorgado a una bruja algún espacio en su cerebro. Pero ahora mientras pilotaba su casa de combate sobre el Museo Británico y se dirigía hacia la casa de lady Armitage, que se iba haciendo más pequeña, no pudo evitar reírse, pensando en la Liga Wicken que quedaba atrás sin remedio.

–¿Le divierte algo, señor?

Alex giró sobre sí mismo, la espada desenvainada, y se irguió en un único movimiento rápido y automático incluso antes de completar el giro.

Su mayordomo se detuvo en la puerta de la cabina, esperando sin emoción alguna a que la memoria de Alex se reacomodara. Vestido con un traje negro bien planchado, el pelo negro impecable, traía una bandeja en una mano y una mirada profesional y desenfocada tras sus gafas. Era un hombre que no reconocería la diversión ni aunque llamara a la puerta y cuando él preguntara "¿Quién es?" le pegara en la nariz con un patito de hule. Era un año más joven que Alex pero parecía inefablemente mayor.

En la bandeja había una pistola con mango de ónice.

–No necesito una pistola –dijo Alex. Con un pequeño gesto de hombros volvió a envainar la espada y a centrar su atención en lo que veía por la ventana. La biblioteca de batalla de Cecilia y Ned volaba a su lado. Alex la miró pensativo. Era ~~probable~~ obvio que no podría golpear de costado la biblioteca de sus amigos pero volvió a murmurar la frase de la velocidad y la vivienda tembló al atravesar la luz, adelantándose a la otra construcción. A este ritmo, pronto alcanzaría a Armitage.

–Prepara el gancho, Bixby –le ordenó a su mayordomo.

–No estoy seguro de que un gancho sea apropiado en esta situación, señor. Podría dañar los muebles.

Alex frunció el ceño, tratando de entender lo que decía sin éxito.

–¿De qué hablas?

–Me refiero al huésped inesperado en su sala de estar.

Alex se volvió, con una mano aún en la rueda del timón y la otra en la cadera y frunció el ceño.

–Bixby, ¿secuestraste a otro protestante para poder debatir con él sobre la transubstanciación mientras yo estaba fuera?

–No, hoy no, señor. ¿Y me permitiría el atrevimiento de mencionarle que está a punto de chocar con una mansión?

Alex giró de nuevo hacia la ventana y, con una catarata de palabras y un tirón urgente de una palanca a un lado de la rueda del timón, inclinó la casa y la alejó de la residencia de la señora Dole. El único mueble de la cabina, un sillón raído con varios cuchillos y apliques de metal incrustados, se deslizó por el suelo. Alex se fastidió, pues la magia estabilizadora debería evitar estas cosas. ¿Habría estado tan ocupado regodeándose con las brujas que había recitado mal la estrofa?

Molesto consigo mismo, volvió a murmurar la estrofa para estar seguro y luego hizo un gesto con la mano para que Bixby se retirara.

–No tengo tiempo para esto. Enciérralo en el ático y me ocuparé de él más tarde.

–Ya le sugerí ese curso de acción a la dama, y lamentablemente se negó. Se sentó en el sofá, y cada vez que me acercaba para reubicarla, se levantaba de nuevo –varios pies en el aire– con sofá y todo.

Esta noticia fue narrada con la máxima desaprobación posible en la mínima entonación posible. Alex cerró los ojos con cansancio.

–Déjame adivinar. ¿Pelo del color de la miel silvestre, ojos encantadores y tiene la presencia de un rifle apuntando a su objetivo y a punto de disparar?

–No entra en mis funciones comentar la calidad de los ojos de las damas –respondió Bixby–, pero, efectivamente, tiene el pelo rubio rojizo.

Alex suspiró.

–Toma el timón, Bixby. Yo me ocuparé de nuestro polizón.

–¿No está usted inmerso en una acalorada persecución, señor?

–Sí, en más de una dirección, parece.

–¿Cómo dice, señor?

–No importa. Solo siga a esa casa a toda velocidad.

–A toda velocidad. –El mayordomo lo hizo sonar como si Alex le hubiera pedido lavar a mano la ropa interior de su abuela.

–Si alcanzas esa casa, hay un plumero nuevo para ti.

–Hurra –proclamó Bixby sin emoción.

Alex cogió la pistola y se la enfundó en la cintura, luego inclinó la cabeza hacia la rueda del timón. Bixby no suspiró, pero toda su postura, y la forma en que se metió la bandeja bajo el brazo, exudaban una sufrida desaprobación. Se acercó a la rueda del timón, entonando sonoramente la frase piloto mientras avanzaba, y por un momento la construcción pareció prestar atención como un lacayo que sabe quién manda en una casa.

Alex lo dejó a cargo de la conducción. Por el pasillo mientras pasaba junto a cajas de azúcar que esperaba introducir de contrabando en Irlanda, trató de calmar el tumulto de pensamientos

que abrumaban su mente. ¿Cómo había entrado Charlotte Pettifer en la casa? ¿Y cómo podría volver a sacarla, teniendo en cuenta que estaban en plena persecución a cientos de pies del suelo? Podía arrojarla por la puerta, pero sin duda ella volvería volando en esa pequeña escoba metálica y lo molestaría golpeando las ventanas. Con suerte, se desmayaría al ver el desorden en su salón. Por otra parte, tal y como le iban saliendo las cosas, probablemente le daría una bajadita de párpados con esos ojos verdes ahumados y sería él quien se desmayaría.

Ja, no lo decía en serio, por supuesto. Él no le tenía miedo a una bruja que apenas le llegaba a la barbilla.

Incluso si ella estaba de pie en medio de la sala de estar con una pistola en una delicada mano enguantada apuntándole directamente.

No, miedo no, pensó Alex mientras la miraba. Ni se sentía en modo alguno perturbado.

Le faltaba el sombrero y tenía el pelo suelto. Le caía por los hombros y la espalda en abundancia de finas y suaves ondas que parecían estar gozando de libertad por primera vez en años y la estaban aprovechando al máximo. Alex luchó contra una súbita y extraña compulsión de recoger aquel pelo entre sus manos y...

–Deténgase ahí mismo, por favor –dijo ella con ironía, haciendo que los pensamientos de Alex chocaran entre sí: pistola, pelo, un cuello tan elegante, sí pero pistola, cuello otra vez, ¿crees que te dispararía si intentaras lamer...?–. Le he dicho que se detenga –reiteró ella, sosteniendo la pistola un poco más arriba, y Alex se dio cuenta de que había seguido caminando hacia ella. Se detuvo, pero

su sonrisa continuó acercándose a su zona de confort. Ella dio un paso atrás.

–Tengo una pistola –dijo, sin ninguna necesidad.

–¿Y no tienes miedo de usarla? –adivinó él.

–Sí, tengo miedo de usarla. Pero eso no me lo impedirá, si se acerca más.

–Te creo –le dijo y levantó ambas manos para demostrar que no era una amenaza–. ¿A qué debo el placer de esta visita?

–Lo sabe perfectamente. Pretendo recuperar mi amuleto robado.

Enarcó una ceja.

–¿Así que tu amuleto, dices? He oído hablar de la reencarnación, pero siempre pensé que si Beryl Black volvía a la vida sería en forma de tarántula, no como una chica londinense que ni siquiera sabe quitar el seguro de una pistola antes de apuntarle a alguien.

Ella miró con frialdad su sonrisa, pero su rostro empezaba a calentarse. Alex no podía decidir si se debía a la ira o a la vergüenza, y de repente se preocupó, porque es cierto que era un granuja y podía hacerla caminar por la tabla y saltar al mar pero nunca quiso hacerle daño de verdad. Su madre lo habría educado mejor si hubiera vivido más y no hubiera muerto cuando él tenía cinco años. Más por instinto que otra cosa, dio medio paso hacia delante, con una disculpa en su boca.

La señorita Pettifer soltó el seguro y se echó el pelo hacia atrás. Él también empezaba a calentarse. Sus miradas se cruzaron.

Ah, dijo el cerebro de Alex, borrando la disculpa. *Así que era ese tipo de calor*.

Parecía que había chispas en el aire. Alex no podía quedarse quieto, pero no quería correr el riesgo de precipitarse. Dio un

cuidadoso paso al costado.

Ella hizo lo mismo en la dirección opuesta.

–Soy la verdadera heredera espiritual de Beryl Black, profetizada por generaciones de brujas –dijo–. Por lo tanto, el amuleto me pertenece con todo derecho.

–Generaciones, ¿eh?

A Charlotte se le tensó la mandíbula.

–Bueno, dos generaciones. Pero el principio es el mismo.

–Me parece justo. Pero me temo que no encontrarás ningún amuleto en esta casa, querida. Él dio un paso; ella dio un paso y caminaron en círculo.

–Dudo que pudiera encontrar un elefante en esta casa –replicó ella– teniendo en cuenta el desorden.

Alex sonrió. La habitación estaba atestada de cajas, tesoros, montones de lona, todo el rejunte habitual de un pirata activo. Al dar otro paso tuvo que apartar de un puntapié una vieja funda de pistola. Ella tuvo que esquivar una caja de copas de oro. Lo único que le daba a ese lugar el aspecto de un hogar era un sofá y una mesa baja de madera, aunque ambos encontraban muy difícil cumplir su función, ya que estaban cubiertos de libros, platos y ropa sucia. Y solo la estatua de mármol pintado de la Virgen María, con el rosario de su madre alrededor del cuello y atornillada a una pequeña repisa a media altura de una pared, estaba limpia y brillante.

–¿Por qué tiene un mayordomo si no lo deja ordenar su casa? –preguntó Charlotte, arrugando la nariz porque había pisado un plato sucio–. Ni fregarla... ni desinfectarla... o tan solo quemarla hasta los cimientos.

El corazón de Alex se llenó de rabia pero respondió con perfecta indiferencia.

–Veo que has estado hablando con Bixby. Es mi mayordomo porque es cinturón negro de karate, puede matar a un hombre de siete maneras con un sombrero bombín y hace el mejor estofado de cordero en este lado del mar de Irlanda. Si quiere gastar su energía en limpieza, tiene que hacerlo en sus propias habitaciones. Esta es una casa de batalla en plena actividad, no una mansión de cuento. Tuvimos cabras aquí la semana pasada, y un ministro del gobierno como rehén la semana antes de esa, si quieres saber lo mugriento que se puede llegar a poner.

–Me aseguraré de descontaminarme más tarde. Pero por ahora necesito que me lleve en busca de lady Armitage, para que pueda recuperar mi amuleto.

–Es cierto que justo estoy yendo en esa dirección. Pero, por desgracia, las brujas no son bienvenidas en mi casa.

Dichas esas palabras, una punzada de viejo y venenoso odio encendió sus instintos, y tuvo que apretar los dedos en un puño para no tocar las cicatrices que le dejó cierta bruja que se había metido en su casa, en el corazón de su familia, hacía unos veinte años.

–Pero no te preocupes –le dijo, apartando el recuerdo con la brutalidad que le era habitual–. Tengo el lugar perfecto en el que puedes esperar hasta que aterricemos y pueda desalojarte. Bonito y ordenado, aunque sin linda vista, me temo.

–Habla de un armario –dijo ella con notable perspicacia.

–Hablo de un armario –confirmó él.

Los ojos, que se miraban con fijeza, aún brillaban. Si el aire entre ellos se calentaba un poco más, Alex temía que su casa, o al menos algo de ella, ardiera en llamas.

–Capitán O'Riley, parece tener la impresión de que usted tiene autoridad en esta situación –dijo la bruja–. Mi arma, sin embargo, le gana a su opinión.

–Pero solo tendrás tu arma durante los próximos segundos –le respondió con calma.

–Dispararé si se acerca.

–¿Lo harás? –No le dio tiempo para mentir–. Yo no me moveré. Smithson te la quitará.

–¿Smithson?

–Detrás de ti.

Charlotte entrecerró los ojos y Alex enseguida adivinó lo que estaba pensando. Casi seguro que no había nadie detrás de ella, y si giraba para mirar, quedaría vulnerable frente a él. Pero "casi seguro" dejaba lugar para la duda, y la duda era algo peligroso cuando se trataba de piratas. Alex se encogió de hombros despreocupado, sonriéndole a algo, o a alguien, justo por encima del hombro de Charlotte.

Ella giró.

Apuntó a la nada.

Él le quitó la pistola y le dobló el brazo detrás de la espalda antes de que pudiera darse cuenta de que había tomado la decisión equivocada. La apretó contra su cuerpo y envolvió una pierna alrededor de la suya para que ella no pudiera desplegar esos interesantes zapatos-armas.

Pero cuando el calor de Charlotte se esparció por su cuerpo, el olor fresco y limpio del pelo ablandó su lucidez, y el armazón de su vestido apretó y aniquiló su conciencia física, Alex olvidó la parte más peligrosa.

Apenas oyó el susurro cuando una caja de té se estrelló contra él.



Charlotte pegó un saltó cuando la caja golpeó el hombro del pirata. Alex se tambaleó, gruñendo de dolor. Ella se apartó de un tirón, pero él la agarró de nuevo.

–No te molestes. No hay dónde…

–¡*Aereo rapido*!

Salieron volando varios mapas como gansos silvestres, ásperos y excitados, y le pegaron en la cara. Él la soltó para defenderse y Charlotte corrió hacia el vestíbulo que conducía a la sala del timón. Si lograba entrar y trabar la puerta, podría usar sus artimañas femeninas (por ejemplo, brujería, zapatos-armas, escoba multifacética) para conseguir la ayuda del mayordomo.

De repente, su plan y su cuerpo se detuvieron. Alex había tomado el lazo de su ridículo vestido y mientras Charlotte maldecía a Cecilia Bassingthwaite y su mala idea de la moda, la empujó contra él.

–¿Cómo se atreve...? –empezó ella, pero él le tapó la boca con la mano.

Charlotte se quedó paralizada (literalmente) por la grosería de aquel hombre. Todo esto podría haberse resuelto con más amabilidad si él le hubiera ofrecido una taza de té y un asiento cómodo mientras ella asaltaba su casa. El que no lo hubiera hecho

demostraba lo sinvergüenza que era, y ella se aseguraría de escarmentarlo mediante sermones o un atraco moralista cuando tuviera la oportunidad.

Por ahora, sin embargo, no tenía ni idea de qué hacer. La apretaba con tanta fuerza que ni siquiera podía forcejear. Los tacos repiquetearon contra el polvoriento suelo de madera cuando él se puso a arrastrarla por la habitación. Nunca en su vida había hecho más que estrechar la mano de un caballero. Tener sus brazos alrededor de ella, su palma apretada contra los labios, era... era...

¡Inaceptable! ¡Atroz! ¡Asqueroso! No, más que eso, ¡era repugnante!

Las heroínas de Jane Austen, cuando les rogó ayuda, le devolvieron un silencio cargado de desconcierto. A menos que él tratara de proponerle matrimonio, ellas no sabían cómo podría derrotarlo.

–Siento todo esto –dijo de buen talante–. No me llames desalmado. Después de que haya recuperado el amuleto, tal vez te permita que lo mires antes de que te lleve de vuelta a casa.

–¡Mfmp! –Para que conste, ella le estaba diciendo algo mucho peor que desalmado.

–No temas, aterrizaré la casa antes de lanzarte al vacío.

Ella intentó morderle la mano.

–Probablemente –se corrigió él.

Charlotte sintió el sabor a sudor y a su propia magia amarga. Maldijo la dulzura de la literatura femenina que la había dejado tan desprovista de educación en la violencia con respecto a los hombres…

Y entonces, brotó Amy March desde el fondo remoto de su imaginación, con un manuscrito en la mano y una sonrisa afilada en el rostro.



Alex echó una maldición cuando la mujer de pronto se desvaneció en sus brazos. ¿La había herido? No había sido su intención, solo quería asegurarse de que no destrozara la casa con su maldita voz brujeril.

–¿Señorita Pettifer? –preguntó. Ella no respondió (y, claro, él le estaba tapando la boca). Tal vez se había desmayado por eso. Tenía los ojos cerrados, el rostro de huesos finos estaba muy pálido, y si él no la hubiera estado sosteniendo, se habría caído al suelo. Preocupado, la levantó, con la intención de llevarla en sus brazos hasta el sofá. Pero cuando la soltó un poco para levantarla, ella se liberó del todo.

Él frunció el ceño.

–Tú...

Si esto iba a ser una declaración de alivio o una maldición deberá permanecer indeterminado, porque Alex no pudo decir nada más antes de que ella se levantara la falda, girara y le diera una patada enérgica y angulada en la pierna.

En ese momento, Alex descubrió que Charlotte llevaba botas altas hasta la rodilla, y que esas botas tenían tachones metálicos. Se habría emocionado mucho si no se estuviera retorciendo del dolor.

Charlotte debió haber salido corriendo. Pero se demoró demasiado. Mientras tomaba una ballesta rota de la pila

desordenada contra la pared y se preparaba para golpearlo, Alex se abalanzó sobre ella, le agarró la mano y se la apretó con fuerza hasta que la hizo soltar la ballesta. Aterrizó en uno de sus pies y provocó una pequeña explosión de chispas.

–¡Ay! –gritó, más por la furia que por el dolor. Pero Alex no tuvo piedad. Cuando ella perdió el equilibrio, la llevó hacia él y la levantó, por encima del hombro.

–¡Bájame! –exigió ella, pataleando impotente dentro de las capas de sus faldas mientras él cruzaba con ella en alto la habitación–. Bájame de una vez o...

La bajó. Pero su brazo todavía la rodeaba, sostenía su cuerpo, cerca, tan cerca, tan suave y delicioso, como en un sueño. *No*, se dijo, *qué pesadilla espantosa*. Ella lo miró con el ceño fruncido a través de una maraña de pelo, con chispas brujeriles en los ojos.

Alex sonrió.

–Me temo que nuestra habitación de huéspedes es un poco chica –dijo, y alargó la mano para abrir la puerta del armario.



–*Reciprico* –espetó Charlotte, y la puerta se cerró de golpe.

El capitán O'Riley, por su parte, soltó un par de palabras que no era necesario traducir a latín para darles fuerza. Charlotte se estremeció. Apretada de cuerpo entero contra Alex, no solo oyó esas palabras..., sino que las sintió vibrar en sus huesos y calentarle aún más la sangre.

Se miraron y sus miradas chocaron como espadas. Él levantó la mano hacia su boca, ella murmuró rápidamente, y fue una carrera

que perdieron los dos, porque él la silenció a mitad de la frase, pero ella consiguió formular lo suficiente para hacer alguna diferencia. Una jaula de mimbre vacía se elevó en el aire y salió disparada hacia ellos.

Alex giró y se encorvó sobre ella de modo que la jaula se estrelló contra su espalda. Fue un acto casi digno de Darcy, proteger a Charlotte de las consecuencias de sus propias decisiones iracundas, y ella podría haberse impresionado, y hasta sentirse un poco mal por lo que había hecho, si no hubiera sabido que todo era culpa de él. Él se enderezó, gimió un poco y ella le dio una patada en la espinilla.

Él la empujó con fuerza contra la pared. El impacto encendió los nervios de Charlotte y concibió palabras mágicas en su cerebro. Las murmuró contra la barricada de su mano y, aunque estaban amortiguadas, la puerta principal se abrió de golpe. El viento entró rugiendo en la casa. Charlotte sintió el rugido de su magia. Siguió conjurando contra la piel del pirata y empezaron a volar pequeños objetos. Se le revolvió el pelo.

Esto sí que era brujería, pensó entusiasmada. No importaba robar maletines. Esto era robar el cielo.

Se vio reflejada como una llamarada en los ojos de Alex. Inhaló su aliento caliente y furioso y quiso más.

Se miraron fijamente.

La casa empezó a oscilar mientras la brujería chocaba con el conjuro de vuelo. El sofá se levantó en el aire y las ventanas se abrieron de par en par. Charlotte se preguntó por qué nunca se había fijado en el filamento de oro en el ojo izquierdo del pirata.

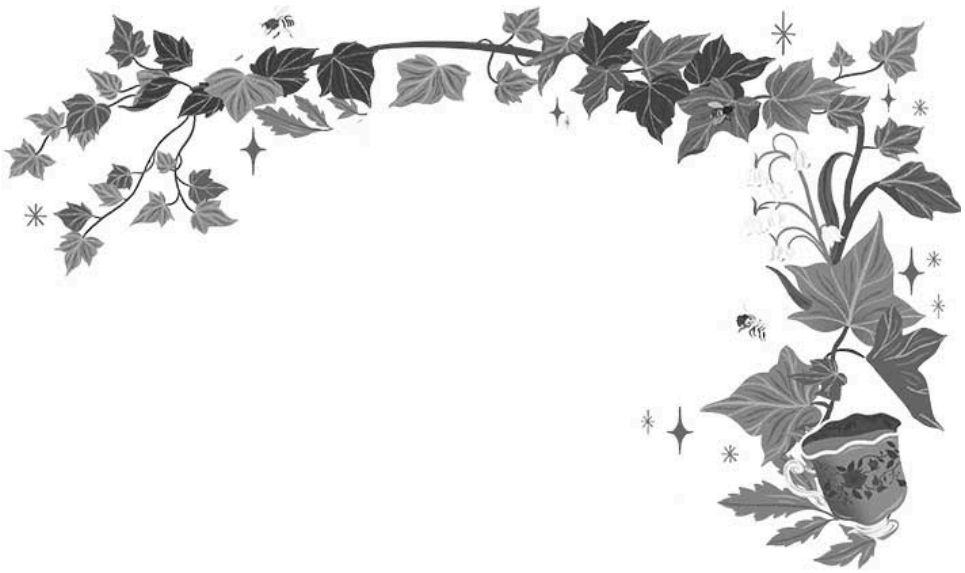
Alex le quitó la mano de la boca, llevándose todas sus palabras con ella. Le apartó el pelo de la cara. Una espada pasó haciendo

espirales junto a ellos y una botella se estrelló contra la pared. El pirata respiraba como si hubiera corrido una milla pero Charlotte sintió que su propia respiración agitada empezaba a calmarse. Una quietud sensual y pesada se apoderó de ella, aunque el mundo se había vuelto loco.

Alex bajó la cabeza. Charlotte levantó la suya.

Sus labios se tocaron.

El suelo tembló.



7

CASTIGADO – MALAS PALABRAS – PREGUNTAS PELIGROSAS – SOLO UN PINCHACITO – BIXBY OPTIMIZA LA BÚSQUEDA – UNA PROPUESTA DE MATRIMONIO – UN NEGOCIO DIVERTIDO – PERFUME DE MUJER

Los besos son una tontería. No aumentan el placer del pensamiento racional y los inconvenientes que ocasionan suelen ser considerables. Por eso Charlotte se alegró, ¡mucho!, ¡no podría haberse alegrado más!, cuando el aterrizaje de la casa hizo que Alex se alejara de ella a los tropezones antes de que el beso diera comienzo.

–¿Qué demonios?

Alex miró a su alrededor y parpadeó ante el desorden de la habitación, las ventanas batientes y la puerta de entrada abierta. Por la sorpresa en su cara, Charlotte se dio cuenta de que no se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

–¡Pelusa! –maldijo (en realidad era una palabra mucho más potente que pelusa, pero el cerebro de Charlotte decidió que ya había tenido bastante por un día y se apiadó de ella). Sin siquiera volver a mirar a Charlotte, Alex cruzó la habitación dando patadas a los libros y a las herramientas desparramados a su paso y desapareció por el pasillo que conducía a la cabina.

Charlotte respiró hondo y con dificultad. Sentía que tenía la garganta repleta de cenizas. Le dolían los ojos como si la hubieran quemado. Nunca la magia la había dejado así. La intensidad la asustó tanto que respondió a lo bruja, barriéndolo todo, junto con la autorrevelación de que casi había besado a un hombre. Empaquetó todo con cuidado y lo puso en orden alfabético en un estante mental. Esto volvió a dejar su cerebro tranquilo y ordenado. En su lugar llegaron preguntas serenas, que se limpiaron los pies antes de entrar hablando en tono tranquilo: *¿Dónde puso mi pistola el capitán O'Riley? ¿Qué debo hacer ahora?* y *¿Tengo tiempo de cepillarme el pelo?*

Era evidente que encontrar el arma en el desorden de la sala del pirata sería imposible, y con toda seguridad se arriesgaba a una infección bacteriana si lo intentaba. Entonces, se alisó las faldas y se arregló el pelo lo mejor que pudo, hasta que sintió que la calma la embargaba otra vez. Entonces se dirigió con cuidado hacia la puerta principal y se asomó.

Se habían posado en un jardín. Eso era tranquilizador. Menos tranquilizador era el hecho de que era un jardín en una azotea.

Y el borde del techo estaba a escasas pulgadas.

Charlotte se tragó una palabra que podría haberlos condenado. Pasaron volando una casa de verano y una cabaña. De la casa salieron unos sonidos como si alguien hubiera tocado la bocina.

Charlotte resopló pues sintió un inexplicable sentimiento de fastidio. Pero no había nada que hacer, salvo ver cómo las otras casas suprimían la ventaja que había logrado la casa de Alex. Cerró la puerta, eligió con cuidado otro camino por la sala de estar, hacia la cabina esta vez.

Ahí estaban discutiendo Alex y su mayordomo.

–No deberías haber aterrizado aquí –decía Alex, con una mano en la empuñadura de su espada mientras le ponía cara de enojado al mayordomo. La expresión de desaprobación aburrida de Bixby impresionó tanto a Charlotte que tomó una nota mental para ver cómo podría imitarla.

–O aterrizaba en este tejado o aterrizaba en el nuestro –respondió el mayordomo con calma.

–Estás exagerando. Estábamos un poco inestables, ¿y qué?

Bixby se limitó a girar la cabeza para mirar el sillón, que estaba ahora apoyado boca abajo contra la pared. Alex apretó la boca irritado.

Luego vio a Charlotte y el enfado se extendió por su rostro hasta los ojos y su respiración. Hasta el pelo parecía molesto por tener una mano tirando de él.

–Sigues aquí.

–Sí –contestó Charlotte con toda la dignidad posible, teniendo en cuenta que hacía unos momentos casi había rendido esa dignidad bajo esos labios–. Podría bajar desde el tejado de una casa de cuatro pisos si lo intentara, pero aún no tengo el amuleto en mi poder y por lo tanto no voy a ninguna parte. Y hablando de todo un poco, ¿por qué no lo estamos persiguiendo nosotros?

–¿Nosotros? –respondió Alex–. "Nosotros", señorita, somos dos hombres que estaban atendiendo sus negocios de dudosa reputación con total tranquilidad hasta que fuimos secuestrados. "Nosotros" no incluye a una bruja entrometida cuya magia casi hace que nos estrellemos.

(Charlotte se rio con sarcasmo, sobre todo porque era cierto).

–Nosotros...

–Nosotros –intervino Bixby, lanzando una mirada reprobatoria a su empleador– estábamos discutiendo acerca de cómo reanudar la persecución. Señorita Pettifer, ¿le apetece una taza de té mientras espera?

–¡¿Esperar?! –exclamaron Alex y Charlotte a coro, consternados.

–Soy un pirata, yo no espero –dijo Alex.

–Mi amuleto se está escapando –añadió Charlotte.

–Me permito sugerir que ya se ha ido –le dijo Bixby–. Ya nos han pasado siete casas y lo que parecía ser una boletería. Ni siquiera esta casa puede ir lo bastante rápido como para pasarlos a todos esos.

–Mierda –Alex se revolvió el pelo de nuevo mientras miraba por la ventana.

Bixby frunció la boca.

–Hay una dama presente, señor.

–Soy consciente –replicó Alex–. Ella es la razón por la que estamos en esta situación de mierda.

Charlotte se erizó.

–No lo estaríamos si hubieras hecho lo caballeresco y me hubieras permitido tener completa autoridad sobre tu casa de batalla.

–Señora, le aconsejo que no pida un "comportamiento caballeresco" de un pirata calavera a menos que esté preparada para aceptar todas las consecuencias.

–Señor, si usted es realmente un calavera, entonces yo soy una ordeñadora.

Se volvió hacia ella con ojos que brillaban amenazantes.

–Acabo de besarte –le dijo, y su voz sonó como un beso.

–¡Claro que no! Una breve y temporal conjunción de labios no equivale a un... –e hizo una pausa, porque casi besar a un pirata era una cosa, pero hablar de ello representaba todo un nuevo nivel de incorrección–. Si cree que sí, señor, solo puedo compadecerme de su futura esposa.

Alex dio un paso ágil hacia ella. Ella se mantuvo firme, ladeando la boca en una sonrisa.

–Disculpe –intervino el mayordomo antes de que una bola de fuego apareciera de repente en la azotea de una casa londinense. Charlotte y Alex dirigieron su atención hacia él, pero él ni siquiera pestañeó–. Igual dudo que llegáramos a alcanzar a lady Armitage. Nos llevaba demasiada ventaja.

–Entonces, no es cuestión de velocidad, sino de inteligencia –respondió Charlotte.

Los dos hombres la miraron fijamente, con los ojos oscuros y la mandíbula dura y tensa. Ella sintió una repentina e inusual sensación

de ansiedad pues notó que, en su prisa por conseguir el amuleto, se había puesto sin chaperón en compañía de un notorio canalla y de su mayordomo asesino. Ni siquiera volar en bicicleta en público rozaba el escándalo que esto representaba. Sería su fin si alguien se enterara, y lo que es peor aún, la tía Judith suspiraría con Decepción.

El comportamiento femenino adecuado en este punto sería no decir nada más, salir de la habitación y encerrarse en el armario. Charlotte no necesitaba consultar una novela de Jane Austen para saberlo. Tenía una única opción. Respiró hondo, se echó el pelo hacia atrás, levantó la barbilla y se dirigió al timón de la casa.

Los hombres la observaron, incrédulos. Entre la rueda y la ventana, había una superficie inclinada llena de mapas. A pesar de que ninguno le ofrecía a Charlotte algo que ella pudiera entender, se puso a golpear uno con determinación.

–Puede que yo sea una simple chica de Londres –dijo–, pero hasta yo sé que se puede trazar una tractoría…

–Trayectoria –corrigió Alex.

–… para determinar el curso probable de la presa.

–Y esto es algo que aprendiste en clase de bordado, ¿verdad?

Charlotte no se dignó mirarlo.

–Es algo que se enseña a toda persona filántropa. Planificación. Predicción. Las sutilezas del arte.

–Filántropa –repitió Alex.

–Gestora independiente de la redistribución de la riqueza –aclaró ella.

–Ah. Ladrona.

–¿Quieres escuchar o no?

Alex se encogió de hombros.

–No. Pero no resoples…

–¡¿Resoples?! –Charlotte, por desgracia, resopló.

–Admitiré que tu idea tiene sentido. Armitage tiene que aterrizar tarde o temprano, y quizá podamos llegar antes que ella, o al menos antes que los otros piratas, si encontramos una ruta más corta. La cuestión es, ¿a dónde?

–Si me permite un momento, señor –dijo Bixby y se dirigió hacia una serie de cajones ordenados alfabéticamente en el mueble de la cabina de conducción, abrió el de más arriba y sacó una carpeta llena de papeles, que procedió a leer.

–Deberías irte a tu casa –le dijo Alex a Charlotte–. En serio, sé que quieres ese amuleto, y valoro tu determinación, pero esto es un asunto peligroso, no apropiado para una dama. Por favor, compréndelo, solo pienso en tu seguridad cuando...

El filo delgado y extremadamente afilado del estoque en su garganta le impidió pronunciar más palabras.

–Tal vez deberías pensarlo de nuevo –sugirió Charlotte con calma, moviendo la empuñadura para que la punta del estoque le arañara la piel.

Él sonrió. Sus ojos se volvieron pesados con una expresión que Charlotte no reconoció pero su cuerpo sí pareció hacerlo. Casi podía sentir el pulso de Alex latiendo a través del estoque hasta llegar a sus propias venas. De repente, sostener un arma contra su cuello le pareció indecente, y la retiró dejándole una pequeña marca roja en la garganta.

Sin pestañear, subió la mano y se tocó la marca con la yema del dedo, y luego los labios. Sus ojos sonrieron con picardía mientras se

lamía el dedo. Charlotte sintió que el rubor le invadía todo el cuerpo. Cerró la escobita y la guardó en un bolsillo con tanta fuerza que la tela se tensó contra las costuras.

–Qué revelador –murmuró Bixby.

Charlotte y Alex le lanzaron una mirada asesina. Pero parecía que no se daba cuenta de lo que estaba pasando entre ellos.

–El expediente de lady Armitage sugiere que tiene predilección por la orilla del mar. Me atrevo a sugerir, ya que se dirige hacia el este, que su objetivo es la costa.

–¿Tiene un expediente de lady Armitage? –preguntó Charlotte con sorpresa.

–Señora, todos los mayordomos profesionales están interconectados en redes de información.

Confundida, Charlotte miró a Alex.

–Chismosean –tradujo él.

Bixby se enfadó.

–Participamos en el intercambio de recursos y cop-cop-cop. –Hizo una pausa, enderezándose las gafas–. Disculpen. Copias dobladas de posibles falsedades.

De nuevo, Charlotte miró a Alex.

–Rumores –dijo.

Si Bixby se erizaba más, corría el riesgo de estallar en pedazos afilados.

–Yo mismo me tomo la libertad de crear archivos, como este sobre lady Armitage. Una rápida búsqueda de ciertas palabras clave me permite sugerir hacia dónde se dirige la dama.

–Tilbury –propuso Alex–. La Sociedad Wisteria solía reunirse en los muelles en los viejos tiempos.

–Y ese es sin duda el motivo por el que todo el mundo está volando en esa dirección, aunque lady Armitage ya está fuera del alcance visual –dijo Bixby–. Pero yo creo que se dirige a Clacton-on-Sea. Los registros muestran que tiene una relación con el pastor de allí.

–¿Qué importancia tendría ese dato? –preguntó Charlotte.

Alex chasqueó los dedos y señaló con uno a Bixby.

–Porque el amuleto no es lo único que se llevó, y quizá tampoco es lo más importante para ella. ¿Verdad?

–En efecto –dijo Bixby.

–Cuando se trata de Isabella Armitage, uno siempre debe considerar la posibilidad de que lo que quiere es casarse.

–Pobre Tom –murmuró Alex.

–¿Tom? ¿El chico que me robó el amuleto? –Charlotte trató de encontrar compasión por él en su interior, pero fracasó–. Casarse con lady Armitage es el menor castigo que merece.

–Que Constantinopla no te oiga decir eso –le aconsejó Alex.

–¿Quién?

–Constantinopla Brown, generalmente conocida como Oply. La prometida de Tom, joven pirata luchadora, y como ella dice, amiga personal de Su Majestad, la Reina Victoria.

–Oh –Charlotte recordó a la chica en la cola del museo–. No le tengo miedo a una chica de dieciséis años.

–Deberías tenerlo –corearon Alex y Bixby.

–Ha refinado la malcriadez hasta convertirla en un arte –añadió Alex.

–Lo que quiere lo consigue, y pobre de quien se interponga en su camino.

–¿Estás diciendo que es pirata?

–No, ella...

–Espera, creo que lo entiendo. Es una mujer joven. Por lo tanto su comportamiento, aunque típico de piratas, es, en ella, mera bravuconería.

Alex abrió la boca para responder, pero al ver que Charlotte levantaba una ceja previendo lo que iba a decir, volvió a cerrarla sin emitir palabra.

Charlotte intentó no sonreír.

–En cualquier caso, Oply no está aquí. Pero nosotros sí, parados en esta azotea cuando deberíamos estar persiguiendo a lady Armitage. La pregunta es: ¿apuntamos a Tilbury o a Clacton-on-Sea?

–Clacton –dijo Alex sin vacilar–. Bixby no es un charlatán. Su capacidad analítica es una de las razones por las que lo contraté.

–Gracias, señor –reprendió Bixby.

Alex le dedicó una sonrisa irónica.

–Ponga rumbo a Clacton. Y, señorita Pettifer…

–Yo también voy.

Alex suspiró y puso los ojos en blanco. Luego le dirigió una sonrisa. Charlotte lo vio venir, pero no se preocupó. Después de todo, ella era una Plim, y nada intimidaba a...

La sonrisa la golpeó con toda la fuerza de su torcido encanto.

Le saltaron chispas por todo el cuerpo y todos sus nervios se desorganizaron. Había olvidado que también era una Pettifer. De repente pensó en su madre instándola a tener una "conversación" con este hombre, y sus nervios volvieron a chisporrotear. Furiosa consigo misma, fulminó a Alex con la mirada.

La sonrisa del pirata se ensanchó.

–De acuerdo –dijo–. Supongo que no te haré caminar por la plancha. Todavía.



En la Biblioteca Grenville del Museo Británico, el silencio se agazapaba como un curador ansioso que ha sufrido demasiadas alarmas de incendio en una semana. Parpadeaba aquí y allá cuando la luz se reflejaba en los fragmentos de cristal de la vitrina destrozada. Vacilaba en las esquinas cuando los visitantes del museo hablaban en el vestíbulo. Si el silencio tuviera uñas, ahora mismo se las estaría comiendo.

El curador no se sentía mucho mejor. Algún tonto de la administración había pensado que llamar a la policía por el amuleto robado era una buena idea, y ahora el curador tenía que permanecer sonriente en un silencio preocupado mientras el inspector Creeve examinaba la escena del crimen.

–Me temo que estamos desperdiciando importantes recursos policiales –concluyó al fin, las palabras estallando desesperadas por algo de sonido–. Esto no es nada por lo que debas preocuparte.

El inspector Creeve levantó la vista debajo de una ceja pálida y rala. Su pelo era tan claro y fino que parecía una telaraña. Su boca era espectral. La mirada que dirigió al curador no solo lo atravesó, sino que se retorció en su camino.

El curador rio temblorosamente.

–Bueno, sí, sé que hubo un robo. Y destrucción de bienes del museo. Y a Eustace se le rompió la nariz cuando esa anciana se la golpeó con la muleta. Pero cuando el oficial de publicidad dijo que el

amuleto era de "oro", eso puede considerarse una interpretación liberal de la... bueno, por decirlo exactamente... verdad.

El inspector Creeve se quedó mirando sin decir palabra. *Esos ojos*, pensó el curador mientras su aliento se encogía y sus instintos corrían preguntando por una salida de emergencia. No era solo que tuvieran el color del hueso. Era la forma en que evaluaban a un hombre como si vieran... efectivamente, hueso. Y secretos, viejos y terribles secretos que un hombre apenas sabía que tenía. Arrastrando los pies hacia atrás, chocó contra un busto de Talía, lo que provocó un momento de caótica torpeza que habría sido divertido relatar si el policía no la hubiera observado impasible, arrojando un escalofrío sobre la escena.

–El amuleto de Black era, por supuesto, un importante artefacto histórico –dijo el curador una vez que la estatua y su mente recuperaron el equilibrio–. Estamos disgustados por la pérdida. Pero ¿qué se puede hacer cuando los piratas quieren llevarse algo?

–No fueron piratas –respondió el inspector Creeve.

–¡Pero estaban por todas partes! Con sus espadas y pistolas y, ay, Dios mío, sus sombreros, por no hablar de las sonrisas…

El curador se estremeció.

–Esto es obra de alguien aún más perverso –afirmó Creeve y pronunció la palabra como si fuera un rico chocolate con frambuesa en el centro, y se lamió después los finos labios blancos.

–Le aseguro, detective, que aquí no hemos recibido a ningún abogado.

Creeve no respondió a esta hilarante broma. Se quedó de pie, mirando. El curador nunca había visto la piel tan extendida sobre los huesos faciales... ni había dudado tanto de la fuerza vital que había

detrás. A uno no le gusta creer en fantasmas cuando es historiador, pero aquel hombre tentaba a la imaginación con esa posibilidad. Muchos segundos después llamaron a la puerta, y el curador apuntó la mirada hacia ella.

–Serán los de la limpieza.

–Que pasen –dijo Creeve–. Ya he terminado mi inspección y sé quién ha cometido este crimen.

–¿Lo sabe? Dios mío, qué inteligencia superior. –*Por favor, vaya ahora, arréstelos y no vuelva nunca más,* pensó–. ¿Quién fue?

–¿No la huele? –preguntó Creeve, y empezó a olfatear el aire.

–Mmm.

El curador intentó olfatear, aunque fue un patético asunto, templado por la vergüenza. Podía oler la madera vieja, libros aún más viejos y la sangre de la lucha de los piratas. Pero no creía que Creeve estuviera interesado en su informe olfativo. El policía estaba husmeando la luz polvorienta como si le diera hambre.

–Amargura –anunció Creeve, lamiendo la palabra del aire–. Calor. De ira o quizá de pasión. Calor rojo, quemando todo sentido común. Y... mmm, lila. Aquí estuvo una bruja.

Una carcajada salió disparada de la garganta del curador. Creeve se quedó quieto, y el curador se apresuró a convertir la risa en tos.

–Una bruja –espetó–. ¡Dios mío, qué horror!

–Más espantoso de lo que pueda imaginar.

Creeve dirigió su mirada hacia un maletín que yacía entre las ruinas destrozadas de un busto de mármol, y por un momento aparecieron dientes entre sus labios, pequeños, afilados y hambrientos.

–Una bruja nacida del pecado, criada en la maldad. Una abominación.

–Oh, cielos –murmuró el curador, tirando del cuello de su camisa, que de repente parecía demasiado apretado.

–Están por todas partes –siseó Creeve–. Hurgando en los secretos de nuestra sociedad, desplumando, robando, agitando las cosas. Pero esta en particular... –Volvió a olfatear el aire–. Esta no es una bruja cualquiera. Es su promesa para el futuro. ¿Podrían haber sido más estúpidas (y más colaboradoras)? ¿Marcarla con una profecía para que sea más fácil de cazar? Sin embargo, no tema. He estado observando. Pronto lo resolveré todo. Y no quedará nada de...

–Pero todavía lo queremos para nuestra exposi... –El curador palideció cuando Creeve le devolvió la mirada–. Ah, claro. No se refiere al amuleto, sino a la bruja.

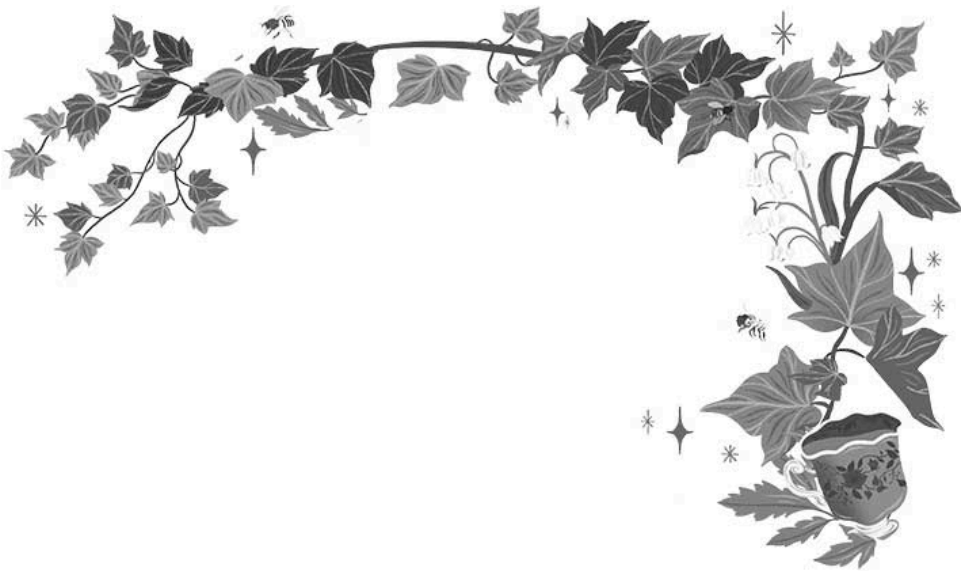
La boca de Creeve se torció con desdén.

–Veo que no entiende la seriedad de este asunto. No importa. Planeo encender una hoguera que iluminará la verdad con tanta claridad como al norte señala una brújula. Una brújala. Ja, ja.

–Ja, ja –se rio el curador.

Creeve lo olfateó. Luego, caminando sobre el cristal destrozado, moliéndolo en pedazos más pequeños bajo el taco de su bota, salió de la sala.

–Le doy mi palabra –murmuró el curador temblando, y tuvo que pasarse el resto de la mañana sentado con varias tazas de té.



8

LA VIDA EN EL CARRIL RÁPIDO – CASI NO SE HABLAN – LOS PERSEGUIDORES ESTÁN CALIENTES – UN PLAN ASTUTO – CHARLOTTE ESTÁ CAMBIADA – HACIA LA LUZ – COCCIÓN LENTA – EL CORAZÓN DE CHARLOTTE NO SE MANTIENE FRÍO – DOS CASAS, AMBAS EN EL MISMO COMPORTAMIENTO INDIGNO – ¡DESASTRE!

Mientras la casa del pirata volaba hacia Clacton-on-Sea, Alex y Charlotte no mantuvieron ninguna conversación. Ningún intercambio (en todo el sentido de la palabra), sino lo que requería la cortesía mínima.

–¿Querrías tomar asiento? –le preguntó él.

–Sí, por favor –respondió ella.

El sillón recuperó su posición normal y Charlotte se sentó allí, tratando de mantener el equilibrio entre el descanso y el menor contacto posible con la superficie manchada. Se hizo un silencio incómodo durante el cual Alex conducía la casa y Charlotte se entretenía con la preocupación de qué diría su madre cuando no llegara a casa por la noche. Estaba a punto de imaginarse a la señora Pettifer en un ataque de histeria cuando Alex se quitó el abrigo y se arremangó la camisa.

Charlotte se sintió cautivada por la imagen, ya que nunca antes había visto los antebrazos desnudos de un hombre y se sorprendió al descubrirlos más interesantes que los pensamientos sobre su madre. El pelo oscuro cubría la piel bronceada; los músculos lisos se movían con ágil fuerza masculina cuando él movía el volante. Charlotte recordó aquel brazo alrededor de su cintura e imaginó que volvía a tenerlo allí, pero sin ropa, agarrándola con firmeza y arrastrándola hacia lo que no era un armario, sino una cama...

–¡Ejem! ¡Ejem! –Se aclaró la garganta con un vigor necesario por los efectos de la, de la… altitud o, ¡sí!, por todo el polvo de la habitación. ¡Tanto polvo!

–¿Quieres un poco de té? –preguntó Alex.

–Sí, por favor –respondió ella.

Bixby respondió al llamado, trajo té y masas, y siguieron volando en un silencio que cubrió toda la distancia entre incómodo e insoportable.

–¿Quieres que te bese cuando tengamos la ocasión? –preguntó Alex.

–Inténtelo y lo abofeteo –respondió ella.

–Sí, por favor –dijo él, y le sonrió de soslayo.

Ella apartó la mirada, mordisqueando despectivamente una masita.

El silencio empezó a echar humo. Charlotte, que se abanicaba con el platito de té, se dio cuenta de que Alex estaba mirando su reflejo en la ventana.

–Deje de mirarme así –le ordenó.

–¿Así cómo?

Él se volvió, la miró directamente, con una mirada tan profunda, tan intensa, que la hizo sentirse desnuda.

–Como si quisiera comerme.

Alex le entregó una sonrisa ágil y sensual. La sangre de Charlotte pegó un salto en respuesta.

En ese preciso instante, Bixby apareció con un paño de cocina y una granada en la mano.

–Disculpe, señor. Nos sigue una casa.

–¿Quién es? –preguntó Alex, con los ojos aún fijos en Charlotte.

–Muriel Fairweather, a juzgar por las paredes amarillas y las cortinas rosas.

–Sin duda apuesta a que nosotros la conduzcamos a Armitage. Por algo a esa mujer le dicen Fox Terrier.

Se giró finalmente, mirando por la ventana, lo que le permitió a Charlotte volver a respirar.

–En realidad, la llaman Furibunda Fairweather –dijo Bixby–. También Maltiempo y Pluma de miedo por alguna razón desconocida, y Muriel la Loca. No tiene apodos caninos.

Alex frunció ligeramente el ceño.

–¿Estás seguro?

El silencio de Bixby fue una respuesta elocuente.

–Bueno, en cualquier caso, la pondré a raya.

Volvió a desenrollar las mangas de la camisa y Charlotte se metió media galleta en la boca para calmar su decepción.

–Saltaré y lanzaré una granada de humo por su chimenea. Entonces podremos seguir con la persecución.

–Aquí tiene, señor. –Bixby le entregó la granada como si fuera algo que hicieran a menudo–. Pero ¿puedo sugerir un método más seguro de entrega?

Alex se rio.

–¿Más seguro? ¿Acaso somos piratas o...? –Se detuvo, mirando a Charlotte–. Eh...

–No, continúe –le pidió ella, mirándolo con tranquilo interés–. Me interesa saber lo que quería decir. ¿Brujas o mujeres?

Para alegría de ella, él se sonrojó.

–No importa –dijo malhumorado–. Bixby, toma el volante. Voy para el techo. La última vez que intentamos lanzar una granada desde la casa, fallamos y casi volamos un rebaño de ovejas que pastaban abajo.

–Señor –argumentó Bixby–, sé que es vegetariano, pero eso no significa que deba tirarse del tejado. (Los aficionados a la dieta paleo pueden estar en desacuerdo.)

–Gracias, Daniel. –Y haciendo caso omiso de la expresión ofendida del mayordomo, empezó a ponerse el abrigo–. Estaré bien. Además, no tenemos elección. No es como si hubiera una bicicleta por ahí para que la señorita Pettifer pueda pedalear con la bomba.

Charlotte se puso en pie de inmediato. Tomó aire...

–No –dijeron los hombres al unísono.

–Pero si aún no me han escuchado –respondió ella razonablemente–. No permitiré que la señorita Fairweather interfiera en los planes para recuperar mi amuleto. A falta de una bicicleta, puedo hacer un encantamiento que la lleve hasta la residencia de la señora.

–No –reiteró Alex. Puso la mano en el pomo de su espada, como si eso pudiera influir en ella. Ella miró la mano y parpadeó con absoluta despreocupación. De hecho, tanta despreocupación que prácticamente sirvió como declaración de guerra. Alex tomó aire para calmarse.

–No. Un paso en falso o una ráfaga de viento y te caerías. Ochocientos pies. A un suelo que puedo asegurarte que es aún más inflexible que la opinión de una bruja.

–No tengo miedo de un poco de aire vacío.

–Pues deberías.

–Tal vez la señorita Pettifer podría levitarlo, señor –sugirió Bixby–. No necesitaría salir de la escotilla más allá de la altura de los hombros, y con la mayor parte de ella situada en la escalera dentro del ático, estaría bastante segura.

–Así que estamos de acuerdo –declaró Charlotte.

–No, no lo estamos –dijo Alex.

–Necesitaré una muda de ropa si voy a subir una escalera.

–No.

–Camisa.

–No.

–Pantalones.

–N... –Se detuvo y una mirada especulativa le oscureció los ojos–. Bueno.., quizá sea una buena idea, supongo. Siempre y cuando te

quedes en la escalera. Bixby, ¿todavía tenemos esas ropas pertenecientes al joven vizconde de Sheffield?

–Creo que sí, señor.

–Tráelos para la señorita Pettifer. Camisa. Abrigo, si hay. Pantalones.

–Tengo mi propio abrigo –dijo Charlotte–. Me lo quité cuando entré en su casa.

Alex la miró sin hacer foco.

–Venga, señorita –dijo Bixby, poniéndole la mano en el codo con suavidad.

–Será mejor que no mencione al capitán lo de quitarse la ropa. Veamos lo que hay disponible para equiparla más apropiadamente para la aventura.



Diez minutos después, Charlotte volvió a entrar en la cabina. Alex la miró y casi se atraganta con su propia saliva. Llevaba una camisa blanca metida dentro de unos pantalones negros ajustados y si bien el largo abrigo protegía un poco la provocadora imagen de sus caderas, no había nada que atenuara el impacto de los muslos y las botas de tacos hasta la rodilla. Se apresuró a apartar la mirada, estremeciéndose ante la incomodidad que le causaba la figura de Charlotte. Sin duda, ella habría sonreído con triunfante ironía de haberlo percibido.

–Entonces –dijo, y tuvo que hacer una pausa para aclararse la garganta–, ¿estás lista para venir...? Quiero decir..., ay, Dios mío.

–¿Deseas rezar antes de la empresa? –preguntó Charlotte.

Él se rio, se frotó el ojo y la sien, y sonrió sardónicamente por la ventana.

–No, pero será mejor que mi cura se reserve toda una tarde para confesarme.

–¡¿Es católico?! –exclamó sorprendida–. Un pirata católico.

–Soy irlandés. Ser católico y pirata es casi obligatorio.

Se ajustó sus propios pantalones, giró y se enfocó con decisión en su cara. Esto no ayudó mucho. Se había recogido el pelo en la nuca, pero un mechón ondulado le caía sobre su mejilla y lo perturbaba casi tanto como sus piernas. ¿Cómo podía una mujer verse tan poco arreglada y a la vez tan sensual? ¿Y cómo podía un hombre respirar bien si estaba en la misma habitación que ella?

Es una bruja, se recordó a sí mismo.

Una bruja con unos labios preciosos, tan exuberantes bajo...

Bruja. Enemiga. Ladrona de maletines.

Y la forma en que puede patear a un hombre con esas botas feroces...

Apretó la mandíbula. Esta mujer no era diferente de Deirdre Riordan: abejas en la muñeca, magia despiadada en el corazón. Y al igual que Deirdre, le haría daño, sin duda. Demonios, ya lo había hecho. Iba a tener moretones en la pierna en el lugar en que lo había pateado, y eso no era nada comparado con la incomodidad que estaba soportando en su entrepierna.

–Ah, sí –dijo ella, y su voz era como terciopelo contra sus pensamientos ásperos–. Esto es suyo.

Sacó algo del bolsillo de su abrigo y se lo ofreció. Alex extendió la mano automáticamente y ella le entregó su anillo de rubí.

Alex se quedó mirando el anillo, totalmente sorprendido. La amabilidad era lo último que había esperado de aquella mujer, o de cualquier otra persona. Algo doloroso saltó en su corazón. El anillo aún estaba caliente por haber estado entre sus pechos. Al deslizarlo en el pulgar, tomó aire con dificultad.

–Gracias –dijo, sorprendiéndose a sí mismo con las palabras–. Esto es especialmente valioso para mí.

Ella se encogió de hombros.

–No compraría mucho para los huérfanos con eso –dijo, pero a él le pareció oír una disculpa bajo esas palabras. De repente necesitó la contención de cada fibra moral que poseía para no tomar a la malvada brujita en sus brazos y besarla. Era su enemiga.

Pero le vio la sombra en los ojos, y se dio cuenta de que probablemente se sentía vulnerable en ropa masculina. Y como él no era el completo canalla que tenía fama de ser, suavizó su sonrisa.

–¿Lista para salir?

Charlotte miró cómo estaba vestida.

–Mmm, veamos. Tengo una escobita llena de armas en el bolsillo. Encontré mi pistola y está metida en mis botas tachonadas y venenosas. Estoy completamente entrenada en magia de combate y me he hidratado esta mañana.

Sacó sus gafas de sol de un bolsillo del abrigo y se las puso.

–Estoy lista.

Alex tragó en seco.

–Bien. ¡Bixby!

El mayordomo apareció en la puerta.

–¿Sí, señor?

–Vamos a subir. Toma el timón.

–Muy bien, señor.

–Mmm. Llévanos junto a la casa de Fairweather y mantennos allí hasta que le dé la luz verde.

Se volvió hacia Charlotte y sonrió.

–¡*A la carga*!

Ella se levantó las gafas de sol para fruncir el ceño.

–¿Es algún tipo de insulto? Exijo un...

Alex puso los ojos en blanco y, acercándose, le tapó la boca con la mano. Ella le lanzó una mirada hostil por encima de los dedos. Tenía los ojos ardientes y tormentosos. Al mirarlos, pensó que por ellos lo había hecho.

–Significa 'vamos'.

–Mphm –dijo ella. Él se rio y la soltó. Se volvió a calzar las gafas de sol y salió furiosa de la cabina. Luego se detuvo, golpeando el suelo con el pie, esperando a que él la alcanzara y le indicara qué camino seguir.

Detrás de ellos, Bixby casi seguro que no soltó una risita, aunque sonaba como si lo hubiera hecho.



Charlotte siguió al pirata y cruzó la oscuridad polvorienta del ático hacia la luz salvaje. Alex empujó la escotilla y se trepó por la escalera hasta el techo. Ella salió con más cuidado. Con los pies todavía en la sombra y la cara al sol, pensó en lo metafórico que era aquel momento... y luego dejó de pensar. El cielo, tan vasto, la llenó con su feroz y frío vacío. La forma en que Alex caminaba por la

cumbrera, como si caminara por el suelo de un salón, le cautivó el pulso.

–¡Quédate ahí! –gritó por encima del hombro.

El viento azotó sus palabras como una bandera roja.

–Está bien –respondió ella, pero sabía que era mentira. Subir en bicicleta por encima de los edificios había sido una aventura demasiado incierta para disfrutarla en aquel momento, pero desde entonces se sentía pesada, lenta, como si su cuerpo estuviera hecho para volar y nunca se hubiera dado cuenta antes. Apoyó las manos en el tejado, subió los últimos peldaños y se sentó en el borde de la escotilla.

Su espíritu extendió los brazos y se echó a reír. Su cuerpo real, rígido con la postura que le habían inculcado desde la más tierna infancia, se sentó en silencio y utilizó su sentido común para agarrarse a las tejas. Pero Charlotte sabía en el fondo de su corazón que estaba arruinada. Así, como estaba ahora, entre un ático y un tejado: arruinada para la vida elegante. Todos sus sueños de paz rural se derrumbaron. Sentarse a la sombra en un lindo día y contemplar el césped no era la caricia más perfecta para el alma después de todo. ¡Respirar el salvaje viento azul era mucho mejor!

Con razón los piratas parecían siempre tan satisfechos. Charlotte estaba aprendiendo que eso significaba algo muy distinto de la autocomplacencia, el estado básico de la bruja. Todo en ella deseaba levantarse y correr tras el capitán O'Riley, que permanecía con los pies separados apoyados en la cumbrera del techo mientras veía acercársele la casa de la señorita Fairweather. Estaba tan firme que podría haber estado anclado allí por arte de magia. Charlotte se movió como acercándose a él, se sentía atraída sin pensarlo y tuvo

que reprenderse a sí misma para recuperar la compostura. Incluso sentada en el tejado de un pirata, o quizá especialmente porque estaba ahí, una dama debía ser correcta.

La casa viró suavemente hasta acercarse a la chillona casa de la señorita Fairweather. Alex casi pierde el equilibrio cuando la vivienda voladora cambió de ángulo. Con su largo abrigo negro y su espada enfundada, la luz del sol refulgiendo en el pendiente de plata que le colgaba de la oreja y en los diversos cuchillos que llevaba atados, su aspecto era despreocupadamente peligroso. No dijo "¡Ahoy!" pero sonrió, una sonrisa torcida y satisfecha. Era claro que permanecer con vida le interesaba menos que vivir a tope. Charlotte se dio cuenta de que él no iba a esperar a que ella le lanzara un encantamiento para que saltara a salvo de un tejado a otro. En cuanto las casas se alinearan, saltaría.

Y si se caía...

Negó con la cabeza. No debía caerse por nada del mundo. Aunque solo fuera porque ella nunca convencería a su mayordomo de volar detrás de lady Armitage.

Además, ella era una bruja de séptima generación y La Profetizada, la próxima líder de la Liga Wicken. Ella podía mantenerlo a salvo con mucha facilidad.

Él no caería. *Respira, Charlotte*.

Su abrigo ondeaba a su alrededor. Sacó la granada de su bolsillo, la lanzó hacia arriba, y la atrapó, inquieto. La miró y le guiñó un ojo.

Su corazón le devolvió el guiño.

Empezó a murmurar. La magia despertó, chispeando contra las palabras, y envió estelas de calor a lo largo de sus nervios. Charlotte frunció el ceño.

Algo no estaba saliendo bien.

De repente, Alex dio un salto. Todos los pensamientos de Charlotte parecieron saltar con él. Se le puso la mente en blanco y lanzó el conjuro solo por costumbre. Aterrizó con suavidad y empezó a correr por el tejado hacia la cumbrera como si pudiera vencer a la gravedad. ¿Lo alcanzaría su magia a través de la distancia? Preocupada, Charlotte se quitó las gafas de sol para ver con más seguridad. Lanzó el conjuro en voz más alta. El viento sacudió el sonido y le hizo darse cuenta de que, de algún modo, se había puesto en pie y estaba parada sobre el tejado de la cabaña, anclada únicamente por la magia. Su corazón saltó como un pirata.

Se balanceó, extendió las manos como si pudiera agarrarse del viento para estabilizarse. La magia se agitaba en su interior como nunca antes lo había hecho, alborotada, desordenada.

Excitante.

Se echó a reír.

El sonido la impresionó. Una bruja no debe reír cuando recita un conjuro. La magia no era divertida. No debería deleitar, ni perturbar, ni sacudir los instintos más profundos y secretos hasta hacerlos bailar. Charlotte se dijo a sí misma con firmeza que debía volver a la escalera donde pudiera estar segura y concentrar sus pensamientos en proteger al capitán O'Riley. Eso era lo más sensato. Y nadie era más sensato que una bruja.

Asintió consigo misma.

Y comenzó a caminar hacia la chimenea, en el otro extremo del tejado.

En la otra casa, Alex había llegado a la chimenea y estaba lanzando la granada. Charlotte lo observaba con el rabillo del ojo.

Salió humo de la chimenea y él se dio la vuelta para volver corriendo. En ese momento, la vio.

Se detuvo, con el cuerpo tambaleándose en la estrecha cresta.

–i¿Qué demonios crees que estás haciendo?! –gritó.

Charlotte se puso un dedo contra los labios para callarlo mientras continuaba murmurando el conjuro. Las damas de la Liga Wicken se horrorizarían si la vieran. Pero esas damas no estaban presentes. Y Elizabeth Bennet no tenía nada que decir, ya que ni siquiera explorar las habitaciones de Pemberley equivalía a una perambulación tan atrevida. Charlotte estaba sola y totalmente desconcertada consigo misma. Necesitaba el aliento de un personaje literario que comprendiera que caminar por la cresta era su única opción razonable. Pero si tal heroína podía existir, aún no había sido escrita. Abandonada a sus propios recursos narrativos, Charlotte inhalaba viento soleado y exhalaba encantamiento mientras se balanceaba por la magia antigua, insepulta, traída por el mar, del encantamiento.

–¡Maldita idiota!

Por el rabillo del ojo, vio a Alex corriendo para saltar de nuevo a su propia casa. Sin duda pretendía reprenderla, pero a ella no le importó. Después de todo, era una mujer adulta, capaz, inteligente y madura. Él no era su jefe.

Acababa de llegar a la chimenea cuando él la alcanzó. Ella giró, un poco insegura, y él la agarró por los brazos, empujándola contra la columna de ladrillos como si eso pudiera salvarla de caer en picada hacia las profundidades de un encanto caprichoso. Ella lo miró, medio borracha de magia y con ganas de volar.

Santo cielo, sí que era guapísimo. Aquellos ojos de pestañas negras reflejaban el vasto cielo desnudo...; aquella boca era más seductora que cualquier cosa que había imaginado en el señor Darcy...

De repente, Charlotte deseó que la hubieran dejado leer *Madame Bovary*.

Alex tomó aire como si fuera a reprenderla. Ella sonrió, desafiándolo.

Y entonces él la besó.

Y ella descubrió que había una magia más allá de las palabras.

Ella había supuesto que él la tomaría a la manera de un canalla, capturando su cuerpo y saqueando su boca y haciendo otras cosas descritas con metáforas igualmente piratescas hasta que ella se viera despojada de todo sentido común. Pero era asombrosamente amable. Su boca se apoyó suave sobre la de ella, tentativa, deseosa. Su barba era como un centenar de pequeños besos contra su piel. Cada nervio de su cuerpo empezó a cantar.

Un aria. De una gran ópera. Con magníficos trajes, una orquesta entera y flores arrojadas al escenario.

Y, sin embargo, ella quería más, quería algo contundente, para estar segura de lo que ocurría y de cómo debía reaccionar. Él no se lo daría. Le rozó los labios de un modo tan delicado que ella casi sollozó de anhelo. Se puso de puntillas y se apretó contra él. Con las manos se aferró a su pelo alborotado y trató de atraerlo hacia la pasión. Aquello no se parecía en nada a un comportamiento propio de una dama, y Jane Austen lo habría arrancado de su cuaderno y lo habría tirado a la basura, pero Charlotte no podía evitarlo. La culpa

era del viento o de la magia, o de la naturaleza exasperante del pirata.

Él respondió con una sonrisa y le chasqueó los labios con su lengua rápida y diabólica. ¡Qué demonio! Aquello era escandaloso. La estaba besando, sí, pero no del todo. Estaba provocando una llama en ella y luego apagándola, una y otra vez, hasta que el canto a lo largo de sus nervios alcanzó tal tono que habría hecho añicos el cristal, si hubiera habido alguno cerca.

Él retrocedió una pulgada, dejándola desamparada, y una vieja y dolorosa soledad se apoderó del espacio que los separaba. Charlotte no podía soportarla. Se acercó a él y él dejó que sus labios se rozaran con suavidad, por un tiempo demasiado breve, antes de retroceder de nuevo. Su sonrisa se inclinó como un gancho. Ella quería que la atravesara, quería besos y suspiros y sus manos desnudas sobre la piel, pero ningún libro le había proporcionado la conversación necesaria para pedir esas cosas. Y Alex se limitaba a devolverle la mirada en un silencio provocador, como si supiera perfectamente cómo se sentía y estuviera disfrutando con ello.

Charlotte se dio cuenta entonces de que era un juego, como lo había sido el maletín. Consideró la posibilidad de echar mano a la escoba que llevaba en el bolsillo para dominarlo a punta de estoque hasta que la violara. Pero si él quería jugar, ella podía jugar. Podía ser coqueta. Los libros llegaban hasta ahí al menos: El señor Tilney había coqueteado con Catherine Morland en *Abadía de Northanger,* y ella recordaba perfectamente la forma de hacerlo. Hizo una sonrisa burlona y empezó a girar la cabeza como si hubiera perdido todo interés en aquella irracional aventura de besos.

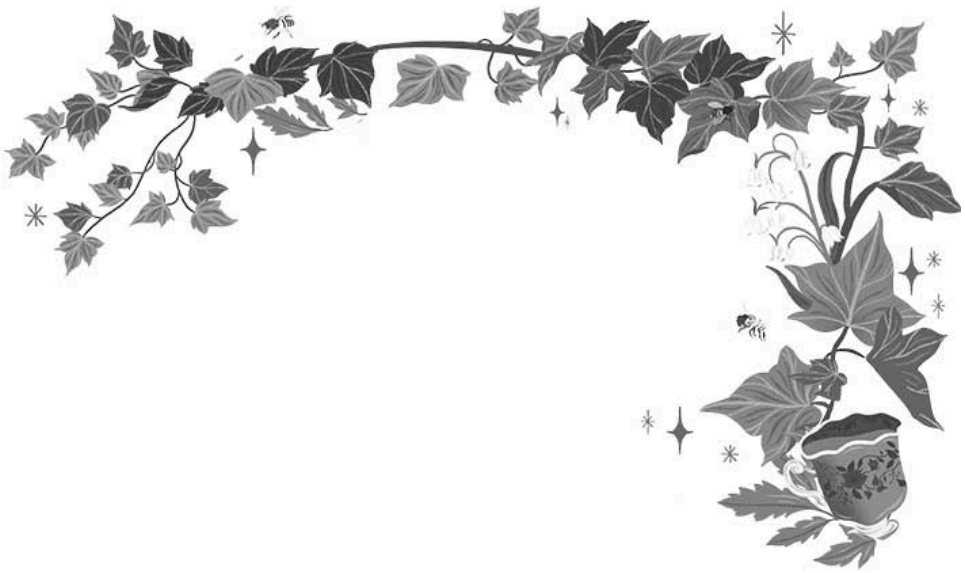
De repente, Alex se rindió. Apretó su cara entre las manos y la besó con una pasión que le embriagó los sentidos. Por un momento pensó que iba a arder en llamas. El humo se arremolinaba alrededor de ellos, en sentido literal provenía de la chimenea de Fairweather, pero no dejaba de ser convenientemente metafórico. A Charlotte le temblaron las rodillas y se agarró del abrigo del pirata, de los brazos, de cualquier cosa que pudo, para no caer. Él la empujó de nuevo contra la chimenea, su cuerpo apretando el suyo, atrapándola entre la espada y la pared. En aquel momento descubrió lo inadecuada que había sido la educación con estatuas. Lo que sintió a través de los pantalones de Alex no fue tanto una tormenta en un vaso de agua como una tetera, incluso un samovar, y el trueno estaba en su sangre.

El mundo entero tronó.

Y luego se estremeció.

Se separaron, con los ojos vidriosos por la pasión, y se dieron cuenta demasiado tarde de que algo iba mal. La casa de Fairweather había colisionado contra la casa de Alex. Se apartó bruscamente y volvió a chocar contra la piedra con un estruendo chirriante.

–¡Maldita sea! –gritó Alex, envolviendo entre sus brazos a Charlotte en fútil protección. La cabaña se sacudió violentamente, se inclinó a babor, y antes de que ninguno de los dos pudiera pensar qué hacer, salieron despedidos por el tejado.



9

TODO SE CONVIERTE EN FLAN – UNA HORDA DE BÁRBAROS – LAS BRUJAS EXPLICAN QUE LAS BRUJAS NO EXISTEN – CECILIA OCASIONA UNA EXPLOSIÓN – LA DIFERENCIA ENTRE PIRATAS Y BRUJAS

Si ocurre algo desagradable, es seguro que las madres acabarán metidas en eso, aunque estén a varias millas de distancia. La señora Pettifer, que estaba tomando el té con la señorita Plim, pegó un brusco salto en su silla. El té que estaba a punto de sorber tembló en su taza y cuando ella la apoyó con cuidado en el platito, hizo un clin suave que le indicó a su hermana que algo no andaba bien.

–¿Qué pasa, Delphine? –preguntó, mirando por encima del borde de sus gafas–. Parece como si hubieras visto un fantasma.

–Es Lottie –jadeó la señora Pettifer–. Oh, mi querida niña –dijo mientras apretaba una mano contra su pecho inundado de perlas, en el que su corazón sufría temblores de ansiedad (o demasiado té).

–¿Qué pasa con Charlotte? –preguntó impaciente la señorita Plim.

–Me temo... Oh, Judith, me temo que salió esta mañana sin la sombrilla, y que volverá a casa con un espantoso bronceado.

–Tonterías –declaró la señorita Plim y retomó la porción de flan de la que su atención había sido retirada por culpa de la señora Pettifer–. Charlotte es demasiado sensata para broncearse. Nunca en toda mi vida he conocido a una chica más cautelosa y circunspecta. Se mantendrá alejada del sol, recuerda mis palabras.

–Tal vez tengas razón –concedió la señora Pettifer con un suspiro y luego murmuró una frase corta. Un chal flotó desde el sofá hasta su mano extendida. La señora Pettifer se lo envolvió alrededor del cuerpo con satisfacción–. Lottie tiene los pies en la tierra –dijo, tratando de convencerse a sí misma–, y es una adulta, debo recordar. Se puede confiar en que no será caprichosa y se mantendrá en la sombra. Aunque debo confesar que pensé que a esta hora ya estaría en casa –y suspiró de nuevo, exasperando a la señorita Plim–. Sin duda se ha ido con una de sus alegres amigas y ha perdido la noción del tiempo.

La señorita Plim casi se atragantó con una cucharada de flan. No sabía qué era más divertido, si la idea de que Charlotte tuviera amigas o que la señora Pettifer lo creyera. Por desgracia, perdió la oportunidad de burlarse de su hermana, ya que en ese momento apareció Woollery.

–La señorita Bassingthwaite está en la puerta, señora –anunció.

–¡Santo cielo! –exclamó asombrada la señora Pettifer. La señorita Plim finalmente se atragantó con la cucharada de flan–. ¡Una ciclista voladora viene de visita! ¡Qué vergüenza!

–Y el capitán Lightbourne –continuó Woollery.

–¿No será el temido Lightbourne de Leeds? He oído que tiró su propia casa por un acantilado ¡porque ya no le gustaba el empapelado! ¡Piratas, Judith, en nuestra propia puerta! ¡Rápido, esconde la platería!

Por desgracia, la señorita Plim, que se estaba golpeando el pecho para poder volver a respirar, no pudo ocuparse de la platería.

Pero Woollery no había terminado.

–También, la señora Rotunder.

–¡No! –chilló la señora Pettifer–. ¡Rotunder la Repugnante! ¿Estamos perdidas, Judith?

La única respuesta que obtuvo fue una tos sibilante.

–Y la señorita Constantinopla Brown, señora.

La señora Pettifer frunció el ceño.

–¡¿Quién?!

Un fragmento de flan salió disparado por la habitación y se esparció sobre la cara de Woollery, que parpadeó.

–¿Debo decir que no está en casa, señora? –preguntó mientras el flan a medio digerir le chorreaba por la mejilla.

–Por Dios, no –dijo la señora Pettifer, más alarmada que nunca–. Eso sería grosero. Que entren los bárbaros.

El mayordomo se retiró para cumplir la indicación.

–¡Espera! ¡Woollery! –gritó la señora Pettifer con urgencia. Él giró, inexpresivo–. Trae más té para nuestros invitados. Y pastel.

–Señora –entonó, y se marchó.

La señora Pettifer miró pálida a su hermana.

–Qué desastre. ¡Cuatro visitas y no hay suficiente té para ofrecerles! Menos mal que me acordé a tiempo.

–Hmhgh –replicó la señorita Plim, buscando un vaso de agua. Su vida había pasado ante sus ojos mientras se moría por el flan, y aunque había sido totalmente satisfactoria, se daba cuenta de que aún quedaba mucho por hacer para mejorar la vida de las personas que la rodeaban. Pero antes de que pudiera empezar a ayudar a la señora Pettifer con un largo sermón correctivo, entraron los visitantes.

La señora Pettifer se levantó amablemente para darles la bienvenida (y verificar que su estatuilla del ganso dorado del siglo XVI estaba fuera del alcance de los recién llegados). La señora Rotunder, una distinguida matrona vestida de violeta (y rojo, verde y lavanda) se lanzó sobre la sala de una manera que habría intimidado incluso a una gran duquesa. Detrás de ella venía Constantinopla Brown, engalanada con encajes y cintas. A su vez, la seguía una bonita pelirroja, y luego un hombre con un chaleco tan horroroso que la sonrisa amable de la señora Pettifer se desdibujó un poco.

–Es un placer inusual recibir la visita de miembros de la comunidad pirática –mintió–. ¿Quieren tomar asiento?

Después de todo, las sillas podrían retapizarse con facilidad. Y si los piratas estaban sentados, no podían estar robando.

(De hecho, Cecilia Bassingthwaite se guardó en el bolsillo un bolígrafo de oro que encontró en una mesa auxiliar y la señora Rotunder arrancó con disimulo el trenzado del juego de cojines que

tenía a su espalda y más tarde le encontró un nuevo uso como adorno para el sombrero).

Los piratas se acomodaron en los sofás y la señora Pettifer movió la silla para quedar frente a ellos. La señorita Plim, sin embargo, no salía de detrás del plato del pastel en capas.

–Hermana, querida –dijo la señora Pettifer a través de su sonrisa–, ¿no saludarás a nuestra compañía?

–Por supuesto que no –respondió la señorita Plim, para quien las habilidades sociales eran algo que les sucedía a otras personas–. Nunca en mi vida hubiera imaginado piratas en la casa de una supuesta bruja.

–Las brujas no existen, querida –dijo la señora Pettifer, con la sonrisa muy tensa.

–De ahí lo de "supuesta", querida –espetó la señorita Plim, y se dispuso a atacar una nueva porción de flan con una cuchara.

Los piratas se miraron nerviosos. Reconocían los problemas cuando los veían. La señorita Bassingthwaite se inclinó un poco hacia delante, tratando de aliviar la tensión.

–No entiendo del todo la disputa entre la Liga Wicken y la Sociedad Wisteria –dijo–. ¿No son lo mismo los piratas y las… "supuestas" brujas?

Podría haber arrojado una bomba en la sala y hubiera tenido el mismo resultado. Con una sola frase había conseguido ofender a ambos bandos. Las cejas se alzaron, las bocas se fruncieron, los pechos se inflaron. El capitán Lightbourne, con una mueca de dolor, presionó un pulgar contra su frente.

–Cecilia –murmuró la señora Rotunder entre dientes apretados–, eres demasiado joven para entenderlo.

–Soy más joven que ella –intervino Constantinopla– y lo entiendo. Y Tom..., oh, Tom, amado mío, ¿qué ha sido de ti? Él también lo entendería…

Lanzó un gran suspiro estremecedor.

–Tom Eames es un pirata –le explicó el capitán Lightbourne a la señora Pettifer, y le dedicó una sonrisa tan encantadora que ella se ruborizó–. Hemos venido a discutir su secuestro con usted.

–Las brujas no tienen nada que ver con los piratas –enunció la señorita Plim desde detrás de los pasteles–. Son las verdaderas descendientes de Beryl Black y utilizan los encantamientos tal y como fueron concebidos.

–Sea como fuere... –comenzó el capitán Lightbourne.

–El primer uso que Beryl Black hizo de un encantamiento fue hacer volar una cabaña de vuelta a Inglaterra –comentó la señora Rotunder–. Por lo tanto, los piratas entienden cómo usar la magia de modo correcto.

–Si pudiéramos concentrarnos en… –intentó el capitán Lightbourne.

–Las brujas –empezó a decir la señorita Plim, levantándose de su silla– son sutiles.

–Los piratas tienen imaginación –rebatió la señora Rotunder y las plumas del sombrero se sacudieron.

–Las brujas no son ladronas –dijo la señorita Plim.

–¡Roban cosas todo el tiempo! –argumentó Constantinopla, jadeando de indignación.

–Redistribuimos la riqueza –explicó la señorita Plim.

La señora Rotunder soltó una carcajada.

–Las redistribuyen en sus propios bolsos.

–Eso es por el bien de la sociedad, querida –explicó la señora Pettifer, sonriendo con dulzura–. Al fin y al cabo, nadie es feliz si una bruja no es feliz. "Supuesta" bruja. Dios mío, ¿dónde está el té?

–Las brujas estafan –aseguró la señora Rotunder, clavando los talones metafóricamente y, por desgracia para la costosa alfombra oriental de los Pettifer, también literalmente.

La señorita Plim dirigió su tenedor como una daga hacia la señora pirata.

–Fomentamos el comportamiento de forma creativa. Los piratas destrozan vidas.

–Las brujas interfieren.

–Los piratas…

–Las brujas…

Hablaban la una sobre la otra en un exceso de indignación, aunque en realidad decían lo mismo: "¡Son lo más bajo de lo más bajo!"

El aire parecía resonar con espadas no desenvainadas, jarrones no arrojados. El capitán Lightbourne decidió hablar antes de que alguien dijera o hiciera algo que causara una guerra en Londres, o al menos en el salón de los Pettifer.

–Es cierto que las dos comunidades no son precisamente cariatevole....

Todos lo miraron perplejos.

–Compasivas –aclaró.

–Ah, sí, el capitán Lightbourne es medio italiano –dijo la señora Rotunder con el mismo tono con el que hubiera explicado que una persona tiene infecciones fúngicas.

–El señor Pettifer es medio francés –dijo la señora Pettifer, y el suspiro que lanzó hizo que todos se removieran incómodos en sus asientos.

Cecilia se aclaró la garganta.

–Lo que Ned intenta decir es que, si bien nuestras comunidades no están de acuerdo en..., bueno, en nada, ahora tenemos algo en común.

–¿Y qué es eso, por favor? –preguntó la señorita Plim, claramente ofendida por la sola idea.

–Como saben, el amuleto de Beryl ha sido robado...

Los cubiertos chocaron mientras la señora Pettifer y la señorita Plim se agarraban a la mesa horrorizadas.

–¡¿Robado?! –exclamaron a coro.

Cecilia, cada vez más pálida, dijo lo obvio:

–No lo sabían.

–Estuvimos intentando alimentar a los huérfanos todo el día, pero no pudimos encontrarlos –explicó la señorita Plim–. No hemos estado en el museo.

–El amuleto fue robado por lady Armitage –dijo Cecilia.

–¡No! –gritó Constantinopla, agitando un pañuelo con dramatismo.

–Lady Armitage se lo robó a Tom, que sostenía el amuleto.

–¿Qué? ¿Por qué? –preguntó la señora Pettifer, pasando del asombro a la confusión. La señorita Plim aplastó lo que quedaba de su porción de flan hasta convertirlo en un charco arenoso.

–Ya sería bastante malo que cualquier pirata huyera con nuestro amuleto pero Armitage encarna el mal en estado puro. Semejante poder en sus manos podría resultar catastrófico. Es responsabilidad de la Sociedad Wisteria... ¡Ustedes deben detenerla!

Los visitantes se veían sombríos.

–Eso es cierto –convino Ned–. Sin embargo, no solo fue robado el amuleto de Beryl (junto con Tom). La dificultad que todos compartimos es que un pirata macho se fue volando con una supuesta bruja. Las hermanas soltaron un grito ahogado.

–Ninguna bruja le haría compañía a un pirata –aseguró la señorita Plim.

–Ninguna sería tan incauta, tan descuidada de su reputación, y más que eso, mostraría tanto desprecio por la reputación de su familia –estuvo de acuerdo la señora Pettifer–. Su información debe ser errónea, capitán. Comprendo que no entiende nuestra sociedad, ya que usted mismo es de inclinación piratesca. Pero no conozco a ninguna bruja, supuesta o no, que haría una cosa así.

–Fue su hija.

La señora Pettifer se habría desmayado, pero la señorita Plim murmuró apresuradamente un encantamiento para mantenerla erguida.

–Le ruego me disculpe, señora Pettifer, por traerle semejantes noticias –continuó Ned–. Pero varios testigos confirman que la señorita Pettifer entró en la vivienda de Alexander O'Riley, un pirata irlandés de mala reputación, y se quedó a bordo mientras despegaba.

–Al menos es de mala reputación –dijo con un hilo de voz la señora Pettifer mientras se estiraba para buscar una taza de té. Ned, frunciendo un poco el ceño, confundido, miró de reojo a Cecilia, que se encogió de hombros. Pero antes de que pudiera decir algo más, la señorita Plim se aclaró la garganta con una actitud entre autoritaria y odiosa, según quién la oyera.

–Está claro que Charlotte ha secuestrado al capitán O'Riley y lo ha obligado a perseguir el amuleto.

–Eso no es así –dijo con firmeza la señora Rotunder–. Es evidente que el capitán O'Riley ha secuestrado a la señorita Pettifer.

–Es demasiado poderosa para ceder ante un secuestro.

–Él es demasiado implacable para ser secuestrado.

Cecilia frunció el ceño con delicadeza y dijo:

–Todos los indicios apuntan a que la señorita Pettifer ha entrado en la casa por su propia voluntad, y todos sabemos que si el capitán O'Riley no la hubiera querido allí, la habría expulsado.

Las dos señoras mayores intercambiaron una mirada que habría sido una riña de haber poseído menos modales (y menos ropa incómoda). Por fin, ambas parpadearon.

–¡Alguien ha secuestrado a alguien! –insistieron, y sus voces se unieron en una alianza renuente.

–Pero... –empezó Cecilia.

–Una mujer soltera se ha fugado con un soltero –explicó la señora Rotunder con la lentitud y la cuidadosa enunciación que parecen querer promover la comprensión, pero que sugieren que el oyente es incapaz de algo así–. Esto ha ocurrido a la vista del público. En circunstancias normales, se exigiría una boda. ¡Pero está claro que un pirata no puede casarse con una bruja! El secuestro es un escenario mucho más aceptable.

–Estoy de acuerdo –dijo la señorita Plim–. La idea de que Charlotte se case con cualquier… ¡con ese hombre no podemos contemplarlo!

–Bueno... –dijo la señora Pettifer, después de haberse fortalecido con un té–. En realidad sí podríamos "contemplarlo".

Pescó el ceño fruncido de la señorita Plim de la misma manera que una persona pesca una granada lista para explotar, y añadió veloz:

–Pero por supuesto que eso estaría muy mal. Pésimo. Insostenible. Por más apuesto que sea el capitán.

–Mmm –murmuró Ned, en lugar de mencionar todas las otras cosas que era Alex O'Riley.

–No conozco mucho a la señorita Pettifer –dijo Cecilia–, pero me parece que ella y el capitán O'Riley harían buena pareja.

Su observación produjo un escalofrío en el grupo. Hasta Woollery, que llegaba con refuerzos de té y pasteles no logró mejorar el estado de ánimo reinante. Ned lanzó a Cecilia una mirada excesivamente casada.

–Imagínense si se casan –dijo la señora Rotunder–. ¡Todas las oportunidades que se abrirían para demostrar la buena disposición entre nuestras dos sociedades!

Todos se estremecieron.

–Charlotte debe ser rescatada –la señorita Plim dio un golpe sobre la mesa con la mano abierta– antes de que se arruine la encantadora enemistad que hemos disfrutado estos últimos doscientos años.

–El capitán O'Riley debe recibir un voto de censura –añadió la señora Rotunder–. Y también debemos obligarlo a que pinte sus alféizares, pero eso es quizá menos urgente.

–Además, debemos recuperar el amuleto de manos de esa espantosa lady Armitage antes de que haga un desastre –dijo la señora Pettifer.

–¡Y debemos rescatar a Tom! –gritó Constantinopla, aunque para ese momento todo el mundo estaba ocupado con tazas de té y rebanadas de pastel de jengibre, por lo que su aporte pasó desapercibido.

La señora Rotunder se echó hacia delante en su asiento mientras sostenía la taza de té como un objeto sagrado.

–Entiendo que usted, señorita Plim, no es la líder de una liga inexistente de supuestas brujas. Desde ese no-cargo, entiendo que usted no tiene la autoridad necesaria para hablar en nombre de otros que no están en esa liga hipotética.

–No –dijo la señorita Plim.

La señora Rotunder asintió.

–Excelente. Como miembro de la Sociedad Wisteria, me tomo la libertad, sin jurisdicción alguna, de dirigirme a usted y sugerirle que nuestras dos sociedades hagan una tregua temporaria, y sumemos fuerzas para cazar… –hizo una pausa ante la mirada sorprendida de la señora Pettifer–, quise decir para averiguar la ubicación de los dos fugitivos, y devolverlos a sus respectivas esferas.

–¡Y rescatar a Tom! –añadió Constantinopla con vehemencia.

–Por supuesto, querida –dijo la señora Rotunder, sonriéndole y se volvió hacia los adultos–. Y recuperar el amuleto.

–Una tregua temporaria en aras de preservar la enemistad parece una idea sensata –accedió la señorita Plim–. Yo la autorizaría si estuviera en una posición de poder sobre un grupo de brujas.

–Creo que me está dando dolor de cabeza –le murmuró Ned a Cecilia.

–Shh –susurró ella, tratando de no sonreír, y cruzaron una mirada que la señorita Plim, que justo la vio, sintió que la atravesaba como

un rayo de sol. Hizo una mueca de disgusto.

–Así que estamos de acuerdo –declaró la señora Rotunder–. Esto no es un romance: es un cuento con moraleja –y se rio con el tono de una anciana entrometida, que es aún más escalofriante que el de un pirata–. Me va a encantar separar a esos dos, aunque les cause dolor. Comunicaré nuestro plan a la Sociedad y volveré a ponerme en contacto con ustedes para ultimar los detalles. Si manejamos esta tregua con cautela, debería conducir a un rápido retorno de las hostilidades.

Bebió un sorbo de té y se levantó, dejando caer tras de sí un cojín destrozado. Por suerte (o por desgracia, según el punto de vista de cada cual), la señora Pettifer estaba demasiado preocupada por Charlotte como para darse cuenta. La pirata chasqueó los dedos.

–¡A la carga!

Los piratas más jóvenes se levantaron para irse. Pero en medio de los gestos y murmullos de despedida, de repente la señora Pettifer dio un paso adelante y apretó el brazo de Cecilia.

–Por favor. –Le temblaba la voz–. Mi Lottie es una niña frágil, de corazón tierno y espíritu sensible. ¿Estará a salvo con ese capitán O'Riley?

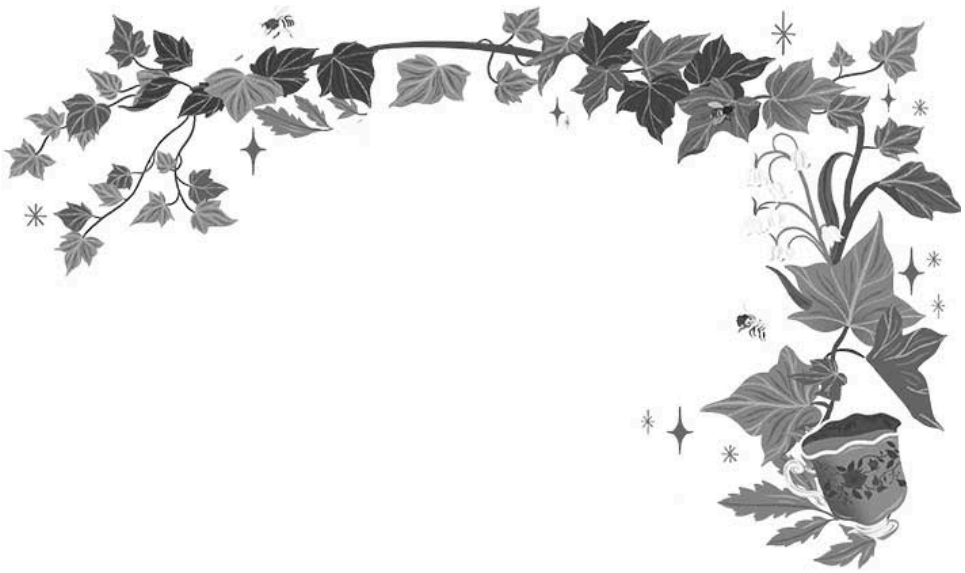
–Estoy segura de que sí –dijo Cecilia, guardando con disimulo la daga que había sacado instintivamente. Por amabilidad, se abstuvo de mencionar que tal vez era el capitán O'Riley el que debía cuidarse. Charlotte Pettifer parecía lo bastante feroz como para dominar a un pirata, por grande y temible que fuera.

–No tiene por qué preocuparse –añadió Ned con una sonrisa que alivió el corazón de la señora Pettifer, a pesar de su chaleco–. Conozco a Alex O'Riley desde hace años. Es un canalla y un

sinvergüenza que no respeta ninguna regla ni tiene en cuenta los modales..., de hecho, una vez robó a la Princesa Real vestido con una bata de baño... y cuando lo acusaron de incendiar tres comisarías en Irlanda, amenazó con dispararles porque habían sido cuatro, no tres... También hay que tener en cuenta su costumbre de...

–Ejem –interrumpió Cecilia en voz baja, cuando notó cómo aumentaba la palidez del rostro de la señora Pettifer.

–Eh, sí, bueno –Ned hizo una mueca de disculpa–. Eso es todo para decir que en el fondo es un buen hombre. Quédese tranquila, señora. Estoy absolutamente seguro de que no le pasará nada a la señorita Pettifer.



10

UNA MUJER CAÍDA – EN MÁS DE UN SENTIDO – UN REMEDIO PARA LA NEUMONÍA – ALEX ES BARRIDO DE SUS PIES – ESTÁN DE ACUERDO EN NO ESTAR DE ACUERDO – PANTUFLAS SALVAJES – UN EXTRAÑO SOSPECHOSO – NO CORREN POR ÉL

Caer de un tejado a cientos de pies del suelo es sin duda el mejor bálsamo para los dolores de la lujuria pendenciera. Mientras Charlotte caía en picada, aún abrazada a Alex, recordó la advertencia de la señorita Plim de que besar a un hombre era malo para la salud. El terror le recorrió todo el cuerpo. Pero su mente, bien entrenada para dificultades tan graves como té derramado, gobiernos conservadores y caída hacia la propia muerte, reaccionó

con calma. Estaba pronunciando el conjuro incluso antes de darse cuenta.

Enseguida se redujo la velocidad del descenso. Cuando agregó el *momentum automatica*, Charlotte pudo recuperar el ritmo cardíaco (y apreciar lo convenientes que eran los pantalones en una corriente ascendente).

–Podrías haber hablado antes –dijo Alex–. Ahora estoy mareado.

–Siempre puedo dejarlo ir –respondió ella–. Estrellarse contra el suelo sin duda le curaría el vértigo.

–No, está bien, gracias. Además, más vale tarde que nunca, supongo.

–De nada.

–Aunque todavía vamos un poco rápido.

–Si vamos más despacio un mirlo anidará en su pelo.

–Y ten cuidado con las ráfagas.

–Sé lo que hago. –Se estremeció cuando le cayó sobre un párpado un gotón de lluvia–. Las mujeres sensatas, digan lo que digan, no quieren que los hombres las tomen por tontas.

–La última palabra que usaría hablando de ti, señorita Pettifer, es "tonta".

–Además, todo esto es culpa suya. Si no hubiera intentado seducirme, habríamos estado preparados para la colisión.

–¿Intentado? –repitió él, burlándose–. Señorita, teniendo en cuenta la pasión con que me devolvía los besos, creo que he conseguido seducirla bastante bien.

Ella dio un respingo.

–¡Grosero! Si no estuviéramos en el aire, le daría una patada en el... eh, no puedo decir dónde, pero puede estar seguro de que le

dolería.

En los ojos de Alex llameaba un ansia. Parecía que le brillaba la cara salpicada de lluvia.

–Si no estuviéramos en el aire, las cosas que te haría serían muy groseras, es cierto.

–¡Por Dios, usted es del peor tipo de canalla!

–Que te llame canalla una termagante es casi un cumplido.

–¡¿Termagante?!

–Mejor que "tonta" es, ¿no? Cuidado con el lago.

–No estamos cerca del lago.

–Está justo debajo de nosotros.

–Tonterías.

–¡Gira a estribor!

–¿Qué?

–¡A la derecha! No, a la otra derecha. ¡Por ahí!

Splash.

En vano luchó Charlotte, no había nada que hacer. Los esfuerzos que hacía por salir a nado eran contrarrestados por el peso de su abrigo. Se acercó a Alex agitada, dando patadas que, debido a las pesadas botas que llevaba puestas, hacían más por hundirla que por mantenerla a flote.

–Debes dejar que te ayude –insistió él con ardor, y al fin obtuvo su conformidad… y su persona, a la que llevó hasta la orilla.

Mientras la ponía a salvo, Alex sintió un escalofrío de placer. No era frecuente para un pirata tener la oportunidad de ser heroico. Haber salvado a aquella mujer testaruda e irritante de morir ahogada lo hizo más feliz de lo que hubiera imaginado. Es cierto que ella acababa de salvarlo de caer a su muerte, por lo que estaban a

un mismo y exasperante nivel. Pero por algo era el bucanero más famoso de todo Eire, la mitad de Inglaterra y dos provincias del suroeste de Francia, y estaba seguro de que pronto la dominaría. La rescataría aún más, o la excitaría aún más, o robaría el maldito amuleto primero solo para poder dárselo a ella con aire triunfal.

Tal vez entonces ella se desengancharía de su corazón traidor. Cómo se había metido allí era un completo misterio. Un día la maldecía por robarle el maletín y al siguiente la quería debajo de él en la cama. O encima de él. O rodando con él. Realmente, cualquier posición serviría.

Pero más que eso, quería que ella lo insultara, discutiera con él, lo provocara sin miedo como ninguna otra mujer se había atrevido a hacerlo. Ni Cecilia, que no le tenía miedo, se animaba a hacer algo que creara tensión entre ellos. Pero parecía que a Charlotte Pettifer la entusiasmaba la tensión tanto como a él. Ella no respetaba su reputación, y a él le gustaba por eso.

Una semana atrás, le habría parecido imposible algo así. Una semana atrás, una bruja era para él el tipo de mujer que robaría a un marido, sonreiría en el funeral de una esposa, y le daría palizas a un niño con tal regularidad que incluso años después tenía al menos un arma a mano por si la necesitaba para defenderse. Siempre había pensado que ahogaría a una bruja si la tuviera cerca de un lago. El hecho de no solo haber salvado a una, sino incluso ahora, en cuclillas junto a ella en la orilla bañada por la lluvia, desear volver a tener su boca en la de ella, sus dedos presionando la exuberante suavidad de su piel, lo desconcertaba. Y a Alex no le gustaba el desconcierto. Le gustaba la certeza engreída y golpear cosas con la espada.

Miró a Charlotte de reojo. Incluso de rodillas en el barro y bajo la llovizna, tosiendo agua del lago, tenía un aspecto totalmente correcto, como si solo hubiera una forma apropiada de recuperarse de estar a punto de ahogarse y ella la dominara. Dios, pero él quería que dejara de ser apropiada, de la manera más licenciosa.

Con un suspiro, se puso en pie y le tendió la mano. Ella lo miró con enojo.

–¿Se da cuenta de que mi amuleto se está alejando aún más mientras perdemos el tiempo con tonterías? –dijo.

–¿Te das cuenta de que mi casa ha hecho un aterrizaje de emergencia no sé dónde? –respondió él. Ella recuperó la calma y le tomó la mano.

–Espero que Bixby esté bien.

–Seguro que está bien.

Alex la ayudó a levantarse. Ella tropezó y cayó sobre él, y cuando sus ojos se encontraron, fue como si cayeran de nuevo. Él la tomó con un brazo alrededor de su espalda y ya la estaba besando con fuerza antes de que ella lo obligara a hacerlo.

La lluvia, que hasta entonces no había sido más que una llovizna que repiqueteaba con timidez sobre el lago, estalló de repente como una diva que irrumpe en una fiesta con una boa de plumas alrededor de su cuello a través de las cortinas del escenario, como inspirada por la pasión del beso. Se derramó por sus cabellos y pestañas y les empapó los labios. Un viento oscuro soplaba frío entre los dos pero ellos ardían por dentro. Eran una tormenta peligrosa que prometía la electrocución mutua si no se detenían. Finalmente, Charlotte se apartó, y presionó el dorso de su muñeca contra su boca.

–¡Qué actitud tan espantosa! –exclamó, aunque no estaba claro a qué actitud se refería exactamente.

–Era medicinal –respondió Alex–. Se te estaban poniendo azules los labios. Pensé que lo mejor era calentarlos lo más rápido posible.

Ella estuvo a punto de bufar, pero él la vio detenerse a tiempo mientras la dignidad se le instalaba en el rostro y ella se erguía para todo el mundo, como si estuviera en un salón de recepciones, vestida de seda y con perlas, en lugar de en la orilla sucia y lluviosa de un lago, con una camisa de hombre tan transparente que se veía el delicado encaje de su camisola, y debajo…

Levantó la mirada y la vio mirándolo fijamente.

–Nunca he conocido a un hombre más irritante –dijo–. Si no tuviera que secuestrarlo para recuperar mi amuleto, sería muy feliz si no lo volviera a ver nunca más.

Alex soltó una carcajada de asombro.

–¿Secuestrarme? Querida, te doy mi palabra, no estoy secuestrado. Me iría en este mismo momento si no fueras una frágil mujer perdida Dios sabe dónde en un aguacero, vulnerable a...

Ella le pegó un tirón del brazo de repente, le hizo un rodeo con la pierna y lo tiró al suelo.

Habría sido un gran triunfo para ella de no ser porque él la agarró del abrigo mientras se caía y ella cayó también, sobre él. Él rodó con ella entre sus brazos, de modo que quedó tendido sobre Charlotte, pesado contra su suavidad. Su cuerpo reaccionó al instante. Pudo ver que ella lo sentía, pero que no entendía con exactitud qué estaba pasando. Era extraño que una mujer versada en tantas cosas fuera tan inocente. Esa idea lo excitó aún más y decidió, por el bien

de los dos, bajarse de ella. Pero de repente, sin aviso, ella levantó la cabeza y lo besó.

Alex tomó aire, con los nervios a flor de piel.

Fue solo un beso breve y suave, que le hizo pensar en el arañazo de un gatito con garras tan pequeñas que apenas le hacían cosquillas. Alex nunca había experimentado una mezcla tan embriagadora de lujuria y dulzura.

–Eres una tirana, Charlotte Pettifer –dijo contra su boca.

–Usted es un demonio.

Él le devolvió el beso, aunque no fue suave ni dulce. Sus lenguas se enredaron. Sus tobillos se enredaron. Ella torció los suyos, y en el forcejeo se las arregló para quitárselo de encima. Con un salto, se puso de pie y empuñó el pequeño dispositivo multiusos.

Alex le sonrió desde el suelo.

–Hazlo –le dijo–. Vamos, hazlo.

Charlotte accionó el dispositivo y se oyó un clic cuando se activó el implemento.

Alex miró un momento la cucharita que apareció y lanzó una carcajada. Charlotte se puso colorada, la cerró y desenfundó la espadita.

Él se lamió los labios. Se levantó con lentitud y le sostuvo la mirada. Ella tragó saliva, pues Alex era muy grande y aterrador. Sacó la espada de su vaina.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

–Te sugiero que te rindas y me dejes llevarte a un lugar seguro –dijo él, levantando la espada.

Ella la siguió con la mirada y luego volvió a mirarlo a él. Entonces se dio cuenta de que en sus ojos no había miedo, sino euforia.

–*Aereo* –dijo ella. El conjuro la hizo levitar a varios pies del suelo–. Te sugiero que te rindas y me dejes robarte la casa.

–Eso no va a pasar, cariño.

Charlotte lanzó una patada hacia la cabeza de Alex.

Él se agachó, se puso detrás de ella, golpeó el pomo de su espada contra la bota, a la altura del tobillo.

Unas chispas salieron disparadas de la parte trasera del tacón. Alex se rio, encantado. (Y también se estremeció cuando una chispa le quemó el esternón.) Charlotte dio una voltereta en el aire y giró sobre sí misma con el estoque en dirección a él. Pero él lo frenó con su espada, el metal gritó y el espadín se le cayó de la mano.

–Ay –dijo ella, sacudiéndose la mano y mirándolo con indignación. Él tiró la espada a un lado, la agarró de la camisa y la atrajo hacia él. Ella aún estaba en el aire cuando sus bocas se encontraron. Se besaron con tal fuerza que la magia de Charlotte estalló, y enseguida Alex se elevó del suelo junto con ella. Alex le agarró la cabeza y ella le clavó las uñas en la espalda. Los abrigos se inflaban mientras la lluvia a su alrededor chisporroteaba por la energía mágica.

–Ríndete –gruñó Alex entre besos.

–Usted primero. –Ella echó la cabeza hacia atrás y le ofreció la garganta. Él pasó la lengua por ella, apretó los labios contra su pulso y sintió el sabor a jabón, a lluvia, al calor de la sangre excitada. Estuvo a punto de hablar y entregarle su corazón y su voluntad, pero sus viejos instintos lo detuvieron justo a tiempo. Casi podía oír una voz, grave a pesar de que habían pasado dos décadas, llamándolo maldito idiota. Se estremeció como si un puño le hubiera pegado en la oreja.

Debido al movimiento repentino, la magia se desequilibró y los dos cayeron al suelo. Charlotte se apartó pero él la atrapó, la volvió a apretar contra él, y la encerró en un abrazo. Aunque no podía verle la expresión de la cara, podía imaginar la furia que reinaría en ella, y sonrió.

–Te reto –le dijo al oído, caliente y tentador–. Písame con esas despiadadas botas tuyas.

Ella intentó zafarse.

–¡Forajido!

–Machona.

–Disculpen.

Giraron la cabeza sorprendidos.

–Les ruego me perdonen –dijo un caballero que permanecía de pie bajo la lluvia. Llevaba unas enormes botas de goma y en la cabeza un gorro lleno de anzuelos clavados. Tenía una caña de pescar apoyada en un hombro. Mientras Alex y Charlotte lo miraban, él sonreía bajo su bigote fino y torcido–. Me pregunto si por casualidad habrán visto por aquí a un kamatuka.

Charlotte parpadeó sin comprender. Alex entrecerró los ojos.

–¿Es un tipo de arma? –preguntó.

El hombre se rio.

–Santo cielos, no, mi querido amigo. Es un pez.

Hizo un gesto hacia el lago como si eso lo explicara todo. Charlotte y Alex se volvieron hacia el lago y luego hacia el hombre.

–No puedo decir que lo haya visto –dijo Alex–. ¿Tú, cariño?

–No –respondió Charlotte–. Y si vuelve a llamarme cariño, lo muerdo.

Alex sonrió.

–¿Me lo prometes?

–Bueno –continuó el recién llegado en tono despreocupado, a pesar de la lluvia y ante dos extraños con una pelea en pausa–. Estoy seguro de que está ahí. Solo hay uno en todo el distrito ¿saben?, importado especialmente para nuestro pequeño concurso, y sería una maldita vergüenza si Peddick lo consiguiera antes que yo. ¡Y miren esto! Alguien dejó una espada tirada por ahí. Eso no es seguro. Alguien podría clavársela en un dedo del pie.

Alex se movió un poco, agarrando mejor a Charlotte.

–¿Puedo preguntarle, señor...?

–Hooper. –Extendió una mano pero al ver los cuchillos atados al muslo de Alex y la larga daga que asomaba de su bota, por no hablar de la vaina de la espada, prefirió evitar el apretón–. Arthur Hooper, tres veces campeón de pesca de caña del distrito de Dagenham y mayordomo de Sir Rufus en la Casa Rothbury, a su servicio. Bueno, al servicio de Sir Rufus, pero ya me entiende.

–Señor Smith –respondió Alex–. Y ella es mi hermana, la señorita Smith.

Las cejas del hombre se alzaron con asombro.

–Supongo que ustedes son del norte, porque nunca he visto a nadie por aquí besar a su hermana con tanta pasión. Casi parecía que se estaban alejando del suelo, ja, ja.

–¿He dicho hermana? –Alex negó con la cabeza–. Quise decir esposa. Ella es mi esposa. La señora Smith. Por el hecho de que yo soy el señor...

–Cállese –dijo Charlotte–. Señor Hooper, ¿sería tan amable de dirigirnos hacia algún refugio, por favor?

–¿Refugio?

–De la lluvia.

Hooper parpadeó ante el diluvio gris.

–Oh, ¿se refiere a esta llovizna? Podrían ir al Refugio del Pescador. El *pub* local. Justo del otro lado del lago. –Lo señaló con su caña de pescar.

–Gracias.

–Tienen razón –dijo, sonriendo y balanceándose sobre sus talones como si tuviera la intención de quedarse y ver lo que quedaba del espectáculo. Ellos le dirigieron una mirada que parecía una espada desenvainada, y una risa torpe salió de su boca–. Pues bien. Nada de kamatukas. Bueno, yo... estaré en mi... um... ta-ra-rá, entonces.

–Ta-ra-rá –dijo Alex.

–Adiós –añadió Charlotte.

El hombre se alejó con prisa.

–Le doy tres segundos para que me deje partir –dijo Charlotte– antes de hacerle una demostración de la técnica que consiste en matar a un hombre usando un codo y la frase de anclaje del encantamiento.

Alex suspiró.

–¿Siempre eres así?

–Usted saca lo peor de mí.

–Quise decir...

Ella se apartó. Alex pensó que saldría corriendo, pero en lugar de eso se puso las manos en las caderas y miró el paisaje como si estuviera haciendo un esfuerzo por molestarla a ella en especial.

–Deberíamos tratar de ubicar su casa.

Alex examinó los árboles a la distancia.

–Está demasiado lejos. Bixby sabe cómo aterrizar de emergencia. No le pasará nada. Esperaremos en el Refugio del Pescador y la buscaremos cuando se despeje la lluvia.

–Es una larga caminata.

–No lo es.

–Me lastimó cuando me golpeó la pierna con el pomo de la espada.

A Alex se le dio vuelta el corazón dentro del pecho. Dio un paso hacia ella y echó un vistazo hacia la pierna en cuestión, cuya forma se marcaba con claridad dentro de los pantalones empapados, luego parpadeó apresuradamente y la miró a la cara.

–Lo siento, ¿te duele mucho?

–Siento un dolor agonizante –mintió ella con calma.

Al oír el tono con que lo dijo, Alex puso los ojos en blanco.

–Me voy –dijo, agachándose para recoger su espada–. Puedes venir o no, como prefieras. Si no vienes, te deseo lo mejor en tus esfuerzos por robar el amuleto. Buenas tardes, señorita.

Charlotte le dirigió una mirada asesina y murmuró algo. La escobita voló desde el pasto hasta su mano. Con un chasquido, salió proyectada una larga y fina escoba de metal. Sus cerdas brillaban como el armazón de un paraguas sin tela.

–No me digas que te vas a sentar ahí y vas a salir volando –dijo Alex con incredulidad.

–¡Claro que no! No sea ridículo –exclamó y se sacó de la cara el pelo mojado.

–Voy a agarrarme a ella para volar.

–Eso es una tontería.

–Es más rápido que ir caminando.

–¿No tienes miedo de caerte en medio del lago?

–No tengo miedo de nada, capitán.

–Deberías replantearte esa actitud.

–Tal vez lo haga, una vez protegida en un ambiente tibio y seco, y bebiendo té con un chorrito de jerez.

–¿Jerez? –se rio Alex–. Esa es una bebida para abuelas con pantuflas peludas y rodetes.

Ella le dedicó una sonrisa cortante.

–Señor, si yo usara pantuflas peludas, tendrían dardos envenenados escondidos entre los pelitos.

La sangre de Alex se calentó de repente. Se inclinó un poco hacia ella, y ella se inclinó un poco hacia él, y un trueno retumbó como una advertencia que los hizo retroceder con prudencia.

–Te creo –dijo Alex–. Pero por el amor de Dios, bebe un buen whisky.

–Es poco caballeresco que me diga lo que tengo que hacer. En realidad, no. Retiro lo dicho. Es totalmente caballeresco. Usted, señor, representa todo lo que está mal en nuestra sociedad patriarcal.

–Y usted, señora, es la criatura más seductora que he conocido. Quiero lamer cada pulgada de su persona.

Ella lo miró fijamente, con la boca abierta.

–¡Por Dios! Hace solo dos minutos preguntaba "¿Siempre eres así?". Esa incoherencia es la que da mala fama a los piratas.

–Y yo que pensaba que eran los saqueos, el terror y el vandalismo desenfrenado. Le ruego que me disculpe, señorita Pettifer, pero como traté de decirle en ese momento, lo que en realidad quería

decir era "¿Eres siempre así de fuerte, feroz, hermosa, valiente?", una pregunta en todo coherente con mi más reciente declaración.

–Oh. –Apartó la mirada, frunciendo el ceño–. Bueno. Mmpf.

Alex sonrió.

–Mujer tonta.

–Mal comunicador.

–Me parece justo. Voy a ser más explícito, ¿de acuerdo? ¿Tienes miedo del sexo prematrimonial?

Los ojos de Charlotte se entrecerraron mientras pensaba en esto. Por fin habló, con tono frío.

–Repito, no tengo miedo de nada.

A Alex se le profundizó la sonrisa. Sintió su placer hasta el fondo en una parte de su anatomía que no podía soportar mucho más placer en este momento.

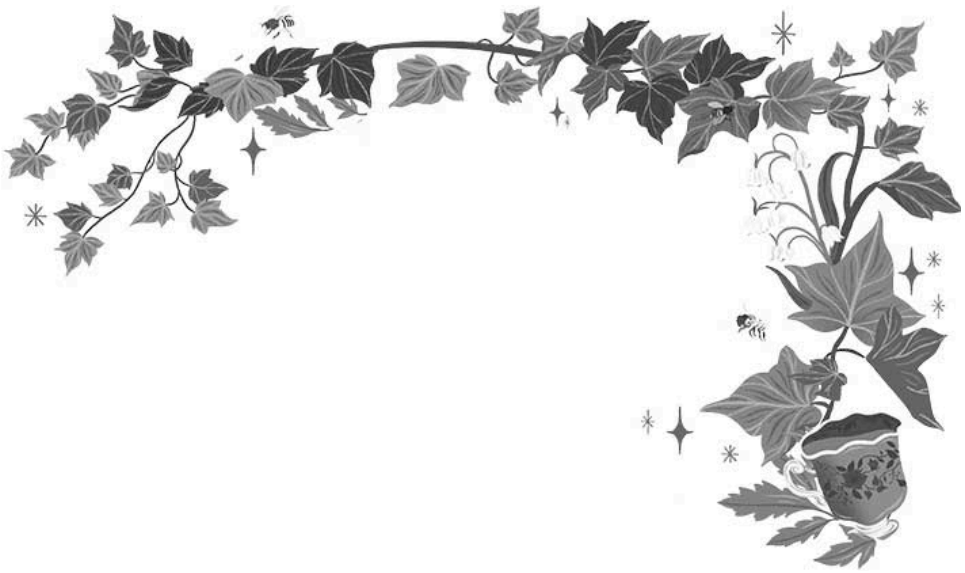
–¿Una carrera hasta la posada?

–¡Claro que no! –respondió ella, indignada–. Una dama nunca corre carreras. Tan solo iré más rápido y esperaré a que me alcance.

Y con eso, hizo un movimiento rápido con la escoba, murmuró una palabra, y salió volando a través de la tormenta. Luego volvió volando, recogió las gafas de sol que se le habían caído del bolsillo de su abrigo, y con expresión altiva se fue volando otra vez.

Alex miró al cielo en busca de paciencia, pero solo logró que le entrara agua en los ojos. Fue suficiente para hacerle creer que Dios era una bruja. Empezó a caminar.

Y luego, pensando en Charlotte Pettifer entiabada con whisky, empezó a correr.



11

UN SOLO DORMITORIO – FORMA INCORRECTA DE DESVESTIRSE – MANIPULADO – CHARLOTTE QUIERE LEER UN POCO ANTES DE IR A DORMIR – ALEX ES ANTIHIGIÉNICO – ¿QUÉ JANE? – LA TERCERA ES LA VENCIDA – DERROTA MUTUA

Dale a una chica una educación e introdúcela adecuadamente en el mundo, y diez a uno a que se encontrará sola en la habitación de una posada con un caballero granuja. Charlotte (a quien, después de todo, deberían haberle permitido ver las interesantes páginas de los libros de biología, y así apaciguar su curiosidad) estaba de pie junto a la cama, con los brazos cruzados sobre el sencillo vestido que le

había regalado la mujer del posadero, y tenía clavada una mirada asesina en Alex.

Y él, que se veía muy peligroso con unos pantalones prestados y una camisa toda estirada sobre la piel, se encogió de hombros como toda respuesta.

El hecho de que hubieran aterrizado a menos de un cuarto de milla de un *pub* era una coincidencia solo si olvidamos que estaban en Inglaterra, donde muchos miles de *pubs* prosperan por todo el país. A los amantes del romanticismo no les sorprenderá que solo quedara una habitación libre. La única sorpresa fue que tenía dos camas.

Alex y Charlotte lo arreglaron rápidamente.

Y ahora, con las camas juntas y el whisky ya en el estómago, esperaban a ver quién daba el primer paso.

–No sé por qué insististe en vestirte, si yo voy a desvestirte otra vez –dijo Alex.

–No sé por qué está tan seguro de eso –replicó Charlotte.

Se balanceaba un poco, pues el whisky le había aflojado los músculos y algunas de las inhibiciones más importantes para ella. En algún lugar de la mente, las heroínas de Jane Austen le gritaban, agitaban ejemplares de *Mansfield Park*, e intentaban recordarle el destino que aguardaba a las mujeres que no eran castas. Pero sus voces quedaron ahogadas bajo el recuerdo sonoro de Alex llamándola "fuerte, feroz, hermosa, valiente".

Su corazón suspiró. Había algo en aquel hombre, sus ojos risueños, tal vez, o la boca malvada o, Dios mío, esas botas, que hacía que todo su ser se pusiera a canturrear. Sentía como si hubiera sido una sonámbula toda la vida y por fin se hubiera despertado

aquel día en St. James, cuando una conversación con él la había lanzado literalmente al cielo. Pero él no debía saberlo.

–Demuestra su arrogancia masculina –dijo ella–, que dé por sentado que puede desvestirme bajo su propia autoridad.

–Me parece justo –respondió Alex–. Entonces, ¿me voy?

–Por supuesto, si es usted un cobarde y tembloroso....

Charlotte se detuvo, parpadeando por la sorpresa, cuando él dio un paso adelante y comenzó a tirar de los botones de su corsé.

–No –dijo ella, golpeándole las manos–. Así no. Tiene que apretarlos con más cuidado...

Alex le tomó la barbilla, la levantó y la besó hasta que las palabras se disolvieron y su conocimiento experto sobre qué hacer con los botones abandonó completamente la memoria. El corsé finalmente se abrió a pesar del método poco delicado de Alex, y después de forcejear un rato con las mangas, momento en que ambas partes se arremetieron el uno al otro (y se besaron con una frustración cada vez más urgente), el vestido entero cayó y se hizo una pila de tela a sus pies. Todo lo que faltaba era una camisa de algodón que también le había proporcionado la mujer del posadero.

Charlotte se quedó mirando el vestido, aturdida y sin saber qué hacer a continuación. Acababa de permitir que un hombre la desvistiera. Jane Austen estaría llorando en su tintero.

Sin embargo, Alex tenía la situación bajo control. Literalmente. La tomó por la cintura, la levantó, apartó el vestido de una patada y la volvió a apoyar en el suelo.

–Oh –respiró ella–. Dios mío.

Su estómago se llenó de una docena de abanicos que se agitaban con urgencia en un esfuerzo por refrescarla.

Alex sonrió, mordiéndose el labio inferior en una expresión de entrañable maldad. Buscó los tirantes de la camisa y empezó a quitárselos. Charlotte le apretó las muñecas y, aunque no tenía fuerza suficiente para detenerlo, él de todas maneras se detuvo.

–No estoy convencida de que esto sea buena idea –dijo ella.

Él sonrió.

–¿Qué, escondes un rifle y tres perros de presa ahí debajo?

–Por supuesto que no. Puede comprobarlo si quiere.

Su ceja se alzó ante la invitación. Con un dedo corrió con delicadeza el escote de la camisa y miró lo que había debajo.

Charlotte contuvo la respiración.

No la tocaba, pero su mirada parecía acariciar cada terminación nerviosa. Después de un largo rato sin pronunciar palabra, volvió a mirarla a los ojos. La había visto y, al parecer, ahora quería "verla". Charlotte bajó la mirada, porque él podía tener su cuerpo, pero a nadie le daría su corazón.

Al oír ese pensamiento, su cuerpo dejó de lado los abanicos e instaló en su lugar una turbina de vapor. Algunas partes ansiaban que el pirata no solo las mirara, sino que las tocara con sus dedos fuertes y callosos. Pero su mente, ya horrorizada por el giro de los acontecimientos, y componiendo un sermón que sospechaba que el cuerpo ignoraría por completo, estaba decidida. Ella bien podía ser fuerte, feroz, hermosa, valiente, pero añadir "desnuda" a esa lista, sin duda cruzaba la línea de la feminidad apropiada. Charlotte había pasado toda su vida tratando de mantener el equilibrio en esa línea, forzada hacia un lado por los dictados de la sociedad, y hacia el otro por su propia sensibilidad e inteligencia. Por lo general, podía aproximarse al buen comportamiento observando a la gente y

leyendo libros. Pero la etiqueta de una cita en una posada rural con un pirata no era algo fácil de adivinar.

Si tan solo Jane Austen, Elizabeth Gaskell, o incluso Charles Dickens, hubieran escrito sobre el tema de la cópula para que ella supiera qué hacer, y en qué secuencia correcta. ¿Había palabras concretas que una debía decir? ¿Una acción que siempre hay que llevar a cabo?

Sin duda, el capitán O'Riley tenía un conocimiento enciclopédico del tema, pero Charlotte no podía preguntarle sin revelar su propia ignorancia. Y nunca debía hacerlo. Una bruja no era nada si no superior en todo.

–Entonces –dijo Alex en voz baja–, ¿puedo mirar pero no puedo quitarte esa cosa?

–Puede hacer lo que quiera –respondió ella, y él hizo un ruido en su garganta–. Pero según como me educaron, una mujer no se desviste bajo ninguna circunstancia.

–¿Qué, ni siquiera en el baño?

–¡De ninguna manera! –Charlotte se escandalizó de solo pensarlo.

–Dios, y yo que pensaba que mi educación era horrible.

Él la miró durante un largo rato, evaluando si tenía el valor para lo que le esperaba. Ella esperaba, con el corazón palpitante, que él pusiera fin a toda la empresa. Pero al final se encogió de hombros.

–Lo que tú quieras, cariño. Se queda puesto.

Charlotte se sintió aliviada.

–Usted, sin embargo, puede desvestirse como quiera –añadió ella–, o quedarse con la ropa que elija. Supongo que se quitará los pantalones para poder acceder libremente a su... mmm... pequeño miembro tumescente de caballero.

Los ojos de Alex brillaron.

–¿Cómo dices?

–¿No se utiliza en esta actividad?

–Sí –dijo con voz algo tensa.

Oh, cielos, pensó Charlotte, *tal vez se pescó una neumonía con la lluvia*.

–Permítame darle dos consejos, señorita Pettifer. Primero, nunca use la palabra "pequeño" en relación con el… eh, eso de un hombre.

Ella suspiró.

–Quise decir pequeño comparado con un brazo o una pierna.

–Nunca. Jamás.

Al parecer, esta era una regla firme.

–Muy bien –cedió ella.

–Y segundo, acuéstate en la maldita cama, ¿quieres?

Miró por encima del hombro hacia el mueble en cuestión.

–¿Cree que está limpia?

Su expresión se tensó, y ella tuvo la sensación de que estaba apenas aguantando.

–A menos que quieras que te lleve contra la pared, tendrás que arriesgarte.

Charlotte jadeó, pero tras dudar un momento, decidió que eso no, y retiró el edredón.



Alex observó cómo Charlotte se tumbaba en la cama. Siguió un interminable minuto en el que la camisa se le retorcía alrededor de las caderas y tenía que levantarla para acomodarla, y luego hacer lo

mismo con su pelo, y luego correrse para evitar lo que debía de ser un resorte suelto en el colchón. Alex esperó con una exasperación que rayaba en una intensa y palpitante excitación. La mujer iba a provocarle un orgasmo por fastidio antes de que le pusiera una mano encima.

Finalmente se quedó quieta, casi rígida, con la mirada fija en el techo. Él dudó, no quería seguir adelante si ella estaba tan ansiosa como parecía.

–Chist –dijo ella, chasqueando la lengua con impaciencia, y él se quitó de un tirón la camisa y los pantalones, aunque antes sacó el elemento de protección que siempre llevaba consigo (no necesariamente porque fuera un granuja incorregible. Después de todo, el elemento tenía muchos usos útiles, como atar a los empleados de los bancos y contener monedas robadas).

(Sin embargo, también era un granuja incorregible).

Mientras colocaba el elemento, Charlotte no apartó los ojos del techo. Al mirarla, Alex frunció el ceño. Si no estaba ansiosa, ¿por qué estaba tumbada ahí como si el mundo fuera un tremendo peso sobre su cuerpo?

La pregunta se convirtió en su propia respuesta. Y con ella, Alex sintió que algo se aflojaba alrededor de su corazón. Se tumbó de lado junto a ella y tiró del edredón hasta que los cubrió a los dos.

–Ven aquí –susurró, para que ella lo mirara. Ella tragó su aliento, sus ojos enormes y oscuros pero, gracias a Dios, no mostraban miedo. No podía decirse lo mismo de él. Maldita sea, ya había hecho esto muchas veces como para ponerse nervioso ahora.

Entonces ella parpadeó con sus largas y espesas pestañas sobre sus ojos tormentosos, y su corazón tembló.

–Hay más de manta de su lado –refunfuñó ella, apoyando una mano en su pecho tatuado. Su tacto, suave como pétalos de rosa, era tan delicado que Alex pensó que podría romperse en pedazos.

–Eres una diablesa –respondió, apartándole el pelo húmedo de la cara.

Se miraron con fijeza durante un largo e intenso momento. *Respira*, se recordó a sí mismo. *¿Hacer qué ahora?*, respondieron sus pulmones.

–Esto es únicamente para poner paños fríos entre nosotros, ¿de acuerdo? –dijo Charlotte.

Alex sonrió.

–Querida, te aseguro que no habrá ningún "únicamente" en esto –replicó él.

Charlotte puso los ojos en blanco.

–Sin embargo, en el fondo tiene razón. Solo estamos liberando la tensión.

–No es un compromiso.

–De acuerdo.

–Además...

La besó. Y todas sus palabras se evaporaron, dejándola con un silencio más honesto.

El beso se volvió lento, exploratorio. Las caricias sobre la piel desnuda hicieron que ambos temblaran a pesar del calor enclaustrado. El ruidito que hacía la pulsera de Charlotte al chocar contra él le recordó a Alex que ella era una bruja con la que ni siquiera debería hablar, pero no le importó. En aquel momento, en esa cama, ella era Charlotte Pettifer, nada más, y si no podía penetrarla pronto, era probable que pereciera de tanto deseo.

Pero trató de ser paciente, porque la piratería solo llegaba hasta cierto punto, y nunca tomaría a una mujer si eso la lastimaba. El cuerpo de Charlotte era tan rígido como sus actitudes, y por mucho que ella murmurara que era necesario hacer lo que había que hacer para poder luego reanudar la búsqueda de su amuleto, Alex estaba decidido a ser amable. Usando primero un dedo y luego dos, le ofreció un anticipo de lo que planeaba hacerle.

Al principio, el asombro de Charlotte fue extremo.

–¿Está seguro? –le dijo, retorciéndose contra su mano–. Esto no me parece muy apropiado.

–Es totalmente inapropiado, cariño –convino él, moviendo los dedos lentamente mientras se deleitaba en su ceño fruncido, adorablemente censor. Pero su cuerpo comenzaba a relajarse mientras él la conducía, con movimientos largos y acariciadores, hacia un estado de cálido y húmedo desorden.

–Yo no entien... ¡Oh!

Volvió a tensarse. Él hizo una pausa.

–¿Qué?

–Otra vez. Con el pulgar.

Él volvió a frotar.

–¿Eso?

Por primera vez desde que la conocía, los sonidos que salían de su garganta no eran quejas. Con sílabas entrecortadas y jadeos estremecedores, ella refirió cómo él, por fin, estaba haciendo algo a la perfección, y él sonrió con el particular triunfo de saber que la había complacido. Siguió las instrucciones, vio cómo el placer se inflaba en los ojos de ella, sintió cómo se apretaba a sus dedos mientras ella alcanzaba el clímax. La sensación en el cuerpo de

Charlotte pasó como un chisporroteo por el de Alex y tuvo que respirar hondo para calmarse.

–Dios mío –dijo ella al fin–. Esto fue… notable.

–Me alegro.

La besó, como si pudiera saborear el cumplido en sus labios.

–¿Cómo puedo corresponder? –preguntó ella, seria.

Ante la pregunta, una emoción desconocida se enredó en el interior de Alex pero no pudo identificarla y no se atrevió a intentarlo. Era mucho más seguro seguir siendo un pirata libertino y dejar que las turbias profundidades de su psique se las arreglaran solas. Le sonrió. Maldita sea, era hermosa, toda ruborizada y ablandada por el placer. De pronto sintió un impulso feroz de protegerla de sí mismo, aun sabiendo que apartarse ahora sería un tormento físico. Pero ella lo miró con el ceño fruncido, esperando una respuesta, y el impulso protector se vio superado por otros impulsos más desesperados que la propia impaciencia de Charlotte no hacía más que alentar.

–Me estás dando todo lo que quiero solo con estar aquí –dijo. Y le sorprendió la verdad de aquello que decía.

A Alex no le gustaba sorprenderse a sí mismo. Tampoco era un defensor acérrimo de la verdad. Sin embargo, le gustaba besar a la señorita Pettifer, así que volvió a hacerlo.



Charlotte tenía talento para la certeza, y una cosa de la que estaba muy segura era que no aprobaba lo que estaban haciendo. Le gustaba. De hecho, seguiría haciéndolo con gusto el resto de la

noche si fuera necesario y, además, lo retomaría a la mañana siguiente si surgiera la oportunidad pero la aprobación era un asunto completamente diferente.

El capitán O'Riley la había tocado de una forma ciertamente antihigiénica. Y solo Dios sabe qué clase de daño nervioso había sufrido cuando la invadió esa extraña y poderosa sensación de felicidad. Además, todavía no habían recuperado el amuleto.

Entonces Alex le pasó una mano por el pecho, haciendo que todo pensamiento dedicado al amuleto estallara en una llamarada dorada. Y ahora el maldito hombre volvía a besarla. Peor aún, su dulzura arruinó por completo la feliz imagen de perro callejero que tenía de él. Ella había imaginado un intercambio breve y furioso, como lo habían sido sus discusiones. Pero en lugar de eso, él le daba ternura, esta inexplicable consideración.

Por fortuna, había logrado componer algo como un guion para responderle. El señor Darcy también había demostrado ser un tipo considerado bajo su imagen fría y Elizabeth Bennet había reaccionado con sinceridad y amor. Charlotte pensó que eso era un poco exagerado, pero al menos podía besar la mandíbula del pirata y disfrutar de la textura de la barba mal afeitada contra sus labios, y seguir la dura curva hasta el lóbulo de la oreja. Lo mordió con suavidad y el pendiente repiqueteó contra su barbilla.

–Hhnngh –dijo él, posiblemente una palabra irlandesa, que parecía expresar aprobación.

–De nada –le susurró al oído.

Él se estremeció.

–Bruja malvada –le dijo, y Charlotte recordó que sí, eso es lo que era. Dejó a un lado su bonito guion y trazó con una uña el tatuaje

de nudos de púas que le cruzaba el pecho, luego siguió hacia abajo, pasó sobre su corazón, alrededor de su ombligo, hasta el pelo oscuro en la base de su…, eh…, quinto miembro, que no era pequeño justamente. A Alex se le cortó la respiración, y Charlotte sonrió satisfecha. Ahora tenía una idea clara de lo que él pretendía hacer con esa parte concreta de su anatomía, y pasó un dedo cauteloso por la piel aterciopelada y enrojecida...

En cuestión de segundos, la tenía boca arriba, con las piernas abiertas, las rodillas en alto, sin aliento. Estaba tumbado sobre ella, y sus ojos brillaban con un calor feroz.

Charlotte sonrió.

–Atrévase.

–¿Estás segura?

–No estaría aquí si no lo estuviera.

–Muy bien, entonces.

Su mano bajó hasta donde antes había sido tan efectiva, y ella emitió un gemido mientras las sensaciones se apoderaban de ella. Trató de pensar en una respuesta, pero de repente había algo más allí, presionando con fuerza, y su cuerpo se tensó, y sintió que era un momento del que no habría vuelta atrás. El corazón tronó agitado.

Entonces el mundo se derrumbó literalmente.



Alex parpadeó confundido mientras caían alrededor de dos pies y aterrizaban de un modo abrupto, aunque bastante suave. Momentos después se dio cuenta de que las camas se habían separado y

habían caído por el hueco entre las dos hasta la alfombra. Debajo de ellos había una sábana enredada. El edredón se extendía como una tienda de campaña.

–¿Te has hecho daño? –le preguntó a Charlotte, pero ella ya se estaba riendo. Sonaba salvaje y encantada, como una mujer sorprendida por la vida y sorprendiéndose a sí misma de que no le importara.

De repente, Alex sintió que su corazón se llenaba de sincero afecto. Aquella mujer lo volvía absolutamente loco, tanto mental como sexualmente, y sin embargo le gustaba de verdad a pesar de ello. Tal vez incluso a causa de ello. Había algo tan energizante en ella y, al mismo tiempo, tan tranquilizador, a diferencia de las mujeres que se acercaban a él con cautela o lo utilizaban para excitarse. Charlotte no le tenía miedo ni buscaba la mera excitación. Lo hacía sentirse lo bastante seguro como para ser él mismo, no el temible pirata, el impío bribón. Solo Alex, que la deseaba.

Dios, la deseaba tanto que no podía esperar ni un momento más. Hacía solo unos días que la conocía pero su cuerpo juraba que había sufrido una eternidad de deseo por esta mujer. Con una cálida sonrisa, la miró a los ojos, hermosos y suntuosos.

–Deprisa –le exigió.

Su sonrisa se transformó en una mueca. Pues bien, maldita sea, no le quedaba más remedio que demostrar en un largo e implacable movimiento la forma exacta en que un hombre utilizaba esa parte tan interesante.

Los pensamientos de Charlotte se hicieron añicos. Se aferró mentalmente a páginas sabias, a citas buenas, pero fue inútil. Apenas podía recordar el nombre de ningún autor, y mucho menos

algo que pudieran haber escrito. Alex la dominaba en cuerpo y mente. No podía sentir nada más que a él, pensar en nada más sino en él. Abrumada, se agarró a la sábana en una especie de desesperación. Era demasiado; era insoportable.

Entonces él retrocedió.

–No pare –refunfuñó ella y se aferró a sus caderas para acercarse.

–No temas, eso no va a pasar. –Sonrió.

Comenzó a un ritmo suave, avanzando más profundo muy de a poco mientras mantenía el pulgar ocupado de una forma que hacía que Charlotte respirara entrecortadamente. Le besó la garganta, como si tratara de despejarle las vías respiratorias.

–¿Te encuentras bien, cariño?

–Bien –jadeó ella.

–¿Te duele?

–No.

–¿Estás...?

–¿Suele haber conversación a estas instancias?

–Perdón, Charlotte. –Volvió a sonreír.

Era la primera vez que decía su nombre, y ella entró en éxtasis cuando lo oyó envuelto en el sonido cálido y sensual de su acento. Ay, Dios, eso era prueba de que sus nervios estaban completamente alterados. Y se le estaban a punto de quebrar los dedos de los pies de tan apretados que los tenía. No es que le importara, teniendo en cuenta lo espléndido que se sentía.

–Dios mío –jadeó Alex. La sonrisa había desaparecido de su rostro. Frunció el ceño como si estuviera sumido en una contemplación sagrada. Charlotte no se había dado cuenta de que

era tan devoto. Ella también se sentía muy devota en aquel momento.

–Eres tan sensible –susurró.

A ella se le revolvió el estómago. Había oído esas palabras una y otra vez durante su infancia, palabras que se sentían como una punzada en el corazón. "Eres tan sensible, Charlotte. Sientes demasiado, eres demasiado. Es inconveniente. Una bruja debe ser más comedida". Ella había construido un centenar de capas de calma y frialdad a lo largo de los años como respuesta. Había trabajado duro para convertirse en algo distinto a su yo totalmente equivocado. Ahora se encogía.

Alex lo sintió y se detuvo. Le levantó la barbilla para que tuviera que mirarlo. Su mirada brillante y feroz le atravesó la vergüenza.

–Tan receptiva –dijo, y las palabras sonaron como una sonrisa–. Como un pájaro en los vientos cantarines.

Charlotte frunció el ceño, sin comprender. Pero él la besó de nuevo, murmurando contra su piel, y por fin comprendió que en realidad le estaba dando su aprobación. La idea la sacudió, y rompió mil bloqueos y púas alrededor de su alma, llenándola con los pedazos como estrellas calientes y brillantes. La liberación emocional fue tan increíble como la física que acababa de experimentar. Aferrada a él, se sintió agradecida y frustrada, todo en un hermoso y desordenado tumulto. Él le proporcionaba tanto placer con su cuerpo, sus palabras, incluso con la expresión de sus ojos...

¡Maldita sea, el hombre la estaba superando! Ella quería hacerlo sentir de la misma manera, "más" de la misma manera, más extasiado, más electrizado que ella. Pero no sabía cómo conseguirlo.

–Parece que se le da bastante bien esto –le dijo, intentando hacer un cumplido. Él sonrió, una sonrisa dulce y encantadora, sugiriendo que ella había acertado.

–Gracias, cariño –dijo–. Pero veamos si puedo hacerlo tan bien que te quedes sin aliento para decírmelo.

Bajó más sobre ella, y todas las sensaciones cambiaron, se encendieron de nuevo. Charlotte lanzó un grito de asombro. La sonrisa de Alex se convirtió en una mueca perversa. Ella intentó hablar, cuestionar este nuevo acontecimiento, pero el instinto apartó la razón a codazos, se arremangó y tomó las riendas. Envolvió las piernas alrededor del pirata y levantó las caderas para encontrarse mejor con él. El murmullo de su garganta la animó, así que se movió una y otra vez, y aceleró el ritmo y la respiración también. Le estaba dando placer. ¡Era excelente! Solo había un problema.

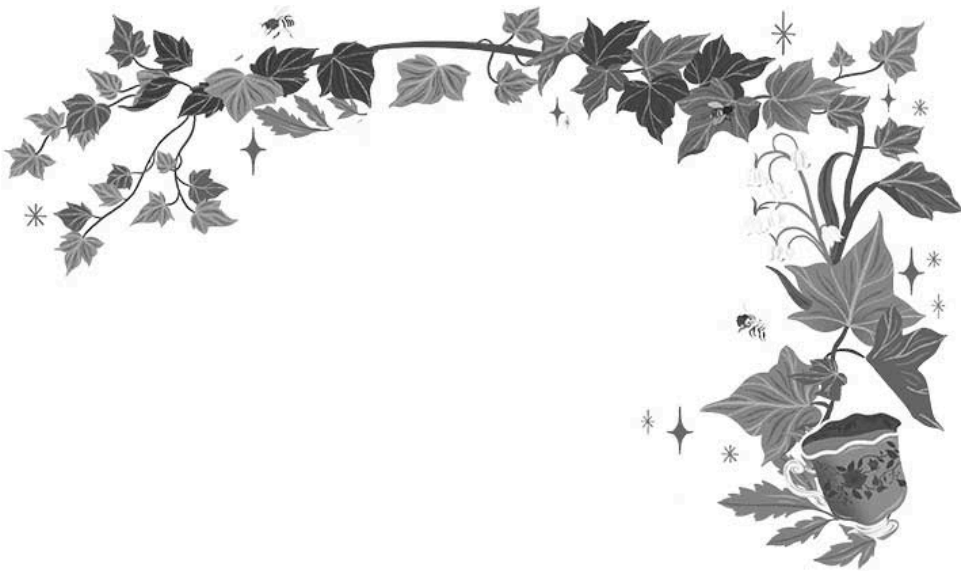
A ella también le estaba gustando mucho.

La electricidad comenzó a crecer de nuevo dentro de su cuerpo. Cada músculo se apretó por anticipado. No podía respirar, tal como él lo había planeado, no podía pensar. Gimió sin ningún decoro mientras el pirata la llenaba tan profundamente que cada palabra propia se disolvía y salía de su cuerpo. Se aferró a él incluso mientras la destrozaba; inhaló su aliento caliente, como su única esperanza de supervivencia. Se sentía tan devastador y estimulante como si la arrojaran desde un tejado a gran altura.

De repente, el fuego estalló, más feroz que antes. Su alma parecía arder en llamas. Al mismo tiempo, todo el cuerpo de Alex se contrajo. Charlotte lo apretó contra ella igual que cuando cayeron bajo la lluvia. Empezaron a temblar mientras descendían juntos hacia la suavidad, la melancolía, la paz. La boca de él le besó toda la

cara, buscando desesperadamente la boca de ella. Ella la giró hacia él, y se encontraron en un beso largo, profundo y mutuo.

Charlotte cerró los ojos y sintió por primera vez en su vida la experiencia de compartir un momento perfecto con otra persona.



12

INSOMNIO EN DAGENHAM – DESAYUNO ENTREGADO – NOTICIAS – TAREAS DOMÉSTICAS INTERRUMPIDAS – EL ÚNICO CAMINO QUE QUEDA ES IR HACIA ARRIBA – DÉJÀ VU – ALEX SE ARREPIENTE DE SU DECISIÓN – CHARLOTTE SABE A QUÉ ATENERSE – LOS LADRONES NO SE DETIENEN – PENDIENDO DE UN HILO

Charlotte tuvo que aceptar que, después de todo, ¡no había otro placer parecido a hacer el amor! ¡Cuánto antes se cansaba una de cualquier cosa antes que del sexo! Cuando tuviera su propio marido, se sentiría muy desafortunada si él no tuviera excelentes competencias en el dormitorio. El capitán O'Riley había modificado sus expectativas al respecto.

Probaron variaciones de la actividad varias veces a lo largo de la tarde y la noche, pues, al fin y al cabo, había entre ellos una gran tensión que era necesario aliviar. Se trataba de ser eficientes, de ocuparse del tema todo de una vez. La verdad es que Charlotte se sentía tan liberada de tensión que no estaba segura de poder caminar, pero la movilidad era un sacrificio menor a cambio de tanto placer.

En algún momento, Alex había pedido que llevaran la cena a la habitación y habían comido en el suelo, entre las camas, envueltos en sábanas y con un edredón debajo para mayor comodidad. La comida no había sido muy sabrosa, y habían conversado sobre ello mientras se enroscaban los pies y los tobillos y coincidían al menos en que el vino estaba bueno. Durante un rato durmieron y cuando Charlotte se despertó, vio que Alex ya estaba despierto y con su lengua la arrancaba de vagos sueños, y con sus manos alteraba su paz del modo más criminalmente delicioso.

El hombre tenía una energía extraordinaria, lo que a Charlotte le parecía bien, pues ella parecía tener una gran tolerancia. Incluso se deshizo de la camisa (es decir, la dobló con cuidado y la dejó a un lado) ya que permitirle ver lo que sus manos ya habían explorado con exhaustividad era lo más razonable, a pesar de que le temblaba el cuerpo. Pero Alex no miró. Usó la sábana para envolverlos a los dos y la abrazó hasta que ella se relajó entre sus brazos y olvidó su desnudez. Así demostraba lo habilidoso que era en todo este asunto, y si Charlotte no se hubiera beneficiado con ello, habría encontrado la manera de bajarlo del pedestal. En lugar de eso, lo insultaba cada vez que podía y él se vengaba haciéndola gritar con algún nuevo y fascinante placer.

Por fin, la mañana se les echó encima y acordaron que era necesario levantarse y dirigirse a Clacton-on-Sea. Charlotte consultó las hojas del té y profetizó un buen día para volar. Había que sacar el amuleto de las garras de lady Armitage (y había que rescatar a Tom Eames, si les daba el tiempo).

A este acuerdo le siguió un inmediato desacuerdo sobre cómo localizar la casa de Alex, que estaba desaparecida, desacuerdo que disfrutaron mientras se vestían con sus ropas ya secas. El debate se acaloró tanto que estuvieron a punto de tirarse al suelo y deshacer todo el gran trabajo que habían hecho con botones y telas, cuando alguien tocó a la puerta.

Alex desenfundó su pistola al instante. Le hizo señas a Charlotte para que se escondiera, puso los ojos en blanco exasperado cuando ella lo ignoró y luego abrió la puerta con cuidado.

–Buenos días, señor –dijo Bixby, de pie en el pasillo con traje y bombín, y una bandeja de plata con periódicos doblados en la mano–. Señorita –añadió, señalando con la cabeza a Charlotte por encima del hombro de Alex.

Ella se sonrojó y se apresuró a ponerse el abrigo como si eso pudiera ocultar todos sus pecados. Aunque se le había ocurrido que la gente podría enterarse de lo que había hecho, lo cual sería malo, no se había dado cuenta hasta ese momento de que podrían imaginar lo que había hecho, lo que era mucho peor. Y aunque la expresión de Bixby era indescifrable, no era algo que le sirviera de consuelo. Charlotte era demasiado consciente de los interesantes pensamientos que podían tener lugar tras un semblante inexpresivo.

Alex, en cambio, parecía indiferente a lo que su mayordomo pudiera estar pensando. Enfundó la pistola y abrió más la puerta.

–Periódicos, ¿en serio? –dijo malhumorado–. ¿Por qué no has traído el desayuno? Bixby dejó la bandeja en un aparador y volvió al pasillo. Segundos después regresó, empujando un carrito cargado de comida.

–Mmm –dijo Alex.

–Gracias –añadió Charlotte, sonriendo al mayordomo. Él asintió con brusquedad, como si ella hubiera dicho algo ofensivo pero él estuviera demasiado bien entrenado para comentarlo.

Desayunaron en una mesita junto a la ventana mientras Bixby permanecía atento, con los ojos educadamente desenfocados. Charlotte no se animó a ofrecerle comida. Sin embargo, de vez en cuando le echaba una mirada de reojo, preocupada por lo que pudiera estar pensando. (Teniendo en cuenta el estado de las camas, no era difícil imaginar en qué estaría pensando: en el número de hilos de las sábanas y en los mejores detergentes). Bixby había explicado que había aterrizado sano y salvo tras la colisión con la casa de la señorita Fairweather, y que, como había visto que Charlotte y Alex descendían con suavidad gracias al poder del encantamiento, se había sentido lo bastante libre de preocupación como para pasar la tarde lavando platos y barriendo suelos, o en otras palabras más precisas, bebiendo brandy y leyendo una novela de George Eliot. El amanecer lo había dirigido a la Casa Rothbury, donde hizo averiguaciones con el mayordomo, Hooper, e intercambió paquetes de información según el protocolo secreto del servicio doméstico. Hooper le informó sobre el paradero de un caballero y una dama extrañamente vestida.

–Lo juro –dijo Alex con una taza de café negro caliente–, ustedes los mayordomos gobiernan el mundo a nuestras espaldas.

Charlotte soltó una pequeña carcajada. Bixby devolvió una mirada inexpresiva.

Después de una pequeña comida que consistía nada más que en tostadas y huevos, frijoles al horno, magdalenas con mantequilla, tomates fritos y arenque ahumado, Alex se concentró en los periódicos mientras Charlotte se dedicaba a hacer las camas. Recién había terminado de recoger las sábanas cuando la detuvo una súbita maldición de Alex.

–¿Qué pasa?

Como Alex no respondió, tan enfocado estaba en leer el artículo de la portada, Bixby le dio una explicación.

–Sospecho que el capitán acaba de enterarse de que la señorita Charlotte Pettifer de Mayfair ha sido secuestrada por el temible pirata Rotten O'Riley.

Charlotte miró fijamente al mayordomo.

–¿Secuestrada? ¡Indignante! –dijo mientras doblaba una sábana por la mitad y la agitaba con tanta energía que produjo un fuerte crujido. Por el rabillo del ojo, vio que Alex se estremecía–. Ahora me describirán como...

–Una inocente damisela de reputación intachable –leyó Alex en voz alta del periódico.

–¡Maldita sea! –exclamó Charlotte–. ¿Cómo se supone que voy a chantajear o estafar a nadie a partir de ahora? Se reirán de mí.

–Bonita foto la tuya, sin embargo –dijo Alex.

Charlotte volvió a doblar la sábana, si es que por doblar se entiende golpear con un movimiento ferviente que creaba su propio ciclón, y se le armó un desbarajuste de tela. Bixby, se acercó, tomó

tranquilamente un borde y retrocedió, separando las esquinas de su extremo. Charlotte lo imitó.

–Me pregunto cómo habrán conseguido la información –musitó Alex, bebiendo café mientras leía.

–Probablemente fue mi prima Eugenia –dijo Charlotte, acercándose a Bixby para juntar los bordes de la sábana. Él la tomó entera, hizo unas maniobras rápidas y le devolvió un rectángulo inmaculado de lino junto con una breve y misteriosa sonrisa que parecía comunicar tranquilidad, amabilidad y la advertencia de que en adelante dejara el doblado de sábanas a los profesionales. La sonrisa desapareció en cuanto Charlotte le devolvió la suya.

–¿Crees que tu prima te traicionaría hasta tal punto?

Alex estaba demasiado sorprendido para un hombre que se había pasado la vida entre piratas.

–Oh, sí –dijo Charlotte mientras dejaba la sábana. Buscó una almohada y empezó a quitarle la funda–. Eugenia siempre me ha odiado por haber sido profetizada como la verdadera heredera de Beryl Black antes que ella. Además, echa la leche en el bol antes que los cereales. Y me llama Char. Su maldad no tiene límites.

Apoyó la almohada con tanta violencia que Bixby hizo una mueca de dolor.

–Quizá deberías tratar de calmarte –sugirió Alex.

–Estoy calmada.

La almohada estalló en una nube de plumas de ganso.

Alex y Bixby cruzaron una mirada sin palabras. Bixby estaba a punto de dar un paso para sacarle de la mano lo que quedaba de la almohada cuando llamaron a la puerta. Antes de que Charlotte los viera moverse, tanto el pirata como el mayordomo tenían armas en

las manos. Sin mediar palabra, Bixby se apresuró a colocarse junto a la puerta mientras Alex se apoyaba contra la pared para mirar con cuidado por la ventana. Volvieron a mirarse; Alex hizo algunos gestos con las manos.

–¿Quién es? –gritó.

–Solo el ama de llaves –respondió una voz aguda–. Tengo toallas limpias.

Alex maldijo en voz baja. Enfundó la pistola y se puso el abrigo, se colgó el cinturón de la espada de un hombro, tomó del brazo a Charlotte y la empujó hacia la ventana.

–Espero que fuera cierto cuando dijiste que podías bajar por el frente de un edificio.

Charlotte frunció el ceño.

–Solo es el ama de llaves que trae toallas.

–¿Justo después del desayuno, en un *pub* inglés?

Alex resopló de mal humor.

–Pero... –protestó Charlotte.

–Hay policías del otro lado de esa puerta –susurró Alex con fiereza–. El posadero debe haber visto el periódico y les ha pasado el dato.

–Entonces debemos ordenar la habitación antes de irnos –dijo Charlotte, intentando que la soltara–. ¡Imaginen lo que pensarán!

–Prefiero imaginarlo a que me lo digan mientras me llevan a prisión.

Lanzó una intensa mirada a Bixby, que hizo un gesto de asentimiento. Al parecer, habían estado en esta situación con la suficiente frecuencia como para no necesitar palabras. Alex se subió a una silla como si fuera una escalera y luego a la mesa del

desayuno, y sus botas rompieron platos y tazas de té. Charlotte habría soltado un grito de horror si no hubiera estado distraída por el hecho de que Alex la estaba arrastrando para que lo siguiera. Apartó con cuidado una tetera mientras Alex descorría el pestillo de la ventana y la abría de par en par.

La tomó de la mano, la miró con frialdad a los ojos y a Charlotte se le dio vuelta el estómago con una sensación que oscilaba entre la lujuria y el temor.

–Bixby los demorará –dijo–, y luego traerá la casa. Pero tenemos que irnos ya.

Juntos miraron por la ventana. Veinte pies más abajo había un patio pavimentado que brillaba como dientes desnudos a la luz de la mañana.

Alex se encogió de hombros.

–Podemos saltar esto.

Charlotte se lo quedó mirando, incrédula y horrorizada.

–Coo-ee –sonó la voz a través de la puerta. El falsete sonó alegre, pero el golpe que siguió fue duro y enérgico, e incluso Charlotte lo reconoció como el sonido de un hombre cuyo sentido de la autoridad solo era superado por su impaciencia. El corazón le dio un vuelco.

–Tengo una idea. Dame la mano.

Sin preguntar nada, Alex hizo lo que le pedía y ella le apretó la mano con fuerza.

–*Aereo* –dijo.

A Charlotte se le agitó la sangre cuando el encantamiento los elevó con suavidad hacia la fresca luz del sol. Dejó que se elevaran, aferrándose a la mano de Alex e intentando no mirar hacia abajo, hasta que se sintió segura de sí misma. Entonces dijo:

–*Descende*.

Empezaron a precipitarse hacia el suelo.

–¡*Lente*! –gritó–. *Descendeo lente*.

Los dos cuerpos se sacudieron cuando de repente disminuyó la velocidad de descenso. Alex le sonrió.

–Tengo que decir que tú sí sabes cómo levantar a un hombre.

–Es brujería bastante sencilla –replicó Charlotte pedante, y él se rio.

–Si alguna vez cambias, Charlotte Pettifer, te alcanzaré y te mataré.

Ella frunció el ceño a través de los mechones de pelo revueltos por el viento.

–No puedo decidir si eso es una amenaza o un cumplido.

–Es una broma, cariño.

–Ah.

El tono de su voz parecía expresar que consideraba las bromas equivalentes a una taza de té verde: desagradables y que debían ignorarse con cortesía si era posible.

–¿Estás listo?

Él movió las cejas como toda respuesta.

Dieron una vuelta carnero y los pies calzados golpearon el suelo al unísono.

Aún tomados de la mano, saltaron un ligustro de arbustos bajos y corrieron por el césped hacia un bosquecillo de olmos. De la posada llegó un silbido estridente cuando los divisó un policía, asomado a la ventana abierta. Con gran descaro, no se detuvieron ni regresaron a la posada para ser detenidos.

–¿Estará bien Bixby? –preguntó Charlotte. Las palabras sonaron extrañas, livianas, entrecortadas.

–Claro –dijo Alex–. Al mayordomo nunca nadie lo encuentra culpable.

Saltaron por encima de una rama caída y entraron en el bosquecillo. El paso se hizo más lento y Alex tiró de la mano de Charlotte, la atrajo hacia él y la besó. Ella se agarró de sus hombros para tratar de mantener el equilibrio, y retrocedieron hasta que ella quedó apretada contra un árbol. El tronco se estremeció ligeramente, como si se sintiera ofendido.

–Debería haber una ley contra hombres como tú –jadeó entre besos.

–La hay –dijo él, mordiéndole el lóbulo de la oreja–. Alguien debería encerrarte en una habitación y solo dejarte salir los domingos.

–Acaba de describir mi infancia –dijo Charlotte. Le enterró los dedos en el pelo y le echó la cabeza hacia atrás para poder besarle la garganta–. ¿A quién puedo contratar para convertirlo en puré?

–Y tú acabas de describir la mía –dijo él–. Pensé que habíamos liberado esta tensión.

–Son meras reverberaciones, capitán –explicó ella–. Vamos a parar ahora.

–Por supuesto. Pararemos de inmediato. –Y apretó sus labios contra los de ella con un beso tan profundo que pensó que se ahogaría en él, allí entre los árboles.

Pero un silbato graznó de nuevo en la distancia, con breves estallidos como si alguien lo estuviera haciendo sonar mientras corría, y se apartaron, mirándose con ojos algo borrosos.

–Si nos están persiguiendo –dijo Alex–, Bixby debería estar libre para ir a buscar la casa.

Siguieron corriendo por la arboleda, motivados por los gritos de "¡Alto, ladrón!".

–Sabes, me molesta que me llamen ladrón cuando todavía no he podido robar nada –refunfuñó Alex.

Pasados los árboles, llegaron a un campo, y mientras corrían, miraron por encima del hombro y vieron la casa de piedra que se elevaba por detrás del tejado de la posada. Pero los policías se acercaban deprisa, haciendo sonar los silbatos. Alex evaluó la situación con calma y profesionalismo, y luego señaló un muro derruido. Corrieron hacia él y, agachándose detrás, se sentaron con la espalda apoyada contra la piedra musgosa y recuperaron el aliento. Alex le sonrió a Charlotte.

–¿Te estás divirtiendo?

Ella frunció el ceño.

–La verdad es que sí.

Él se rio. Pero mientras seguía mirándola, se le oscurecieron los ojos. Su sonrisa se desvaneció. Finalmente sacudió la cabeza.

–Maldición, eres preciosa. ¿Y cuántos...? ¿Diecinueve?

–Veintiuno –dijo ella con cautela.

Volvió a sacudir la cabeza.

–No he estado pensando con claridad. Lo que pasó anoche... estuvo mal... lo siento. Ella enrojeció, sorprendida por esta inesperada declaración.

–Perdóneme, señor, pero si le pareció tan desagradable, podría haberlo dicho en ese momento.

–No –dijo Alex y estiró la mano para tocarle la cara, pero ella se apartó–. No, quiero decir, fue extremadamente agradable. Dios mío, fue increíble. Pero eres una mujer soltera, y te he corrompido. Cuando tu futuro marido se dé cuenta de que no eres virgen, ¿qué le dirás?

–Que se incline ligeramente hacia la izquierda y se frote con el pulgar.

Alex se rio, a su pesar.

–Cecilia Bassingthwaite es más joven que yo –dijo en un tono peligroso.

–Cecilia es una pirata –replicó él, y evitó que lo mutilaran solo porque para huir de los policías que la perseguían Charlotte dependía de toda la presencia corporal de Alex.

–Y yo soy una bruja –respondió ella.

Él frunció el ceño.

–No me lo recuerdes.

–También soy una mujer adulta capaz de tomar mis propias decisiones sobre lo que quiero hacer en compañía de un hombre. Tu casa acaba de pasar volando.

Alex miró hacia arriba y vio la casa que se alejaba sobre el campo.

–¡Mierda! –exclamó y se levantó para mirar por encima del muro.

–¿Cuántos? –preguntó Charlotte.

Alex volvió a sentarse.

–Cuatro. Me siento halagado.

–Vienen por mí, no por ti.

–Fanfarrona.

La casa dio un giro y empezó a regresar. Alex se puso de pie, tirando de Charlotte con él. En un movimiento rápido y medido, sacó

el arma, giró y disparó. De la garganta de Charlotte salió un ruido de sobresalto, al tiempo que el casco de un policía saltaba de la cabeza de su ocupante. El policía se tiró al suelo, chillando.

–Por favor, dime que no fallaste tu objetivo –dijo Charlotte algo temblorosa.

–No fallé mi objetivo –replicó Alex, tirando de ella para que echara a correr–. Seré un canalla, pero no soy un asesino.

Cruzaron el campo a toda prisa. La casa de Alex se acercó en picado y una escalera de cuerda cayó desde una ventana. La tomó.

–Agárrate y no la sueltes –le ordenó a Charlotte.

–Puedo encantar...

–¿Delante de la policía? Toma la maldita escalera.

Se agarró a la cuerda que se balanceaba y trepó hasta el segundo peldaño. Alex se puso detrás de ella, de pie en el peldaño más bajo con su cuerpo protector contra el de ella mientras agarraba la cuerda por encima de sus manos. La casa se levantó, haciendo que la escalera se balanceara con fuerza.

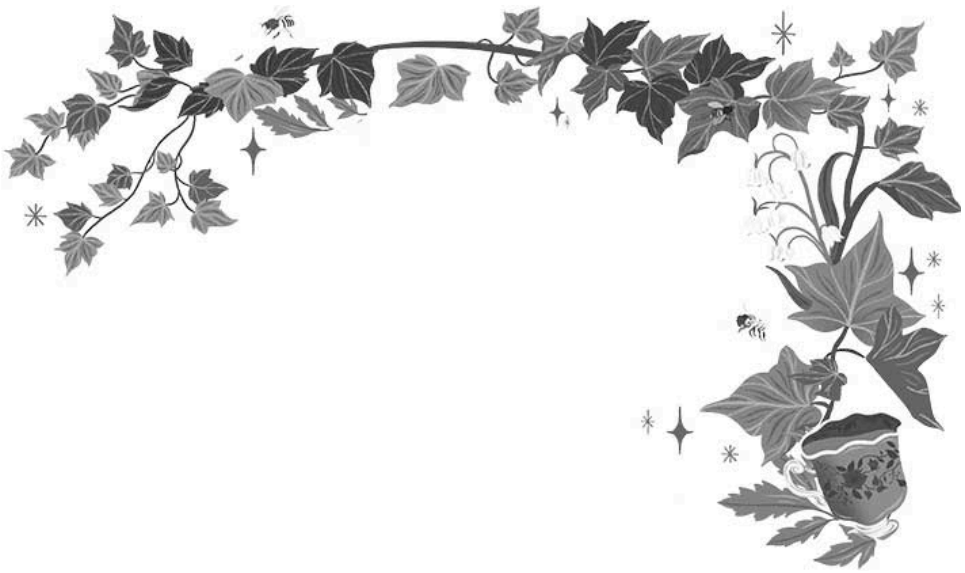
–No te sueltes –le dijo Alex a Charlotte al oído.

–¡Alto ahí! –gritó un policía y tocó el silbato con furia.

Charlotte suspiró. Los hombres no podían evitar decirle a una mujer lo que tenía que hacer. Como si fuera tan estúpida como para soltarse o detenerse y que la atraparan. Es cierto, la señorita Plim tenía razón: si los hombres no fueran necesarios para la procreación y la apertura de frascos cerrados herméticamente, las mujeres podrían sobrevivir sin ellos.

Eso sí, teniendo en cuenta lo que había hecho Alex con su lengua la noche anterior quizá valía la pena reconocer su valor solo por eso.

Mientras la escalera pendulaba, Charlotte se aferraba a ella con tanta fuerza que le ardían las manos. Pero no tenía miedo, sabía que el pirata no la dejaría caer. Y si lo hacía, siempre tenía su propia magia para salvarse. Se abalanzaron sobre un grupo de pinos y volaron hacia el este, hacia el mar, dejando atrás a cuatro policías exhaustos, un posadero a quien no le habían pagado y una camarera muy sorprendida.



13

LA SEÑORITA PLIM SABE – BRUJERÍA EN SUS LABIOS – LOS GRANDES ENTROMETIDOS PIENSAN TODOS IGUAL – CÓMO NO DEJARSE SEDUCIR – LA SEÑORA ROTUNDER SABE – EL TIGRE SE HA DESPERTADO – HAY ALGO EN EL AIRE

No había nada que Judith Plim haría por los que eran sus verdaderos amigos. Ella no tenía idea de lo que era querer a la gente. No estaba en su naturaleza. De vez en cuando, unas vagas oleadas de afecto la mantenían alejada de la maldad completa (suponiendo que uno no contara el robo, la evasión de impuestos, y su afición por los sándwiches de levadura y plátano como maldad). Pero el amor real, ese poderoso instinto enroscado que brota tan a

menudo sin previo aviso, y que cierra un ojo para que no se vean todas las cosas que deberían impedirle a la gente que se comprometa con sus seres queridos, a la señorita Plim le importaba un pepino.

Y, sin embargo, cuando recibió noticias de la policía de que Charlotte había escapado por voluntad propia con el capitán O'Riley, el pepino se movió. La señorita Plim se puso en contacto con todos los miembros de la Liga Wicken que estaban en Londres y los convocó a un aquelarre en la Casa Pettifer. Su propia casa estaba demasiado limpia y ordenada como para recibir a esa pandilla de rufianes demasiado vestidos.

–Mis queridas amigas –les dijo una vez que estuvieron todos sentados alrededor de la mesa del comedor–. Gracias por venir a esta hora tan incómoda.

Las brujas murmuraron palabras que sonaban agradables pero que, si se grabaran, se pasaban despacio y se separaran de la masa de sonido, se oiría con claridad que estaban comparando a la señorita Plim con el diablo y sugiriendo unos lugares inconfesables (y seguramente incómodos) en los que podría guardar sus gafas.

Ya se había servido té y pequeños pasteles rosas, pues la comida es una gran arma cuando se trata de mujeres cuyo poder reside en la garganta. Una bruja con la boca llena es una bruja desarmada, y la señorita Plim no conocía peor enemigo que el aquelarre que lideraba. Sin embargo, en un hábil contraataque, cada pastel había sido alterado de alguna manera sutil por su destinataria: el glaseado raspado, la cereza glaseada quitada y colocada limpiamente a un lado, desde donde lanzaba un insulto silencioso a la anfitriona durante toda la reunión.

Esa agresividad pasiva militante era casi de rigor para las brujas. Aunque la Liga Wicken se había formado como una agencia de apoyo mutuo, brujas levantando brujas (que a menudo terminaba con golpes de cabezas contra el techo y tobillos rotos al descender, hasta que le tomaban la mano a la magia), su misión no-oficial consistía en proporcionar un campo de práctica para la hostilidad. A diferencia de los piratas, que se enfrentaban abierta y literalmente (espadas, casas de batalla, balas de cañón), las brujas empleaban una violencia discreta y digna en sus amistades. Invitaciones que llegaban tarde. Un parpadeo lento y preciso al ver el nuevo peinado de alguien. Rebanadas de pepino retiradas de los sándwiches con una mueca que se transformaba inmediatamente en una sonrisa cortés. Esta cultura servía para mantener a todo el mundo en su lugar, de modo que pocas brujas tenían la confianza en sí mismas para usar sus poderes mágicos, por no hablar de su conocimiento de quién realizaba actos criminales de brujería, y volverse peligrosamente malas.

Esto es hasta que la mismísima heredera de la presidencia de la Liga huyó en compañía de un pirata.

O, como dijo la señorita Plim:

–Nuestra querida y valiente Charlotte ha sacrificado noblemente su propia seguridad y comodidad y ha secuestrado a un feroz pirata en un valiente esfuerzo por recuperar el bendito amuleto de Beryl para nuestra Liga.

–Leí que fue ella la secuestrada –dijo la señorita Habersham.

La señorita Plim asintió con tolerancia, pues le había costado un caro favor publicar esa información en el periódico para proteger la reputación pública de Charlotte y hacerla más visible para los

esfuerzos de recuperación. Pero antes de que pudiera explicarlo, la señorita Habersham continuó:

–No es un buen ejemplo de la supuesta superioridad de los Plim, si me lo preguntas.

La señorita Plim frunció el ceño. Tomó aliento para contestar...

–He oído que estaba trabajando en complicidad con lady Armitage –añadió la señora Vickers, y miró alrededor de la mesa mientras asentía con energía, como si esto hiciera que todos los demás estuvieran automáticamente de acuerdo.

–He oído decir que el robo del amuleto era solo una distracción, y que en realidad se fugó con el pirata –dijo Eugenia Cuttle-Plim mientras hacía un movimiento muy desagradable con la cabeza, ante el cual Charlotte, si hubiera sido testigo de la escena, le habría apretado el brazo a Alex y le habría dicho "¿Ves lo que quiero decir?".

–*Descendeo* –murmuró la señorita Plim con los labios apretado y el movimiento de cabeza de Eugenia terminó cuando le cayó el sombrero sobre la cara.

–Lottie nunca se fugaría –replicó con firmeza la señora Pettifer.

–Sueña con una gran boda, con un hermoso vestido y un magnífico pastel blanco.

La señorita Plim puso los ojos en blanco. Delphine siempre se había hecho ilusiones con Charlotte. Muchas veces la señorita Plim había tratado de explicar que la chica no era una romántica, nunca se casaría, de hecho no tenía ningún interés en los hombres. Pero Delphine no quería escuchar, su identidad estaba demasiado fusionada con lo que ella suponía que era la de Charlotte.

–Charlotte es totalmente inmune a los supuestos encantos del capitán O'Riley –insistió la señorita Plim–. Yo misma los vi juntos el otro día y puedo asegurarles que no hay nada entre ellos más que desprecio y desdén. Es casi seguro que Charlotte aprovechó la oportunidad para incautar su casa y así unirse a la persecución de lady Armitage. Eso demuestra excelentes dotes de liderazgo, nada sorprendente en una Plim.

Dio un golpecito en la mesa frente a la señorita Edwardina Fox, que estaba redactando el acta de la reunión.

–Excelentes dotes de liderazgo –repitió, y observó cómo la señorita Fox escribía las palabras en la taquigrafía que había inventado cuando fue elegida secretaria (y que en gran parte había olvidado, por lo que "excelentes dotes de liderazgo" quedó registrado como "excelentes brotes de amaranto").

Contenta de que su punto de vista hubiera quedado registrado para la posteridad, la señorita Plim volvió a fruncir el ceño ante el grupo.

–Aunque debemos dar la impresión pública de que Charlotte es la víctima, para evitar que se hable de matrimonio, en privado debemos reconocer a Charlotte como el mejor ejemplo de brujería. Esto solo demuestra que ella es...

–La Profetizada y Verdadera Heredera de Beryl Black –el grupo entonó con un cansancio nacido de veintiún años de recordatorios.

–Así es. Además, no veo que ninguna de ustedes haya salido corriendo a buscar nuestro precioso amuleto.

La sala se llenó de murmullos. Se evocaron enfermedades, se mostraron esguinces de tobillo, momentos que se describieron como difíciles, maridos castigados como tiranos y muchas otras excusas

presentadas en cuanto a por qué las damas presentes no estaban participando en la persecución del amuleto de Beryl. Algunas juraron que habían comenzado, pero una nube perdida o un símbolo azul aleatorio les había profetizado problemas si continuaban. Otras estaban justo en la puerta para iniciar la persecución cuando llegó la convocatoria de la señorita Plim.

Ella las miró a todas con aire de desprecio.

–Charlotte está haciendo un trabajo importante para la Liga. ¡Hay que apoyarla en estos momentos! Pido voluntarias.

Véase más arriba cuál fue la respuesta que recibió.

La señorita Plim suspiró y sacudió la cabeza.

–Señoras, señoras, ¿somos brujas o somos gusanos?

–Brujas –murmuró el grupo de mal humor.

–Excelente. Lo primero que debemos hacer es evitar que los periódicos publiquen más artículos sobre el tema. Hasta ahora han servido su propósito a la perfección, pero no queremos darles rienda suelta. Los periodistas siempre andan a hurtadillas descubriendo hechos, resolviendo crímenes y, en general, siendo intrépidos de la manera más insufrible. Necesito voluntarias para...

–¿Escribir cartas a los editores, que describan el carácter dulce y amable de Charlotte? –sugirió alguien.

–¿Proporcionarle una coartada? –sugirió otra persona.

La señorita Plim frunció el ceño otra vez.

–Provocar mediante encantamientos una serie de desastres naturales en las oficinas del periódico: árbol caído, imprenta que explota, tifón en el mueble donde guardan el papel, cualquier cosa que les impida publicar algo.

Esto recibió una respuesta entusiasmada. Si había algo que a las brujas les gustaba más que poner orden, era ensuciar las cosas para que se ocuparan otros. Varias damas levantaron la mano y fueron enviadas a hacer lo peor que pudieran.

–Y ahora otro grupo para localizar a lady Armitage y recuperar nuestro amuleto. Diez manos se escondieron bajo las colas en las sillas o se ocuparon en revolver el té. Pero con lisonjas (regaños), estímulos (amenazas), y voces de ánimo (habilidad de hacer que la gente haga lo que uno quiere), la señorita Plim reunió un equipo y lo envió a hacer su trabajo. Eso dejó a cuatro personas en la sala, un número perfecto para la tarea final: rastrear a Charlotte y ~~arrastrarla a casa~~ rescatarla.

–Digo yo –pronunció Eugenia–, ¿por qué Char eligió secuestrar la decrépita cabaña del capitán O'Riley, teniendo en cuenta todas las posibilidades de las que disponía en la entrada del museo?

–Eso dejó a tres personas en la sala.

La señorita Plim fulminó con la mirada a su hermana y a la señora Chuke.

–Señoras, debemos encontrar a Charlotte antes de que mi… antes de que su reputación se arruine por completo.

–Debería ser fácil –dijo la señora Pettifer–. Lottie es una chica tan amable y dócil. La señorita Plim y la señora Chuke cruzaron una mirada.

–Por supuesto que sí, querida –dijo la señora Chuke–. De todas maneras podría pedirle a Tesorito que trajera una pistola y algunas esposas. En caso de que el pirata cause problemas –añadió con prisa, al ver la mirada horrorizada en la cara de la señora Pettifer–.

No es que lo vaya a hacer –añadió, cuando la mirada se cargó de más espanto–. Pero ¿cómo los encontraremos?

–Ya lo hemos hecho –dijo la señorita Plim–. Un mayordomo de Dagenham contactó al de Delphine. Tenía información de que Charlotte y el capitán O'Riley pasaron la noche en un establecimiento público de la zona.

–¿En un *pub* con un pirata? –dijo la señora Chuke, con los ojos cada vez más abiertos–. Oh, cielos.

Iba a ser un sentimiento murmurado varias veces aquella mañana. Las brujas consultaron los augurios, viajaron en carruaje a Dagenham, y localizaron el Refugio del Pescador con eficiente rapidez. Pero no llegaron a tiempo, pues Charlotte ya se había ido. Y bastante tarde llegaron, porque las pistas que habían dejado ya habían sido recogidas por la policía o limpiadas por la camarera. De hecho estaban tan lejos de haber llegado a tiempo al dormitorio de la posada, que la señora Rotunder, Ned y Cecilia ya estaban allí.

Se abrieron tres escobitas y se convirtieron en dagas.

Se desenfundaron tres espadas de los cinturones de los piratas.

–¿Qué hacen aquí? –preguntaron todos al unísono.

–Buscando a los renegados –respondieron todos a la vez.

–Mi mayordomo nos dijo que estaban aquí –explicó la señora Rotunder–. Pero llegamos demasiado tarde; ya habían volado del gallinero. La mala noticia es que los perseguía la policía. La peor noticia es que el posadero dijo que la habitación la había alquilado un matrimonio.

Su énfasis no era tanto una insinuación como un insulto. Pero la señorita Plim se limitó a encogerse de hombros.

–Esa es una estratagema estándar, afirmar estar casado con el fin de conseguir la última habitación disponible. No significa nada. Además, ¡miren, dos camas!

La señora Rotunder sonrió con satisfacción.

–Ah, bueno, dos camas, tienes toda la razón, eso salva completamente la reputación de tu chica. Todo el mundo sabe que dos camas son el mejor disuasivo que hay para la seducción.

–Exactamente –dijo la señorita Plim con un movimiento de cabeza.

–No estoy segura, Judith –dijo preocupada la señora Chuke–. Un pirata puede no tener escrúpulos.

–Pero una bruja puede ser mortal –le recordó la señorita Plim–. Y recuerda, Charlotte ha sido criada por mujeres fuertes que nunca dejarían que un hombre las dominara.

–Eso es cierto –dijo la señora Pettifer con un suspiro soñador–. Una vez mezclé pólvora en las pinturas de Claude Monet y juré que encendería una cerilla si no me pintaba como una de sus francesitas.

Todos la miraron fijamente.

–¿No fue justo antes de que Monet huyera para alistarse en el ejército?

Preguntó la señora Chuke.

–Esa no es la impresión que me dio –respondió la señora Pettifer con un resoplido–. Lo que quiero decir es que, sin duda, Lottie también amenazó con volar al capitán O'Riley.

Hubo una ligera pausa en un momento interesante de esa frase, haciendo que todos se miraran entre sí.

–Señora Pettifer –dijo Cecilia con cautela–, ¿estoy en lo cierto al pensar que usted en realidad "quiere" arruinar la reputación de

Charlotte?

La señora Pettifer se sonrojó.

–¡Cielos, no, querida! Caramba, ¡solo pensarlo! ¿Mi hija antisocial y amante de los libros obligada a casarse con un hombre guapo, dueño de su propia casa y presumiblemente rico?

Lanzó una mirada inquisitiva a Ned, que se encogió de hombros y asintió.

–Rico –repitió, haciendo rodar la palabra por su boca como si fuera un bombón–. Y creo que ya he mencionado guapo. Lottie podría terminar peor.

–¡No, no podría! –La señorita Plim echó humo y su rodete rebotaba con la fuerza de las palabras–. ¡Él es un pirata! ¡Ella es una bruja! ¡Imagínense si tuvieran una gran y alegre boda! O peor, ¡niños a los que todo el mundo adora! Si esto sigue así, Delphine, ¡nos arriesgamos a poner fin a dos siglos de hostilidades exitosas!

Se le había puesto la cara tan roja que parecía casi saludable. Pero la señora Pettifer seguía sin estar convencida.

–Una boda sería una oportunidad para crear problemas –argumentó–. Peleas. Envenenarnos unos a otros. Gritos.

–Bailes. Comidas compartidas. Risas –replicó la señorita Plim.

Un murmullo infeliz recorrió el grupo.

–El capitán O'Riley no se casará con la señorita Pettifer –dijo Ned sombríamente–. Su padre tuvo una aventura con una bruja, y eso le causó tal angustia a su madre que murió con el corazón roto. Bueno, y el cuello roto después de arrojarse por las escaleras. El padre se casó con la bruja y... –se encogió de hombros incómodo– es una historia sombría, demasiado sombría para los oídos de las damas, incluso si las damas son brujas y piratas. Digamos que O'Riley odia

la Liga Wicken tal vez incluso más que a la Sociedad Wisteria, y por mejores razones.

La señora Pettifer frunció el ceño con ansiedad ante esta noticia, pero la señorita Plim estaba alegre.

–Gracias, señor, esto me ha tranquilizado.

Otorgó a Ned el apretado y breve movimiento de labios que a ella le gustaba considerar una sonrisa. Él le devolvió la mirada con frialdad.

–Charlotte volverá a casa con su propio corazón roto y deberá comportarse con más cautela a partir de ahora. Lo considero una victoria.

La señora Pettifer emitió un pequeño sonido de consternación. Cecilia y Ned parecían aplastados. Incluso la señora Chuke parecía bastante horrorizada. Pero la señorita Plim continuó alegremente.

–No debería ser difícil seguirles la pista. Alguien debe haber sido testigo de la dirección que tomaron después de salir.

–Hacia el este –dijo una voz tranquila. Todos se volvieron con sorpresa y vieron a la señorita Tesorito de pie junto a la puerta abierta, donde había estado todo el tiempo sin que nadie la viera. Bajó los ojos tímidamente–. Les ruego me disculpen. El posadero acaba de informarme que vio una casa de batalla volando en esa dirección.

–Una casa de batalla –dijo la señora Rotunder con una carcajada–. Querrá decir una choza.

–Auténtica cabaña histórica –corrigió Cecilia, sin poder evitarlo.

La señora Rotunder le dirigió una mirada tan despectiva que Ned casi levanta su espada. La mujer mayor dio un paso atrás y las plumas del sombrero temblaron.

–¡No lo puedo creer! –resopló–. Los jóvenes de hoy en día me asombran. Huyen juntos, se defienden unos a otros. El señor Rotunder nunca se decidiría a defender mi honor de forma tan galante.

Hizo una pausa, dándose cuenta de que su indignación tal vez estaba mal dirigida. Las plumas se agitaron otra vez.

–Por mi parte, estoy de acuerdo con la señorita Plim. Los vándalos deben ser detenidos y llevados ante la justicia, es decir, devueltos al seno de sus comunidades. ¡No podemos tolerar de ningún modo este tipo de romance! ¿Quién se unirá a mí en el viaje hacia el este para encontrarlos?

–¡Yo lo haré! –declaró la señorita Plim con voz sonora–. Delphine, vete a casa y espera por si llega allí más información. Señora Chuke…

–¡Yo también voy, querida! Mi magdalena del desayuno hoy a la mañana tenía una forma inusual, que parecía predecir un viaje –dijo y chasqueó los dedos–. Tesorito, trae mi bolso y mis venenos del carruaje.

La señora Pettifer miró asombrada a su hermana.

–¿Volarás en la casa de un pirata?

–Por el bien de la Liga Wicken –le respondió, levantando su mentón al estilo de una heroína.

–Y por el bien de Charlotte –añadió la señora Pettifer.

–Por supuesto.

La señorita Plim alejó la preocupación con un gesto de la mano.

Cecilia se volvió hacia la señora Rotunder.

–¿Permitirá brujas en su casa? –preguntó incrédula.

–Podría ser divertido –respondió la señora Rotunder encogiéndose de hombros–. Además –añadió en un susurro aparte– ¿has visto sus joyas? Si no saco una ganancia de este viaje, renunciaré a mi bandera negra por vergüenza.

Y así las damas salieron en tropel de la posada, con los vestidos ondeando y todas las plumas de los sombreros en un tembladeral dejando solos a Ned y Cecilia. La joven pareja de piratas se miró en aturdido silencio.

–Sabes que tendremos que atrapar a Alex y a la señorita Pettifer nosotros primero –dijo Cecilia–. No podemos dejarlos a merced de las maquinaciones de esa mujer. Hace que mi tía Darlington parezca un gatito pequeño y esponjoso.

Ned frunció el ceño.

–Espero que no estés albergando ninguna idea romántica sobre la pareja. Sabes que Alex ha jurado no casarse nunca.

–Y la señorita Pettifer está destinada a liderar la Liga Wicken –añadió Cecilia–, por lo tanto nunca elegiría a un pirata.

–Es una relación condenada.

–Sin ninguna esperanza.

Echaron un vistazo a las dos camas separadas y a las largas marcas en la alfombra donde antes las habían empujado juntas. Volvieron a mirarse y compartieron una sonrisa.

–Tendrás que llevar un traje sencillo cuando seas su padrino –dijo Cecilia. Ned suspiró afligido y le rodeó la cintura con el brazo.

–No podrás beber vino en un brindis por ellos.

–No, a menos que tengan un compromiso de siete meses –convino Cecilia, llevándose una mano al abdomen. Apagaron la luz (y robaron los bombones de menta de cortesía) antes de salir de la

habitación, saludando con la cabeza a una camarera que esperaba en el pasillo.

En cuanto se marcharon, la camarera se quitó la gorra y el delantal y corrió por la calle hacia la Casa Rothbury. Llamó a la puerta de servicio.

–¿Hooper? –susurró cuando se abrió, y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más podía oírla–. Tengo información para usted.



Más tarde ese mismo día en las afueras de Bath, la tía de Cecilia, la temible pirata Darlington, recibió una nota de su criada. Comenzó a hiperventilar incluso antes de terminar de leerla.

–¡Preparen la casa de inmediato! –ordenó, agarrando su abrecartas como una espada mientras se levantaba de la silla en la que había estado descansando–. ¡Puestos de combate! Cierren todas las ventanas y empiecen la frase de desinmovilización. Y preparen el botiquín. ¡No hay un momento que perder!

–¿Qué ocurre? –preguntó el marido, dejando a un lado el libro de poesía de Byron que había estado leyendo en voz alta.

–Cecilia está en peligro mortal –explicó la señorita Darlington–. Acabo de recibir información… ¡Dios mío, no puedo creer que ande por ahí en su estado!

–¿En qué estado? –preguntó su marido con ansiedad.

La señorita Darlington se desplomó en la silla, incapaz de soportar el peso de aquello de lo que acababa de enterarse.

–¡El estado interesante!

–Oh, cielos –murmuró su marido, tratando de no sonreír.

–Y solo sé que no lleva ninguna protección.

–Es un poco tarde para eso, ¿no es así, amor?

Ella lo miró con el ceño tan fruncido que él se estremeció.

–Sombrero –exclamó–. Bufanda. Zapatos con suela de goma. Ya sabes lo delicada que es Cecilia en los mejores momentos. ¡Debemos correr a su lado!

–¿Dónde está ahora?

–Avanzando en la misma dirección que todos los demás piratas: hacia Isabella Armitage. Tenemos que llegar primero. Y yo sé dónde encontrarla. –Clavó el abrecartas tan fuerte en la nota que el tablero de roble se resquebrajó–. A la. Carga.

Puede que la señorita Plim no fuera cobardona pero si hubiera sido capaz de darle una mirada a esos ojos piratescos en ese momento, hasta ella se habría desmayado del terror.



Volvieron a llamar a la puerta de Hooper.

–Es Mary –susurró la camarera del Refugio del Pescador–. Tengo más noticias.

–Adelante. –Hooper sacó su cuaderno secreto.

–Otro policía estuvo husmeando en la habitación donde estuvieron los piratas. Y cuando digo husmeando, lo digo literalmente.

–¿Estás segura de que era un policía?

–Dijo que su nombre era Detective Inspector Creeve. Me dio escalofríos, para ser honesta. No solo por cómo husmeaba, sino por la forma en que me miraba. Era espeluznante.

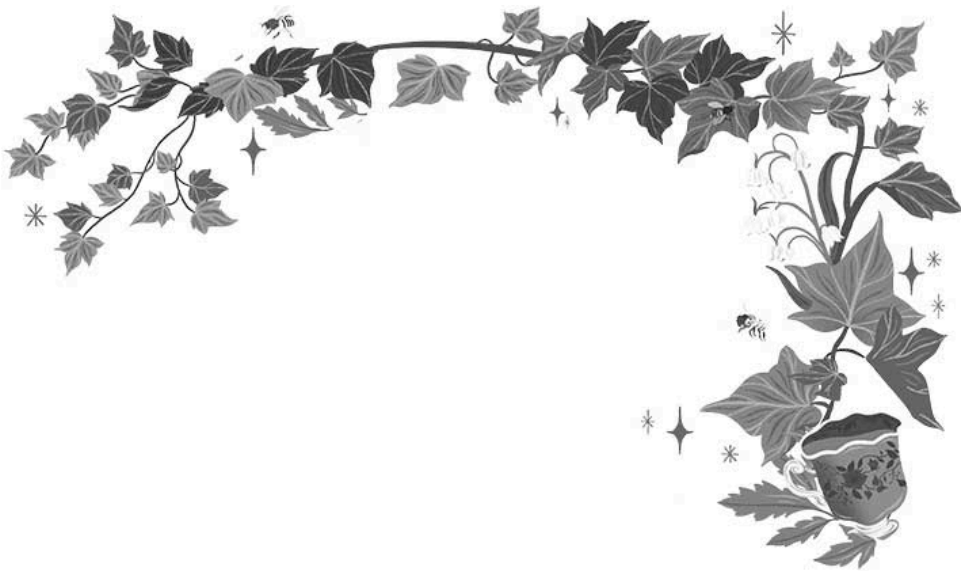
–Mmm –dijo Hooper, pues él mismo miraba fijamente a la guapa camarera con bastante frecuencia y no quería pensar que él también podría haber sido espeluznante. (Lo había sido.)

–Dudo que esto signifique algo, Mary. Tal vez el hombre hizo algo con la nariz porque estaba resfriado.

–Pero...

–Estoy seguro de que no es nada –se aclaró la garganta y siguió–. Digo, ¿hay alguna posibilidad de que estés libre el viernes por la noche? Conozco un bonito restaurante en el pueblo...

La puerta se cerró en sus narices.



14

CHARLOTTE ENCUENTRA CON QUÉ ENTRETENERSE – UN PROBLEMA INESPERADO – LECCIONES DE VUELO – LAS JOYAS DE LA FAMILIA – LA DECEPCIÓN DE UNA INFANCIA SIN PROBLEMAS – CLACTON-ON-SEA – ALEX ES IRRACIONAL – UNA ANIMADA DISCUSIÓN – EL FANTASMA DE LAS TRAVESURAS DEL PASADO

Si Charlotte fuera menos crítica de la casa del capitán O'Riley, podría hablar menos de ella. Pero ella sabía lo que era. Alex y Bixby solo oirían verdades de su boca. Durante tres horas, mientras volaban hacia el este, hacia Clacton-on-Sea, ella los acusó y los sermoneó, y ellos lo tomaron como ningún otro hombre en Inglaterra lo habría tomado: tan, tan mal, que consideraron

encerrarla en el armario, hasta que recordaron lo que había ocurrido la última vez que lo intentaron.

Tenía mucho en que ocuparse. El polvo. Las telarañas. La lentitud del viaje, solo superada por la repentina y peligrosa velocidad. El polvo (otra vez). La poca cantidad de té. Bixby solucionó este último problema, junto con una tanda de scons frescos, después de lo cual llegó el placer de descubrir qué era lo que los caballeros piratas consideraban apropiado para un lavabo. Esto último le dio motivos a Charlotte para entretenerse con expresiones de horror durante un buen rato. Al final, Bixby se encerró él en el armario y Alex, obligado a permanecer al timón, decidió ofrecerle una lección de vuelo.

Charlotte se llevó una ~~decepcionante~~ alegre sorpresa al descubrir que no se trataba de una metáfora de algo más interesante. Alex la miró con desconfianza mientras le hacía una demostración de las distintas partes del equipo de navegación.

–¿Estás tratando de distraerme para que no te sugiera más mejoras en tu casa?

–De ninguna manera –respondió Alex, monocorde.

–Porque mi única intención es decir algo útil.

–Por supuesto.

–Si las cajas con el producto de los botines estuvieran ordenadas alfabéticamente, sería mucho más...

–¿Charlotte? –Alex le sonrió.

–¿Sí?

–Cállate.

Ella tomó aire.

–Bueno, qué...

La agarró por el frente de la camisa, la acercó y la besó. Y si sintió una pequeña sonrisa triunfante contra sus labios, fue lo suficientemente sabio como para no decirlo.

El beso fue agradable a su manera (como el chocolate con sabor a café que se derrite en la boca y cuyo calor se extiende por el cuerpo hasta que permanecer de pie se hace cada vez más difícil, de un modo delicioso). Pero no convenció a Charlotte de que hubiera encanto alguno en el desorden del pirata.

Sin embargo, tuvo que admitir que le gustaba el desorden de su encanto. Después de toda una vida de relatos elaborados hasta el más mínimo detalle, resultaba muy estimulante que alguien le mostrara lo delicioso que podía ser lo inesperado: besos repentinos, sonrisas sensuales. Pero también bastante aterrador. ¿Cómo preparar una respuesta correcta a lo inesperado? Charlotte sabía que durante los dos últimos días se había comportado de forma tan distinta a Elizabeth Bennet o Anne Elliot como para ser casi ella misma, y eso era demasiado arriesgado como para considerarlo algo bueno.

No le importaba exponer sus defectos ante Alex O'Riley, porque no era más que un pirata y en cuanto tuviera su amuleto sin duda no volvería a verlo. Y vaya, los scons de Bixby debían haberle caído mal, porque de repente sintió un extraño ardor en el pecho.

El verdadero problema sería que adquiriera la mala costumbre de ser ella misma cuando volviera a la sociedad normal. Nadie quería ver a una joven vestida con pantalones, o riendo con desenfreno, o sintiendo cosas.

El beso terminó, y con un suspiro mutuo volvieron a centrarse en la lección de vuelo. Alex la movió para que quedara frente a la gran

rueda del timón, se colocó detrás de ella, y puso las manos sobre las de Charlotte.

–La rueda es un conducto para la magia –explicó–. No hay mecánica. Mientras pueda fijarse de forma segura a la casa y pueda moverse para proporcionar dirección, ni siquiera tiene que ser una rueda. Pero la convención ayuda, porque el estado mental del pirata es lo más importante, y es menos fácil verse pilotando una casa por medio de un palo o un cepillo para el pelo o algo así.

–Si el estado mental es lo más importante, considerando que la mayoría de los piratas parecen estar completamente locos, ¿cómo mantienen sus casas a flote? –preguntó Charlotte.

–¿No vas a agregar "con la excepción de quien me acompaña"?

–No.

Alex sonrió.

–Muy bien. Para ser sincero, depende de la locura. Los delirios de grandeza son útiles en nuestro oficio.

–¿Qué es esto? –dijo Charlotte y puso la mano sobre una palanca que asomaba del eje de la rueda. Alex se apresuró a apartarla.

–Cuidado. Es mi acelerador vertical de emergencia.

Antes de que ella pudiera emitir el tipo de respuesta que horrorizaría incluso a una heroína de edición de bolsillo, Alex empezó a entonar la frase para sacarlos del *momentum automatica*. La casa crujió y volvió a control manual. Al instante, Charlotte sintió que la magia apretaba sus manos con firmeza contra el volante. La sensación era incómoda, y no de la forma en que lo había hecho su propia magia, que encendía los nervios y acariciaba los instintos carnales. Más bien se sentía pesada, sofocante. Así era como siempre había imaginado la magia de un pirata rimbombante, o tal

vez la magia de un hombre: enérgica en comparación con la manera sutil en que se hilaba la brujería.

–Tu acento es más fuerte cuando pronuncias encantamientos –observó.

–¿Ah?

La palabra era como un escudo. Con púas. Manchadas de sangre. Pero antes de que Charlotte pudiera preguntarse por qué, él siguió formulando el encantamiento, en voz baja y cadenciosa. Pasó los dedos entre los de ella, y los movió hacia arriba y abajo, hasta que la respiración de Charlotte llegó a acompañar el movimiento. Juntos giraron el volante y la casa viró hacia una pálida bruma de nubes.

–¿Sientes la magia? –preguntó entre fórmulas.

–Espero que te refieras al encantamiento –dijo ella–. Si no, es una pregunta ridículamente obscena.

Alex se rio.

–No te rías. La magia no es graciosa.

–¿En serio? –dijo y le corrió el pelo, le murmuró un *aereo* en el cuello y le refrescó el calor con la lengua. La casa empezó a subir, incluso cuando Charlotte sintió que se le hundía el estómago.

–Me cuesta respirar –susurró.

Él se apartó.

–Lo siento. Supongo que una casa debe resultarte bastante pesada después de toda una vida levantando tazas de té y esponjitas para el maquillaje.

Pronunció el *momentum automatica*, y la magia cedió en la rueda.

–¿Esponjitas para el maquillaje? –preguntó Charlotte y se volvió para fulminarlo con la mirada pero él solo le sonrió, impasible–. Le

hago saber, señor, que las brujas hacemos un trabajo importante. Efectuamos verdaderos cambios a nivel social y político...

–¿Y roban un montón de joyas preciosas?

–Bueno, sí, pero no es divertido.

–Entonces lo has estado haciendo todo mal, querida.

–Shh.

Ella trató de alejarse, pero él se acercó, y apretó sus muslos con los suyos contra la rueda. La casa descendió en picada, o tal vez fue el estómago de Charlotte. Alex deslizó un dedo por la línea de los botones de su camisa.

–¿Te está molestando la magia del vuelo?

Ella lo analizó. El aire a su alrededor se había vuelto casi acogedor, como si estuvieran envueltos en edredones. Palpitaba ligeramente con un encantamiento que se perpetuaba a sí mismo, pero ya no le afectaba a los sentidos ni le hacía sentir que se convertía en piedra, madera o cristal.

–Estoy bien –dijo.

La mano de Alex estaba ahora en los botones de sus pantalones. La palpitación del aire se hizo más fuerte, y para sorpresa de Charlotte, en el fondo de su mente Elizabeth Bennet asentía, y con bastante entusiasmo. Que el comportamiento de Charlotte durante los dos últimos días hubiera corrompido tanto a un producto literario de su imaginación la habría preocupado si no fuera porque estaba centrada en volver a incurrir en ese comportamiento. Además, solo estaba siendo práctica. Se había hecho evidente que la tensión que existía entre ellos necesitaba liberarse de forma regular, por el bien de su salud… No, un momento, ¡para obtener el amuleto! Charlotte

no podía concentrarse en ese objetivo si discutía todo el tiempo con un pirata. Era su deber para la Liga tener sexo con él.

–Más que bien –reforzó (aunque hay que decir que ya no recordaba cuál había sido la pregunta).

–Estupendo –dijo Alex y sonrió–. Vamos a divertirnos de otra manera.

Ah, excelente, las cosas se iban a poner metafóricas después de todo.



Alex tenía como regla general que si dudaba si una mujer le gustaba, debería por todos los medios mantener su mano fuera de su ropa interior mientras ella se inclinaba hacia delante con la frente apoyada en su hombro, gimoteando de vez en cuando. Pero Charlotte Pettifer le gustaba, le gustaba aunque no estuviera haciendo cosas interesantes con su propia mano dentro de su ropa interior. Y ya que no podía decírselo (¡claro que no! Era un pirata y un canalla; no hablaba de emociones), al menos podía hacerla sentir muy bien.

El hecho de que ella lo hiciera sentir igual de bien era un extra.

–Siempre me he preguntado algo –dijo después, mientras enredaba los dedos con su brazalete e intentaba distraerla para que dejara de acomodarse la ropa.

–¿Por qué abejas?

Charlotte le dio una palmada en la mano. Alex sonrió y se estiró por delante de ella para empujar un poco un radio de la rueda y así alejar la casa de una bandada de gansos.

–Las abejas representan industria y comunidad –explicó mientras seguía abrochándose los pantalones–. Por eso son muy adecuadas para las brujas, ya que trabajamos por el bien de Inglaterra.

Él se rio.

–Es una broma.

–Desde luego que no. –Hizo una pausa y se mordió el labio, porque las brujas no solo son laboriosas, sino que siempre dicen la verdad. (Excepto cuando roban, estafan, evaden impuestos, dan detalles a los agentes de la ley, y aseguran a su suegra que esa bobita cubretetera amarilla tejida con forma de gallina era lo que siempre habían querido para su cumpleaños. Todo por el bien de Inglaterra, claro)–. Además, las abejas figuran en el escudo de armas ancestral del fundador de la Liga Wicken.

Alex frunció el ceño y recordó el diseño heráldico de Beryl Black.

–No, son cuervos.

–Sí, eh… me refería a la vicefundadora, Andrómeda Plim. Beryl Black fue, por supuesto, nuestra primera líder y no vayas a pensar que fue traicionada o asesinada. Ya que estamos haciendo preguntas indiscretas, capitán, ¿por qué tiene usted un anillo que contiene un retrato de Cecilia Bassingthwaite?

Esto tomó a Alex por sorpresa y se sonrojó. El darse cuenta de que Charlotte había encontrado el compartimento secreto de su anillo y había mirado dentro le hizo revivir viejos recuerdos: cuando las monjas buscaban pecados en su ropa sucia, cuando Deirdre encontró el dinero que él había ahorrado en secreto para huir de casa. Pero su cerebro había sido durante mucho tiempo un campo minado de desgracia enterrada, y estaba acostumbrado a estas repentinas explosiones. El hecho de que se hacían más frecuentes

cuando se permitía intimidad emocional con otra persona era la razón por la que generalmente no lo hacía. Manos en ropa interior, bien. Corazones involucrados, no.

Pero, maldita sea, Charlotte Pettifer y su belleza brujeril, intrépida y punzante no dejaban de atraer su corazón.

Miró al cielo con el ceño fruncido como si pudiera volar lejos de ella, aunque ella estaba en su casa, entre él y su rueda, y olía a jabón y suavidad y le daban ganas de lamerla.

Y ahora se sonrojaba de nuevo, como un niño inexperto.



Charlotte miró asombrada al pirata. La imagen de la piel enrojecida resultaba aún más tierna por la forma en que él trataba de ocultarla al levantar una mano para echarse el pelo hacia atrás. El anillo en cuestión, que rodeaba su pulgar, brillaba como si supiera que se estaba hablando de él. Charlotte recordó la sensación del rubí duro y liso entre sus pechos, presionando firmemente la suave carne, y entonces también se sonrojó.

–¿Estás enamorado de Cecilia? –preguntó. Las palabras no se sintieron como un apretón en la garganta ni le tembló el pulso mientras esperaba la respuesta. Cualquier insinuación de que a ella le importara quién le gustaba al capitán O'Riley era una completa tontería.

–¿Y bien? –insistió, después de darle un segundo y medio para responder.

–No –dijo y dirigió la mirada hacia ella y le permitió ver la verdad en sus ojos. No había amor en esas profundidades azul oscuro, solo

un viejo y cansado cinismo que Charlotte conocía demasiado bien–. El retrato no es de Cecilia, sino de su madre, Cilla, una famosa pirata asesinada hace muchos años. Y antes de que preguntes, no estaba enamorado de ella tampoco. Nunca la conocí. El anillo pertenecía a Ned Lightbourne. Era todo lo que tuvo de Cecilia durante años antes de conocerla. Me cansé de sus suspiros, de las promesas, de ver cómo soñaba con una chica que ni siquiera conocía. Así que me lo llevé para guardarlo.

Esto sonaba demasiado a historia romántica para el gusto de Charlotte. Por supuesto que Cecilia tendría una madre asesinada y un admirador apasionado. Sin duda, su padre también había sido extraordinario. Un gran poeta, tal vez. Charlotte no deseaba que su propia madre tuviera una muerte horrible, pero el hecho de que la señora Pettifer no sufriera nada más fascinante que un lumbago, y que el señor Pettifer fuera un… un…, lo que fuera que hacía cuando salía de casa cada mañana, no le proporcionaba una historia emocionante.

Miró a Alex con el ceño fruncido, como si las maravillas de Cecilia fueran culpa suya.

–¿En qué sentido robar el anillo de alguien y ponértelo es "guardarlo"?

–No el anillo –corrigió Alex–. Me refiero a proteger su corazón. Pero es una larga historia y tiene un final aburrido y feliz. Ned y Cecilia están casados ahora. Me ofrecí a devolverles el anillo, pero ya han tenido suficientes fantasmas. Lo uso para... –se detuvo, encogiéndose de hombros, como si la explicación no importara tanto como sugerían las sombras de sus ojos.

–Por amistad –adivinó Charlotte.

Alex volvió a encogerse de hombros.

–Los piratas no tienen amigos. La verdad es que no.

Charlotte se apoyó en la rueda del timón y lo miró durante un largo rato en silencio. Su expresión, cuando le devolvió la mirada sin pestañear, era irónica. Le recordó que era peligroso. Sin ley.

Pero lo que ella vio era un desastre. Y siendo una bruja, quería arreglarlo.

Alex O'Riley podía ser un hombre orgulloso y desagradable, pero esto lo era todo, ya que a Charlotte le gustaba de verdad. Se inclinó para besarle la mejilla.

La casa de campo tembló de sorpresa.

–Deja de intentar estrellar mi casa, Charlotte –murmuró él.

Compartieron una sonrisa sarcástica. Y si temblaba un poco en los bordes con deseo, dolor… bueno, ambos apartaron la mirada antes de darse cuenta.



A media tarde llegaron a Clacton-on-Sea. Sin otros piratas a la vista, decidieron aterrizar la casa sobre un muelle, y Alex sugirió allí mismo dar una caminata por la playa. Sin duda, había que encontrar a lady Armitage y recuperar el amuleto (y rescatar a Tom), pero no había prisa. No es que el amuleto tuviera fecha de caducidad (mejor no pensar en Tom). Un poco de aire fresco y la luz del sol les darían nuevas fuerzas para la búsqueda.

Charlotte y Bixby no estaban de acuerdo.

–Las playas me gustarían mucho más si estuvieran pavimentadas de otra manera. Sería mucho más racional que hubiera adoquines en

lugar de arena.

Bixby asintió con la cabeza, pero Alex suspiró y puso los ojos en blanco.

–Más racional, mi querida señorita Pettifer –dijo–, pero no se parecería ni de lejos a una playa.

Sin embargo, la dama no se dejó convencer. Los compartimentos para bombas en sus botas se llenarían de arena. Se le sacudiría el pelo de una forma horrorosa. Se arriesgaría a broncearse. Además, debía encontrar el amuleto de Beryl. ¡Ya había perdido demasiado tiempo en travesuras! Incluso ahora lady Armitage podría estar aprendiendo la magia del amuleto. Fuera de toda duda ya lo estaría usando para fines diabólicos. ¡La seguridad de Inglaterra corría peligro si Charlotte no tenía éxito! Peor aún, la señorita Plim se disgustaría. ¿Quería Alex eso sobre su conciencia? ¿Lo quería? ¿Y bien?

–Deberíamos planear una búsqueda metódica –concluyó.

–Recomiendo un patrón de cuadrícula –dijo Bixby.

Alex exhaló un suspiro.

–Están siendo demasiado detallistas.

–¿Demasiado detallistas? –Charlotte frunció el ceño pues no lograba conectar esas dos palabras–. Esta es una ciudad de gran tamaño. La mujer podría estar en cualquier parte.

–¿Excepto en la playa? –añadió Alex en tono jocoso, solo para ver cómo se le encendían los ojos–. Deja de preocuparte tanto, cariño. Primero demos un paseíto.

–Puedes pasear si quieres, pero yo tengo la intención de buscar. Bixby me acompañará.

Bixby enarcó una ceja de desaprobación ante esta declaración. Alex, por su parte, levantó las dos.

–Le ruego me disculpe, señora, pero Bixby está a mi servicio y....

–Y yo soy una joven e inocente dama –intervino Charlotte, sonriendo y pestañeando (y luego tuvo que parar porque se le tensó un párpado). En efecto, parecía joven e inocente, después de haberse vuelto a poner el vestido blanco con volados y con el pelo largo suelto y abundante. Parecía una rosa inglesa pura, delicada y expuesta a magullones. El corazón de Alex se ablandó al contemplarla.

Su cerebro, sin embargo, se rio con sarcasmo.

Charlotte debió notarlo, porque endureció su sonrisa hasta que no pareció más que una espina. Sacó unos guantes de encaje de un bolsillo y se los puso en las manos con tal violencia que Alex se sorprendió de que no se rompiera un dedo.

Cruzó una mirada suspicaz con Bixby.

–Caballeros –dijo ella con estridencia–, necesito escolta. Estoy segura de que están de acuerdo en que ninguna dama está a salvo caminando sola por una ciudad extraña.

Se levantó un poco la falda para comprobar que llevaba la pistola en las botas armadas.

–Estoy de acuerdo –dijo Alex–. En efecto, no sería seguro que caminaras sola por esta ciudad. Solo Dios sabe a quién podrías herir.

–¡Vaya! –Charlotte dejó caer las faldas con un resoplido. Luego sacó su escobita roja de un bolsillo, hizo salir un pequeño objeto que abanicó con energía frente a su cara.

Alex trató de que su expresión no revelara nada mientras la observaba. Charlotte parecía no darse cuenta de que el abanico era

en realidad un shuriken, o pequeña arma con forma de estrella, y no se sintió inclinado a señalárselo, no fuera a ser que se lo arrojara. Por el rabillo del ojo vio que Bixby se mordía el labio para reprimir una carcajada.

¡Maldita sea! Ya era bastante malo que la mujer se le hubiera metido en la piel, pero que hubiera llevado a Daniel Bixby al borde de las reacciones humanas era la gota que colmaba el vaso.

–La acompañaré a la ciudad, señora –dijo–. Encontraremos a lady Armitage, recuperaremos el amuleto y lo devolveremos a su casa en Londres para mañana. Bixby puede quedarse aquí y… y… barrer el piso o algo así.

–No sé si entendí bien… –dijo Bixby en tono de reproche.

–¡Tonterías! –replicó Charlotte.

–Maldita sea –refunfuñó Alex.

Todo al mismo tiempo. La casa se estremeció. Las puertas empezaron a cerrarse de golpe.

–¡Deja de hacer eso! –le gritó Alex a la confundida brujita.

Ella apoyó los puños en las caderas.

–¿Me oyes decir el encantamiento?

–¡No hace falta, mujer! Eres magia con patas.

Se hizo un silencio. Bixby se sonrojó. Charlotte se quedó con la boca entreabierta. Y Alex suspiró y frotó una uña del pulgar tan fuerte contra su frente que dejó una marca roja.

Entonces empezaron de nuevo los gritos.

Fuera, una docena de personas que habían estado deambulando por el muelle de Clacton hasta que una fea casita de piedra se posó en él, y que en ese mismo momento estaban a punto de llamar a la

puerta y pedirle al pirata que corriera un poco las instalaciones para que ellos pudieran pasar, se detuvieron para mirarse nerviosamente.

–En su lugar, yo no me arriesgaría –aconsejó una anciana al borde del grupo. Parecía más bien un fantasma electrificado con un vestido negro rígido, el pelo gris todo parado bajo una sombrilla de encaje negro y la cara estirada sobre unos huesos finos y afilados. Su sonrisa, sin embargo, parecía chisporrotear de vida.

–Soy hija del clan Fairley y, como tal, reconozco los problemas cuando los veo. Es una casa de piratas irlandeses. Recuerden mis palabras.

El grupo jadeó, sobre todo porque su tono parecía exigirlo.

–Y todos sabemos lo que eso significa –añadió con tono de importancia.

–Sí, sí, por supuesto –murmuró la multitud, lo que podría traducirse como "En realidad, no, no tenemos ni idea, seguro que los piratas son todos malos, sea cual sea su nacionalidad".

De repente, desde el interior de la casa salió una exclamación:

–¡Demonio!

El edificio retumbó contra los tablones de madera del muelle.

–Sugiero que naden –dijo la anciana.

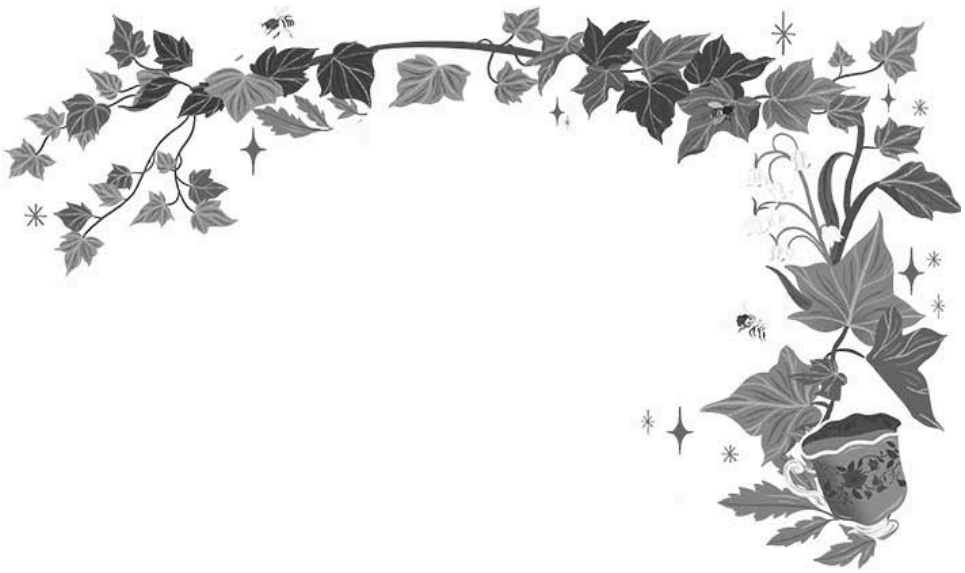
El grupo vaciló, pues todos iban vestidos con ropas ricas y pesadas por no hablar de los zapatos que, de haber sido robados por un miembro de la Liga Wicken, habría alimentado a varios huérfanos durante un mes.

–¡*Virago*!

El edificio saltó medio metro antes de caer de nuevo.

Splash.

La anciana observó a la docena de hombres y mujeres remar desesperadamente hacia la orilla. Se rio un poco para sus adentros. Luego, con una sonrisa satisfecha y malvada, pasó junto a la casa del pirata y se dirigió hacia la suya, y se detuvo solo para comprar un helado a un vendedor de la playa.



15

ESTÁN PERDIDOS – LANGOSTA Y LAVANDERÍA – ENTRETENIMIENTO EN VIVO – UNA SALIDA REPENTINA – AUNQUE SOLO SEA – TOMANDO EL CAMINO LARGO A CASA – DOS CORAZONES EN LA OSCURIDAD – VUELTA ATRÁS – ENCONTRADOS

Lo más incomprensible del mundo para una mujer era un hombre que rechaza su ofrecimiento de indicaciones. Puede que Charlotte nunca hubiera pisado Clacton-on-Sea, pero en cuanto consiguió un mapa de la ciudad (no lo robó, ya que si el dueño del local quería dinero a cambio de sus mapas, obviamente no los tendría expuestos, sino que los guardaría en un armario detrás del mostrador, custodiados por él mismo, un pitbull terrier y dos

sistemas de alarma), se convirtió automáticamente en una experta por el simple hecho de leer. A Alex, sin embargo, parecía que cualquier camino le venía bien.

–Estoy familiarizado con esta ciudad y conozco un atajo –insistió mientras tiraba de la mano de Charlotte e intentaba llevarla por la calle equivocada.

–Pero no está en el mapa –replicó ella, resistiéndose.

–"Mapa" –se burló él, como si la palabra en sí no tuviera sentido, por no hablar del concepto.

Así transcurrió la conversación, en un *loop* infinito, durante los dos días que pasaron buscando a lady Armitage por la ciudad. Por la noche, apenas hablaban más allá de instrucciones como "Más", "más rápido", y "Dios mío no te atrevas a parar o te golpearé con mi zapato" mientras se abocaban a lo que Charlotte le gustaba considerar como un ejercicio constitucional razonable, y Alex veía con más franqueza, es decir, utilizando otras palabras que empezaban con f. Pero los días estaban llenos de discusiones.

Por ejemplo:

–Así no se come la langosta –le dijo Alex mientras hacían un picnic en el tejado de la casa al atardecer, mirando al mar. (Oficialmente, estaban buscando; después de todo, ¿quién sabía cuándo podría salir lady Armitage a hacer un vuelo nocturno con su casa?).

–Como vegetariano –replicó Charlotte–, no tienes derecho a hacer comentarios. Declaro...

Hizo una pausa y se quedó de repente sin aliento. Una brisa fresca y susurrante se levantó desde la orilla, un encantamiento del mismo cielo, que la hizo estremecerse. Su imaginación se agitó con sueños. ¿Por qué Jane Austen no le había advertido acerca de la inmensidad

que podía abarcar el asombro de una mujer? ¿Podría volver a su escrupulosa existencia después de ver estrellas salvajes bailando más allá del borde del mundo?

Por supuesto, la pregunta era redundante. Era su destino profetizado y su deber permanecer en Londres y algún día liderar la Liga Wicken. Pero tal vez no tenía que ser tan triste como siempre había previsto.

Cuando recupere mi amuleto, se dijo, sobre todo para sí misma, *lo usaré para ayudar a otras personas a saber que la vida puede ser así de hermosa*.

Alex se puso rígido. Ella lo miró, y encontró desconfiada diversión en los ojos oscuros.

–¿Qué? –preguntó ansiosa.

–Me sorprendes.

–¿Por qué, porque dudas de que llegue antes al amuleto?

Ella lo había dicho en broma, pero él no lo recibió con humor.

–No, porque no hablas como lo haría una bruja.

Charlotte se rio un poco, frunció otro poco el ceño, y un poco pensó en salir corriendo para esconderse.

–¿Y cómo habla una bruja?

–No lo sé.

Alex apartó la mirada, pasándose una mano por el pelo. Por un momento pareció que prefería saltar del tejado antes que contestar.

–¿Alex? –preguntó ella, algo desconcertada por la repentina seriedad en un hombre al que no creía capaz de ello.

Él se encogió de hombros.

–No me interesa la belleza. Ni ayudar a los demás.

–Ah –suspiró Charlotte, no era que pensaba mal de "ella", sino de todas las brujas. Relajó los dientes que no sabía que había estado apretando y siguió–. Es verdad: a algunas de nosotras no nos importa la belleza ni la caridad. Mi tía hace buenas obras solo para fastidiar a los demás. Pero algunos son bondadosos y buenos, no "legalmente" buenos, claro, pero utilizan el encantamiento siempre que pueden para ayudar a los demás. Mi madre es una de esas personas.

Alex no respondió, su expresión se cerró aún más. Charlotte le dio un suave codazo.

–Pero yo no soy tan buena como para dejarte ganar el amuleto.

Alex rio, como ella había esperado que lo hiciera. Se quitó el abrigo y lo puso sobre los hombros de Charlotte. La estrechó contra él como si temiera que saliera volando.

–Patán repudiable –murmuró ella, apoyando la cabeza en su hombro.

–Brujita malvada –respondió él, y la besó en el pelo. Ella suspiró, y el sol se puso como una pasión de verano en sus ojos.

Y más tarde, mientras se preparaban para acostarse:

–Eres exasperante –le dijo Alex cuando ella recogió la ropa que él había tirado en el suelo.

–Tú eres desordenado –replicó ella mientras doblaba su camisa y la colocaba en una silla.

–¿Ah, sí? –Los ojos de Alex echaron fuego y Charlotte tragó saliva. Se puso detrás de la silla, pero fue una defensa inútil; con solo dos pasos el nefasto pirata la atrapó. Cuando él la subió sobre un hombro, Charlotte hizo todo lo posible por no reírse mientras fingía luchar. Él la arrojó sobre la cama destartalada y le demostró los

beneficios imprevistos de un comportamiento desordenado, después de lo cual ella estuvo dispuesta a admitir que tal vez no había sido el espantoso insulto que había supuesto.

–Pero de vez en cuando podrías usar un lampazo o un lanzallamas en esta casa –dijo cuando se sentaron en la cama y comían unas galletas que habían robado de la cocina de Bixby.

–Lo próximo que vas a querer es que me ponga pomada perfumada en el pelo –refunfuñó Alex y, al ver la mirada considerativa de Charlotte, se apresuró a borrar con un beso ese pensamiento y todos los demás que lo acompañaban.

Y a la mañana siguiente:

–Deja de ser tan exasperante, mujer –le dijo Alex, cuando Charlotte le robó cinco libras que él a su vez le había robado a un turista, y se las dio a una niña que pedía limosna.

–Deja de ser tan incivilizado –replicó ella, entregándole el brazalete de oro que le había robado al mismo turista.

–Me gusta ser incivilizado –respondió él, sonriendo. Y vendió el brazalete para comprarle un par de botines bordados y varios dardos para armarlos.



–Además –añadió más tarde mientras estaban sentados con Bixby en el reservado de una taberna y saciaban la sed tras un largo día de búsqueda inútil–, soy pirata y contrabandista. Mi trabajo es ser incivilizado.

Tenía los pies sobre la mesa mientras bebía cerveza. Charlotte estaba sentada a su lado toda derechita y daba pequeños sorbos a

su té. Bixby, al otro lado de la mesa, con los dedos apoyados en la barbilla y apretados contra la boca, miraba algo al otro lado de la sala.

–Creo que la Sociedad Wisteria no estaría de acuerdo contigo –dijo Charlotte.

Alex le sonrió de soslayo.

–¿Estás elogiando a los piratas, querida?

–Desde luego que no. Son incivilizados en grado extremo. Sin embargo, dentro de ese contexto, tienen su propia noción simplista de los modales. No pondrían los pies encima de una mesa.

–Solo porque su vestimenta no se lo permitiría.

–Bixby es un pirata y se las arregla para sentarse con decoro.

–Es un mayordomo, no un pirata. Y tiene el codo apoyado sobre la mesa.

–La mala compañía lo está corrompiendo.

Alex se rio.

–Daniel, amigo, la señorita Pettifer acaba de decir que eres corrupto.

–No lo hice –replicó Charlotte, pero Bixby no se dio cuenta de nada. Permanecía concentrado en algo a la distancia. Frunciendo ligeramente el ceño, Alex miró por encima de su hombro para ver qué es lo que había capturado la atención del hombre. Una mujer joven, de pelo castaño y vestido sencillo, caminaba con parsimonia en dirección a la puerta.

–Bonita –dijo encogiéndose de hombros–. Deberías ir a saludarla.

–Yo no hago esas cosas, "ir a saludar" a una dama –murmuró Bixby en tono de reproche.

Alex volvió a reír.

–¡Claro que sí! Es cierto que no parece tu tipo, no es un dibujo en un manual de etiqueta, pero puede que tengas suerte. Ve, salúdala. A que no te atreves.

–Oh, bueno, entonces, si me han desafiado, por supuesto, debo actuar de manera contraria a lo que dicta toda mi educación y carácter –respondió Bixby, inexpresivo.

–Sí –dijo Alex. Se lanzaron miradas que, si tuvieran veinte años menos, habrían equivalido a sacarse la lengua.

–Ni siquiera la estaba mirando –dijo Bixby.

–Claro.

Alex ocultó una mueca de incredulidad detrás de su vaso de cerveza.

Charlotte se inclinó hacia delante con el ceño fruncido y observó a aquella mujer tan guapa.

–¡Cielo santo! –comentó–. Es la señorita Tesorito.

–¿Quién? –preguntó Alex.

–La criada de la señora Chuke –respondió mientras examinaba con ansiedad el resto de la sala–. ¿La señora Chuke está aquí?

–La señora Chuke es una bruja, supongo –dijo Alex y bajó los pies de la mesa como si esperara problemas en cualquier momento–. Bueno, la fiesta tenía que terminar en algún momento, ¿no? Ha sido divertido, cariño, y si necesitas que te lleve a casa...

–¿Cómo? –Charlotte lo miró, desconcertada.

Él se encogió de hombros, sin mirarla a los ojos.

–Supongo que te unirás a esta señora Chuke para seguir persiguiendo el amuleto. Charlotte se sintió de repente tan vacía como el espacio al final de un capítulo en el que la heroína ha sido abandonada en circunstancias emocionantes pero van a llegar visitas

en cualquier momento, así que es imposible seguir leyendo. Los dos hombres la miraron y ella tragó saliva.

–¿Por qué iba a unirme a la señora Chuke?

–Bueno, ella es una bruja; tú eres una bruja –razonó Alex–. Están aliadas la una con la otra, literalmente.

–Sí, pero... –dijo con el ceño fruncido, incapaz de explicar por qué su corazón estaba palpitando tan fuerte. Después de todo, aunque los últimos días habían sido, como dijo Alex, "divertidos", su objetivo seguía siendo recuperar el amuleto para la Liga Wicken. Tenía sentido reunirse ahora con los suyos–. Pero...

–Pero la señorita Pettifer debe permanecer en alianza temporaria con usted –dijo Bixby, con el tono tranquilo y razonable que Charlotte no podía lograr– porque puede ser necesario una casa voladora en la persecución de lady Armitage.

–¡Exacto! –Charlotte golpeó la mesa con la mano para dar énfasis a sus palabras, lo que resultó en que su taza de té rebotara en el plato y le subiera un dolor por el brazo. Alex enarcó una ceja y Bixby casi sonrió. ¡Malignos, los dos! (Su estúpido corazón había querido decir "mis amigos", pero ella lo ignoró)–. Sin embargo, yo no llamaría a esto una alianza. Nunca debemos olvidar, caballeros, que los he secuestrado.

–Claro, por supuesto –dijo Alex alegremente–. ¿Pretzel?

Charlotte ignoró la cesta con bocaditos que le ofreció.

–Además, aunque este secuestro se ha hecho en nombre de la Liga, la señora Chuke no lo aprobaría, ya que yo soy una dama respetada y ustedes son...

–¿Granujas? –sugirió Alex.

–¿Villanos? –Bixby ofreció.

–Piratas deplorables –dijo Charlotte–. Por lo tanto, debo esconderme de ella y de todas las brujas con que nos podamos cruzar. Pensando en el amuleto, lo comprenden, ¿verdad?

–Entiendo –respondió Alex en un tono que sugería que entendía demasiado bien. Por fin, mirándola a los ojos, dibujó una sonrisa a medio camino entre la maldad y la dulzura. *Dios mío*, pensó Charlotte. *¿Cuántas mujeres se han ahogado en ese encanto? ¿Y por qué las envidio?* Aturdida y molesta por estar aturdida, se inclinó hacia delante para examinar otra vez a los habitantes del bar.

–La verdad es que no veo a la señora Chuke por ninguna parte.

–No –coincidió Bixby–, pero cuento tres piratas.

La jarra de cerveza de Alex chocó contra la superficie de la mesa con un ruido sordo.

–Detalles –ordenó con brusquedad. A Bixby le alcanzó con mover solo los ojos para indicar dónde estaba cada pirata.

–La señora Etterly está sentada tres mesas detrás de nosotros, afilando el palito del cóctel con la daga. Y los Rotunders están jugando a las cartas justo ahí. El señor Rotunder acaba de descartar toda su mano. Literalmente. Se está enroscando un garfio.

Alex se enderezó.

–Hora de irnos.

–No creo que nos hayan visto –dijo Bixby.

–No, pero parece que se han visto entre ellos. Tú crea una distracción y yo...

¡Crash!

Las instrucciones de Alex se volvieron inútiles ante la llegada de una distracción distinta: a saber, una jarra de cerveza arrojada a la mesa de la señora Etterly. El vidrio se hizo añicos y la cerveza salpicó

para todos lados, lo que provocó una airada protesta de la señora Etterly. Los ojos de Bixby se abrieron de par en par asaltados por el asombro.

–¿Hay un cuarto que no hayas contado? –preguntó Alex.

–No. La jarra la tiró la señorita Tesorito.

–Uh. En cualquier caso, nos vamos. Tú sal por delante, y yo saldré...

–¡Te vi! ¡Sinvergüenza!

Los muebles se sacudieron cuando la señora Etterly se levantó con brusquedad y el armazón del vestido empujó la silla al suelo con fuerza.

–¡Te olí hace diez minutos! –exclamó la señora Rotunder, que saltó de su propia silla y las cartas salieron volando. La señora Etterly emitió un grito ahogado.

–Llevo una colonia que me regaló la duquesa de Uzes como agradecimiento por no dispararle ni quemarle la casa.

–¿Una colonia? Huele más a agua que has sacado del retrete.

–Bueno, yo...

¡Crash!

Otra jarra de cerveza explotó en el suelo entre ellas. Las piratas la miraron con un momentáneo desconcierto, ya que era evidente que ninguna de ellas la había arrojado, pero luego dejaron de lado esas insignificantes consideraciones y desenvainaron sus espadas.

–¡En guardia! –gritó la señora Etterly.

–¡Prepárense para morir! –gritó la señora Rotunder en respuesta.

–¡Nunca!

–Mmm, querida –dijo el señor Rotunder, tirando de su mujer para poder susurrarle algo al oído. Ella lo escuchó, luego se enderezó otra

vez y su expresión se balanceaba entre la furia y la dignidad.

–¡Prepárate para que te hiera! –gritó, corrigiendo lo dicho–, pero no tanto como para que no puedas cantar en mi velada de la semana que viene. El príncipe estará allí, ¡y ya sabes cómo admira tu voz!

–¡Nunca! –repitió la señora Etterly–. ¡Y con eso quiero decir nunca en este contexto! ¡Por supuesto que espero con impaciencia la velada!

Y saltó hacia delante, con la espada en alto. Una mesa quedó patas arriba, las espadas chocaron con un fuerte sonido metálico y varios de los presentes gritaron.

–¡Bribones! –rugió el posadero, agitando un bate de cricket mientras se sumaba a la refriega.

–Arriba –dijo Alex, subiéndose al asiento y arrastrando a Charlotte con él.

–¡Cuidado! ¡Que no se derrame el té! –le pidió mientras pasaba una silla volando y acababa destruida contra la barra.

Con cierta dificultad, debido al incómodo volumen del traje de Charlotte, por no hablar de los posavasos que pasaban silbando a toda velocidad, treparon por la mesa, saltaron por el costado del reservado y cayeron al suelo sin que nadie los viera (excepto tres camareras, el *bartender*, y una anciana que había estado tratando de disfrutar de su pescado y papas fritas en paz). Mientras Bixby se dirigía a la puerta principal, Alex llevó a Charlotte por la puerta trasera hacia un callejón oscuro. Cerró la puerta justo antes de que un plato se rompiera contra ella.

–Ha destrozado mi falda, señor, con estos jueguitos –dijo Charlotte, acariciando una marquita en la tela–. Debo decirlo, parece

que usted tiene un talento especial para el caos. ¡Ojalá no fuera usted tan canalla!

–Ojalá no fueras tan encantadora –replicó Alex.

Esto no tenía ningún sentido, ya que ella no había hecho magia, y Charlotte estaba a punto de decírselo cuando él la agarró, la empujó contra la pared del callejón y la besó hasta que ella se olvidó de todo lo que él le había dicho o de lo que ella debería haberle dicho como respuesta.



Los besos eran algo a lo que ella nunca se oponía. Su cuerpo sentía una atracción irrefrenable por aquel hombre y, a pesar de los sermones que recibía a diario de su cerebro, se negaba a prestar atención tanto a las disputas maleducadas como al comportamiento educado. Alex parecía estar atrapado en el mismo dilema. Apenas podían cruzar una calle sin enroscarse después en un apasionado abrazo.

De hecho, para cuando habían cubierto las doscientas yardas que separaban el *pub* de la casa de Alex en el muelle, despeinados, sin aliento y significativamente desabrochados, Bixby se había preparado una tetera y se había retirado con *Utopía* de Tomás Moro.

Más tarde, aquella misma noche, acostada junto a Alex en su cama, viéndolo dormir a la luz de la luna e intentando disimular que no había telarañas en el techo, Charlotte intentó razonar acerca de lo que le estaba pasando y en qué parte del camino se había dejado olvidada una gran parte de su sentido común. El capitán O'Riley no era una obsesión adecuada. Parecía tan peligroso dormido como

despierto. Sus largas y oscuras pestañas, curvadas contra sus mejillas, eran como una espada contra su garganta. La sonrisa soñadora era una carnada que la alejaría de todo decoro.

Ojalá no fuera tan tentador como peligroso. Si tan solo viviera en una pensión, y trabajara en una oficina, y no la mirara como si quisiera lamerle las agridulces palabras de la boca. Mientras lo examinaba con deseo, Charlotte se preguntaba si la preocupación por el amuleto la había llevado a secuestrar su casa o si todavía, en algún lugar de su interior, había estado andando en la bicicleta voladora, sin ley, anhelando la libertad y hasta enamorada tal vez de los ojos color cielo del pirata.

Bueno, "enamorada" no. Intrigada. Ella podía compartir su cama, pero aún no era el momento de involucrar emociones. El hecho de que su pulso se acelerara cuando él le sonreía no significaba nada más allá de la fisiología. La extraña soledad que le producía dolor cuando él salía de la habitación, aunque fuera por un ratito, era intrascendente. Después de todo, había estado sola toda su vida.

No, concluyó Charlotte, su relación no era más que una diversión pasajera, y cuando terminara volvería a su vida decente y se llevaría algunos recuerdos interesantes (y el amuleto).

Suspiró. *Desde luego, no estoy enamorada*, se dijo, estirando la mano a través de la oscuridad para tocar la cara del pirata.



Y Alex, acostado en silencio con los ojos bien cerrados, se dejó llevar por el consuelo de la presencia de Charlotte después de años de no compartir esa cama con ninguna mujer por miedo a que también

quisieran compartir su corazón. (Las alfombras son diferentes, y las camas en otros edificios, y una cómoda mesa en más de un caso). Sintió el movimiento de los dedos de Charlotte e intentó no sonreír. Lo hechizaba incluso sin pronunciar ningún encantamiento. No es que con una simple mirada perturbara sus regiones bajas, aunque lo cierto es que hacía eso también. La cuestión era el modo en que su sonrosada belleza y su agudo ingenio agitaban su corazón, y lo empujaban dolorosamente contra el muro de piedra que había construido hace más de veinte años. Ese corazón quería compartir con ella, anhelaba compartir, temblaba tan deprisa con la desesperación por compartir que Alex empezó a sentirse mareado, incluso acostado en la cama.

No podía permitirlo. Pero tampoco podía quedarse quieto mientras su sangre hervía y Charlotte le acariciaba la piel con esos dedos suaves y limpios. Así que la empujó con suavidad hacia atrás y le separó las piernas, y ella se arqueó para darle la bienvenida. Se movieron juntos con ferocidad, sin decir palabra, apretando las sábanas y la cabecera de la cama y el uno al otro para salvar sus vidas.

No era amor. Ni necesidad. Solo actividad física en la oscuridad.

Pero después ella se puso a llorar, y él trató de secarle las lágrimas de la hermosa mejilla iluminada por la luna.

–¿Te he hecho daño? –preguntó ansioso.

–No –respondió ella–. Yo... yo siento, eso es todo.

–¿Tienes frío? ¿Tienes hambre? ¿Quieres una taza de té? ¿Qué quieres?

Ella tomó su mano y la sostuvo contra la calma firmeza de los latidos de su corazón.

–No es nada. Solo sentimiento. ¿No es aceptable?

Sonaba tan a la defensiva que él besó su húmedo rostro.

–Por supuesto que sí –le dijo, aunque no lo entendía muy bien. Pero la abrazó y la dejó ser.

Charlotte se aferró a él como un pirata se aferra a la rueda del timón en medio de una tormenta. Como si lo necesitara. Como si él representara la seguridad. Él sintió la sonrisa de Charlotte sobre su piel desnuda, y se tragó un suspiro mientras la sensación hacía temblar todo su cuerpo. No era nada, se dijo, el sexo le dejaba el cuerpo sensible unos momentos. Esta mujer no era más que otra amante, otra forma de atravesar la oscuridad. Él no iba a ir "sintiendo" solo porque ella lo hiciera.

Sin embargo, no había nada de malo en sonreír también, como un niño tonto y blando, en la oscuridad donde nadie podía verlo.



–El mapa dice que no hay atajo –reiteró Charlotte mientras los tres avanzaban por la ciudad, siguiendo la luz de la tarde hacia las sombras del mar. Era su tercer día en Clacton-on-Sea, y Charlotte estaba tan cansada de buscar que había caído en una irritabilidad poco habitual en ella.

–Dudo que lady Armitage esté aquí. La información de Bixby debe haber sido errónea.

Bixby no contestó. Su silencio, sin embargo, estaba horrorizado.

–Imposible –dijo Alex–. No te rindas, cariño. ¿Recuerdas la joyería a la que ayer robaron todos los anillos de oro? ¿Y la iglesia incendiada? Por no hablar del hombre que vio una inusual casa de

paredes rojas en Anchor Road. Aparcar en esa calle sería muy tentador para ella.

–Pero no estás yendo en la dirección correcta si quieres ir a Anchor Road.

–No, es un poquito más lejos. Confía en mí.

Tiró de su mano sin efecto.

–Espera. Si miras el mapa...

Ella se volvió para señalar el mencionado mapa, que llevaba Bixby para ayudarlos, y se quedó paralizada. Alex se volvió para ver qué la había hecho reaccionar así.

Bixby se había ido.

–Qué raro –murmuró Alex.

–Es obvio que no creyó en tu atajo y ha tomado la ruta correcta –dijo Charlotte con suficiencia.

Alex puso los ojos en blanco.

–Obviamente se hartó de tu insistencia.

Alex comenzó a caminar por la calle angosta en busca del mayordomo desaparecido. Charlotte, a fuerza de seguir tomada de la mano, se vio obligada a seguirlo.

–No he estado insistiendo –insistió–. He estado tratando de educarte.

–La última mujer que intentó educarme solía hacerlo con una vara de abedul cuando me equivocaba de respuesta –respondió Alex alegremente–, o cuando no le gustaba mi aspecto. ¿Vas a pegarme, Lottie?

Le dirigió una sonrisa seductora, pero ella lo miraba boquiabierta.

–Dios mío. Lo siento mucho.

La sorpresa le cruzó la cara durante un breve instante antes de reírse.

–No lo sientas. La hermana Andrew, y las otras monjas, y Deirdre, y Dadai fueron un buen entrenamiento para la vida de pirata. Diablos, mi padre todavía quiere darme un curso de actualización cada vez que vuelvo a Irlanda. Puede que ahora esté retirado y viviendo la vida de Riley, ja, pero digamos que no ha olvidado cómo ser pirata.

–Bueno, yo no soy pirata y no quiero lastimarte –replicó Charlotte, aunque en realidad hacía un momento había planeado asestarle un golpe verbal. Pero cuando se apresuró a evaluar su motivación, solo encontró el deseo de jugar. De hecho, lo que hacía que fueran tan agradables las peleas con Alex era la idea de que nadie salía realmente perjudicado. No importaba Darcy. De alguna manera se las había arreglado para convertirse en su propio señor Knightley, un ingenioso compañero, y aunque ella no esperaba un final feliz como el de Emma Woodhouse, al menos lo estaba pasando bien, se quedaba despierta hasta tarde, pasando páginas, incluso señalando algunas como una verdadera canalla.

Ahora la imagen de Alex como un niño azotado la sacudió tan profundamente que tropezó mientras él tiraba de ella. Doblaron por una esquina que no habían tomado antes, pero Charlotte estaba demasiado distraída para darse cuenta.

–No me consueles de esa manera –dijo Alex, con la voz más cadenciosa de lo habitual–. ¿Qué haría yo sin la emoción de tu calzado mortal o el mordisco encantador de tus dientes? Ahora damos vuelta a esta esquina… maldita sea.

Se detuvo de repente y Charlotte se chocó con él. Alex la ayudó a no caerse pero lo hizo de modo mecánico, porque su atención estaba concentrada en el alto muro de piedra que tenían delante.

Charlotte no pudo evitarlo.

–Parece que atajaron tu atajo.

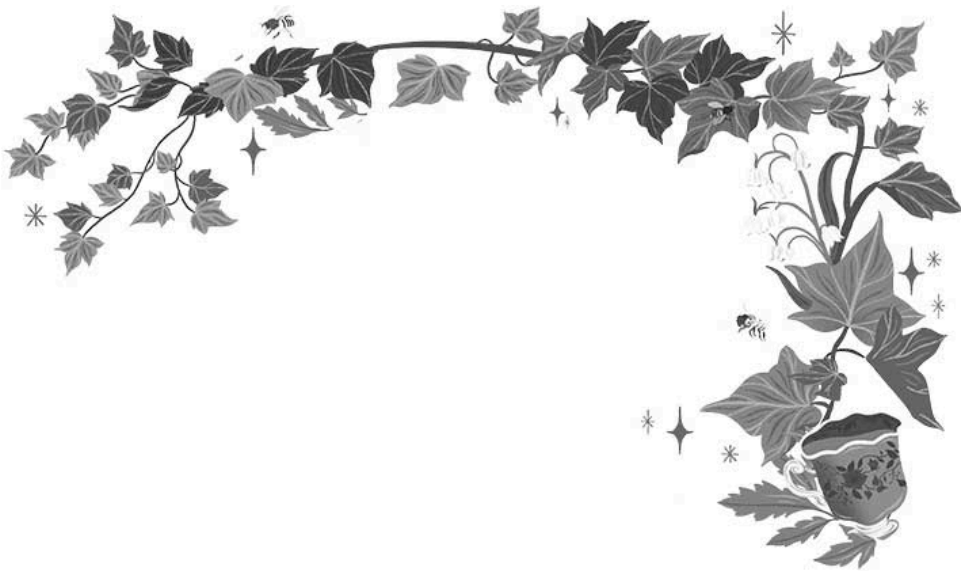
–Muy gracioso.

Se pasó una mano por el pelo, miró a su alrededor y frunció el ceño.

–Hubiera jurado que este camino llevaba a Rosemary Road. ¿Y dónde demonios está Bixby?

–En una conversación bastante punzante con mi criada.

Se dieron vuelta y vieron a la señora Chuke delante de ellos, sonriendo como una nube de tormenta que contempla un desfile que pasa debajo de ella.



16

ORGULLO Y PREJUICIO – EL MAYORDOMO LO HACE POR ÉL – FUERA DEL FUEGO – ACRÓBATAS REPENTINOS – EN LA SARTÉN – CHARLOTTE SE VA CON ALEX PORQUE QUIERE VIVIR – EL SOMBRERO LOCO – CAMBIO DECISIVO – CHARLOTTE ES UNA VILLANA

El carácter de la señora Chuke era despreciado en la sociedad en general por su sinceridad y franqueza, y en un momento como este, desde luego, no se apartaría de él.

–¡Charlotte, querida! Qué aspecto terrible tienes. Tienes la cara toda enrojecida y ¿qué es ese brillo en tus ojos? ¡Menos mal que te encontré antes de que te arruinaras por completo! Yo te salvaré,

querida niña, de este malvado pirata que te secuestró! –Y miró a Alex con ojos sombríos.

–Yo no... –empezó Alex, pero Charlotte habló por encima de él con una seguridad plagiada de Elizabeth Bennet.

–Se equivoca de cabo a rabo sobre mi carácter, señora, si piensa que puedo ser secuestrada por un pirata.

La señora Chuke dio un grito ahogado.

–Seguro no estás reconociendo que estás en su compañía de forma "voluntaria".

–¿Por qué no? Es un sinvergüenza; yo soy una sinvergüenza; hasta ahí somos iguales.

–Pero los piratas y las brujas, que-no-existen-pero-si-existieran, ¡son enemigos mortales! ¡Piensa en la Liga, Charlotte querida! ¡Piensa en tu madre, que incluso en este momento está encargando el catering de la boda! –"Um", dijo Alex, palideciendo, pero las damas lo ignoraron–. Tu reputación será una desgracia; tu nombre será mencionado por todos nosotros. Santo cielo, Charlotte, ¡te has aliado con un pirata!

Charlotte frunció el ceño, aunque en realidad se sentía encantada con esta oportunidad de enfrentarse a una némesis del mismo modo que lo hizo Lizzie con lady Catherine de Bourgh. Había que reconocer que la señora Chuke era inferior en estilo y temperamento a lady Catherine, y una polvorienta calle urbana no era ni de lejos tan romántica como un bosquecillo, pero parecía que los ratones de biblioteca no podían elegir cuando se trataba de la vida real.

–Si me hubiera aliado con él –dijo–, sería la primera persona en confesarlo. Y no lo hago. El capitán O'Riley sigue siendo mi peor enemigo.

–Es cierto –intervino Alex con una sonrisa simpática.

–Y sean cuales sean mis conexiones, si el capitán se opone a ellas, eso debe ser todo para usted.

–Me opongo a ellas –dijo Alex, asintiendo alegremente.

Al mirarlo, Charlotte sintió un revoloteo en el estómago. ¡Sabía que no debería haber comido pescado! Por otro lado, ¿podría ser... amistad? Al menos lo que ella suponía que era la amistad a partir de lo que había leído en los libros. Esperaba casarse algún día, porque ese es el destino general de las mujeres, pero tener un "amigo" era un sueño al que nunca se había atrevido. Que Alex pudiera ser ese amigo la hizo querer reír de placer.

Pero la risa encantada era el dominio de chicas como Lydia Bennet, y tendía a escalar a un comportamiento escandaloso, como huir con sinvergüenzas... eh...

Sonrojada, levantó la barbilla, apretó los labios y fulminó con la mirada al capitán, a la señora Chuke y a una gaviota que estaba cerca.

–¡Bueno!

La señora Chuke se quedó perpleja. No era la respuesta que esperaba de la sobrina de Judith Plim. Murmuró una palabra, y unas viejas hojas color café que alfombraban la calle empezaron a levantarse y se arremolinaron alrededor de sus tobillos. Había sido bruja más tiempo del que Charlotte había vivido y Elegida o no, la chica recordaría cuál era su lugar, ya fuera por sabiduría o por pura brujería.

–Estás claramente sobreexcitada, querida. Esto no puede seguir así.

Charlotte abrió la boca para contestar, pero es cierto que estaba muy alterada y en ese momento no pudo recordar cómo continuaba la escena de *Orgullo y prejuicio*. Así que optó por cerrar la boca y sacar su escobita.

La señora Chuke palideció.

–No te atreverías.

Charlotte se encogió de hombros. Por el rabillo del ojo vio que Alex bajaba la cara para ocultar una sonrisa. Él ya sabía que sí se atrevería. Sintió otra oleada de satisfacción.

–Deja la escoba y vuelve a casa sin hacer aspavientos –dijo la señora Chuke–. Leí las runas esta mañana, y predijeron que viajarías de vuelta a Londres conmigo.

Pero su propia mano se deslizaba hacia un bolsillo secreto donde sin duda guardaba su propia escobita.

Era hora de la Opción de Andrómeda. El último recurso, la peor arma posible, diseñada específicamente para desarmar a una colega bruja. Charlotte siempre había sentido que algún día llegaría a esto, pero su corazón se estremeció un poco. Una bruja podría atacar a otra bruja (de hecho, sería extraño que no lo hiciera), pero usar la Opción de Andrómeda era como volar en bicicleta sobre una calle abarrotada de gente. Solo una persona muy salvaje se animaría a algo así.

Clic.

Una nube de polvo salió disparada de la escoba. La señora Chuke chilló horrorizada. Levantó su propia escoba y la activó con un instinto inmediato de limpieza. Mientras barría locamente el aire, Charlotte y Alex se dieron la vuelta para huir.

La pared les impedía el paso.

Y frente a ella estaba la señora Rotunder, cruzada de brazos, con las plumas del alegre sombrero negro ondeando con la brisa marina.

Dos cuadras más allá, Bixby miraba el cañón de una pistola.

Era una pistola muy bonita, con flores diminutas grabadas en el cuerpo de plata y perlas engarzadas en la empuñadura. Su dueña, la señorita Tesorito, la empuñaba con toda la delicadeza que merecía un arma así. Ella misma también era muy bonita, pero eso no parecía lo más relevante en este momento.

–Siga caminando por el callejón oscuro y estrecho, por favor, –dijo.

Su voz tranquila no ofrecía ninguna amenaza, siempre y cuando uno ignorara las palabras que estaba diciendo en realidad y el arma cargada detrás de ellas. Había alejado a Bixby de Alex y Charlotte, pidiéndole ayuda para encontrar una moneda que se le había caído, y luego le había pedido perdón con mucha humildad mientras le explicaba que debía hacer lo que le decía o le dispararía. Bixby había accedido porque temía que la mujer se echara a llorar si no lo hacía. Pero dejarse guiar a un lugar conveniente para el asesinato iba más allá de sus nociones de caballerosidad.

–Perdóneme, señorita –dijo, ya que el secuestro a punta de pistola no debería impedirle a uno usar buenos modales–. Me temo que no puedo hacerlo. En su lugar, le sugiero que me entregue el arma y le permitiré que se marche sin hacerle daño.

La señorita Tesorito no parpadeó, sino que más bien entrecerró los ojos con una mueca de dolor y luego los abrió. Se mordió el labio inferior. El gesto la hizo parecer tan vulnerable que Bixby habría sentido que se le derretía el corazón si eso fuera posible desde la biología. Aunque la recordaba lanzando jarras de cerveza a los

piratas la noche anterior en la taberna, apenas podía conciliar esa imagen con la tímida criatura que tenía ante sí. El sencillo vestido color café, el rostro tranquilo y la voz tranquila que solo hablaba cuando era necesario lo hicieron pensar en estanterías colmadas de libros y el Sistema Decimal Dewey de una excelente biblioteca. Los instintos de un hombre (y otras cosas) se despertaron automáticamente ante una mujer así. Bixby no pudo evitar ofrecerle una taza de té y acompañarla a su casa.

De hecho, dejando de lado el hecho de que le estaba proponiendo asesinarlo, pensó que toda su actitud le recordaba a la de una dama gentil y tímida, y no podía aprobar que alguien así se involucrara en andanzas peligrosas como estas. Alguien podría salir herido, y no sería él.

Sonriendo amablemente, con una mirada amable, alargó la mano para quitar la pistola de las manos ansiosas y huesudas.

Quince minutos después se despertó en el suelo sucio del callejón, atado de pies y manos, y gimiendo a través de un pañuelo de encaje metido en la boca. Le habían robado la cartera y los gemelos de oro.

Si alguien hubiera estado en el lugar con una enciclopedia de la naturaleza, Bixby no habría necesitado que le explicaran que la verdadera descripción de un corderito era 'poderoso e impredecible'. Escupió el pañuelo, se puso boca arriba y se echó a reír.



La señora Rotunder no tenía sentido del humor. De hecho, después de pasar varios días en compañía de brujas, apenas podía recordar cómo era el humor. Cruzó los brazos con la autoridad que se

atribuían las mujeres mayores de todo el mundo y miró a Charlotte y a Alex con el ceño fruncido.

–Queridos, saben que esto no puede seguir así. Entre otras cosas porque es demasiado *cliché*. Estamos en Inglaterra, ¡no en Verona! Tengan un poco de sutileza literaria y apártense, por el bien de todos.

Charlotte se irritó. Los dichos de la señora Rotunder provocaron un murmullo que hizo que le temblaran las plumas. Alex miró de reojo con emoción a Charlotte, que deseaba que la besara.

–Señora –dijo, con voz fuerte por la rectitud–, puedo asegurarle que el capitán y yo no estamos juntos.

La respuesta de la señora Rotunder fue dirigir una mirada mordaz a sus manos entrelazadas.

–Eso es porque lo tengo bajo mi control –explicó Charlotte.

Alex se encogió de hombros y asintió con complacencia.

–¿Así que tú lo has secuestrado a él?

La señora Rotunder soltó una brusca carcajada.

–¿Y por qué no? –intervino la señora Chuke, adelantándose antes de que Charlotte pudiera responder. Tenía la cara cubierta de polvo, pero su ira era tan grande que ni siquiera se daba cuenta.

–Charlotte sería una bruja si existieran las brujas. Eso la hace tan peligrosa como él.

–Nadie es tan peligroso como un pirata –exclamó la señora Rotunder.

–¡Ja! Después de haber viajado en tu casa, de beber esa cosa tibia que llamas té y de dormir en un colchón tan blando que corría el riesgo de relajarme por primera vez en seis… en cincuenta años, sé perfectamente que el peligro piratesco es publicidad engañosa.

–¿Ah? –dijo la señora Rotunder con espanto. Se oyó el largo y lento silbido del acero cuando sale de una vaina.

–¿Llamas a eso un arma? –dijo la señora Chuke y sacó un matamoscas. De metal negro. Con púas por toda la superficie.

Charlotte y Alex esquivaron la espada que hizo girar la señora Rotunder en una complicada maniobra.

–¿Nos vamos? –susurró Charlotte.

Se estremecieron cuando la señora Chuke golpeó la espada con un duro golpe de su matamoscas.

–Sería lo más prudente –convino Alex.

–*Aereo* –dijo Charlotte. Al instante, se elevaron sobre la bruja y la pirata, que estaban demasiado concentradas una en la otra como para detectar la partida precipitada. Cruzaron el muro y bajaron a la calle del otro lado.

–¡Calle Rosemary! –exclamó Alex–. Te dije que era un buen atajo.

–Fanfarrón –replicó Charlotte.

Un grupito de turistas estadounidenses que estaban frente a un escaparate se dieron vuelta para mirarlos boquiabiertos.

–¿Cómo lo hicieron? –preguntó uno alarmado.

–Había una escalera al otro lado del muro –dijo Charlotte–. Subimos por ella y luego saltamos.

Los turistas cruzaron miradas de duda.

–Solo está bromeando –dijo Alex–. Somos acróbatas de un circo ambulante. Entrenados para saltar obstáculos altos de un solo salto.

Los turistas empezaron a murmurar con entusiasmo, y varios preguntaron si podían conseguir entradas para el espectáculo. De repente, una mujer con turbante rosa señaló a Charlotte.

–¡Sé quién eres! Tu foto salió en el periódico. Espera... ¿no te secuestró este hombre?

Charlotte sonrió con tolerancia.

–No, en absoluto.

–Esa fotografía era de su hermana gemela –dijo Alex–. Tres minutos menor y no tan bonita.

–Ahh –la multitud asintió.

Charlotte se quedó mirándolo, sorprendida.

–¿Me dirías bonita?

"Fuerte", "feroz", "hermosa", "valiente"... "bonita".

Él sonrió.

–Eso es lo menos que diría de ti, querida.

Las turistas gorjearon.

–Dijiste que la señorita Tesorito era bonita –insistió ella–. Quizá es un adjetivo que aplicas a todas las mujeres.

Alex le puso una mano en la mejilla y la miró con su particular sonrisa tierna-a-pesar-de-todas-sus-armas-afiladas. Charlotte sospechaba que era esa sonrisa la que le había ganado su reputación de mortífero. Varios turistas emitieron un suspiro soñador. Charlotte también lo habría hecho de no ser por los años de riguroso entrenamiento Plim.

–Oh, Lottie –dijo Alex–. Eres...

–¡Alto! –rugió una voz desde detrás de la pared–. ¡Delincuente!

Charlotte miró por encima del hombro.

–¿Es a ti o a mí?

–¡Delincuente infame! –dijo otra voz.

Alex se encogió de hombros.

–No parece importar a quién.

–Ella es la malvada –replicó enfadada la primera voz.

–Tonterías. Él es un pirata, ser malvado está en la descripción de su trabajo. Está claro que es el peor.

–Nadie es más malvado que una bruja.

Se oyó otro agudo choque de metales. Los turistas saltaron sobresaltados. Charlotte y Alex aprovecharon la oportunidad para salir corriendo por la calle...

Y se detuvieron con brusquedad.

La señorita Plim dobló una esquina, con la luz del sol centelleando en sus gafas.



Hasta ese momento, Charlotte nunca se había reconocido. Pero ahora, viendo a la señorita Plim que se dirigía hacia ella como algo inevitable, sintió algo como alas de un pájaro que se sacudían enloquecidas contra sus huesos y un viento que rugía en su mente, y se dio cuenta de que toda una vida en la que se había considerado autosuficiente había sido una mentira. "Prisionera" era la palabra más adecuada. De hecho, sentía un enorme anhelo, todo un cielo de anhelo de vida y de amor, de tejados y de desenfreno, y aquí estaba la señorita Plim para traerla de vuelta a la tierra.

La mujer avanzó con paso tranquilo y mesurado. El dobladillo de su vestido negro se movía metódicamente de un lado a otro de la calle. El rodete tocaba el cielo claro y brillante. Y su mano, que asomaba lentamente de un bolsillo, desplegaba cuchillas, shuriken, pinzas para cejas.

Sin embargo, ningún arma era más mortífera que su mirada. "Te equivocas", decían esos ojos. "La forma en que te has estado comportando demuestra lo equivocada que estás en el fondo. Charlotte Pettifer, eres Una Decepción".

"¡No escuches!", gritó el cerebro de Charlotte. "¡Huye!"

"¡No, rápido, haz una cortesía! ¡Discúlpate! ¡Promete que te portarás mejor!", le discutía su cuerpo.

Atrapada entre los dos impulsos, Charlotte era incapaz de hacer una elección que no fuera de alguna manera incorrecta. No podía moverse, no podía respirar.

Además, era demasiado tarde. La presencia de la tía Judith significaba que todo había terminado. El escape, los besos en los callejones, los bocaditos a medianoche en una cocina iluminada con una lámpara, esperando que Bixby no los descubriera. Apenas llegara hasta donde estaba Charlotte, la señorita Plim transformaría a esta mujer independiente, que tomaba decisiones por demás salvajes, en una bruja como había que ser. Solo necesitaría un movimiento de cabeza, un chasquido de lengua. De hecho, Charlotte ya podía sentirlo. Jane Austen empezó a recitar: "Sé prudente y razonable".

Pero ¡ay! ¡Ay! Debió confesarse a sí misma que aún no quería ser sabia.

Por suerte, estaba en compañía de un pirata totalmente imprudente.

–Rápido –dijo Alex, tirando de ella–. ¡Por aquí!

La arrastró fuera de la calle y dentro de la tienda más cercana. Cuando el timbre tintineó alegremente, Charlotte volvió en sí... y estuvo a punto de chocar con un pavo real.

A los tropezones, se dio cuenta de que esto no era una ironía del universo, sino un sombrero que el empleado estaba transportando por el local.

–¡Cuidado! –declaró el comerciante, pero Charlotte y Alex siguieron de largo y se dirigieron a lo que esperaban que fuera una salida trasera detrás de una puerta con cortinas.

En lugar de eso, se encontraron en una jungla de flores de seda habitada por bandadas de pájaros embalsamados. La campanita de la puerta volvió a sonar.

–Buenas tardes, señor –dijo una voz de mujer, el equivalente sonoro de una bayoneta que se clava en un vagón que esconde fugitivos entre su carga.

A Charlotte se le cortó la respiración. Alex agarró un cayado decorativo que estaba cerca y empezó a golpear las alas y las flores, los picos de papel maché y las largas lianas de encaje, para abrirse camino a través de la jungla de sombreros. Al descubrir una puerta trasera, le dio un fuerte golpe con la suela de la bota y la puerta se abrió, pues no estaba cerrada con llave. Salieron corriendo cuando la señorita Plim entraba en el lugar.

–No se detendrá nunca –gritó Charlotte.

–Confía en mí –dijo Alex con una sonrisa piratesca–. Te mantendré insegura.

Corrieron calle abajo, doblaron en una esquina y Alex la llevó hasta una puerta cualquiera que abrió de la manera convencional, girando el picaporte. Daba a una gran sala repleta de otra bandada de pájaros, es decir, gente vestida con colores vivos y plumas, revoloteando, con sus voces resonando en el aire. Dos largas filas de

bailarines se unían y luego se separaban mientras tocaba un grupo de violinistas.

Charlotte se dio cuenta de que se habían metido en un baile vespertino y sintió cierta satisfacción narrativa. Mientras Alex cerraba la puerta y la trababa con sillas, observó a los bailarines y examinó la calidad de las muselinas. Entonces Alex tiró de su mano y ella giró hacia él. Él le tomó la otra mano, la acercó–. Señorita, ¿me concede esta pieza? –Sonrió con picardía.

Elizabeth Bennet habría dicho que sí de pura sorpresa. Fanny Price habría dicho que no y habría escondido la cara. Pero Charlotte no consultó a ninguna de los dos. En vez de eso, le dedicó al pirata un ceño fruncido, le dijo demonio, y dejó que la hiciera bailar a grandes zancadas por la pista. Su sonrisa era un gancho, sosteniéndola por miedo. Se le movían las caderas de una manera que ella no hubiera creído posible. Las dos filas de bailarines se separaron, con las manos unidas y los brazos levantados formando un túnel. La bruja y el pirata pasaron bailando como sombras a la luz de una lámpara, presagiando la noche, dejando a todos parpadeando y encantados.

Al llegar al final del túnel, las filas de bailarines volvieron a juntarse y Charlotte y Alex las imitaron, con las manos aún apretadas y las miradas fijas en el otro. El mundo parecía suspendido en una bruma de sonido y color. La señorita Plim se había ido; Lizzie Bennet se había ido; todo lo que quedaba eran los ojos sonrientes de Alex y el latido desordenado del corazón de Charlotte.

No quería respirar para no romper el hechizo. Aquí había una magia superior a la brujería. Ella, Charlotte Pettifer, estaba participando en un momento romántico en un salón de baile como el

que podría haber compuesto la mismísima Jane Austen, aunque sin una terrible tía que la persiguiera. Ni un héroe que era completamente diabólico, con un pendiente y una espada fuerte, por no mencionar un par de botas que por sí solas serían censuradas de cualquier novela decente. Y, por desgracia, dudaba que la heroína tuviera tanto mundo como el que ella misma había adquirido esta última semana.

De hecho, sospechaba que sería la villana de una novela de Jane Austen.

Pero Charlotte se sorprendió al descubrir que no le importaba. Se puso de puntillas, besó a aquel pirata diabólico y se emocionó al ver la sonrisa que le arrancó en la boca.

Fue un momento imperfecto, pero lo recordaría toda su vida.

Y entonces el volumen de la música aumentó, y se separaron con el resto de los bailarines. Alex levantó la mano de Charlotte y ella, riendo, dio un giro debajo de ella. Si se estaba equivocando, al menos era divertido.

¡Crash!

Algunas sillas se cayeron cuando la puerta del vestíbulo se abrió de golpe bajo un asalto de poesía latina. La música se apagó y los bailarines se detuvieron confundidos. Charlotte levantó la vista y vio a la señorita Plim metiéndose entre la multitud. La mujer no corría; ni siquiera parecía estar sonrojada o sin aliento por el esfuerzo de la persecución.

–Es hora de volver a casa, Charlotte –gritó en un monótono y despiadado tono. Y luego empezó a recitar.

–*Abi*. *Abi*.

Los cuerpos se alejaron volando de ella. Los sombreros giraban por la habitación. Charlotte miraba horrorizada.

–Vamos –dijo Alex, agarrándola con fuerza y tirando de ella. Corrieron hacia la puerta más cercana. Por desgracia, "más cercana" era un término relativo, que implicaba una aglomeración de bailarines, camareros con bandejas cargadas con vasos de limonada, una fila de sillas y un pirata.

Ned Lightbourne saltó de la nada sobre una de las sillas, con la espada desenvainada. La multitud gritó e intentó dispersarse, pero como los armazones se enredaban con los adornos de encaje y los guantes se enganchaban en los broches ornamentados, rápidamente se convirtieron en algo parecido a una tarta de bodas reventada. Alex y Charlotte se quedaron atrapados en medio de ellos, mirando a Ned con el ceño fruncido.

–No me hagas pelear contigo, viejo amigo –advirtió Alex.

Ned puso los ojos en blanco.

–Sabes que la última vez que peleamos te golpeé tan fuerte que estuviste cojeando una semana.

–Te refieres a la vez que me ganaste al backgammon. Estuve cojeando porque bailaste para celebrarlo, me tiraste de la silla e hiciste que me torciera el tobillo.

–Tonterías –exclamó Ned e hizo una pausa, mirando a la multitud que temblaba de miedo mientras los observaban–. No importa. O'Riley, tienes que parar. Esto no es tan simple como un amuleto encantado que, en las manos equivocadas, podría destruir el mundo. Al huir con la señorita Pettifer, has molestado a un montón de ancianas. Ambos grupos te están siguiendo por toda Inglaterra, decididos a evitar que estropees su enemistad.

Alex se encogió de hombros.

–Santo cielo, ¿cómo puedes encogerte de hombros? ¡Estamos hablando de la Sociedad Wisteria!

La multitud emitió un grito ahogado.

Alex miró a su alrededor, con las manos abiertas para que pudieran ver las armas atadas a su figura dura y musculosa.

–¿Parezco el tipo de persona que se asusta de las piratas con sombreros ridículos?

–Deberías –dijo un camarero. La multitud murmuró de acuerdo.

–Por el amor de Dios –dijo Charlotte en tono de protesta–. El capitán O'Riley y yo seguimos siendo enemigos.

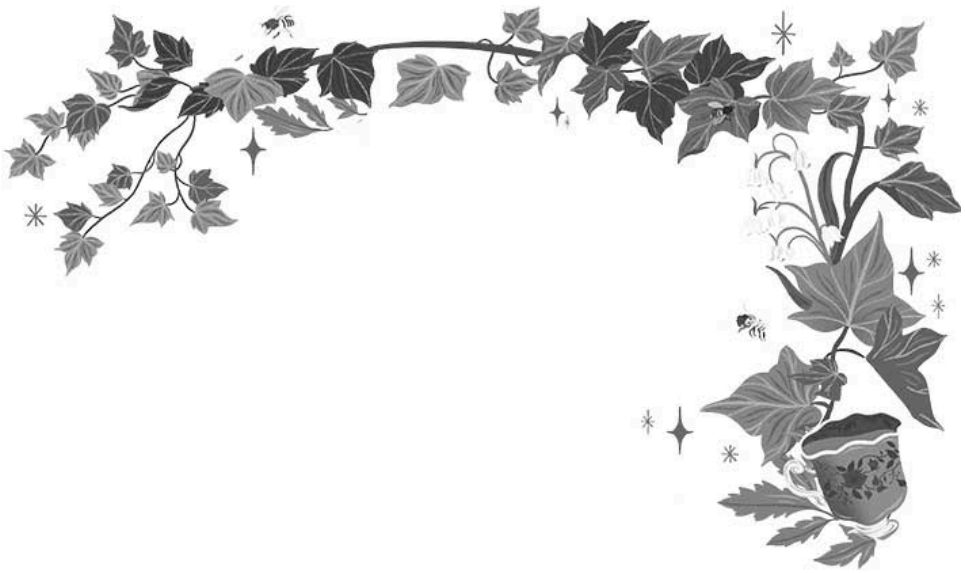
A lo que Ned respondió mirando sin palabras sus manos entrelazadas.

–Es para que pueda convertirla en arma si es necesario –explicó Alex.

–Exacto –coincidió Charlotte. Mirando con ansiedad por encima del hombro, se agitó al ver a la señorita Plim abriéndose paso a codazos entre la multitud. En cualquier momento estaría sobre ellos. Puede que a Alex no le gustara enfrentarse a su amigo pero a Charlotte le gustaba aún menos la idea de regresar dócilmente a casa antes de haberse saciado de felicidad (y de haber recuperado el amuleto). Se llevó la mano al bolsillo del abrigo para buscar su escobita.

Demasiado tarde.

–Siento hacer esto –murmuró Ned, y levantó la espada.



17

UNA INTERVENCIÓN – LLEGA LA SEÑORITA PLIM – CHARLOTTE ES VALIENTE – UNA MERIENDA – UNA CONVERSACIÓN PEATONAL – SE COMPROMETEN A UN RÉGIMEN DE *FITNESS*

En general, a Charlotte le desagradaba el carácter franco, abierto y entusiasta más que cualquier otro. Prefería a los que se guardaban sus pensamientos para ahorrarle a ella la molestia de escucharlos. Sin embargo, en la circunstancia de alguien que empuñaba una espada, un poco de franqueza podía ser algo bueno. Ned Lightbourne no dio ninguna explicación cuando levantó su arma, y si Charlotte pudo mantener la calma fue porque había sido tan bien

educada que ni siquiera un peligro mortal inminente podía hacerla gritar.

De improviso, la espada abandonó la mano de Ned y voló por encima de las cabezas, y trazó un arco en el aire mientras los bailarines gritaban y se encorvaban para protegerse. Al seguirla con la mirada, Charlotte vio la cara de Alex, su perfecta tranquilidad, y se dio cuenta de que no se había preocupado ni un momento por lo que pudiera hacer Ned. Eso asombró a Charlotte y, si no hubiera estado bajo una afilada espada voladora y (¡peor aún!) con su furiosa tía avanzando con rapidez hacia ella, podría haber sentido por un momento un enorme deseo de disfrutar de aquel grado de amistad y confianza.

La espada cayó precisamente en el lugar hacia donde había sido apuntada: en la mano enguantada con encaje que Cecilia Bassingthwaite mantenía en alto.

Típico, pensó Charlotte con amargura. (Por supuesto que no le deseaba ningún mal a Cecilia... pero si no hubiera podido atrapar la espada, o si se le hubiera caído en el pie, y le hubiera hecho un tajo en sus preciosos zapatos, se habría inclinado un poco más a creer en la benevolencia del universo).

Cecilia dio vuelta la espada sin mostrar emoción alguna, giró sobre sus talones, y aplicó el pomo con un gran profesionalismo contra la cabeza de la señorita Plim.

Charlotte lanzó un grito de horror… y un suspiro de placer.

La señorita Plim cayó sobre su miriñaque negro hecho una bola arrugada. Su rodete hizo ruido al tocar el suelo.

–Eso debería darte unos diez minutos –dijo Ned. Saltó de la silla y le dio a Alex una palmada amistosa en el hombro.

–Gracias –murmuró Alex.

–No debería haberlo hecho, ya que solo fomenta tu mal comportamiento.

Ned miró con el ceño fruncido primero a Alex y luego a Charlotte, que le habría devuelto una mirada arrogante si no fuera porque Cecilia venía detrás de ella, fresca como una lechuga, sin un pelo fuera de lugar. En consecuencia, solo hizo a tiempo para parecer una reina, lo cual no es tan noble como parece. Ned se estiró entre ella y Alex para recuperar su espada de manos de Cecilia, y la sonrisa que le dedicó a su esposa fue tan tierna, tan derretida de amor y respeto, que la mirada de Charlotte se degradó hasta convertirse en envidia común, y vio con el rabillo del ojo una mueca de Alex.

–Ustedes sí que necesitan separarse –continuó Ned mientras envainaba su espada–. Alex, cultiva el perfil bajo un tiempo. Haz contrabando de azúcar, roba algunos institutos de préstamos menores. Señorita Pettifer, váyase a casa. Sé que es agradable causar problemas, pero encontrarán una satisfacción más duradera en sus propias esferas.

–¡Qué tontería!

Los tres se volvieron para mirar a Cecilia. Ella les devolvió la mirada imperturbable.

–No le hagan caso. Lo que ocurre es que no le gusta la idea de llevar un chaleco blanco a la boda. Cree que con la nuestra fue suficiente para toda la vida. El hombre es un tonto.

–Pero un tonto elegante –argumentó Ned.

–¿Boda? –dijo Alex con un hilo de voz.

–Además –añadió Ned–, llevaría un vestido rosa a su boda si me lo pidieran. Eso no viene al caso.

–Disculpen, ¿qué boda? –dijo Charlotte.

–La cuestión es –intervino Cecilia–, que tienen que recuperar un amuleto.

Ned enarcó una ceja.

–Todos tenemos que recuperar un amuleto.

Alex miró a Charlotte.

–¿Boda? –susurró. Ella sacudió la cabeza con desconcierto. La multitud, ahora en silencio, fascinada por la escena que se desarrollaba ante ellos, sonrió con satisfacción y se dieron codazos.

–Sí, querido –continuó Cecilia–. Por eso debemos vigilarlos y podemos hacerlo con mayor facilidad si están corriendo juntos, atrayendo a policías, piratas indignados, y bru…, eh..., mujeres que no están de ninguna manera involucradas con la brujería. Mejor esto que tenerlos trabajando por su cuenta en secreto.

–Bueno, no correrán a ninguna parte si no empiezan antes de que se recupere la tía.

Ante este recordatorio, Charlotte se sobresaltó.

–Gracias por su ayuda, capitán Lightbourne, señorita Bassingthwaite –dijo–, pero debemos irnos. Si el capitán O'Riley y yo no fuéramos enemigos a muerte, sin planes de boda de ningún tipo, la invitaríamos a tomar el té en nuestra…, en casa del capitán O'Riley. Pero me temo que debemos volar.

–Por supuesto –dijo Cecilia–. Soy la última persona que le impondría su tía a una mujer. Ha sido un placer volver a verla, señorita Pettifer. Espero que acuda a mí cuando esté planeando su *baby shower*. Mi criada ha desarrollado una manía por tejer escarpines, y ahora tenemos más de los que espero que vayamos a necesitar.

–i¿*Baby shower*?! –la voz de Alex sonó como si lo estuvieran estrangulando.

Algunas voces entre la multitud rieron entre dientes. La mirada asesina de Alex las reprimió y volvieron a un prudente silencio.

–Gracias, señorita Bassingthwaite –dijo Charlotte con rigidez–. Me gustaría algún día retomar esta conversación sobre calzado.

Ignoró el ruidito que hizo Alex, porque se sentía como si estuviera cruzando un abismo sobre un destartalado puente de cuerda y no necesitaba distracciones para no caer en una vergüenza mortal.

–Me gustaría mucho saber dónde ha comprado esos encantadores zapatos.

Cecilia sonrió y el puente de cuerda se estabilizó un poco.

–Me encantaría decírtelo. Quizá podamos desafiar la enemistad y almorzar juntas un día de estos. Podríamos admirar el amuleto de Beryl Black expuesto sobre mi chimenea.

La sonrisa de Charlotte fue poco entusiasta, pero solo porque se había originado a partir de toda una vida de pasar frío en la calle.

–Me encantaría llevar el amuleto de Beryl Black cuando la visite, y colocarlo un rato sobre su chimenea para que podamos admirarlo juntas.

Se miraron la una a la otra con un silencio que, para otras dos mujeres cualesquiera, habría sido una carcajada. Charlotte se dio cuenta de que había cruzado el puente y se sintió orgullosa de sí misma por un momento, antes de entrar en pánico y correr de nuevo por el puente, de regreso a terreno seguro.

–Vamos, capitán O'Riley. Debemos irnos. Aunque no estemos "juntos". –Le dirigió a Ned una mirada feroz y él levantó la mano en

señal de rendición–. Mejor será que regresemos a la casa antes de que se despierte la tía Judith.

Le hizo un gesto con la cabeza a Cecilia y se alejó a grandes zancadas. Alex la siguió algo aturdido, con la mano todavía en la de ella.

–¿Cómo pasamos de una boda a un *baby shower* en la misma conversación? –Se le oyó preguntar mientras se abrían paso entre la multitud hasta una puerta que alguien les abrió con premura. Ned sonrió de reojo a su mujer.

–No deberías haberles tomado el pelo así –lo reprendió.

–No les estaba tomando el pelo –dijo él con un tono noble–. Los estaba poniendo a prueba.

–¿Ned Lightbourne, el padrino?

–Bueno, estoy vestido para la ocasión.

Cecilia se rio. Y mientras la señorita Plim se levantaba gimiendo del suelo, pasaron despreocupadamente junto a ella y salieron por donde Alex y Charlotte habían entrado, embolsándose carteras y un anillo de esmeralda particularmente atractivo.

Fuera del salón, Charlotte y Alex se soltaron las manos. Charlotte se puso las gafas de sol y Alex se atusó el pelo mientras fruncía el ceño y caminaba como león enjaulado.

–De acuerdo –dijo–, me rindo. No sé dónde estamos. De hecho, estoy completamente perdido.

Charlotte se tragó un instintivo "Te lo dije" porque ella tampoco sabía dónde estaban. Sin embargo, esto no le impidió avanzar con

decisión hacia el sur.

–Por aquí –anunció en el tono de una mujer que sabe exactamente hacia dónde se dirige. Alex se encogió de hombros y obedeció.

Llegaron al final de la calle, pasaron sobre una valla gracias a un encantamiento, atravesaron a toda prisa un jardín y luego caminaron por otra calle comiendo uvas que habían obtenido de una parra de aquel jardín. A la señorita Plim le costaría mucho encontrarlos ahora y Charlotte empezó a relajarse. Su postura se endureció. Los tacones de sus botas golpearon con más decisión los adoquines.

–A pesar de las circunstancias recientes, me gustaría que se considerara todavía bajo secuestro, capitán –le dijo–. Mis mayores no tienen derecho a imponer un mandato prejuicioso sobre mis planes; sigo siendo independiente en cuanto a mis opiniones y, por lo tanto, acciones.

Alex frunció el ceño.

–Ah. No pueden decirte qué hacer –tradujo finalmente–. Estoy de acuerdo. Pero, cariño, tarde o temprano vas a tener que enfrentarte a la verdad de que estamos juntos porque así lo elegimos.

Movió una uva entre los dientes y le sonrió.

–Podría haberte echado por la puerta cuando hubiera querido, y tú podrías haberte marchado en cuanto llegamos a Clacton. No estamos siendo sensatos.

Ella entrecerró los ojos.

–¿Quieres que me vaya?

La expresión de Alex saltó como alarmada.

–No. No, no estoy diciendo eso. Pero arriesgas tu reputación si te quedas.

Charlotte levantó la barbilla con afrentada dignidad, que le dio un tirón en un músculo del cuello.

–Tengo una reputación perfectamente temible. No hay razón para que la gente no crea que te he secuestrado.

A Alex se le dibujó una sonrisa irónica.

–Me refería a tu reputación como mujer soltera.

–Oh. Bueno. No negaré que sería políticamente sensato renunciar a tu compañía. Pero aún no me has llevado hasta el final.

–Tu reacción de anoche sugiere lo contrario.

Ella le lanzó una breve mirada desdeñosa.

–Ignoraré eso. Solo una persona grosera como tú lanza insinuaciones así de lascivas. Son propias de una imaginación retorcida, y le insto a que adopte una perspectiva más sombría y penetrante, capitán. No es difícil.

–Ahora lo es –murmuró Alex, pero afortunadamente ella no lo oyó.

–Me refería a todo el camino hasta la casa de lady Armitage, que será el clímax de nuestros esfuerzos. Una vez que tenga mi amuleto, podrás retirarte.

Alex se rio y dijo:

–Cariño, sí que te quiero.

Y se hizo un silencio entre ellos.

–Mmm –añadió Alex, pasándose una mano por el pelo–. Metafóricamente hablando, por supuesto.

–Por supuesto –se apresuró a decir Charlotte. Se dio cuenta de que había dejado de caminar, tal vez porque su corazón parecía haber dejado de latir; empezó a dar largos pasos de nuevo por la calle.

–No se muestre tan preocupado por mí, capitán. Es una afirmación bastante común. Por ejemplo, a mí me encanta esa casa con contraventanas de madera. Amo el té. Lo amo a usted y a su sonrisa y a la forma en que suspira mientras duerme. ¿Lo ve? Es común. No es grave. Seguimos siendo enemigos.

–Enemigos mortales –aceptó él, sonriendo algo cohibido.

–Enemigos nacidos para despreciarse uno al otro. Eso no significa que no podamos hacer un poco de ejercicio nocturno de vez en cuando, en interés de nuestra salud.

–A mí también me gusta hacer ejercicio por la mañana –dijo Alex–, para empezar bien el día.

Charlotte estuvo de acuerdo.

–Es importante mantenerse en forma. Especialmente en nuestra línea de trabajo.

–No dejes que la Sociedad Wisteria o la Liga Wicken te oigan decir eso. Nuestro trabajo es completamente diferente, recuerda.

De algún modo, sus manos se habían vuelto a enredar. Las balanceaban mientras caminaban.

–Todo en nosotros es diferente –dijo Charlotte–. Para empezar, los piratas se equivocan y las brujas tienen razón.

Alex se echó a reír.

–Estoy tan en desacuerdo contigo que quiero llevarte a casa y ejercitar tus sesos en este mismo momento. Pero si nos encontraran, sería porque también encontraron mi casa. Dudo que sea seguro para nosotros volver ahora.

–No me digas. ¿Cómo vamos a darle caza si lady Armitage abandona de repente la ciudad?

Alex se encogió de hombros.

–Puedo volar cualquier cosa. Pero para ser sincero, sospecho que Armitage hace tiempo que se fue.

–Disculpen –se le oyó decir a una voz suave detrás de ellos.

Se apartaron automáticamente para hacer sitio en el sendero.

–Me temo que tienes razón –aceptó Charlotte–. Ese cartel dice que estamos en Anchor Road, pero no veo ninguna puerta roja delante de nosotros.

–Disculpen –volvió a decir la voz.

Cambiaron de dirección.

–Bixby tendrá que bajar otra carga de información –dijo Alex– y desviarnos a un probable nuevo puerto.

–¡Disculpen…! ¡Me!

Ante el grito irritado, se volvieron, con las cejas levantadas por la sorpresa de que alguien le gritara a un pirata que era más arma que hombre.

Y se encontraron con una mujer de pie en la puerta de una casa a cinco pies "por encima" de la acera. Les sonrió desde arriba, mostrando unos grandes dientes que brillaban amenazadores a la luz del sol.

Su pelo era un rígido abanico gris.

Su puerta era de color rojo sangre.

–He oído que me estaban buscando –dijo.

–¡Lady Armitage! –Charlotte se quitó las gafas de sol como si al hacerlo viera mejor lo que tenía frente a ella. Por desgracia, seguía mirando a una mujer huesuda enfundada en un vestido tan negro, que iba más allá de la mera oscuridad y se convertía en un eclipse de toda posible luz, esperanza y felicidad. Era un vestido que podría haber sido comercializado con el nombre *Couture de la Tragédie* si lo

hubiera tenido puesto una mujer más joven, pero a pesar de su postura erguida, lady Armitage exudaba edad hasta el grado de estar cercana a la muerte. (O tal vez cercana "con" la muerte, que es considerablemente más preocupante cuando se asocia con un pirata).

–A su servicio –respondió la dama–. ¿Aunque al servicio de quién, exactamente? Reconozco a este chico –dijo, señalando a Alex con un dedo largo y suelto–. Una vez jugaste con mi colección de granadas mientras tu padre intentaba venderme una bolsa de semillas de nabo. Pensó que yo era lo bastante estúpida para comprarlas, pero ¿dónde plantaría semillas en una casa de batalla, te pregunto? Recuerdo tus bonitos ojos, tan azules y negros y morados. Vaya, cómo has crecido.

Alex dio un pasito hacia atrás cuando, con una mirada lasciva, lady Armitage lo acarició de la cabeza a los pies y hasta la mitad otra vez. Charlotte se acercó con actitud protectora y la atención de lady Armitage se dirigió hacia ella. Charlotte se estremeció tan levemente que podría haber sido un simple parpadeo. ¡No la asustaba una pirata vieja!

Al menos, no del todo.

–¿Quién es usted? –preguntó la dama.

–Charlotte Pettifer –respondió–. He venido por mi amuleto.

–Pettifer, Pettifer. Dios mío, ¿no eres por casualidad la sobrina de Judith Plim, que lidera la Liga de Brujas de Wicken?

Charlotte se quedó mirando en silencio como toda respuesta. La sonrisa de lady Armitage le recordaba la soga de un verdugo.

–Vaya, vaya, un pirata y una bruja juntos en mi puerta. Debo haber vivido para siempre porque ahora lo he visto todo.

–No estamos juntos –replicó Charlotte con exasperación–. ¿Por qué todo el mundo se la pasa diciendo eso?

–Simplemente estamos cerca el uno del otro –convino Alex–. Como enemigos. Enemigos mortales.

Lady Armitage miró con desprecio sus manos entrelazadas.

–Ese es un grado de proximidad muy interesante. Pero ¿por qué dos niños buenos como ustedes vienen a molestarme? ¿No han oído que soy un genio malvado, azote de los cielos, votada como la Pirata Más Notoria del mundo en 1882?

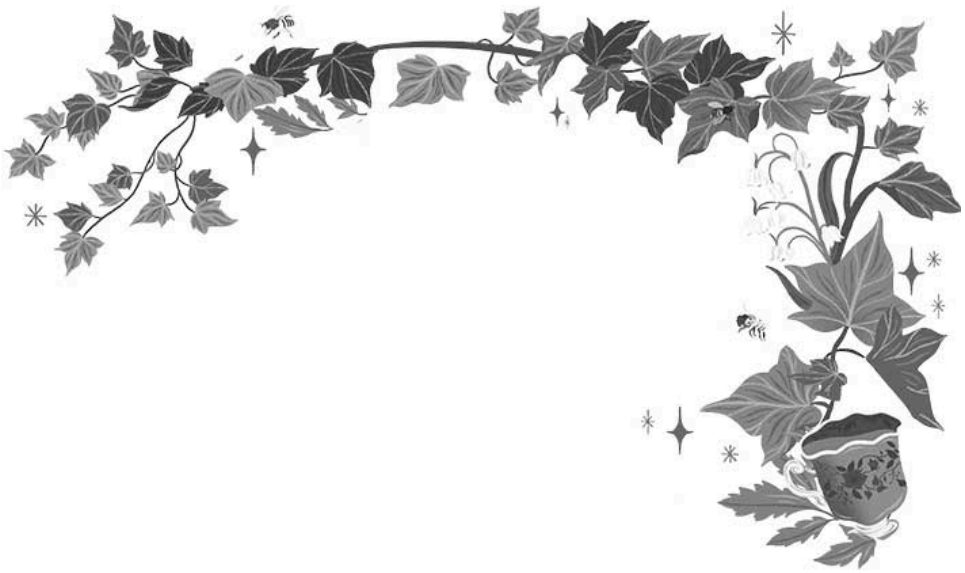
Alex y Charlotte se miraron. Charlotte se encogió de hombros.

–La verdad es que no.

–He oído que usa un aceite de serpiente para la artritis y que tiene la costumbre de aparcar en los tejados de los demás –añadió Alex.

–¿Yo? ¡Jamás!

La sonrisa engreída se cerró de golpe. La puerta siguió su ejemplo y antes de que Charlotte pudiera golpearla de forma perentoria, o Alex golpearla con su espada, la casa dio un bandazo y salió volando.



18

CHARLOTTE NO ESTÁ DEMASIADO ORGULLOSA – LA NARRACIÓN SE CONVIERTE EN UN LIBRO DE SUSPENSO – SALTO DE FE – SE DESCUBRE UN TRAIDOR – ALEX Y CHARLOTTE NO SE PONEN DE ACUERDO – HUESOS DE DODO Y TESOROS CONDENADOS – EL PUNTO DE NO RETORNO

La ira de una dama es muy rápida. Salta del fastidio a la vejación, del enfado a la rabia incandescente, en un momento.

–¡Maldita sea! –exclamó Charlotte, cuando su Elizabeth Bennet interior estalló en un ataque de furia.

Alex le soltó la mano y Charlotte supuso que le había disgustado ese arrebato tan poco femenino. Se le rompió el corazón y le cayó pesadamente en el estómago. Pero se hizo evidente que solo la

había soltado para sacar una pistola de caño largo de la funda del muslo, apuntar a la casa de lady Armitage y disparar. Fue todo tan rápido que Charlotte ni siquiera alcanzó a preguntarse qué sentido tenía hacerlo.

Una fina raya oscura surcó el aire. El arma había disparado lo que parecía una cuerda que ahora estaba unida a la casa gracias a un pequeño gancho que quedó incrustado con mucha firmeza. Alex tomó a Charlotte por la cintura y tiró de ella.

–Agárrate de mí –le dijo–. Y tal vez danos un impulso de magia en caso de que el gancho no se sostenga y nos precipitemos a una muerte segura y horrible.

–Mmm –fue todo lo que llegó a decir Charlotte antes de que empezaran a elevarse, colgados de la casa ascendente. El asombro la hizo callar. Hasta hacía unos días, la mayor altura que había visitado era el campanario de St. Stephen, donde inspeccionó el Big Ben (y le robó un reloj de bolsillo de oro al guía turístico como recuerdo). Ahora, al parecer, pasaba la mitad de su vida en el aire. Y aunque le gustaba verse como una persona de mente abierta y flexible (lo que demuestra hasta qué punto puede ser ilusa una mujer, incluso la más inteligente), de repente el hecho de estar colgando de un trozo de cuerda debajo de una casa le resultaba bastante perturbador.

Buscó en su mente la serenidad y el sentido común de Elinor Dashwood o la capacidad de Ana Elliot y se sorprendió al encontrar imágenes de su madre en lugar de ellas. Hasta el momento, Delphine Pettifer, de soltera Plim, había sido una criatura caprichosa, ubicada en el margen de la vida de Charlotte, cálida, alegre y permisiva durante veinte minutos antes de la cena o a la hora de

acostarse. Nunca había sido más que "madre". Y ahora la asaltaban recuerdos de Delphine leyendo una novela francesa. Poniendo pimienta disimuladamente en el té de la señorita Plim. Usando el caniche embalsamado de la señorita Gloughenbury para jugar a lanzar y atrapar con la criada del salón cuando no las miraba.

Por primera vez en su vida, Charlotte se dio cuenta de que Plim no solo se refería a la tía Judith y sus labios apretados, o a ir por la vida con un palo de escoba clavado en las opiniones. También significaba escribir el nombre de un pirata malvado y apuesto en la lista de invitados a cenar.

–¡*Aereo*! –dijo con el brío de su madre, y volaron hacia la puerta roja.

Pero la Casa Armitage se inclinó bruscamente, como si alguien hubiera tenido hipo en medio de un encantamiento. Se desvió hacia un bungaló con rosales y arrastró a Charlotte y a Alex en un largo picado con el objetivo de que se estrellaran contra el tejado del bungaló. Alex rodeó a Charlotte con ambos brazos para protegerla del impacto, un acto de caballerosidad que sospechaba que ni siquiera el señor Darcy podría igualar. Intentaron agarrarse a las tejas con las manos y los tacos de las botas. La Casa Armitage giró de nuevo, y Alex tiró su arma antes de que los arrastrara en otra deriva salvaje hacia una chimenea o hacia el duro asfalto.

–Esa casa está tan loca como su dueña –dijo Alex. Tocó la cara de Charlotte y ella tuvo la sensación de que le sacaba el corazón de la boca del estómago y lo devolvía a su garganta.

–¿Estás bien?

Charlotte asintió mientras pronunciaba con dificultad algunas palabras en latín para crear un colchón de aire a su alrededor.

Pudieron ponerse de pie, a medio camino hacia el tejado (o a medio camino hacia abajo, pero preferían no pensarlo así). Charlotte empezó a tirar con insistencia de los pequeños botones de perlas de su corsé.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Alex, mirándola perplejo.

–No puedo moverme bien con esta maldita cosa –le explicó, haciendo una mueca de fastidio porque los botones se negaban a cooperar.

–Espera.

Sacó un gran cuchillo de sierra y se dispuso a despojarla con efectividad del vestido desgarrándolo por delante.

Charlotte enarcó una ceja, impresionada.

–Esto ya lo has hecho antes.

–Tal vez –dijo él, con una pequeña sonrisa. Charlotte tiró de las mangas y el vestido se desprendió y rodó por el techo como una nube errante. Charlotte quedó apenas vestida con una camisa hasta el muslo, un corsé cubierto por una camisola de seda, unos calzones de encaje blanco que le llegaban a las rodillas, medias que le cubrían el resto de las piernas y botitas. Su cabello se movía en olas enrojecidas, agitadas por la brisa, contra la escandalosa desnudez de sus brazos. Se sentía ligera, liberada... y dispuesta a aplicar sus botas al trasero de cualquiera que se interpusiera entre ella y su amuleto.

Alex la miraba con ojos más vivos que el cielo de la tarde. Charlotte sabía que sus propios ojos contenían la misma energía intensa. Alex enfundó su cuchillo. Charlotte empezó a recitar un conjuro. Corrieron por la pendiente del tejado.

Y saltaron al tejado vecino, pues el encantamiento los propulsó suavemente a través del espacio intermedio. La Casa Armitage se balanceaba mientras intentaba ganar altura, al parecer bajo la influencia de una pilota inepta. Corrieron hacia ella y las botas golpearon las tejas e hicieron que los ocupantes de la casa levantaran la vista de su merienda con confuso horror. Volvieron a saltar.

Pasaron por encima de las chimeneas y de la carretera, y aterrizaron con un ruido sordo en el tejado de la Casa Armitage. Charlotte se echó el pelo hacia atrás con una carcajada. Nunca se había sentido tan viva. Si alguien le hubiera dado una primera edición de *Orgullo y prejuicio* en ese momento, la tiraría solo para verla volar.

Bajaron derrapando por la pendiente de tejas, saltaron las canaletas y llegaron a un pequeño balcón con marcos de hierro forjado. Alex desenvainó su espada. Charlotte se alisó el pelo y luego abrió las puertas del balcón. Entraron en el salón de lady Armitage, de paredes rosas y lleno de dorado.

–Ah –dijo la anciana desde un sofá–. Aquí están.

Les dirigió una sonrisa, petulante, desdeñosa: tan reprobatoria que solo hubiera necesitado un mullido gato blanco para alcanzar el estatus de archivillana.

–Levántese, señora –le ordenó Alex, blandiendo su espada.

Lady Armitage levantó las cejas pero, por desgracia, ninguna otra parte de su cuerpo.

–¿Por qué no te sientas, muchacho? Los dos, ¿sí? Podemos tener una linda decapitación. No, espera, quiero decir conversación. Ja, ja.

Desde el otro lado de la habitación, Tom Eames emitió un grito privado de vocales debido a la tela que le tapaba la boca. Vestía un traje elegante y tenía el pelo engominado con pomada, una rosa roja en la solapa, y una enorme cantidad de cuerda lo sujetaba a la silla. Se había arreglado todo y luego no lo habían dejado salir a ninguna parte. Cerca de él, un pastor anglicano también había recibido el favor de la inflexible hospitalidad de lady Armitage. (Podríamos decir que a los dos hombres les habían puesto la brida). Un lacayo de pie junto a la puerta tenía la expresión austera de alguien que sabe que, si no obedece órdenes, será el próximo en casarse.

Alex miró a los hombres y evaluó los riesgos de la situación con una mirada profesional, pero la atención de Charlotte estaba enteramente dedicada al colgante de cristal y oro que lady Armitage llevaba contra el pecho.

–He venido por mi amuleto –anunció en tono serio–. Sin embargo, no deseo importunar, pues sé que no es una hora apropiada para hacer visitas. Si me lo entrega, por favor, nos iremos enseguida.

–Y… –preguntó Alex en voz baja desde la comisura de los labios.

–Ah, sí. Y tenga la amabilidad de no volver a robarlo.

–Me refería a Tom –murmuró Alex.

Charlotte parpadeó un par de veces.

–¿Tom?

–El tipo de ahí, vestido para una boda, aunque no con su prometida.

–Por supuesto. Tom. Le ruego me disculpe, lady Armitage, pero además de mi amuleto necesitaría que me entregue a Tom Eels.

–Eames –corrigió Alex. Charlotte se encogió de hombros.

Lady Armitage se rio alegremente, con un sonido como de huesos crujiendo.

–Vaya, qué chica tan directa. Eso me gusta. ¿No se quedan a tomar té? Hablaremos de amuletos y... –dijo, dirigiendo a Alex una mirada matrimonial–, otros temas.

Charlotte apretó la mandíbula

–No, gracias.

–Insisto, querida.

–Y yo insisto en que nos tenemos que ir.

–Ah, pero mi insistencia viene con balas.

Dirigió una mirada significativa por detrás de ellos y su sonrisa se desenrolló una vez más. Charlotte y Alex giraron la cabeza...

Y suspiraron.

La señorita Tesorito estaba junto a las puertas del balcón con una pistola en cada mano que apuntaba directamente al corazón de cada uno. O, más exactamente, dada su diferencia de altura, al corazón de Charlotte y al estómago de Alex, aunque esto parece un detalle insignificante en las circunstancias en las que te está apuntando con una pistola una traidora de ojos fríos.

–¡Tú! –dijo Charlotte.

–¿Quién? –preguntó Alex.

–La criada de la señora Chuke –explicó Charlotte–. La chica bonita.

La señorita Tesorito las miró sin expresión.

–De hecho, es mi criada –dijo lady Armitage desde el sofá–. Excelente empleada, sirve las tazas de té a la perfección. Tiene perfecta puntería, también, así que sugiero que no hagan ningún movimiento brusco. Ha sido muy incómodo prescindir de ella cuando

estuvo espiando a la Liga Wicken, aunque como al final resultó en que me apoderara del amuleto de Beryl Black, no debería quejarme –dijo, acariciando con amor el amuleto y Tom se retorció en sus ataduras–. Una pieza tan elegante y tan rica en potencial mágico. He estado probando diferentes encantamientos para desbloquearlo. Hasta ahora todo lo que he conseguido es hacer explotar una pequeña iglesia. –Saludó alegremente al pastor, que le devolvió la mirada de una manera impía–. Puedo sentir el poder dentro del cristal. Al principio pensé que podría ayudarme a destruir la Sociedad Wisteria, pero ¿por qué apuntar tan bajo? Después de todo, en Inglaterra estamos bendecidos por las ciudades más deliciosamente inflamables.

Hizo una pausa, divertida por su ocurrencia, y sus ojos se iluminaron como si fueran dos lamparillas.

–Pero basta de exponer mis planes malvados. Es muy descortés de mi parte tenerlos así, a punta de pistola. Tesorito querida, toca la campanita para que nos traigan un té y algún bocadito envene…

De repente, la casa se tambaleó a babor. Lady Armitage se cayó del sofá y golpeó el suelo con una intensa vibración de su ropa interior. La señorita Tesorito perdió el equilibrio. En el acto, Alex giró sobre sí mismo, levantó el pie y pateó las pistolas que sostenía la criada. Ella tropezó hacia atrás, siseando de dolor. Alex completó el giro, propinó un doble puñetazo al lacayo que se había precipitado hacia delante y dio un par de zancadas hasta donde estaba lady Armitage antes de que la mujer pudiera tomar represalias. La levantó a punta de espada y le dio un escalofrío cuando ella le escupió maldiciones en la cara (y un fragmento de caramelo).

Al mismo tiempo, Charlotte formuló un hechizo que elevó las dos armas del suelo y las hizo volar hasta sus manos.

–Que nadie se mueva –dijo en un tono que podría haber sido más intimidante si se hubiera acordado de poner los dedos en los gatillos.

–¡Tú! –le gritó Alex al lacayo–. Ve y dile al idiota que está tratando de pilotar esta casa que la haga aterrizar de inmediato. Y con cuidado.

–¿O si no? –preguntó el lacayo, frunciendo el ceño mientras se acariciaba la mandíbula enrojecida.

–O si no serás el primero al que mate en mi camino hacia la cabina para tomar el control yo mismo.

El lacayo se puso en guardia y chocó los tobillos.

–Entendido, señor –dijo, y salió corriendo de la habitación.

–¡Esto es insufrible! –declaró lady Armitage–. ¿Cómo se atreve a venir aquí e interrumpir mi malvada conspiración para comportarse de semejante... manera piratesca?

Alex se rio, pero a Charlotte no le hizo tanta gracia.

–Discúlpeme –dijo, las palabras erizadas de ofensa–. No soy pirata en absoluto. Yo solo estoy secuestrando su casa, reteniéndolas a usted y a su criada a punta de pistola y preparándome para robar esa joya que lleva colgada del cuello. Capitán O'Riley, por favor tome el amuleto de lady Armitage y entréguemelo.

–No intente ninguna tontería –le aconsejó Alex a la dama mientras intentaba pasar el amuleto y la cadena por el peinado rígido.

–Dime, ¿es colonia de almizcle la que tienes puesta? –murmuró ella en un tono acariciador.

Alex respondió con un tirón de la cadena. Se rompió.

–Gracias –dijo, haciendo pendular el amuleto frente a su cara.

–Te vas a arrepentir –le advirtió ella alegremente.

Alex se encogió de hombros.

–¿Parezco el tipo de persona que se arrepiente? –Afirmación de la que se arrepintió inmediatamente cuando lady Armitage volvió a acariciarle el cuerpo con la mirada.

–Capitán –dijo Charlotte con impaciencia mientras daba un paso al frente–, si me pasa el amuleto, podremos irnos de una vez.

–Mmff –intervino Tom, pero nadie reparó en él. Alex miraba el amuleto con el ceño ligeramente fruncido y Charlotte miraba a Alex con el ceño más fruncido.

–Capitán –repitió.

Él la miró y se dibujó en sus labios una sonrisa encantadora y tierna, pero sus ojos se veían extrañamente opacos, como si estuvieran enfocados en algo lejano, detrás de ella.

–Sabes, deberíamos haber hecho una pausa y tener una buena conversación en algún momento en estos días.

–¿Qué quieres decir? –Charlotte frunció el ceño.

Alex inclinó la cabeza hacia un lado, llevando la sonrisa con ella a una emoción más cercana a la ternura.

–Tenemos que destruir este amuleto, Lottie.

–¡¿Destruir?! –dijeron a coro Charlotte y lady Armitage en el mismo tono horrorizado.

–Entiendo que tienes hermosas ideas acerca de cómo usarlo, y te admiro por ello. Pero ninguna mujer debería poseer tal poder.

–¿Ninguna "mujer"? –Charlotte sintió que sus ojos, y su corazón, se entrecerraban.

–Ignóralo, querida –le aconsejó lady Armitage–. Todos los hombres son machistas de corazón. Y de otra parte de su cuerpo

que tratan como su corazón. Es mejor dispararle. Adelante, nadie te culpará.

Charlotte ni siquiera oyó las palabras de la anciana pirata. Parecía como si el mundo entero se hubiera reducido a Alex, de pie frente a ella, con el amuleto de Beryl en la mano.

–¡No podemos destruirlo!

–¿Por qué no? –preguntó Alex.

–Porque... –dijo mientras dibujaba figuras incomprensibles en el aire con las dos armas–, porque... Porque es mío. Aunque no lo hubiera robado, lo que lo convirtió en mi propiedad (algo que hice), aunque no lo hubiera hecho, digo, (aunque de hecho lo hice), de todos modos me pertenecería porque yo soy La Profetizada Verdadera Heredera de Beryl Black.

–Sabes que eso es solo un invento para mantener a tu familia en el poder.

–Ooh –dijo lady Armitage, y sonrió. Sus ojos saltaban de Charlotte a Alex y de Alex a Charlotte como si estuviera frente a una emocionante producción teatral.

–Por supuesto que es un invento –respondió Charlotte con una dignidad tal que la señorita Plim podría haberla usado para sostener su rodete–. Eso no disminuye su eficacia. Una profecía es algo que una bruja pretende hacer realidad.

–Me parece justo –dijo Alex, y el pelo de lady Armitage tembló cuando giró la cabeza hacia él–. Pero eso solo apoya mi argumento. Y aunque confío en ti, querida, no confío en tu tía. No puede existir el riesgo de que ella se apodere de semejante poder. Tenemos que destruirlo. Tú sabes qué es lo que hay que hacer.

A Charlotte no le importó saber lo que sabía.

–Eres un pirata –replicó–. ¿Qué sabes tú acerca de qué es lo correcto?

Alex se encogió de hombros.

–Desde luego sé bastante acerca de qué es malo. Sé de lo que es capaz una bruja cuando no hay límites para su comportamiento. Ninguna empatía. Nadie que se moleste en detenerla. Lo "sé", cariño, y no dejaré que nadie más experimente lo que yo experimenté si puedo evitarlo.

Se hizo un silencio entre ellos. El rostro de Alex era pétreo, pero de todos modos Charlotte vio en sus ojos recuerdos dolorosos y sintió que le brotaban lágrimas. Lady Armitage estaba dispuesta a matar a alguien por una bolsa de palomitas, literalmente. Del otro lado de la habitación, la señorita Tesorito se acercaba sigilosamente a los hombres atados y, más allá de ellos, a la puerta de la sala de estar.

–Dime lo que hay en tu corazón, Lottie –dijo Alex con una voz suave que bien podría haber estado llena de dagas y púas, teniendo en cuenta el impacto que produjo. Charlotte se estremeció con un dolor inesperado. Nadie le había hecho nunca esa pregunta. Habían regulado su vida, sus sueños, incluso las palabras que pronunciaba, y ella se había esforzado por ser exactamente lo que ellos exigían de ella. Se había esforzado tanto, incluso cuando la habían confundido, incluso cuando había tenido que plagiar novelas para dar la respuesta adecuada, porque, al fin y al cabo, ¿qué más había? Debajo de la profecía, las reglas y la vieja magia latina, ¿existía ella realmente?

Maldito sea el pirata por creer que sí.

Respiró hondo para responderle y el mundo parpadeó con sombras en los bordes de su visión. Levantó las armas y gritó.

–¡No!



Alex se sobresaltó, pero era demasiado tarde. La señorita Tesorito había lanzado una daga a lady Armitage, y la vieja pirata la había atrapado con pericia, había tirado de Alex hacia atrás contra la estructura ruidosa de su vestido y le había puesto la hoja contra la garganta antes de que él pudiera pestañear.

–Que esto te sirva de lección, muchacho –dijo ella, con su aliento caliente contra su oreja mientras le arrebataba el amuleto–. Siempre digo que no debe hacerse nada en un robo sin una atención constante y regular. Si hubiera conocido a tu madre, le habría aconsejado encarecidamente que contratara un profesor particular de robo para ti.

–¡Criminal! –exclamó Charlotte, y las pistolas temblaban peligrosamente en su puño–. ¡Estás tergiversando las palabras de lady Catherine de Bourgh de una manera espantosa!

Alex le dirigió una mirada incrédula. Ella, ruborizada, añadió:

–¡Y usted es muy malvada al retener al capitán O'Riley a punta de cuchillo! ¡Suéltelo o le pego un tiro!

Lady Armitage sonrió satisfecha.

–¿Y arriesgarme a que le dispares a él? No lo creo. Para ser personas que "no están juntas", ustedes dos sí que tienen un buen repertorio de miradas apasionadas. Además, esas pistolas no tienen balas.

Charlotte miró las armas con frustración y las tiró a un lado. Alex vio brillar magia en sus ojos y apretó la mano de lady Armitage con ambas manos, con tanta fuerza que oyó crujir los huesos un momento antes de que ella gritara y soltara el arma.

–¡*Aereo*! –exclamó Charlotte, y pegó un salto. La magia la impulsó más alto, y mientras daba una voltereta en el aire y apuntaba su elegante y explosiva bota hacia la cabeza de lady Armitage, Alex se agachó y se soltó de las garras de la pirata sin ningún esfuerzo. Se oyó un fuerte golpe, Alex giró la cabeza y vio que Charlotte había salido despedida al rebotar contra el sólido peinado de lady Armitage.

Alex se quedó sin aire, pero Charlotte giró con suavidad y aterrizó sobre un aparador. La exhibición de huesos de dodo salió volando en un movimiento agridulce que hizo chillar a lady Armitage, y Alex aprovechó la distracción para arrebatarle el amuleto. Lady Armitage se abalanzó sobre él. Él se apartó, con el amuleto en alto, fuera de su alcance, pero la mujer siguió acercándose, con una furia desatada en sus pequeños ojos oscuros. Todos los instintos de Alex le sugerían desenvainar una daga o una espada y librar al mundo de su maldad de una vez por todas. Pero frente a cada instinto se alzaba una monja con hábito negro, golpeando una regla contra su mano y frunciendo el ceño. "¿Hacemos daño a señoras frágiles y ancianas?", exigieron todas con un estridente acento irlandés. "No", respondió él con obediencia, e hizo una mueca de dolor cuando de todos modos le pegaron con sus reglas por la molestia de haber tenido que hacer la pregunta. Así que retrocedió hasta que su espalda se encontró con el sofá, y entonces se dio cuenta de que estaba atrapado entre la espada y la pared. Tomó aire... y le arrojó el amuleto a Charlotte.

Ella estaba tan asombrada por la confianza que había depositado en ella que no logró atraparlo. Cuando el amuleto cayó al suelo, sus miradas se cruzaron, y el humor sarcástico en los ojos de Alex contrastaron con el asombro en los de Charlotte. Antes de que ninguno de los dos pudiera parpadear, la señorita Tesorito había aparecido entre ellos, tranquila y silenciosa como si paseara por un jardín de rosas. Lanzó una eficiente patada de costado, y el amuleto se deslizó por el suelo hasta desaparecer bajo el sofá.

–¡Ja! –gritó lady Armitage y propinó un fuerte puñetazo a Alex.

Luego hizo una mueca de dolor cuando sus huesos crujieron contra los músculos abdominales.

Alex la apartó de un empujón y se giró para empujar el sofá mientras oía la voz de Charlotte que tronó en la habitación.

–¡*Proximare*! –dijo, señalando el sofá, y con toda seguridad apuntando la magia hacia el amuleto que estaba debajo. Pero el sofá, ya en movimiento, fue el que respondió al conjuro. Salió violentamente disparado hacia arriba, balanceándose con violencia pues su naturaleza sedentaria se resistía al hechizo, y finalmente salió disparado hacia Charlotte. El instinto hizo que Alex saliera corriendo hacia ella, aunque sabía que no podría superar la velocidad del mueble.

Charlotte saltó del aparador justo cuando el sofá se estrellaba contra la pared, Alex la agarraba y caían ambos a un lado. El sofá cayó al suelo con un estruendo ensordecedor. Aferrados el uno al otro, inhalaron temblorosamente, y Alex rodó para que pudieran llegar más fácilmente a su...

–Alto ahí.

Alex levantó la vista, vio el cañón de una pistola, y tras él la sonrisa roja y afilada de lady Armitage. Rodeó a Charlotte con los brazos.

–Ha sido una semana larga y agotadora –se quejó la pirata–, entre organizar mi ajuar, volar la iglesia y secuestrar al pastor. Les agradezco el entretenimiento que me han proporcionado, pero ya es suficiente. Es hora de ponerle fin.

–No hay balas en esa pistola –le recordó Charlotte.

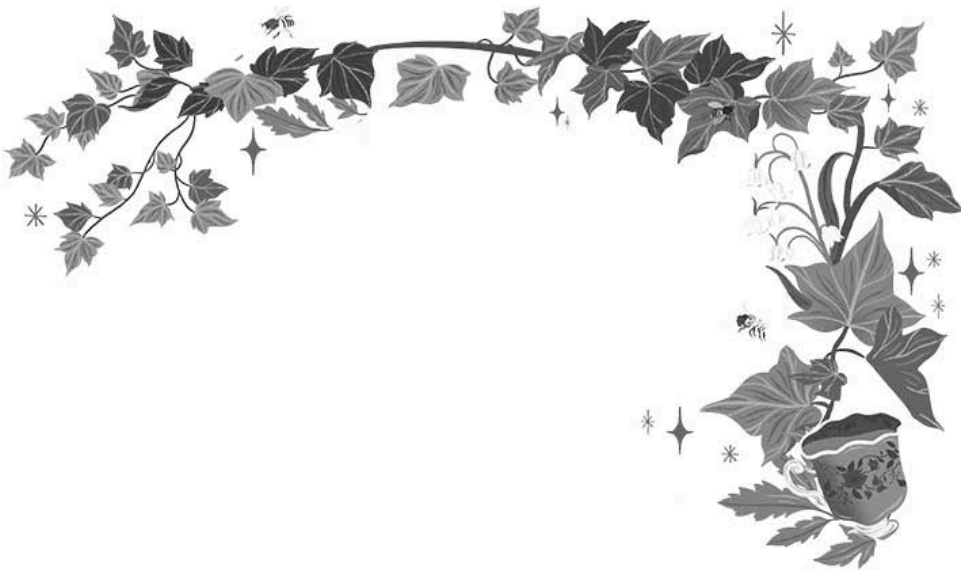
Lady Armitage esbozó una sonrisa. Apretó el gatillo.

Alex se encorvó sobre Charlotte para protegerla mientras el suelo junto a ellos explotaba en una lluvia de chispas y astillas de madera.

–Soy una pirata –dijo lady Armitage con frialdad–. No pensaste que estaba diciendo la verdad, ¿cierto? Tesorito, ten la amabilidad de ir a limpiar la cámara de torturas. Creo que me daré una ruidosa despedida de soltera antes de mi boda de mañana.

Se rio mientras pateaba a Alex con la punta de la bota.

–Aunque serán estos dos los que griten.



19

(ALERTA DE *SPOILER*) LA SEÑORITA PLIM NO ESTÁ CONTENTA – EL SEÑOR ROTUNDER SE QUEDA SIN MUEBLES – LLEGA LA SOCIEDAD WISTERIA – ASALTO CON UN CUMPLIDO MORTAL – ESTACIONES DE BATALLA – LA SEÑORA OGDEN TIENE UN DÍA INTERESANTE – SALCHICHAS CON PURÉ – EXPLOSIONES VARIADAS

La señorita Plim era la criatura más infeliz del mundo. Tal vez otras personas lo han dicho antes, pero no con tanta justicia. Era más infeliz incluso que la señorita Darlington; esa señora solo refunfuñaba, la señorita Plim gruñía. ¡Todo el mundo se daba cuenta de lo mucho que sufría! Pero a nadie le importaba, porque los que se quejan nunca reciben compasión. Sería suficiente para llevar a la señorita Plim a la desesperación, si no fuera porque ella ya vivía allí

en carácter permanente, con una casa llena de corrientes de aire, un jardín marchito, y una casa de vacaciones al borde de la melancolía cuando le apetecía cambiar de aire.

El comportamiento de Charlotte la había dejado tan infeliz que ni siquiera se arrodilló en la alfombra del salón de la señora Rotunder para quitar las pelusas antiestéticas, como era su costumbre desde que viajaba con la pirata. El recuerdo de Charlotte huyendo de ella, de la mano de un pirata, acechaba en el borde de su conciencia, aferrado a su carpeta de imágenes y mordiéndose el labio inferior, demasiado nervioso para aventurarse en la conciencia de la señorita Plim. La última vez que lo intentó, la furia y la disociación lo hicieron retroceder. Aún tenía las cicatrices: Charlotte había vuelto a ser una niña y el rostro del pirata era una sombra gruñona con dientes brillantes. El recuerdo no correría más riesgos y, en su lugar, empujó en el campo de juego una manada de pequeñas quejas agudas y temblorosas sobre el té flojo de la señora Rotunder.

La señorita Plim dejó su taza en el platillo con un tintineo expresivo. Pero nadie más en el salón se dio cuenta. La señora Rotunder estaba ocupada en reprender al señor Rotunder por quitarse el brazo a la vista de otras personas (era un brazo de madera, hecho a partir de la pata de una mesita de caoba, y sí, por desgracia, el señor Rotunder tenía la costumbre de hacer bromas acerca del hecho de que su brazo era una pata). La señora Chuke se paseaba de un lado al otro con toda la agitación que le permitía su vestido repleto de volados, preocupada por la ausencia de su doncella, la señorita Tesorito. ¿Habría sido asaltada? ¿Asesinada? ¿Secuestrada para convertirse en la novia de un barón medio loco en las tierras altas escocesas? ¿O las tres cosas?

La señorita Plim perdió la paciencia. Un suspiro estalló de su boca, seguido por un chist chist que se alejó rodando como una rueda ardiente.

Pero nadie se dio cuenta de eso tampoco, porque justo en ese momento apareció en la puerta el mayordomo de la señora Rotunder.

–Visitas, señora –anunció–. La señorita Fairweather, la señorita Fairweather, el señor Bassingthwaite; la señorita Brown, la señorita Brown, la señora Eames –hizo una pausa, tragando saliva muy nervioso–, y la señorita Jones.

Los piratas entraron como una frase llena de adjetivos, adverbios, y signos de exclamación, con el pequeño punto final de Verisimilitud Jones, a quien generalmente llamaban, o más exactamente, gritaban "la monstruosa Millie". Hasta la señorita Plim se sintió bastante abrumada por todo aquello. Se puso de pie, forzó otro cuarto de pulgada de altura a su ya tensa columna vertebral, y miró con altanería a los recién llegados.

Pero como los piratas se componen enteramente de altanería y té azucarado, nadie le hizo caso.

La mayor de las señoritas Brown se adelantó para saludar a la señora Rotunder.

–Gertrude, ¡me encanta lo que te has hecho en el pelo! Ahora te queda mucho mejor.

–Anne –respondió la señora Rotunder, sonriendo–. ¡Ese vestido! Siempre me inspiras con tus elecciones de moda. Cómo me gustaría que a mí tampoco me importara lo que los demás piensen de mí.

Antes de que la señorita Brown pudiera contraatacar con otro brutal cumplido, el señor Frederick Bassingthwaite se impuso en la

conversación.

–Señoras, qué magnífico que estemos hoy aquí reunidos en esta ocasión trascendental de unión, piratas y brujas. Nuestros corazones cantan con las sublimes armonías de la verdadera y valiente...

La señorita Plim tosió una palabra. Los labios de Frederick empezaron a desviarse hacia la izquierda y acabaron por aterrizar.

Su esposa, la menor de las señoritas Fairweather, frunció el ceño. Era una mujer adusta, con gafas, que sin duda habría sido una bruja excelente de no haber nacido en el lado equivocado del encantamiento.

–¿Acaba de utilizar brujería con mi marido? –preguntó.

La señorita Plim no tenía nada que ocultar (aparte de la cucharilla de plata, los pendientes de época y el jabón para invitados que había robado hasta entonces a la señora Rotunder).

–Lo hice.

La señorita Fairweather se inclinó ligeramente.

–Señoras, hemos venido a unirnos a la campaña contra Isabella Armitage –explicó la señorita Brown–. Hay que impedir que utilice el amuleto de alguna manera terrible y peligrosa antes de que nosotras mismas tengamos la oportunidad de hacerlo.

–Debería ser bastante sencillo –dijo la señora Rotunder, encogiéndose de hombros.

–¡Y debemos rescatar a Tom! –añadió Constantinopla Brown.

–Bueno, no sé, querida –murmuró la señora Rotunder–. Después de todos los riesgos que entraña, y las dificultades de conseguir…

–Entendemos que ha habido algunos acontecimientos que involucran al capitán O'Riley y a la señorita Pettifer –continuó la señorita Brown, recuperando el control de la conversación–. Pero

debemos priorizar nuestros esfuerzos. No creemos que estén en peligro por el momento.

–Estoy de acuerdo –dijo con frialdad la señorita Plim–. Si hay algún peligro, existe debido a mi querida sobrina Charlotte, no para ella.

Además, las niñas rebeldes que huyen de sus sabias y amorosas tías merecen que no se las rescate de su camino directo al infierno.

–Y –continuó la señorita Brown–, podrían estar en cualquier parte mientras que tenemos información de que lady Armitage está aparcada en Anchor Road, a solo media milla de distancia. Debemos darnos prisa para tenderle una emboscada. Gertrude, tu nuevo cañón traído de Estados Unidos será una valiosa contribución.

–El Whopper Hopper –dijo con orgullo la señora Rotunder–. Lo dispararé de inmediato.

La emoción llenó la sala. Pero la señorita Plim se aclaró la garganta de una manera que asemejaba a las uñas rasgando una pizarra, y todo el mundo se volvió para mirarla.

–Apresurarse es una tontería –dijo–. Debemos planear nuestro asalto con cuidado.

–Claro –dijo la monstruosa Millie, sonriendo–. Este es el plan: volar sobre ella y dispararle.

Llevó hacia delante el enorme lanzacohetes que había traído atado a la espalda. Era casi tan grande como ella, pero se lo apoyó contra su cadera con comodidad.

La señorita Plim miró el lanzacohetes con desagrado. Se imaginaba el desorden que podría crear. Alguien tendría que ocuparse de barrer el polvo durante semanas si lo usaran.

–Tal vez un poco más de matiz nos vendría bien –sugirió.

–¿Matiz? –Los piratas se miraron confundidos–. ¿Matiz?

–Creo que dijo "Mi tía" –gruñó, girando su arma en dirección a la señorita Plim–. Podemos estar de acuerdo con eso, ¿no?

La señorita Plim forzó una sonrisa, que parecía tan mortal como el cohete lanzacohetes.

–Señoras –se apresuró a decir la señora Rotunder. Había pasado los últimos días con brujas, y ya entendía algo de cómo funcionaban sus mentes. (De ahí el té flojo, que ella misma había padecido solo para sentir el placer de ver sus caras mientras intentaban beberlo)–. Somos afortunados de tener con nosotros a la señorita Plim, la bruja más importante de su generación –agregó y al captar la mirada penetrante de la señorita Plim, corrigió cortésmente– y de varias generaciones anteriores. También tenemos a la señora Chuke, autora de varios panfletos sobre Etiqueta Correcta para los Desvalijados e Importunados.

–Queridos –murmuró tímidamente la señora Chuke, y habría sacado los folletos del bolsillo de su vestido, pero la señora Rotunder tomó la palabra.

–Sugiero que aprovechemos al máximo el excepcional talento de estas damas.

–Mmm –respondió la señorita Plim, levantando la barbilla con regia aceptación de su parte.

–Mmmm –respondieron los piratas con más pesadez, moviendo las bocas mientras intentaban no mirarse unos a otros.

Y así fue como enviaron a las dos brujas a la primera línea de Anchor Street, donde se les encomendó la función vital de mantener a raya a los peatones mientras la Sociedad Wisteria realizaba el tedioso trabajo de asaltar la Casa Armitage.

–Esta es una mala idea –dijo la señorita Plim con una mezcla de desaprobación y regocijo mientras veía las cuatro casas de batalla piratas reunirse para el ataque.

–Recuerde mis palabras, señora Chuke. O mejor dicho, mi palabra. Matiz, señora, matiz.

–Claro –aceptó la señora Chuke (a pesar de que no sabía bien qué quería decir "matiz") y sacó una bolsa de bombones mientras esperaba que comenzara el espectáculo.

Las casas de combate descendieron hacia la calle, con la magia crepitando en el aire mientras los mayordomos entonaban el conjuro de navegación. Sus banderas negras ondeaban con la brisa marina. Las jardineras en flor en las ventanas sugerían los colores de la sangre y la violencia: las amapolas y las azaleas estaban en temporada. Cuatro ventanas se abrieron y dejaron a la vista enormes cañones y lanzacohetes.

La elegante casa de puerta roja situada a mitad de la calle no respondió. Fuera lo que fuera lo que estaba haciendo lady Armitage en su interior, no se dio cuenta de que estaba a punto de volar en mil pedazos.

La señora Chuke se metió un bombón en la boca.

–Me pregunto dónde estará Charlotte –musitó.

La señorita Plim se encogió de hombros. Con los ojos entornados y la mandíbula apretada con un silencio brutal, esperó impaciente las explosiones, como si fueran a satisfacer el pozo de emoción que se le había atascado en el cuerpo.

Para la señora Ogden, residente del 23 de Anchor Road, los martes eran los días en que cenaba salchichas con puré mientras leía el último *Women's Penny Paper*, tal vez con algo de postre después si había tenido un día duro y necesitaba darse un gusto.

La señora Ogden solía tener un día duro. La vida en Clacton-on-Sea era difícil. Por ejemplo, ayer había ido a la tienda a comprar vino de diente de león, pero no les quedaba ni uno. Y esta misma mañana casi se la lleva puesta una bonita chica de pelo rubio fresa que agitaba un mapa y gritaba "¡Te digo que al norte! ¡Al norte!" mientras caminaba delante de un hombre, a las claras su marido, cuya expresión era la de alguien mucho más irritado de lo que uno querría ver en alguien que llevaba tantas armas.

La señora Ogden suspiró y se sirvió otra porción de postre. No solía ser así. En los días en que todavía vivía el señor Ogden, solía ser todo mucho más aburrido. Él no aprobaba el postre, para empezar. Hacía mal al estómago, decía. Siempre había tenido un gran aprecio por su estómago, casi tan grande como el que sentía por los baños diarios en agua de mar, por eso fue una tragedia tan terrible que se tragara accidentalmente una criatura marina desconocida mientras nadaba y muriera después de una semana de disentería severa. "Esto es para ti, Walter", le decía la señora Ogden cada vez que sacaba del horno un budín pegajoso de dátiles y le echaba crema por encima.

Al señor Ogden tampoco le gustaba sentarse a mirar por la ventana, porque causaba hemorroides. Pero al enviudar, para ser exactos, a los setenta y cinco minutos de enviudar, la señora Ogden le había encontrado el gusto a acomodarse en el asiento acolchado de la ventana, con un plato de postre o un vaso de vino en la mano,

y observar desde allí los diversos acontecimientos de Anchor Road. Podía estar segura de que se le presentaría algún espectáculo espantoso: mujeres jóvenes y hombres jóvenes deambulando juntos sin chaperones; bebés que sus padres sacaban a pasear sin sombrero a pesar de la fría brisa; la señora Witters, en la puerta de al lado, charlando con el lechero a pesar de estar casada.

Pero esta tarde, mientras se acomodaba para ver cómo se desvanecía el día en el crepúsculo, la señora Ogden se enfrentó a un espectáculo más espantoso que cualquier otro que hubiera atestiguado antes. Casi se atragantó con el postre mientras lo contemplaba, a través de sus inquietas cortinas de encaje.

Cuatro casas de piratas flotaban sobre la calle.

¡Piratas! ¡En Clacton-on-Sea! ¡Caramba, qué ~~emocionante~~ espantoso!

Las ventanas centelleaban a la luz del sol. Las chimeneas emitían pequeñas nubes blancas que se alejaban flotando como ovejas y se desintegraban lentamente. (Para ser justos, vivir con el señor Ogden debilitaría la imaginación de cualquiera). La escena podría haber sido bastante pintoresca si no fuera por las enormes armas que asomaban de algunas de esas ventanas.

De repente, la casa de la señora Ogden tembló con un enorme estruendo. La cuchara del postre tintineó contra sus dientes; su corazón tintineó contra sus costillas.

–¡No lo puedo creer! –protestó la señora Ogden, cuando cayó una buena cantidad de polvo sobre su postre. ¿Qué se creían que estaban haciendo esos piratas? Anchor Road era un lugar tranquilo (excepto cuando la señora Witters se reía a carcajadas con el lechero). La gente no podía ir por ahí disparando cañonazos a

discreción. Por suerte para ellos, el señor Ogden ya no vivía, de otro modo estarían por sentir el filo de su...

¡Bum!

La casa volvió a temblar. La señora Ogden casi se cae del asiento junto a la ventana. Cayó más polvo, y un desagradable olor a humo comenzó a llenar la habitación. La señora Ogden se puso de pie con dificultad. Un momento después, explotó la ventana cuando pasó un pequeño cohete a través de ella tan cerca de la señora que salieron chispas del pelo blanco de su peinado inflado, y luego se incrustó en la pared del fondo. Tres patos de arcilla, que habían querido volar hacia el techo desde siempre, lograron por fin su objetivo, aunque por poco tiempo y en pedazos.

–¡Vaya! –La señora Ogden se apretó el pecho estupefacta.

–¡Ríndase!

La orden bramó, acompañada de copiosos golpes en la puerta. La señora Ogden buscó su rodillo.

–¡Sabemos que está ahí!

Los ojos de la señora Ogden se entrecerraron. Recordaba que el señor Ogden había pronunciado palabras muy parecidas en su luna de miel mientras ella se escondía en el retrete exterior, comiendo restos del pastel de bodas. En aquel entonces era un poco blanda, pero el matrimonio y luego la viudez habían encendido su espíritu (y habían tenido un efecto notable sobre sus heces). Tiró de su abrigo de lana para estirarlo, se dirigió a la puerta principal, la abrió de un tirón y salió como loca con el rodillo en alto.

–¡Una británica nunca se rinde!

Varias mujeres con magníficos sombreros retrocedieron de un salto. Se quedaron mirando a la señora Ogden con horror.

–Usted no es Isabella Armitage –dijo una. La pluma de avestruz de su turbante se agitó mientras observaba el abrigo y la falda de lana color café de la señora Ogden.

–Desde luego que no –respondió la señora Ogden, y entonces se fijó en los restos de madera y tejas en su jardín delantero. Miró hacia el enorme agujero que había en el lugar en que antes estaba la pared de su habitación de huéspedes–. ¿Qué le han hecho a mi casa?

–Ha sido un error inocente –dijo la señora emplumada–. ¿Por qué demonios pintaría un civil su puerta de rojo?

Los botones del abrigo de la señora Ogden se tensaron cuando ella infló el pecho.

–¡Elegí ese color en honor a mi pobre marido muerto!

El señor Ogden siempre había despreciado el rojo.

–Oh. Eh. Bueno.

Los piratas arrastraron los pies con torpeza, se frotaron la parte posterior del cuello y cruzaron miradas avergonzadas.

–Lo lamentamos muchísimo. Qué vergüenza. Una pregunta, ¿por casualidad no habrá visto otra casa por aquí con una puerta roja? Tiene contraventanas blancas, iguales a las que tiene la suya, eh... tenía.

–No.

Los ojos de la señorita Ogden habían comenzado a entrecerrarse de nuevo. Puso un puño contra la cadera; el otro seguía agarrando el rodillo con toda la determinación de una Boudica, o de la reina Isabel, o de la persona que había denunciado al lechero por confraternizar con clientes casados.

–¿Y qué van a hacer para compensarme?

Los piratas murmuraron algo entre ellos. La emplumada se volvió con una sonrisa cegadora.

–¿Bastarían tres collares de diamantes?

–No –dijo la señora Ogden.

–Ah.

Hubo más debate.

–¿Qué tal tres collares de diamantes y un anillo de esmeralda?

–No. Yo ya sé lo que quiero.

Entonces sonrió, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes con cara de una dulce y querida abuelita. Los piratas se pusieron pálidos todos al mismo tiempo pues recordaron a sus propias abuelitas y vieron el tamaño del error que habían cometido.

Media hora más tarde, los piratas y sus invitadas brujas se marcharon. La señora Ogden se quedó alegremente de pie junto a los restos de su valla, y con un trozo de papel en la mano que contenía poesía en latín garabateada y pensando cuál de las casas de Anchor Road iba a robar.

Se rio entre dientes. Sin duda, el señor Ogden no lo habría aprobado.

La señorita Plim, por su parte, permanecía en silencio mientras sorbía el té y observaba a la señora Rotunder navegar hacia el sur a través de la ciudad en busca de la Casa Armitage. No mencionó ningún "matiz", ni siquiera sonrió una vez. Pero la señora Rotunder sabía, y así aprendió el poder de la brujería incluso sin palabras.



En el camino de la costa, Daniel Bixby levantó la vista cuando la casa Rotunder proyectó su sombra sobre él. Se había librado de las ataduras que le había dejado la señorita Tesorito, a pesar de los nudos sorprendentemente fuertes, y ahora estaba apoyado en una pared con las manos en los bolsillos del pantalón, observando a varias mujeres husmear en la casa de Alex en el muelle. Al principio pensó que eran piratas, porque parecían haber estado involucradas en algún tipo de catastrófico incidente de mercería, pero al cabo de varios minutos sin que se apuntaran unas a otras, se dio cuenta de que eran, de hecho, brujas. Una mujer con un pequeño perro blanco en la mano aplicaba una herramienta a la cerradura de la puerta con una determinación que debería haber obtenido resultados, teniendo en cuenta la trampa explosiva que Bixby había instalado la semana anterior.

–Qué buen tiempo estamos teniendo –dijo alguien.

Bixby se giró y vio a su lado a un hombre huesudo y pálido.

–Mm –le contestó, entrecerrando los ojos a través de sus gafas y mirando el cielo gris, que prometía lluvia.

El hombre olfateó el aire y Bixby contuvo el instinto de pasarle un pañuelo.

–Busco a una chica.

Se hizo un breve silencio, en el que alguien con un sentido del humor más liviano habría dicho "¿No es el caso de todos los hombres?", pero Bixby se quedó mirando al hombre hasta que parpadeó con aquellos ojos extraños e incómodos.

–Veintiún años, pelo rubio fresa, responde al nombre de Charlotte Pettifer. Me pregunto si la ha visto…

–No –dijo Bixby.

–¿Está seguro?

–Sí –dijo y lo siguió mirando con una inmovilidad tan desapasionada que el hombre dio un paso atrás.

–Bueno –dijo el hombre y olfateó de nuevo el aire–. Creo que se equivoca.

–Nunca me equivoco –replicó Bixby.

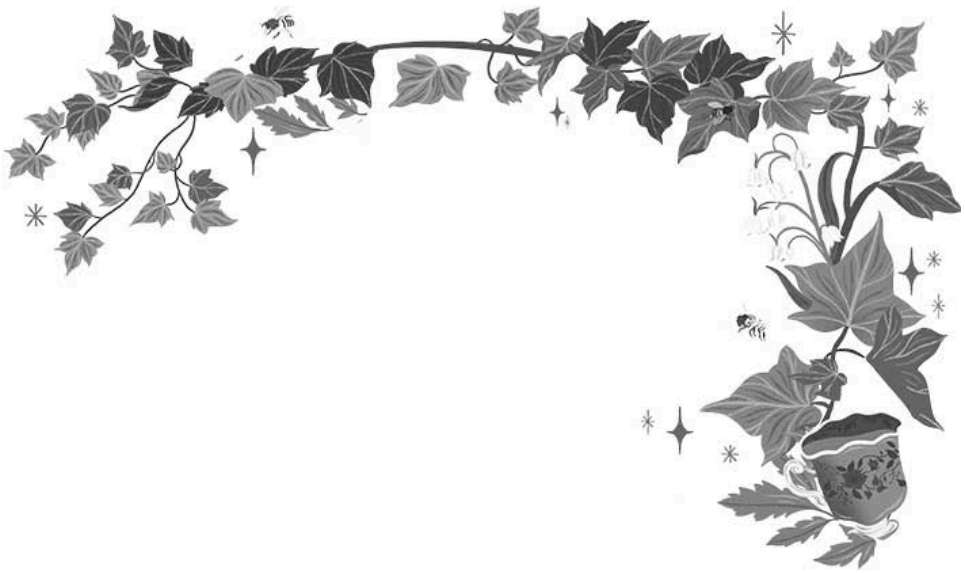
El hombre frunció el ceño. Debería haber sido aterrador, pero Bixby había trabajado durante años con piratas medio locos, incluso había pasado diez minutos en conversación cortés con la señorita Darlington, y un simple ceño fruncido de quien era claramente un policía no le molestaba. Se volvió para irse...

Y el hombre le agarró el brazo.

La pregunta de quién hubiera terminado con fractura de húmero debe quedar sin respuesta, porque en ese momento la bruja activó la trampa que Bixby había puesto en la puerta.

¡Bum! El muelle tembló. La bruja cayó hacia atrás con una segunda explosión, más pequeña, de ropa interior. Su caniche blanco salió volando por el aire con una fuerza inesperada y aterrizó en la cabeza del policía de ojos pálidos.

Siguió una tercera e inexplicable explosión de aserrín. Bixby tosió con desaprobación. Cuando pudo volver a ver, se dio cuenta de que el perro estaba más allá de toda salvación, y obviamente lo había estado durante varios años. Las brujas estaban en un alboroto que probaba que todas estaban vivas. Y así, con un encogimiento de hombros, pasó por encima del cuerpo inconsciente del policía y se fue en busca de algo de cenar.



20

TODA DAMA NECESITA UN REFUGIO – ALEX SE ENTRETIENE – CAMBIO DE TÁCTICA –
ALEX DESEA UNA EXPLOSIÓN – DESACUERDO MUTUO – AGUA – RECUERDOS
DE COLORES – SILENCIO

Lady Armitage era excesivamente aficionada a las mazmorras. Siempre había en ellas tanta incomodidad, tanto encanto elegíaco. Ella se había construido una en el sótano de su casa de batalla, adonde podía hacer bajar a sus maridos en cualquier momento, coleccionar unos cuantos recuerdos y ser feliz. Les aconsejaba a

todos los que iban a realizar pillajes, saquear, casarse o, en general, cometer piratería, que construyeran una mazmorra.

El propio Alex también tenía una mazmorra en su casa, ya que la casa había pertenecido a otro pirata antes que él. Allí guardaba su cerveza y sus papas.

Sentado ahora en el suelo de madera manchada del calabozo de lady Armitage, con la mirada perdida en las sombras, pensó que nunca había estado más satisfecho. Le dolía la espalda apoyada en la pared, necesitaba imperiosamente un cojín, y deseó no haber pensado en cerveza ni papas, teniendo en cuenta que su última comida había sido horas antes. Pero nada de esto significaba algo en comparación con el placer de la compañía de Charlotte.

Ella parecía haber olvidado que él existía, salvo las veces en que, en el transcurso de su nerviosa caminata de un lado a otro, pasaba por encima de sus piernas extendidas. Cada vez que lo hacía, su expresión era despreocupada, pero con las botas daba un elocuente golpe contra el suelo, y Alex tenía que esforzarse por no reírse. Sabía que si lo hacía, ella lo ignoraría aún con más vehemencia.

La puerta con cerrojo de la mazmorra, la ventana alta y diminuta, los grilletes de la pared y las púas ocupaban toda su atención. Trabajaba en ellos con un esfuerzo que no disminuía a pesar de su completo y absoluto fracaso. En un momento dado incluso levitó en forma paralela con el techo, buscando alguna trampilla. Pero los conjuros, las botas, las uñas y la mirada de bruja indignada resultaron insuficientes. Alex veía que se ponía cada vez más pálida, más furiosa, a medida que pasaba el tiempo. Pensó que nunca había estado más hermosa.

Pero entonces, empezó a darse cuenta de que podría estar cubierta de aguas residuales y él seguiría pensando que era hermosa. Podía estar profundamente dormida y sin embargo fascinar sus sentidos. De hecho, más de una vez esta semana la había despertado sin querer mientras acariciaba la suave media luna de la uña de su pulgar o saboreaba el pulso de su muñeca. Siempre seguía un momento en el que sus ojos se encontraban, indefensos, tan desnudos como sus cuerpos en la cama cubierta por la noche, y él podía ver en los de ella la misma soledad y anhelo que sentía él mismo. Segundos después volverían a esconderlos detrás de la pasión: bocas ardientes, piernas enredadas, una conversación entre cuerpos que los corazones no eran lo bastante valientes para emprender. Alex apenas podía dormir por ese pequeño momento. También lo buscaba durante el día, anhelante, asustado, más vulnerable de lo que se había sentido en años.

Incluso ahora, mientras Charlotte se concentraba de nuevo en el picaporte de la puerta como si hubiera pasado algo por alto las otras diecisiete veces, posaba los ojos en ella por si le devolvía la mirada. Seguía cada movimiento de sus labios mientras murmuraba magia. Adivinaba lo que haría a continuación, y sonreía con una emoción infantil cuando ella lo hacía. Estaba fascinado por ella, esa brujita filosa, y estar encerrado en una mazmorra con ella no le apenaba en lo más mínimo.

Él mismo no veía la necesidad de malgastar energías en intentos de fuga. No era su primera vez en una mazmorra, aunque no contara la vez en que se emborrachó con cerveza y se encerró sin querer en su propio calabozo. Confiaba en que lady Armitage acabaría apareciendo para relamerse, amenazarlos con la tortura, o

proponerle matrimonio, por lo que lo mejor era esperar con la mayor comodidad posible. Al parecer, Charlotte no lo veía de la misma manera. Juraría que la oyó murmurar "ética laboral" una o dos veces entre su latín mágico. Y eso hacía que ella le gustara todavía más.

Por fin, a medida que disminuía la visibilidad debido a la desaparición de la luz del día que entraba por la ventana, Charlotte se sentó en el suelo junto a Alex. La forma en que lo hizo, con la espalda rígida y precisa, comunicó a las claras que eso no equivalía a rendirse ante la situación, sino un cambio a tácticas más sutiles y a largo plazo. Miró de reojo a Alex y luego apartó la vista, con una desaprobación rotunda de su despreocupación piratesca.

Él se acercó un poco más.

Ella resopló, levantó la barbilla y detuvo la mirada en una tela de araña en una esquina alta. Alex creyó ver escobas en sus ojos.

Le pasó el brazo por los hombros.

Ella resopló...

Y se apoyó rígida en él.

Sonriendo para sí mismo, Alex cerró los ojos y aspiró el ya familiar aroma a jabón. Incluso después de un día de correr, saltar, y en general rasparse contra las asperezas de la vida, ella olía como él imaginaba que olería la perfección si alguien consiguiera embotellarla. Le costó mucho no quitarse el abrigo y tumbarla sobre él para pasar las horas encerrado besando cada centímetro de su deliciosa piel. Pero no era tan canalla; además, sospechaba que Charlotte lo consideraría un comportamiento impropio para una mazmorra.

–Todo saldrá bien –prometió. Eran las mismas palabras que había usado cuando se quedaron encerrados por primera vez en la

habitación y, al parecer, a ella le gustaron tan poco ahora como entonces.

–Eso es imposible saberlo –dijo ella, y su voz tenía un parecido notable al ruido que habían hecho sus tacos contra el suelo–. ¿Y si lady Armitage está descubriendo en este mismo momento cómo utilizar el amuleto en capacidad operativa plena? Piensa en lo que podría destruir mientras estamos aquí "descansando".

–Negarme a agotar mi energía sin sentido no es lo mismo que descansar. Intenta conservar también tu energía, querida. La necesitarás cuando Armitage vuelva por nosotros, como sin duda lo hará antes de intentar cualquier destrucción. Es de las que les gusta tener público.

Charlotte murmuró en voz baja, y Alex trató de no sonreír cuando detectó en su irritación un acuerdo reticente. Ella se retorció, al parecer para sentirse más incómoda. Su hombro ejercía presión contra su caja torácica, pero él no se atrevió a moverse ni un poco para aliviar la molestia, no fuera que ella decidiera alejarse por completo de él.

–¿Dónde crees que estamos? –preguntó ella.

Alex miró alrededor de la habitación.

–Esto se llama "calabozo", creo. Se nota por el gran candado y el aparato de tortura en la pared.

Charlotte chasqueó la lengua con exasperación.

–Quise decir, la casa en sí.

–Todavía en Clacton, diría yo. Armitage podría intentar escapar al amparo de la oscuridad, pero es arriesgado, incluso para una persona tan perturbada como ella.

–Hay que decir que tiene cualidades que yo no creía que existieran en grado tal en ninguna criatura humana.

Alex abrió la boca para responder, luego la cerró y frunció el ceño perplejo.

–Me parece que yo ya oí esas palabras antes.

–Lo dudo –murmuró ella–. He visto la clase de libros que tienes en tu casa.

Él no entendía qué tenía que ver eso, pero al menos fue lo bastante prudente como para no preguntar. En su lugar, besó la parte superior de su cabeza y luego se inclinó para besarle la frente. Fue como si cada beso aliviara el gran nudo doloroso que le atenazaba el corazón. Hubiera seguido, pero ella ronroneó satisfecha y se relajó sobre él. Alex se recostó contra la pared con un suspiro.

Poco a poco, la respiración de Charlotte se hizo más lenta y su rigidez plimesca se fundió en una lasitud cálida y tranquila. Alex frunció el ceño cuando el nudo se apretó en su propia garganta. Ella había dormido en sus brazos durante la última semana. Debería estar ya acostumbrado y no sentir que en cualquier momento se largaría a llorar.

La abrazó con más fuerza, sin otro motivo que exhibir los músculos de sus brazos. Puso su mano grande y fuerte, con el anillo de rubí en el pulgar, sobre la delicada mano de Charlotte. El contraste entre la piel áspera y bronceada y la suavidad protegida por guantes y cremas lo emocionó.

Qué extraño. Había pasado años desarrollando su potencia, abasteciéndola con armas y equipándola con cuero y botas, golpeándola contra el mundo para poder robar lo que quedara después, y se sentía más poderoso en este momento que nunca

antes, aunque todo lo que estaba haciendo era sostener en silencio a una mujer dulce.

Una mujer... una bruja.

El recuerdo se le retorció de repente en la boca del estómago. Instintivamente apretó la mano para tomar un arma, a pesar de que los lacayos de lady Armitage le hubieran arrebatado todas. Podría haber dado un puñetazo a la pared, pero entonces habló Charlotte y la voz borrosa lo distrajo.

–Tenías razón.

Alex parpadeó.

–¿Que tenía qué?

Ella giró la cara y le lanzó una mirada somnolienta y forzosa.

–Ya me ha oído, señor. Solo quiere que se lo repita. Muy bien, ya que merece el reconocimiento: tenía usted razón. El amuleto debe ser escondido, o roto, o, no sé, arrojado al mar. Confieso que no estoy segura de si me lo confiaría a mí misma.

Alex siguió parpadeando, con la vista alternando entre los hermosos y luminosos ojos de Charlotte y la oscuridad dentro de él.

–¿Renunciarías a un poder tan enorme?

–Sí –respondió Charlotte, y su expresión se endureció–. Parece que lo encuentras increíble.

Alex intentó responder, pero su pulso había empezado a latir con tal fuerza que partió su respiración en pedazos insonoros. "Tenía razón". Las palabras lo estaban ablandando por dentro, y empezó a entrar en pánico. Blandura significaba que sus defensas estaban fallando. Ya podía oír susurros desde la oscuridad. Quería su espada. Quería por todos los medios dejar de sentir. Pero ahora Charlotte le estaba tocando la cara, y murmuraba algo acerca de cómo podía

confiar en ella, y un aluvión de esperanza, lujuria, miedo, dolor amenazaba con dominarlo por completo. Maldita sea, la bruja estaba haciendo limpieza en su corazón.

No podía soportarlo. Así que eligió el favorito entre esos sentimientos, capturó la cara de Charlotte entre los dedos con algo de brusquedad y comenzó a besarla conduciéndola desde la somnolencia hacia un tumulto de emociones que él también sentía. Ella murmuró contra sus labios pero no se apartó, y él lo tomó como un permiso. Saboreó su calor, "sintió el crujido de un abedul contra su espalda", subió la barbilla de Charlotte para poder besar la garganta blanca y sedosa que había debajo, se arrastró hasta un rincón, enterró el puño en su pelo brillante y del color de la miel, volvió la cara hacia la pared, aunque ese no era un santuario que lo protegiera del abedul, del taco de las botas o de la lluvia de palabras en latín que hacía volar libros por la sala hasta que dijo una palabra suficientes veces para que contara...

–Lo siento –susurró Alex de nuevo, y el sonido tembló contra el pulso de Charlotte.

Ella le contestó, pero las palabras retumbaron con el tintineo de diminutas abejas doradas mientras un puño le golpeaba la oreja.

–Lo siento –volvió a decir Alex, siguiendo un camino de pequeñas pecas hacia abajo, hacia abajo, hacia la sombra y los secretos... Tomó aire por última vez antes de que el recuerdo lo hundiera.



Se encogió cuando la puerta del armario se cerró. El mundo entero se convirtió en sombra. "Lo siento", gritó, y la oscuridad se metió en

sus pulmones, llenándolos de una sensación de humedad pegajosa y corruptora. Se imaginó que se pudriría en aquella oscuridad, entre los viejos abrigos de su padre. Cuando Deirdre le abrió la puerta dos días después y le exigió una disculpa adecuada por lo que fuera que había hecho, fue incapaz de responder, todas sus palabras se habían desarticulado.

–No saldrás hasta que pidas perdón –le advirtió Deirdre, sonriendo de una forma que siempre le hacía pensar en garfios y huesos. Dejó la puerta entreabierta, dispuesta a cerrarla de un portazo cuando se le antojara. Su voz, seca y quebradiza como resultado de pasar años formulando encantamientos en lugar de caminar por la habitación para buscar lo que quería, soltó promesas que caían como duras piedritas a sus pies.

–Pide perdón y podrás salir. Di que lo sientes y podrás cenar. Hay panceta, Alex. Todos sabemos cuánto te gusta la panceta. Di perdón y hay chocolate caliente.

Lo intentó, pero solo consiguió emitir un impotente "P-p-p".

Deirdre se rio y empezó a cerrar la puerta de nuevo. *Al menos moriré en paz*, pensó.

Pero su padre, furioso y decidido a convertirlo en un hombre de alguna manera, lo sacó de un tirón, lo arrastró por la cocina, donde podía oler la panceta y pensó con sorpresa que Deirdre había dicho la verdad, y lo arrojó fuera de la casa tres metros por encima de Lough Caragh...

Su cuerpo tiritó de frío como si volviera a golpear el agua. Sintió que lo succionaban aterradoramente hacia lo más profundo de la vieja oscuridad. Con un instinto de esperanza y anhelo, levantó la mano hacia la luz y, al moverse, el desplazamiento de las piernas

contra los duros tablones de madera que había debajo de él lo volvieron de golpe y porrazo a la realidad.

Suelo, no lecho de lago, se dijo a sí mismo. *Paredes, ventana. Ahora, no entonces.*

Respira...



–Respira, Alex –la voz de Charlotte salió de la oscuridad, tensa pero segura, como un salvavidas–. Dime qué te pasa.

Alex supuso que su sensibilidad había percibido tensión en el aire. Era eso o él había estado gritando sin darse cuenta. Lo cual, a juzgar por experiencia pasada, siempre era posible.

–No pasa nada –dijo. Él podía nadar solo. Siempre lo había hecho. Ahora no necesitaba a nadie.

Y entonces sintió un calor contra su corazón. Ella lo estaba tocando otra vez.

Ay, Dios.

–Alex –dijo ella, con una amabilidad inusual–, tienes el pulso muy acelerado.

Él le dedicó una sonrisa arrogante.

–Es porque estás muy cerca, cariño, y quiero....

Se detuvo, ahogándose en las palabras como si fueran agua de lago. Ella estaba tan pero tan cerca. Ella estaba justo dentro de su alma, pinchando con actitud mandona todas las cosas que mantenía ocultas ahí, haciéndole olvidar cómo ser sarcástico, o seductor, o cualquiera de las medidas que lo habían protegido de sí mismo estos últimos veinte años. Por eso se había esforzado en crearse una

reputación que atrajera solo al tipo de mujeres que querían tocarle el timbre y huir antes de que las atrapara. Pero por supuesto las brujas se empeñaban en entrar.

–¿Qué necesitas? –susurró Charlotte, pinchando todavía.

Él le respondió de la misma manera que desenvainaba su espada cada vez que alguien lo molestaba: inmediato, irreflexivo, con bordes filosos y una brutal advertencia.

–Que a todas las malditas brujas del mundo les quiten su poder.

Pero Charlotte se limitó a acariciar la pared de su corazón, impertérrita.

–¿A todas, dices?

–A una de ellas –se corrigió–. Una bruja de Lancaster que se encontraba en Donegal hace unos veintidós años y se sintió atraída por un hombre, sin importarle que ya estuviera ocupado, y con la determinación de conseguirse un hogar aunque estuviera hecho de huesos pegados con sangre.

–Eso no suena muy resistente a la intemperie.

Alex se rio. Dios mío, ella lo hacía reír, incluso cuando estaba hablando de Deirdre. Era algún tipo de magia. Ella era mágica.

La mano de Charlotte presionó con una firme serenidad contra su pulso como si ella pudiera calmarlo solo con su voluntad.

–Esa bruja te hizo daño.

–Sí, bueno, ¿quién no, cariño? Una vez que empieza una persona, parece que es difícil para los demás detenerse.

–¿Y sigue viva, vive en Donegal?

El tono tranquilo, conversacional de su voz envió una emoción a lo largo de los nervios de Alex.

–¿Volarás hasta allí, Lottie, y te vengarás por mí?

Ella se encogió de hombros.

–Puede que sí. Si no tengo nada más urgente en mi agenda la semana que viene.

–Mi chica aterradora. Pero no temas, la bruja murió de tuberculosis hace algunos años. El padre está totalmente ido por el whisky la mitad del tiempo, apenas puede moverse, y mucho menos conducir su casa. Y las monjas...

Se detuvo, los recuerdos le quitaban el humor. Charlotte volvió a acariciarlo, a tranquilizarlo.

–Lo siento tanto.

Alex se encogió de hombros. Se pasó una mano por el pelo y miró en dirección al aparato de tortura en la pared del fondo, aunque no veía más que oscuridad. ¿Por qué no los puso ahí lady Armitage, en lugar de dejarlos hablando de sentimientos? Estaba claro que la vieja y feroz pirata entendía bien cómo emplear su calabozo en un hombre.

–Todo es magnífico, querida –dijo, como si eso pudiera tener alguna esperanza de detener la conversación.

–¡No seas absurdo! –dijo Charlotte–. No es magnífico; es espantoso y totalmente intolerable que alguien te haya hecho daño. Pues bien. No volverá a ocurrir mientras yo esté en tu compañía. Puede que lady Armitage me haya confiscado la escobita, pero aún conservo mi voz.

Alex sonrió.

–Me mantendrás a salvo, ¿verdad?

Los ojos de Charlotte se entrecerraron de la forma que a él le encantaba, toda furia y adorable mortandad.

–¿Se está riendo de mí, señor?

Alex se rio, pero también levantó una mano para darle tranquilidad.

–Por Dios, Charlotte Pettifer, no sería capaz.

–Excelente. Porque hablo en serio. Y yo soy una bruja poderosa, Alex. Profetizo que nadie volverá a hacerte daño. Ni siquiera tú mismo.

Él la acercó más.

–Ah, eres terriblemente buena conmigo, Lottie.

–No lo soy –protestó ella, con toda la rigidez en su voz pero volviéndose suave de nuevo, cálida y exuberante como el resultado de la magia, en sus brazos.

–Lo bueno es para los civiles.

–Es cierto.

–Una vez me dijiste que conocías a una mujer con una pulsera de abejas. ¿Era ella?

–Sí.

Charlotte tomó la pulsera de su propia muñeca y Alex frunció el ceño al verla intentar pasarla por el talón de la mano. Los abalorios chocaban como si protestaran.

–¿Qué haces, cariño? –preguntó Alex.

–No quiero llevar puesto nada que te la recuerde.

Ella tiró con más fuerza, haciendo una mueca de dolor cuando se le clavó el metal en la piel. El corazón de Alex pegó un salto. Puso la mano sobre la mano de Charlotte.

–No, está bien. No, no pasa nada. Estás tan lejos de ser como Deirdre como de ser agua bendita en mi memoria.

Levantó su mano y le besó los nudillos.

–Oh.

Charlotte parpadeó como si él hubiera susurrado algún hechizo sobre ella y ahora todo lo que podía ver eran destellos en la oscuridad cada vez más profunda. Pero le llevó solo un momento borrarlos y recuperar la serenidad.

–Bueno.., bien. Me alegra que todo esté resuelto.

Le dio una palmada, como buena mujer, con la convicción de que su trabajo estaba hecho. Lo había perturbado, desarmado y reorganizado al estilo de una bruja.

Pero cuando él empezaba a relajarse, ella demostró que tenía una intervención más en la manga.

–Sabes, cuando aparece tu acento, suenas como un poeta de pie en una orilla agreste. Recuerdo que cuando te conocí pensé que debías estar esparciendo poemas como quien arroja bombas por todo Londres, destrozando el corazón de las mujeres. Sospechaba que eras muy desordenado.

–¿Y ahora? –preguntó Alex con recelo.

Ella encogió la boca.

–Ahora sé exactamente cuán desordenado eres. Es...

Alex contuvo la respiración

–… persuasivo.

Él volvió a reír, y se maravilló al sentir cómo retrocedía la oscura e interminable succión de agua del lago en su mente.

–¿Qué quieres, Alex? –le preguntó ella.

Él imaginó dentro de su cerebro a una Charlotte diminuta en bragas y camisa, con un portapapeles en la mano, esperando para añadir su respuesta a la lista de Cómo manejar a Alexander O'Riley. Una respuesta brotó de su corazón abrigado, pero no se atrevió a pronunciarla. Le habían quitado todas las armas, pero aunque las

hubiera tenido, no se habría sentido lo bastante seguro para decirle la verdad. "A ti, bruja. Te quiero a ti".

Y de ninguna manera reconocería hasta qué punto ella se había infiltrado en sus defensas desde el principio, al menos no con palabras que estaban semienterradas como minas terrestres dentro de él. "Amor", "hermosa", "desnuda". Le encantaban los dardos escondidos en su calzado hermoso y mortal. Le encantaba cómo caía su pelo sobre su piel desnuda. Y le encantaba ver cómo quebrada sus defensas como una rosa al viento cuando él le sonreía, por mucho que ella intentara ocultárselo a los dos. Se había pasado los últimos días sonriendo más que nunca en su vida, solo para ver el efecto que tenía en ella, cómo se le oscurecían los ojos y la forma en que se resquebrajaba toda su corrección hasta que murmuraba insultos que no solo sonaban como una broma, sino también como una alarma de incendios. Le encantaba.

La amaba. Y no solo en sentido metafórico. La idea de que ella lo dejara y volviera a Londres y a la Liga Wicken, le dolía como el demonio.

Maldita sea.

Por supuesto que no le diría eso.

Pero era verdad. La brujita irritante lo había dominado con su magia, y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Había luchado con contrabandistas y le había contestado mal a las monjas católicas irlandesas, pero no había forma de derrotar a esta granada de mujer sensible y de piel blanda.

–¿Alex? –insistió ella.

–¿Qué quiero? –repitió él–. La cena, querida. Quiero la cena y una botella de vino.

Ella suspiró.

–Eres incorregible.

–Por fin, algo en lo que podemos estar de acuerdo.

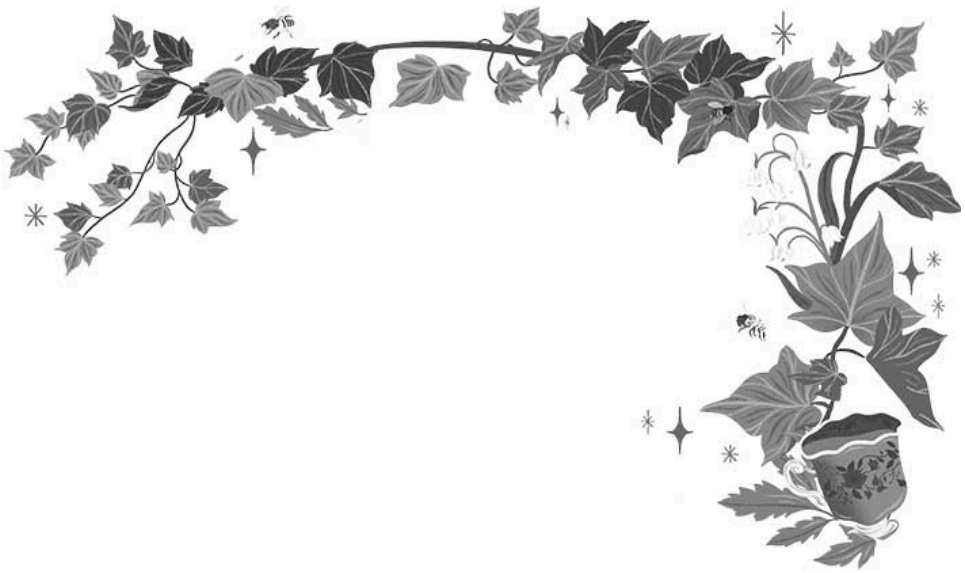
Él sonrió, y la sentó con suavidad sobre su regazo para que estuviera más cómoda que sobre el suelo frío y duro. Ella se acurrucó y apoyó la mejilla en su hombro. Se sintió como un beso de cuerpo entero.

Te quiero, pensó Alex en silencio, e intentó no temblar.

–Demonio –murmuró ella.

–Bruja –respondió él, acariciándole el pelo mientras su respiración se hacía más ligera, rítmica, hasta que por fin se durmió.

Y él se quedó sentado, mirando la oscuridad, pensando "Maldita sea, maldita sea".



21

NI SIQUIERA UNA CAMA – CHARLOTTE TOMA UNA DECISIÓN – NO TIENEN SENTIDO DEL HUMOR – UNA ROSA INESPERADA – TOMAN UN CAMINO EQUIVOCADO – SABOTAJE – UNA SALIDA QUE DESAFÍA A LA MUERTE – KITTY – UNA PESADILLA DENTRO DE OTRA PESADILLA

No hay encanto igual a la ternura de un colchón blando. Charlotte lo sintió al despertarse con la luz de la mañana después de dormir en el gélido suelo de madera de la mazmorra. Le dolían los huesos y su piel, sin la protección de las capas de muselina, seda y lana, estaba a punto de iniciar una petición para volver a la ropa conservadora.

Pero nada de eso le importó cuando abrió los ojos y vio el rostro de Alex. Él seguía dormido, con el brazo alrededor de ella en actitud protectora. Charlotte se permitió el lujo de disfrutar de unos momentos para mirarlo fijamente.

Siempre lo había considerado guapo, incluso desde el principio, cuando su carácter le causó la misma primera impresión que el señor Darcy le causó a Elizabeth Bennet. Pero ahora veía valor en su actitud sanguinaria, ingenio en su sonrisa caprichosa y en el parpadeo de sus arrebatadoras pestañas una vulnerabilidad que querría proteger para siempre. Era un demonio, pero también un verdadero amigo, y su conversación de la noche anterior lo había demostrado. Deseaba exigir justicia a cualquiera que hubiera hecho el más mínimo daño al niño que él había sido. Desde luego, castigaría a cualquiera que lo intentara ahora, lo haría incluso después de que él la dejara para su próxima aventura, algo que sabía que era inevitable. Incluso después de que acogiera a la siguiente mujer en su cama. Lo valía por él mismo, no solo por cómo la hacía sentir a ella.

Pero, guau, cómo la hacía sentir...

Ahora no podía negar que le gustaba de verdad, el granuja.

Sin embargo, podía negar que realmente lo amaba. No era tan valiente como para admitir algo semejante.

Además, solo lo conocía desde hacía una semana. ¿Cómo podía enamorarse de alguien en una semana?

"Ah", le susurró el corazón, "pero ha sido toda una vida de soledad, esperándolo, y ahora aquí está".

"¡Tonterías!", declaró el cerebro, con los brazos cruzados y la barbilla ladeada, incluso mientras su corazón agitaba un ejemplar de

Persuasión de Jane Austen como argumento de apoyo. Además, era casi seguro que Alex no sentía lo mismo por ella. Ayer le había dicho que la quería, pero estaba claro que era una broma. Él se fue a la cama con ella, pero ella podía atribuirlo a las ganas de divertirse. Y aunque era cierto que anoche la había abrazado con ternura, Charlotte estaba segura de que, con un poco de esfuerzo, también podría encontrar una excusa para eso. Su educación no solo le había proporcionado un ingenio superior y un conocimiento completo de la ley inglesa (y de cómo infringirla), sino también lo que equivalía a una maestría en cinismo. Podía justificar casi cualquier gesto amable. No le cabía duda de que el capitán O'Riley planeaba arrebatarle el amuleto y luego salir volando con un beso de despedida y un grito jovial de "¡A la carga!".

Pero al mirarlo ahora, al percibir su tranquilo aliento contra su cara y al darse cuenta de que en algún momento de la noche le había puesto su abrigo como una manta, decidió que ese plan fracasaría. ¡Él le pertenecía!

Sin duda, Elizabeth Bennet se escandalizaría ante semejante falta de delicadeza. Pero también es cierto que Elizabeth Bennet debería haberle tirado de la oreja al señor Darcy a mitad del tercer capítulo. Del mismo modo que Emma Woodhouse le debería haber cerrado la puerta en la cara al condescendiente señor Knightley y Fanny debería haber hecho entrar en razón a Edmund y marcharse a Londres para recibir una educación decente. Habiendo experimentado varios grados de comunión con un hombre, Charlotte opinaba que las heroínas de Jane Austen eran unas bobas.

Quizá a partir de ahora debería leer a Mary Wollstonecraft.

De una cosa estaba segura. Conseguiría su amuleto y su hombre. Nadie podría convencerla de lo contrario.

De repente, Alex abrió los ojos. Sonrió incluso antes de enfocar la mirada. El pulso de Charlotte empezó a bailar, y cuando trató de retarlo para que volviera al ritmo que dictaba el decoro, el pulso se rio de ella y siguió saltando alegremente, cantando "amor", "amor". Por el amor de Dios, es igual, se recordó a sí misma, en vano. Sintió que su interior se ablandaba y se apresuró a fruncir el ceño.

–Buenos días –dijo en tono sombrío.

–Buenos días, querida –respondió Alex, con su acento irlandés rodando como música que acaba de salir de la paz del sueño.

Charlotte se puso de color escarlata, impotente para detener la desintegración de su ceño y la sonrisa que siguió. Mary Wollstonecraft se habría revolcado en su tumba (dependiendo de quién estuviera en ella en ese momento, y lo que estuvieran haciendo). Elizabeth Bennet y sus hermanas autoras sonrieron al ver que se reivindicaban sus elecciones en cuanto a los personajes. ¿Quién era la tonta ahora?

Alex no pareció darse cuenta de la respuesta. Se puso de pie, le quitó el abrigo y se lo puso. Charlotte se incorporó más despacio.

–Es de mala educación que tengas tanta energía después de haber pasado la noche en el suelo –dijo frotándose la espalda dolorida.

–Es menos energía que impaciencia –dijo él. La tomó de la mano y la ayudó a levantarse. Ella se tambaleó contra él y él la rodeó rápidamente con un solo brazo.

–Quiero desayunar. Y mi ejercicio matutino habitual.

Su sonrisa hizo que se ruborizara de nuevo. El acento había desaparecido, llevándose consigo la vulnerabilidad de sus ojos, pero aparentemente su ardor permaneció.

–Puede que el hecho de que estemos encarcelados te impida ambas cosas –dijo Charlotte–. Y créeme, no hay salida.

Él se rio.

–Nunca tiene sentido decirle "Quítamelo" a un pirata.

Charlotte dio un paso atrás, con las manos en las caderas.

–Me viste intentarlo anoche. Sabes que no encontré forma de escapar.

–Lo sé –dijo él, dando zancadas hacia la puerta y agarrando el picaporte–. Pero no intentaste...

La puerta se abrió de golpe.

–…gritar –completó.

Intercambiaron una mirada de sorpresa. Entonces Alex se llevó un dedo a los labios, abrió un poco más la puerta y se asomó.

–Uh.

Charlotte se le acercó.

–¿Por qué hay una rosa en el umbral?

–No lo sé –dijo Alex–. Tal vez lady Armitage está jugando algún tipo de juego.

–¿Y qué hacemos ahora?

–Jugamos –le respondió Alex y, tomándola de la mano, la llevó fuera de la mazmorra, cerrando la puerta detrás de él–. ¿Hacia dónde vamos, chica mágica?

–Izquierda –dijo, señalando el camino que dibujaban pétalos de rosa a lo largo del estrecho pasillo.

–Como ovejas al matadero. De acuerdo. ¡A la carga!

–De verdad, esa expresión es tan tonta –murmuró Charlotte–. Nunca oirías a una bruja decir algo tan ridículo. Somos demasiado sensatas.

–No, son demasiado aburridas –corrigió Alex.

Charlotte se abstuvo de discutir, en parte debido a la necesidad de sigilo, y en parte porque estaba de acuerdo con él. Siguieron los pétalos desparramados por un tramo de escaleras sin alfombrar, doblaron una esquina y recorrieron la mitad de otro tramo de pasillo. Quienquiera que hubiera creado el camino se había quedado sin pétalos, porque el lugar al que llegaron no podía ser el destino final. Había varias puertas cerradas. La casa estaba en silencio.

Por la débil luz que entraba por una ventana, Charlotte supuso que hacía poco que había amanecido. En la casa de los Pettifer, nadie se levantaba antes de las nueve (con la excepción de la cocinera, los lavaplatos, las camareras, las criadas, los lacayos y el mayordomo). Al parecer, ese era también el caso en la casa de lady Armitage. Ahora, si pudieran localizar el amuleto antes de que alguien se despertara, podrían salir de allí sin más problemas, y volver a casa antes de que acabara el día.

La idea se dio tumbos en el estómago. Convencer a la Liga de que iba a casarse con un pirata sería la magia más difícil que jamás había intentado. Limpiar la casa de Alex le seguiría de cerca. Tal vez lo mejor sería anunciarlo como por accidente y buscar un lugar nuevo para vivir. Ella no necesitaba un Pemberley, pero al menos debería haber un baño decente y la certeza de que no había una zarigüeya viviendo en la chimenea de la cocina.

–¿Por dónde ahora? –susurró Alex, sacándola de sus ensoñaciones con columnas georgianas y suelos de mármol.

–Por el pasillo y por esas escaleras.

Supuso que lady Armitage tendría su dormitorio en un piso superior, como una dama que se precie (aunque fuera loca y asesina). Así que subieron, haciendo un gesto de miedo ante cada leve ruido que hacían las botas en los peldaños. Luego caminaron por otro pasillo hasta que se encontraron con una puerta cerrada, sin más pasillo que tomar. Charlotte estaba a punto de sugerir que dieran la vuelta cuando se oyó un ruido en la habitación. Alex llevó instintivamente la mano a la espada y, al recordar que se la habían quitado, profirió una maldición. A pesar de ello, abrió la puerta antes de que Charlotte pudiera darle una de doce excelentes razones para no hacerlo.

Ante ellos estaba la cabina de mando de lady Armitage. Eso o el salón de un burdel, pero como este último por lo general no incluye grandes ruedas, Charlotte se sintió segura de que su evaluación inicial era correcta. (Se hubiera sorprendido si hubiera visitado un lugar así). La sala contenía varios sofás color pastel, estatuas de caballeros desnudos más felizmente dotados que los de los museos, la mencionada rueda, y tumbada en el suelo bajo esa rueda, la señorita Tesorito.

La criada traidora se sentó deprisa cuando entraron. En su mano había un destornillador.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Charlotte.

–¿Qué te parece que estoy haciendo? –la señorita Tesorito respondió en voz baja y un tono monocorde.

–Parece que estás tallando tu nombre en el eje de la rueda en un acto de pequeño vandalismo común a los criados de la casa.

La señorita Tesorito y Alex la miraron incrédulos.

–Está saboteando la rueda –dijo Alex.

–Estoy saboteando la rueda –asintió la señorita Tesorito. Se puso de pie, guardando el destornillador de nuevo en su escobita.

–¿Por qué están aquí arriba? Les dejé un rastro de pétalos de rosa que conducen a la sala de estar, donde lady Armitage se prepara para celebrar una ceremonia matrimonial.

–¿Por qué nos ayudaste? –preguntó Charlotte.

La señorita Tesorito la miró con frialdad, y Charlotte sintió un repentino e inexplicable deseo de salir corriendo a pagar los impuestos. Nunca antes le había prestado demasiada atención a la insulsa criadita, ni siquiera cuando la señorita Tesorito le había apuntado con una pistola. Ahora se daba cuenta de que el hecho de pasar desapercibida había sido un hábil disfraz.

–Lady Armitage incluirá sin duda el amuleto en su conjunto nupcial –respondió la señorita Tesorito–. Si lo quieren, sugiero que se apresuren y bajen la escalera.

–Tú también saboteaste la rueda ayer, ¿no? –dijo Alex–. Aflojaste las conexiones para que el encantamiento se interrumpiera y la casa no pudiera ser conducida correctamente?

La señorita Tesorito ignoró también esa pregunta.

–El pastor Dickersley ha accedido a realizar la ceremonia. Lady Armitage le ofreció una compensación considerable: su propia vida. Tom Eames está en peligro inminente. Deben darse prisa.

–¿Pero quién es usted, señorita Tesorito? –preguntó Charlotte.

La mujer suspiró.

–Ustedes tienen prioridades muy confusas. Pero ¿por qué me sorprende? Los piratas están locos; las brujas, lunáticas. Estas últimas semanas me han dado ganas de unirme a un circo para

descansar. Les recomiendo a ustedes dos que se casen, para mantener la locura contenida tanto como sea posible. Ahora, si me disculpan, tengo que ir a otro sitio.

Alex y Charlotte se quedaron boquiabiertos mientras ella tomaba un sombrero liso, de ala ancha, de una mesa, empujaba una ventana entreabierta, y se subía al alféizar.

–¡Eres una bruja! –Charlotte se dio cuenta porque si alguien salía por la ventana de un piso alto, era solo porque tenía el poder de formular hechizos (o delirios grandiosos de invulnerabilidad, que es por lo que tantos piratas resultaban heridos).

–No lo soy –dijo la señorita Tesorito, y dio un paso al frente.

Con un grito ahogado, Charlotte corrió hacia la ventana y vio a la señorita Tesorito colgando bajo el sombrero. Con una mano sujetaba las cintas blancas mientras descendía con suavidad hasta el suelo.

La Casa Armitage estaba estacionada junto a una librería de temas bíblicos, donde la Sociedad Wisteria nunca la buscaría. Una vez que la señorita Tesorito puso un pie en la acera, dobló el sombrero hasta que quedó pequeño, se lo metió en un bolsillo y se alejó por la calle con la determinación de una bibliotecaria que acaba de ver a alguien doblando la esquina de una página para marcar por dónde va.

–¿Quién es? –se preguntó Charlotte en voz alta–. ¿Y dónde puedo conseguir un sombrero así?

–¿Para qué lo necesitarías? –preguntó Alex mientras se estiraba para tomar una navaja con mango de perla de un escritorio y se la metía en la bota–. Puedes levitar con una palabra.

–Pero parece que opera con una magia desconocida hasta ahora.

–¿No te alcanza con tu propia magia?

–¿No te alcanza con tu propio dinero?

–Buen punto –reconoció. Encontró un cincel entre las herramientas de navegación y se lo metió en la otra bota–. Probablemente deberíamos ir a buscar ese maldito amuleto.

Con un repentino sonido que expresaba satisfacción, Alex tomó una pistola de cañón largo que estaba encima de un tejido sin terminar. Después de comprobar que estaba cargada, se volvió con una sonrisa hacia Charlotte.

–No lo digas –le advirtió.

–Tal...

–No.

–Dime que bajarás conmigo, cariño.

Charlotte le dirigió una mirada de disgusto y salió de la habitación, y él la siguió con una sonrisa de satisfacción, tomando un abrecartas por el camino.



Es una convención de las aventuras que los héroes lleguen justo a tiempo para salvar a una desdichada víctima de su perdición. Charlotte y Alex se consideraban los héroes en este caso, y Tom Eames era todo lo desdichado que se puede ser sin entrar en un género narrativo más oscuro. Por lo tanto, causó gran asombro general cuando irrumpieron por la puerta del salón de lady Armitage, iluminado por las velas, justo en el momento en que el pastor Dickersley pronunciaba estas palabras:

–Marido y mujer.

Charlotte y Alex se detuvieron. Lady Armitage levantó la vista que tenía fija con adoración en su nueva bola y su cadena (y en el joven unido a ella), sonrió alegremente y los saludó con la mano. Vestida de color malva, y con lirios que asomaban por sobre su puño, se veía tan feliz como cualquier mujer en medio de su pasatiempo favorito.

Tom emitió una respuesta más furiosa, pero como estaba amordazado salió como una mera molestia.

–Veo que han encontrado a Kitty –dijo lady Armitage a través de su sonrisa.

–¿Kitty? –preguntó Charlotte, perpleja. Lady Armitage apuntó un dedo hacia la pistola con que Alex la apuntaba.

–¿Le pone nombre a su pistola?

En ese momento, Charlotte se dio cuenta de que la señorita Tesorito tenía razón: los piratas estaban locos.

–Bueno, entrégueme mi amuleto o Kitty le disparará.

–Y a Tom –añadió Alex–. Eh, digo, Kitty no le disparará a Tom; lo que quise decir...

–¡Ahora miren! –esto lo dijo el pastor, porque a lady Armitage no le preocupaba que fueran a robarle o a dispararle–. ¡No pueden interrumpir un momento sagrado como este!

Levantó una mano para gesticular, y la cadena que lo ataba a la pata de un mueble sonó con fuerza. Las velas puestas sobre la mesa temblaron y un jarrón de lirios amenazó con caerse. Pero el pastor no se dio cuenta.

–¡Tengan algo de respeto por el amor verdadero!

Alex lo miró asombrado. Charlotte, sin embargo, solo tenía ojos para el amuleto.

–Démelo, señora –dijo, dio un par de zancadas hacia ella y le presentó la mano, con la palma hacia arriba, para la entrega.

–¡Nunca! –declaró lady Armitage. La paciencia de Charlotte, que ya estaba al límite, cuando sintió aroma de café en algún lugar de la habitación, acabó por quebrarse.

–¡*Proximare*! –conjuró. El amuleto se elevó sobre su cadena, que se tensó hacia ella.

–Ten cuidado –dijo Alex, pero ya era demasiado tarde. La magia se extendió por su cuerpo, y le presionó huesos y músculos. Sintió que los pies se levantaban del suelo. El amuleto voló con violencia hacia ella.

Por desgracia, lady Armitage voló con él.

Las dos mujeres chocaron. Los lirios se esparcieron por todas partes. Las velas se cayeron de una mesa cercana, y la mesa también, mantel, servicio de té, y todo. Charlotte cayó hacia atrás, con la pirata encima de ella, y cuando chocaron contra el suelo, ella rodó enseguida para intercambiar las posiciones. Pero no había tenido en cuenta las enaguas de lady Armitage. Una vez que empezó a rodar, no se detuvo. Las mujeres rodaron una sobre la otra varias veces antes de frenar contra una pared. Ahí mismo Charlotte empezó a tirar del amuleto y lady Armitage empezó a tirar del pelo de Charlotte. Alex no podía ver con claridad para disparar con Kitty.

Detrás de ellos, la llama de una vela se ocupaba de sus asuntos con tranquila dignidad, y hacía un agujero en el mantel caído para llegar a la alfombra que estaba debajo. Varias llamas nuevas se extendieron por el suelo. El pastor Dickersley, que había caído de rodillas cuando se volcó la mesa, empezó a gemir mientras intentaba

levantarse y alejarse. Le gustaba considerarse un hombre religioso (siempre una ventaja en su trabajo), pero la verdad es que el martirio por el fuego sería la gota que colmaría el vaso.

–¡Libera a Tom! –le gritó Charlotte a Alex. Hay que admitir que sonaba más bien a "ibea a om" ya que lady Armitage le estaba apretando la boca con una mano, pero Alex la entendió. Evaluó la situación con rapidez y decidió que ella no necesitaba su ayuda. Enfundó a Kitty, se apresuró hacia el novio cautivo y utilizó la navaja de lady Armitage para cortar las ataduras de las muñecas. Al instante, Tom se quitó la mordaza de la boca y tomó aire con desesperación.

–¡Puso la llave de las cadenas en su corsé!

Alex miró a lady Armitage. Charlotte estaba sentada encima de ella, tirando furiosa del amuleto mientras lady Armitage intentaba romperle las muñecas. El pelo de Charlotte se había soltado y caía por todas partes. Lady Armitage había destrozado una taza de té. Mientras Alex observaba, la pirata cogió un fragmento de porcelana y empezó a cortar con él a modo de sierra un largo mechón de pelo de Charlotte. Puso cara de horror, porque hasta un varón se daba cuenta de que la batalla estaba a punto de estallar. Desde luego, no había forma de conseguir la llave en aquellas circunstancias.

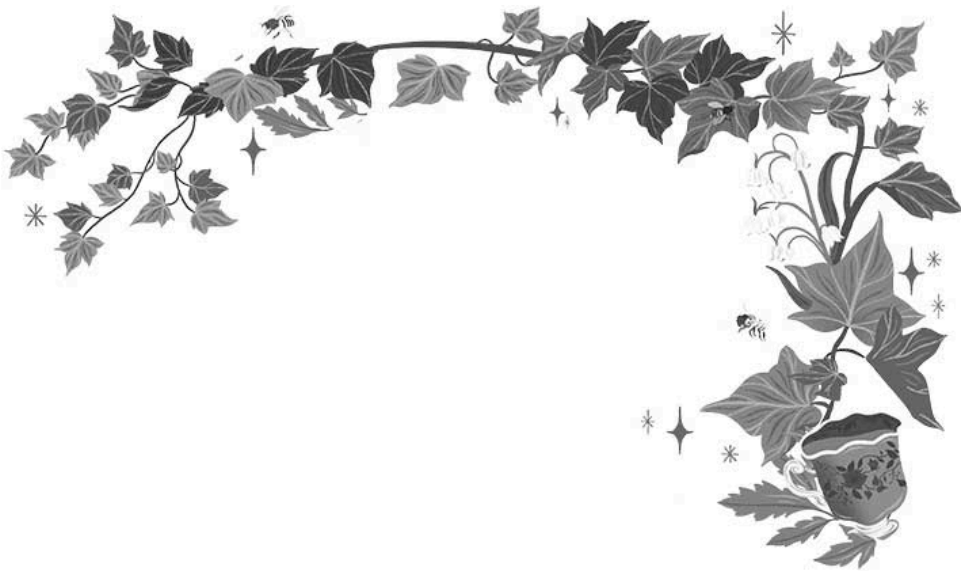
De repente, el fuego de la vela, habiendo reunido todas sus notas, y con una exhalación profunda y excitada, subió al escenario, o con más precisión a un sofá de terciopelo que estaba cubierto de chales y cojines. Con un sonido irónicamente escalofriante, todo estalló en llamas.

El pastor Dickersley se desmayó. Tom agarró la cadena que lo sujetaba a una mesa, y tiró de ella como si eso pudiera ayudar de

alguna manera. Charlotte y lady Armitage habían recurrido a intercambiar salvajes palmadas. Dos lacayos entraron precipitadamente en la habitación, y cuando Alex sacó el cincel de su bota y se los arrojó, volvieron a salir corriendo y cerraron la puerta con fuerza detrás de ellos. Un alto candelabro de pie tembló y se desplomó contra unas cortinas, que se prendieron fuego en el acto.

Alex observó el caos que se desataba a su alrededor y sonrió.

–Ahora –se dijo con satisfacción– esto se empieza a poner divertido.



22

ASALTO CON UNA TAZA DE TÉ MORTAL – LADY ARMITAGE GANA – SANGRE, HUMO Y LÁGRIMAS – EMPRENDER EL VUELO – TOM TIENE UN DESPERTAR – ALEX HACE LO PROHIBIDO – CHARLOTTE NO ES UNA HEROÍNA – EL MOMENTO DE LA ELECCIÓN

Charlotte conocía su propia felicidad. No quería nada más que el amuleto… o, para darle un nombre más fascinante, el dominio total sobre el destino de Inglaterra. Hay que admitir que ella pretendía ser buena de la manera más escandalosa al destruir dicho amuleto, pero eso no restaba valor al hecho central: como Heredera Profetizada de Beryl Black, la elección era de ella. Sería la cumbre de su deber. Y si lo representaba como una magnífica victoria sobre la

Sociedad Wisteria, podría apaciguar los ánimos de las brujas que iban a estallar cuando la Liga Wicken descubriera que no solo había estado confabulada con un pirata, sino que esperaba seguir confabulada con él en el futuro.

Era imperioso, necesitaba ese amuleto.

Por desgracia, lady Armitage no estaba de acuerdo.

Lucharon y se abofetearon hasta que la pirata consiguió clavarle a Charlotte un fragmento de taza de té en el brazo. El dolor la recorrió como una ola de frío, aplastando todo a su paso.

Al principio no entendía lo que había ocurrido; vio el fragmento que asomaba de su brazo, pero no lo reconoció; se olvidó por completo de amuletos y piratas maníacas. Un momento después, lady Armitage tiró de la esquirla y volvió a sentir un dolor que se llevó consigo los últimos fragmentos de discernimiento. Charlotte se desplomó en el suelo. Vio todo blanco y luego rojo y luego se quedó rojo. Tuvo la vaga impresión de que estaba mirando llamas.

Lady Armitage se levantó, murmurando algo sobre chicas molestas que no respetaban a sus mayores.

–¡Eres peor que Cecilia! –le gritó a Charlotte–. ¡Al menos ella no manchó mi vestido favorito con su sangre!

Charlotte se rio. ¡Por fin había superado en algo a la señorita Bassingthwaite! Se incorporó algo mareada, con una mueca de dolor. La herida no parecía terrible, pero frunció el ceño al ver la asombrosa cantidad de sangre. Bixby se iba a disgustar mucho cuando viniera a lavar la ropa.

Sin embargo, un mayordomo descontento era el menor de sus problemas. El salón estaba encendido a un grado preocupante. Alex había destrozado las mesas a las que habían sido encadenados Tom

y el pastor Dickersley, y ambos piratas arrastraban al pastor hacia la puerta. Lady Armitage los empujó con la intención de escapar. Charlotte trató de pronunciar un conjuro de freno para detener a la vieja pirata, pero el humo se arremolinó en su boca y la hizo toser. Lady Armitage abrió la puerta de un tirón y salió corriendo.

–Alex –gritó Charlotte con urgencia–. ¡Se escapa!

Alex levantó la vista. Cuando vio su forma manchada de sangre, se le oscurecieron los ojos de emoción. Charlotte lo habría encontrado en extremo halagador si hubieran estado en circunstancias más agradables. Tal como estaban las cosas, podría desmayarse, pero no por romanticismo.

Alex dejó caer su lado del pastor, de tres grandes zancadas llegó hasta donde estaba ella y se puso en cuclillas, agarrándola de los brazos con angustia.

–¿Estás bien? ¿Dónde estás herida? ¿Charlotte?

Ella hizo una mueca.

–Estaría mejor si no estuvieras apretando exactamente donde me apuñaló. Estoy bien. Suéltame. Tengo que perseguirla. Todavía tiene el amuleto.

Por un momento pensó que no la dejaría. Observó cómo luchaban las emociones con su semblante hasta que al final triunfó algo oscuro y feroz. Al mirarlo, Charlotte no sabía si asombrarse o asustarse. Alex la ayudó a ponerse en pie y empezó a tirar de ella hacia la puerta.

–Yo iré por Armitage –le dijo–. Tú sal. Lleva a Tom y al pastor a un lugar seguro. Prométemelo, Lottie.

Era un plan sensato. Él tenía más posibilidades que ella de vencer a lady Armitage. Como bruja, lo aprobó.

Como mujer, se aferró a su abrigo, tratando de no llorar.

–Prométeme que tú también te mantendrás a salvo.

Él sonrió con su habitual maldad despreocupada.

–Por supuesto. Sé lo que estoy haciendo. Esto es un día normal de trabajo para mí, cariño. Ahora, ¡fuera!

Le dio un pequeño empujón, y por una vez ella obedeció sin más debate. Corrió hacia el pastor, tomó el hombro que Alex había dejado caer y, sin tener en cuenta su dolor, empezó a ayudar a Tom a sacar al hombre de la habitación. El esfuerzo se veía entorpecido por las pesadas cadenas, por no mencionar la imagen de Alex subiendo las escaleras en persecución de lady Armitage, con el humo arremolinándose tras él. Charlotte se obligó a concentrarse en respirar.

Un lacayo pasó corriendo junto a ella con los brazos llenos de cubiertos. Mientras bajaba por las escaleras hacia la planta baja, Charlotte se dio cuenta de que no había esperanza de bajar al pastor inconsciente a tiempo.

–Tendremos que salir por la ventana –le gritó a Tom por encima del crepitar del fuego.

El joven pirata miró a la ventana y luego a ella, con los ojos muy abiertos.

–¡Es demasiado alto!

–No para una bruja.

–¿Quieres usar magia? Pero eres una mujer; seremos demasiado pesados para ti.

En lugar de responder a eso, Charlotte lanzó una palabra oscura y hechicera contra la ventana. El cristal explotó hacia fuera, junto con una parte de la pared. Mientras Tom miraba atónito, ella le dedicó

una sonrisa tan cortés como la escobita de una bruja cada vez que sale disparado un dispositivo.

–Salga, joven.

–Creo que deberías...

Por desgracia, su opinión varonil se perdió para la posteridad cuando de repente sintió que se sacudía y, junto con el pastor, salía despedido por la ventana. Charlotte esperó, contando mentalmente mientras el grito de Tom le indicaba cuánto tiempo había durado el descenso. Miró hacia arriba, hacia donde se había ido Alex. Cada molécula de su cuerpo ansiaba seguirlo. Pero el humo llenaba el pasillo, y sabía que sería una tontería quedarse dentro. Correr a ayudar a Alex sería como si Tom le dijera cómo hacer magia.

Y sin embargo, dejarlo era una agonía.

Debería haberlo convencido de que la acompañara. No le importaba el amuleto, no le importaba nada si Alex no estaba a salvo.

Pero tales pensamientos no eran ni sensatos ni responsables, y aunque Elizabeth Bennet simpatizara con ella, Charlotte sabía que la mayoría de las heroínas no lo harían. Le dirían que huyera y dejara que el hombre se salvara solo.

Así que se subió al alféizar de la ventana, murmurando magia de mala gana. El humo ondeaba a su alrededor. El calor le acariciaba la espalda. La casa se estremecía al elevarse, y Charlotte se aferró al marco de la ventana para no caer antes de tomar vuelo. El mundo se había vuelto borroso. Parecía que, después de todo, era capaz de llorar, porque se le llenaron los ojos de lágrimas que la cegaron de dolor y terror.

Lo quiero, pensó.

Maldita sea.

No podía marcharse, a pesar del sentido común. Si el amor hizo una pira para ella esta mañana, que así fuera. Se volvió con cuidado sobre el alféizar de la ventana, y se preparó para subir las escaleras y salvar a Alex, y a sí misma junto con él.

Pero la magia no era sentimental. No tenía corazón ni heroísmo. Con una calma de bruja que parecía totalmente insensible, la arrojó al viento.



Alex se tambaleó y chocó con una pared. La casa se elevaba y al mismo tiempo, habría jurado que algo caía, llevándose a su corazón consigo. *Que sea Charlotte*, rogó. Que sea ella saltando y poniéndose a salvo.

Y luego continuó por el pasillo, porque había sido un pirata toda su vida y sabía que el destino del mundo (por no hablar del incendio que consumía la Casa Armitage) no iba a tomarse un descanso, beber una taza de té o leer una revista mientras él gestionaba sus emociones.

Lady Armitage se había encerrado en la cabina de mando. Podía oír su voz declamando el conjuro y se estremeció, porque sonaba como una cantante de ópera con laringitis. Además, pronunciaba mal el conjuro, lo que habría sido gracioso si no hubiera sido porque dijo *accendo* en lugar de *accedo* y así provocó que el fuego se encendiera aún más. Alex empezó a patear la puerta de la cabina con el tacón de la bota.

–No acepto visitas en este momento, gracias –gritó lady Armitage.

–¡Pero creo que apreciará lo que tengo que decirle sobre un seguro de vida!

La puerta resultó ser más resistente de lo que esperaba. El humo espesaba el aire. De repente, la casa se sacudió y Alex casi pierde el equilibrio. Las fórmulas de lady Armitage se convirtieron en una carcajada loca. Maldita sea. Iba a terminar por estrellar el maldito edificio: el amuleto, él y todo lo demás.

Pateó la puerta con más urgencia. Se abrió de golpe, haciéndolo trastabillar y caer de rodillas. De la sorpresa dejó caer la pistola Kitty, que se deslizó por el suelo inclinado.

Lady Armitage sostuvo la puerta entreabierta y lo miró con el tipo de sonrisa a la que habría que ponerle una camisa de fuerza.

–No hace falta arrodillarse ante mí, señor –dijo–. Una simple reverencia bastaría.

Alex apretó los dientes para evitar una respuesta que probablemente los habría condenado a ambos. Por la ventanilla de la cabina podía ver tejados de la ciudad meciéndose como barcos en un mar de humo. Mantener a lady Armitage lo más estable posible era su mejor oportunidad de mantener la casa estable hasta que pudiera hacerse cargo de su conducción.

Se incorporó, inhalando aire caliente, buscando la calma en su interior. Sus armas improvisadas serían inadecuadas contra una vieja y astuta villana como Isabella Armitage, pero aún contaba con una poderosa fuerza en su arsenal.

Sonreía incluso antes de volverse hacia la vieja pirata.

–Señora –le dijo seductoramente.

Ella le dio un puñetazo en la boca.



–¡Es un desastre! –se lamentó Tom, agarrándose el pelo–. ¡Un desastre total!

Charlotte frunció el ceño.

–Contrólate, muchacho. Estoy segura de que Constantinopla te perdonará.

Tom se rio con una histeria tan violenta que Charlotte se volvió de la casa que se balanceaba y echaba humo y lo miró con fijeza.

–No, no, sé que no lo hará –parloteó, agarrándose el pelo–. ¡Me casé con otra mujer tres semanas antes de nuestra propia boda!

–Por el amor de Dios –fue todo lo que Charlotte pudo decir para no abofetearlo. Cecilia Bassingthwaite tenía razón, una afirmación que nunca pensó que ella haría pero era irrefutablemente cierta: no se podía confiar en el comportamiento racional de los hombres.

–Estoy segura de que el matrimonio ni siquiera fue legal. ¿Dijiste "sí, quiero"?

–¡Sí! –se lamentó.

–Oh –dijo Charlotte y se mordió el labio–. Bueno. Tendrás que no decírselo a Constantinopla.

Tom la miró boquiabierto.

–¿No decírselo?

–Así es. Mantenerlo en secreto. Nadie va a creerle a lady Armitage y estoy segura de que podemos convencer al pastor de que fue un delirio causado por demasiada inhalación de humo.

Miraron al hombre que yacía inconsciente en la acera.

–¿No me meteré en problemas? –preguntó Tom con ansiedad.

Charlotte se encogió de hombros.

–Yo lo consideraría el menor de los pecados, dadas las circunstancias.

–No me refería ante Dios. Quería decir ante –bajó la voz– Oply.

–No si nunca se entera.

Tomó aire para discutir, pero entonces empezó a comprender. Charlotte vio cómo su expresión de miseria aturdida se transformaba en un nuevo asombro. Habría temido lo que esto significaba para Constantinopla, pero en ese momento su atención se vio desviada hacia un súbito grito ahogado que provenía de la multitud de residentes que se habían reunido en bata y pantuflas para contemplar la dramática escena. Se volvió hacia la casa en el momento justo en que algo estallaba en el salón. Una ventana estalló envuelta en llamas. Charlotte sintió como si su corazón fuera a estallar en cualquier momento.

–No –dijo–. Esto no es aceptable.

No era una heroína que se enfrentaba con valor a lo que la vida le deparaba. Era una bruja, capaz de invertir las leyes de la física para hacer lo que hubiera que hacer.

Empezó a caminar por la carretera, medio desnuda y salpicada de sangre. Sus botas mortales golpeaban la calzada como una lengua que chasqueaba contra el paladar, y sus ojos ardían tan intensamente como la casa de batalla que se cernía sobre ella. Toda su vida había intentado contenerse, ser como una mujer en un mundo de papel: una Plim con una taza de té en la mano y una postura impecable; una dama agradable y correcta. Pero ahora solo sentía un profundo alivio de ser Charlotte Pettifer, bruja malvada. Ni siquiera le importaba que mientras caminaba, la gente se alejara de ella, pues reconocían el poder cuando lo veían.

La vida se había vuelto muy desordenada y Charlotte iba a limpiarla.



Alex esperó a caer muerto. Estaba seguro de que ocurriría eso, porque acaba de golpear a una mujer y eso merecía un castigo divino inmediato. Nunca en su vida había siquiera contemplado hacer tal cosa. Podía haber peleado con Charlotte, pero eso había sido casi como bailar, y era claro que no había pretendido hacerle daño. Pero cuando lady Armitage le dio un puñetazo, el instinto respondió más rápido que el pensamiento, y le clavó un puño en el abdomen con tanta fuerza que la anciana se tambaleó hacia atrás.

El golpe le dolió más a él que a ella, porque la dama llevaba puesto un corsé de acero. Alex esperó que le cayera un rayo del cielo durante unos dos segundos y lo que recibió en su ligar fue las uñas de lady Armitage arañándole la cara. Le agarró las muñecas en defensa propia y trató de sujetar a la mujer sin hacerle daño, pero ella le dio una patada en la espinilla y luego un rodillazo en la entrepierna.

O, mejor dicho, le habría dado un rodillazo en la entrepierna si su miriñaque de crinolina no hubiera impedido que su rodilla se acercara a menos de veinte pulgadas de su objetivo. En lugar de un fuerte golpe, Alex recibió un suave toque. Este error de cálculo desequilibró a lady Armitage, y Alex aprovechó para empujarla con fuerza (pero con cuidado) contra la pared.

–Vaya, señor –dijo ella, moviendo las pestañas. Las del ojo derecho se le cayeron y se quedó solo con unos mechones blancos–.

Solo tenía que pedírmelo.

Asqueado, Alex le arrancó el amuleto del cuello y se dio la vuelta, canturreando la estrofa piloto mientras caminaba hacia la rueda del timón. La casa empezó a temblar como una niña tímida al oír su voz.

–¡Ladrón! –gritó lady Armitage, arrojándose sobre su espalda. Sus huesudos brazos alrededor de su cuello intentaron estrangularlo, pero Alex ni se inmutó. Continuó hacia la rueda, conjurando en voz alta por encima del creciente estruendo del fuego en el piso de abajo. Lady Armitage estiró la mano hacia la boca e intentó tapársela. Él sintió el sabor del polvo y el perfume añejo antes de apartarla.

La rueda estaba sujeta a un pedestal frente a una gran ventana que iba del suelo al techo. Alex acababa de alcanzarla, sus dedos tocaban la madera y su cuerpo hormigueaba con magia antigua, cuando lady Armitage le gritó al oído. Mientras él se estremecía por el ruido, ella extendió una pierna, y la enganchó alrededor de uno de los radios de la rueda. La rueda se sacudió, y la magia tropezó salvaje en la garganta de Alex.

–¡Basta! –gritó–. ¡Va a estrellar su maldita casa!

–Te estrellaré a ti –replicó ella, y enganchó la otra pierna alrededor de la rueda. La casa se inclinó hacia delante y hacia atrás como el juguete de un niño. Alex no tuvo otra opción que renunciar a su plan. Si la vieja pirata loca quería irse a pique con su casa de batalla, tenía poco interés en debatir el asunto con ella. Tenía una bruja de ojos verdes que lo estaba esperando, y poco después debía ir a ver a Ned Lightbourne, para pedirle consejo acerca de cómo cortejar a Charlotte de la mejor manera y la más romántica posible. Puede que ella no gustara de él ahora, pero los piratas siempre conseguían lo

que querían. Robaría para ella, le recitaría sonetos, hasta que ella se rindiera.

Se sacó a lady Armitage de encima con bastante dificultad, empujó a la vieja pirata hacia uno de los sofás y se dio la vuelta para marcharse.

–¡Gracias! –gritó ella, riendo.

Al volverse, Alex la vio tendida en el sofá, con los zapatos rojos apoyados sobre los almohadones y el amuleto colgando de sus dedos. Maldijo en voz alta. De algún modo, ella se lo había arrebatado de las manos sin que él se diera cuenta. Aunque una parte de él no podía evitar sentir cierta admiración profesional por su habilidad, otra quería estrangularla con la maldita cadena de oro.

–Dame. Eso. Devuélvamelo –le exigió con la mandíbula apretada.

Ella se levantó del sofá, dejando que el amuleto se balanceara.

–Ven y cógelo, chico.

Alex se dirigió hacia ella, pero ella hizo un movimiento inesperado hacia un lado y tiró de una palanca en el pedestal de la rueda. La gran ventana de la cabina se abrió.

La Casa Armitage se tambaleó al desestabilizarse aún más su magia.

Alex se tambaleó y buscó el objeto más cercano para estabilizarse: un caballero de mármol desnudo. Se estremecía bajo sus manos, lo que probaba que Charlotte, Cecilia, la señorita Plim, y probablemente la mayoría de las mujeres de Inglaterra tenían razón en cuanto a la poca fiabilidad de los hombres. Alex se vio empujado a los tropezones hacia la ventana abierta.

Se agarró al marco de la ventana. Sus manos lo agarraron con firmeza y casi respiró aliviado.

Pero el resto de su cuerpo siguió moviéndose, siguiendo la inclinación de la casa, y quedó colgando a cincuenta pies por encima de Clacton.



Charlotte estaba aún a cierta distancia cuando Alex quedó asomado de la ventana. Por un momento le pareció que se le fracturaba el cuerpo por dentro por la fuerza del horror. Pero entonces vio que se había agarrado al marco y se recompuso al estilo despiadado de Plim. Este no era momento para ponerse emocional.

A su alrededor, los transeúntes gritaban, señalaban y se pasaban una bolsa de galletas entre ellos. Charlotte sabía que no podía levitar para rescatar a Alex delante de tantos testigos, pero aún era posible hacer uso sutil de un encantamiento. *No te sueltes*, le instó en silencio. En voz alta, empezó a susurrar en latín.

Pudo ver en la periferia a un hombre que se abría paso entre la multitud, pero lo ignoró. Solo un hombre le preocupaba ahora, solo un temor. Como consecuencia, el hombre estaba sobre ella antes de que se diera cuenta, agarrándola del brazo.

–¿Qué está haciendo, señor? –le preguntó, mirándole los ojos pálidos y la cara huesuda–. ¡Suélteme inmediatamente!

Él no accedió. De hecho, la apretó con más fuerza. Tenía una venda en la frente y una expresión de repulsión en su rostro delgado y pálido. Charlotte sintió que debía conocerlo, como si su presencia hubiera habitado en su vida desde que nació, esperando este momento para manifestarse.

–Charlotte Pettifer –dijo él, olfateando el aire–, queda arrestada por brujería.

El horror la sorprendió de nuevo. Y también un extraño y antiguo alivio. *Sabía que sucedería algún día*, dijo su mente, incluso mientras su corazón empezaba a aletear presa del pánico. *Al menos se acabó el miedo*. Pero aunque se le nubló la vista y no sabía cuándo podría volver a respirar, se enderezó en toda la extensión de la rectitud plimesca y le dirigió una mirada fría y despectiva.

–No sea ridículo, buen hombre. Las brujas no existen.

–¿Está segura de eso? –preguntó él, con una sonrisa que se deslizaba por sus labios. Y entonces, con lenta deliberación, levantó la vista.

Siguiendo su mirada con la suya, Charlotte ahogó un grito. Lady Armitage estaba en la ventana abierta, golpeando las manos de Alex con un telescopio. Una de las dos se soltó del marco, lo que hizo que Alex se balanceara peligrosamente y la multitud pegara un grito de emoción. En cualquier momento, iba a precipitarse hacia una muerte segura.

Dios mío.

No es momento para ponerse emocional, le recordó su cerebro con severidad.

¡Arrrgh!, respondió su cuerpo.

El hombre se inclinó hacia ella, olfateándole el pelo.

–Hueles a humo –le dijo, y se lamió las palabras de los labios–. Qué apropiado.

Le apretó el brazo con dedos afilados como palos en una hoguera. Su voz era llamas. Charlotte quería gritar ahora como sabía que gritaría cuando prendieran la pira con una antorcha. ¿Qué debía

hacer? No podía pensar; solo sabía que se hallaba envuelta en humo en un camino costero, ineludiblemente atrapada entre la vida y el amor, y nada en ninguna novela la había preparado para un momento así.

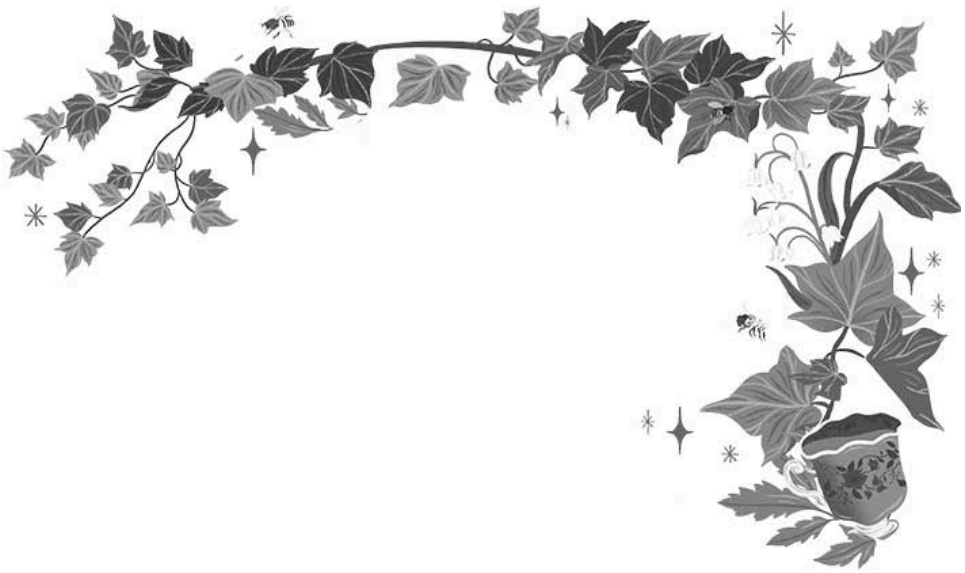
–No soy una bruja –dijo por viejo instinto de bruja.

El hombre soltó una carcajada.

–Veamos. Le doy menos de un minuto antes de que el pirata recorra cincuenta, sesenta pies hasta estrellarse contra este duro camino. Entonces averiguaremos, señorita Pettifer, quién es usted exactamente.

–Yo soy... –comenzó Charlotte, pero sus palabras se convirtieron en fuego y su corazón en cenizas.

Alex cayó.



23

CHARLOTTE HACE SU ELECCIÓN – UNA CITA SIN SENTIDO – UNA VOZ AVANZA A TRAVÉS DEL HUMO – LA LIBERACIÓN DE LA MUJER – UNA INVITACIÓN – LLEGA LA CABALLERÍA – EL MAYORDOMO LO HACE – LA SEÑORITA PLIM EXPLOTA – UN DESASTRE DE PROPORCIONES TITÁNICAS

–¡*Descendeo lente*! –gritó Charlotte.

El hombre que le apretaba el brazo se rio con despiadado triunfo. Pero ella no lo oyó.

–*Descendeo lente*, *proximare* –continuó, con la voz clara y fuerte por encima del fuego crepitante y el murmullo de la multitud. Levantó su mano libre como si quisiera extraer energía de la luz del sol para intensificar su magia. Las palabras resplandecieron. Se le

empezó a revolver el pelo mientras el aire brillaba y bailaba a su alrededor.

Y Alex flotó a través del humo hasta aterrizar con suavidad en el camino.

Inmediatamente cayó de rodillas, tosiendo. Pero Charlotte pudo ver a través de la multitud que se arremolinaba hacia él que estaba a salvo... siempre y cuando, por supuesto, la Casa Armitage o sus maderas en llamas no le cayeran encima, ni lo pisoteara la multitud enardecida. Charlotte sintió un dolor que al principio no pudo comprender, hasta que se dio cuenta de que eran sus incondicionales músculos faciales que se esforzaban por dibujar la enorme sonrisa que se les exigía.

–Gracias por darme todas las pruebas que necesito –dijo el policía de pelo claro, y con sus palabras parecía lamerle la cara. Pero una vez más, ella no lo oyó, pues la multitud vitoreaba. Un grupo de turistas estadounidenses les explicó a todos los que estaban cerca que se trataba de artistas de circo, y se puso a recitar un cántico, acompañado de rítmicas palmas mientras pedía un bis.

El policía esposó a Charlotte.

–La única actuación que harás, bruja, será tu discurso fúnebre en la hoguera.

Charlotte se estremeció cuando sintió que el miedo le volvía a invadir el cuerpo.

–Suélteme –exigió, tratando de soltar el brazo pero él tenía una fuerza notable para ser un tipo tan desecado y no tenía ninguna intención de dejarla escapar. Siguió por la calle, arrastrándola detrás de él. Charlotte vio un coche de policía tirado por caballos. Se veían dos agentes uniformados en la puerta abierta. Le dio un vuelco el

corazón. Sus pensamientos se agitaron como si también hubieran sido esposados. Al parecer no tenía escapatoria. Incluso si usaba los tacos de sus botas como arma contra el hombre, sus colegas estarían sobre ella al instante.

Se esforzó por recordar algún elemento del conjuro que pudiera salvarla pero lo único que vino a su mente fue la queja de Marianne Dashwood: "Si solo hubiera hablado del tiempo, me habría ahorrado este reproche". Lo cual, aunque cierto, era tan útil como uno podría esperar que lo fuera citar una novela durante un arresto. La ironía de ser arrestada por brujería y sin embargo ser incapaz de recordar ni una palabra de brujería la habría hecho reír, si no estuviera aterrorizada.

Miró con desesperación por encima del hombro, no vio más que espectadores bailando y abrazándose mientras la Casa Armitage en llamas se elevaba con dificultad sobre los tejados. (Nada como la inminente desaparición de una pirata para fomentar el espíritu de comunidad). Alex estaba fuera de su vista, lo que significaba que ella estaba fuera de la suya. Él no sería consciente de su peligro, y por lo tanto era poco probable que pudiera proporcionarle un rescate. Ella estaba a punto de desaparecer del mundo cuando la metieran en ese furgón policial.

Ella trató de tomar aire como para gritar fuerte y que él la escuchara pero incluso si lo hubiera logrado, la multitud comenzó a rugir cuando apareció otra casa de batalla pirata en el horizonte para duplicar su entretenimiento. Él nunca la oiría por encima de ese ruido. Charlotte no tenía esperanza, como siempre advertía la señorita Plim. Esa había sido una lección diaria, entre el bordado y

cómo ejecutar un atraco a ciegas. "Si te pillan haciendo magia estás sola. Nadie vendrá a salvarte. Nadie recordará siquiera tu nombre".

Pero cuando el espectro mudo de la despiadada plimisquidad que había perseguido a generaciones de brujas amenazaba con quebrantarla con su filoso dedo índice, una figura llamativa apareció entre el humo. Pantalones, espada en alto, magnífico sombrero de plumas. Charlotte gritó al verla tomar forma.

–¡Aléjate de ella, hijo de puta!

El policía apenas tuvo tiempo de olfatear el aire con desprecio antes de que la pirata diera un giro dramático sobre sus magníficos tacones rosas y le diera una patada en las tripas. Cuando cayó hacia delante, lanzando un grito de dolor, la pirata le propinó un rodillazo en la frente con una eficacia por la que lady Armitage habría matado. (Literalmente). El hombre cayó como un saco de pañuelos mojados. Sus colegas oficiales se apresuraron a la escena, agitando las porras.

Charlotte y la pirata cruzaron una breve y divertida mirada. Charlotte vio entonces que había sido rescatada por una mujer joven, bronceada, jactanciosa, y le dio un vuelco el corazón como toda respuesta. El miedo desapareció, o, mejor dicho, recibió una patada de las botas de púas de su orgullo Wicken. ¡Ninguna bruja se iba a mostrar asustada delante de una chica pirata! Se volvió hacia los policías y empezó a conjurar un hechizo. La pirata levantó su espada.

Y los policías, haciendo una evaluación profesional de la situación, huyeron tan rápido como pudieron.

–¡*Subsisto et concido*! –gritó Charlotte tras ellos. Cayeron al suelo y, ya fuera por inconsciencia o por sentido común, se quedaron en el

suelo. La pirata, que parecía decepcionada por este final tan eficaz que le había dado la otra al problema, blandió su espada porque sí durante un momento, luego se encogió de hombros y emitió un complejo silbido. Al oírlo, los caballos de la policía se alejaron al trote, llevándose el carro con ellos.

–Gracias –dijo Charlotte, e intentó ofrecerle a la pirata un apretón de manos antes de recoger las esposas de hierro.

La pirata sonrió.

–No hay de qué. Te lo debía.

–¿Ah, sí? –Charlotte frunció el ceño un momento antes de reconocerla–. ¡Por Dios! Eres Constantinopla Brown.

–A tu servicio –dijo la muchacha, haciendo una extravagante reverencia–. Bueno no exactamente a tu servicio, ya que los piratas no sirven a nadie, ni siquiera a Su Majestad la Reina (amiga personal mía) y lamento comunicarte que ya te he robado los pendientes, pero no obstante, en términos familiares, a tu servicio y encantada de conocerte.

Mientras Charlotte parpadeaba en un esfuerzo por procesar este discurso, Constantinopla se agachó y recogió un juego de llaves del policía inconsciente. Las revisó con una entrenada facilidad y utilizó una para liberar la mano de Charlotte.

–Estoy muy agradecida porque rescataste a mi Tom de las garras de lady Armitage –dijo mientras trabajaba con la llave–. Podría haberse casado con la vieja bruja si no hubieras intervenido.

–Oh, sí –dijo Charlotte–. Estuvo cerca. Pero llegamos justo a tiempo y Tom no se casó con nadie, y menos con lady Armitage, de eso puedes estar segura.

El rostro de Constantinopla se iluminó con una sonrisa.

–Así que parece que estoy en deuda contigo otra vez, señorita Pettifer. Digo, ¿vendrás a mi boda? Sé que no deberíamos asociarnos, pero me sentiría honrada con su presencia, ya que usted es la responsable de que se celebre.

Charlotte dudó.

–No estoy segura de que sea prudente.

–Ah.

–Y por eso acepto encantada la invitación.

Constantinopla le regaló una sonrisa tan amplia que Charlotte temió que se le rompiera algo. Luego se guardó las esposas en el bolsillo y, cuando Charlotte se dio cuenta, se sonrojó.

–Pensé que podría llevármelas en mi luna de miel.

Y ahora fue Charlotte la que se sonrojó.

–Después de todo –continuó Constantinopla, mirando con adoración a Tom, que ahora cojeaba hacia ella–, una nunca sabe cuándo podría hacer algún saqueo por su cuenta y estas esposas impedirán la intervención de mi marido. Incluso una mujer casada debe proveerse su sustento, ya sabes.

–Qué moderno de tu parte –murmuró Charlotte. Esta idea (aunque en un sentido más metafórico que no relataremos aquí) le interesó tanto que dejó a Constantinopla con un gesto de asentimiento y una sonrisa, y se acercó a los otros dos policías con la esperanza de encontrar esposas en sus personas. Además, los jóvenes piratas expresaban con entusiasmo su alegría por el reencuentro, y ella no pudo evitar desaprobarlo. Reírse y abrazarse a la vista de varias docenas de personas era un comportamiento atroz, incluso para los piratas, y tuvo ganas de volver y regañarlos.

–¡Lottie!

Alex salió de la multitud, con la cara cubierta de hollín, pero sus ojos de un azul tan claro que Charlotte sintió que podría haber volado con ellos. Se olvidó de los policías, corrió hacia él y lo envolvió en un abrazo incluso antes de que dejara de caminar.

Él se rio y ella le rodeó las caderas con las piernas, embargada por tal alegría que sintió que el aire crepitaba con ella. Los brazos de Alex la rodearon, dándole una fuerza en la que sabía que podía confiar.

Él era su gran pirata aterrador, y con él estaba segura.

–¿Estás bien? –le preguntó, tocándole la cara y alisándole el pelo.

–Estoy genial, cariño –dijo él, sonriendo como si acabara de llegar del bar y no de una casa en llamas–. ¿Y tú?

–Ahora sí.

–Gracias por rescatarme.

Ella abrió la boca para decir que no era nada. Arriesgar su propia vida, exponer brujería, traicionar a la Liga, nada. Pero no era cierto, y en lugar de eso dijo:

–Tú lo eres todo.

El calor floreció entre ellos y el aire crepitó con más fuerza. El mundo parecía alejarse como el humo de un incendio. Alex parpadeó, con los ojos cada vez más pesados. Charlotte sonrió. Se acercaron en un beso suave y delicado.

Era como si nunca se hubieran besado, como si nunca se hubieran tocado. Una nueva promesa tierna floreció entre ellos, y Charlotte supo que lucharía con gusto contra la Liga, o incluso la abandonaría por completo para que el pirata siguiera siendo parte de su vida. Suspiró contra su boca perversa.

Un momento después, se dio cuenta de que el sonido crepitante procedía de las llamas que seguían arrasando la Casa Armitage por encima de la concurrida calle, y el calor que sintió pudo haber sido románticamente metafórico, pero también era literal debido a la lluvia de fragmentos ardientes de tablones y muebles. Se soltó de los brazos de Alex y se quedó mirando el drama aéreo. Una casa alta y elegante había empezado a rodear la Casa Armitage con una dignidad sombría y arrogante que a Charlotte le recordaba a su tía. La ventana del frente se abrió y a través de ella asomó un gran cañón.

–¿Va a expulsarla del cielo de un disparo? –preguntó asombrada–. ¡La gente de tierra saldrá herida!

–Esa es la Casa Darlington –dijo Alex–. La señorita Darlington y lady Armitage han sido rivales durante más tiempo del que yo he vivido. Espero ver...

De repente, el cañón disparó. Arrojó agua sobre las llamas de la Casa Armitage, creando enormes columnas de humo. La multitud vitoreó y Charlotte miró a Alex enarcando una ceja.

–Sí –dijo él, asintiendo con autoridad–, eso es exactamente lo que estaba a punto de decir.

Charlotte no tuvo oportunidad de burlarse, porque las casas de batalla empezaron a moverse hacia la orilla mientras la Casa Armitage intentaba eludir los esfuerzos de rescate de la Casa Darlington. La multitud se apresuró a seguirlos, y Charlotte y Alex fueron con ellos.

–No pude conseguir el amuleto –dijo Alex mientras se apresuraban.

–Bien –dijo Charlotte.

–¿Cómo dices? –Sus cejas no sabían si levantarse o apiñarse en confusa sorpresa. Ella se encogió de hombros con la audaz despreocupación que había aprendido de él.

–Ahora nos vemos obligados a seguir buscándolo juntos.

Alex sonrió, y Charlotte sintió un brillo en el corazón que sabía que se reflejaba en la mirada larga y hambrienta que le dirigió. Los pasos se hicieron más lentos y él alargó la mano para tocarle la cara.

–Oh, diablos –dijo Alex, con expresión sombría.

–¿Qué ocurre? Charlotte miró a su alrededor en busca de aquello que había notado Alex, y su propia expresión saltó por encima de la tristeza y aterrizó directamente en la consternación.

La señorita Plim avanzaba por la calle y apuntaba directamente hacia ella como una flecha envenenada.

–Oh, diablos –coincidió Charlotte.



Era como si la tía Judith no hubiera dejado de perseguirlos desde el baile del día anterior. Caminaba metódicamente, sin cansancio ni piedad. Se le había despeinado el rodete pero sus codos seguían funcionando y golpeaban a diestra y siniestra a la gente junto a la que pasaba a toda prisa. Y su rostro era tan tormentoso que podría haber apagado el incendio de la Casa Armitage con solo mirarla.

–Demonios –repitió Charlotte, la palabra revoloteando enloquecida en su garganta.

–Con permiso.

Se giraron para ver a Bixby de pie, inescrutable, junto a ellos. En una mano llevaba una bandeja de plata con dos pistolas.

–¿Cómo te las arreglas siempre para encontrarme? –preguntó Alex mientras tomaba una de las pistolas y se la pasaba a Charlotte.

–Uno intenta realizar su trabajo con propiedad –respondió Bixby.

–O tal vez intentas pillarme desprevenido, para que grite de susto y puedas regañarme por escandaloso.

–Desde luego que no, señor –dijo Bixby en un tono tan monocorde que parecía había sido golpeado hasta la muerte por la risa.

Alex le dirigió una mirada sombría.

–Estoy tentado de hacerte caminar por la plancha –dijo, tomando la otra pistola y examinando su recámara–. Pero sin duda criticarías la madera y te negarías a caminar hasta que yo hubiera martillado todos los pernos correctamente. ¿Es segura la casa?

–Un momento, señor –respondió el mayordomo. Levantó su bandeja sin mirar y la descargó contra la cabeza de un joven que intentaba robarle algo del bolsillo. El chico se desplomó en el suelo. Alex miró hacia abajo.

–¿No es Dominic Etterly?

–Jonah, el hijo menor –lo corrigió Bixby.

–Santo cielo, Joe Etterly, ya en edad de cometer piratería. Me siento viejo. Hazme un favor, Bixby, y róbale el reloj de pulsera que lleva atado al chaleco.

–Sí, señor. Además, la casa es bastante segura, aunque tendremos que repintar la puerta principal. Y si se me permite el atrevimiento de mencionarlo: tía irascible a las dos en punto.

Alex se volvió y levantó la pistola con un gesto automático.

Charlotte lo miró horrorizada.

–¿No será que tienes intención de disparar a mi tía? –le preguntó.

–Yo…

–Porque ese es mi privilegio.

Intentó amartillar su arma, luego frunció el ceño y volvió a intentarlo. Alex dio un respingo, tomó el arma, le quitó el seguro y la amartilló antes de devolvérsela. Charlotte podría haber disparado a la señorita Plim, o podría no haberlo hecho. Antes de que pudiera tomar una decisión, llegó la tía. En ese momento, dispararle sería un asunto decididamente íntimo y sería un desastre. Charlotte se encontró escondiendo la pistola detrás de su espalda como una niña traviesa a la que pillan con un pastel prohibido.

–Charlotte Pettifer –exclamó la señorita Plim, cruzándose de brazos y mirando a Charlotte por debajo de la nariz aunque la sobrina era media cabeza más alta.

–Me horroriza encontrarte en este estado, en la calle, en ropa interior, cubierta de sangre y hollín y, lo que es peor, ¡con el pelo suelto! Te has estado comportando de una forma vergonzosa, no solo has arrastrado el buen nombre de tu familia por el fango, sino también el malvado nombre de las brujas de todo el mundo. ¡Los piratas han comenzado a considerar que somos accesibles! He recibido dos invitaciones a tomar el té ¡solo esta mañana! Este intolerable estado de cosas debe cesar de inmediato. Exijo que vuelvas a casa y hagas una denuncia pública... de este... este... Agitó una mano hacia Alex como si nombrarlo le ensuciara la lengua.

Charlotte se echó el pelo hacia atrás en un gesto de desafío no tan poderoso como apuntar una pistola a la cara de su tía pero lo bastante bueno como para que la señorita Plim frunciera el ceño con furia.

–El hombre al que te refieres, tía Judith, es mi amigo.

La señorita Plim escupió una carcajada.

–¿Amigo? ¡Qué tontería! Yo diría que te ha afectado la tontería piratesca, Charlotte Judith Pettifer, pero por desgracia siempre ha habido un profundo defecto en ti, una propensión a la delincuencia, por mucho que yo haya intentado corregirla. Me enferma cuando...

Se detuvo, con la boca arrugada en un nudo.

–Se dará cuenta –dijo Alex con languidez a Charlotte, aunque sin apartar su atención de la pistola que había apretado contra la sien de la señorita Plim– de que he quitado el seguro, así que podré disparar cuando haga esto.

Amartilló la pistola.

La señorita Plim se estremeció.

–Me temo que no recibí el memorando sobre ser amigable con las brujas –dijo–. Diablos, ni siquiera soy amistoso con la que pretendo casarme. Así que se lo digo ahora mismo, señora: una sola palabra desagradable más a Lottie y me aseguraré de que no vuelva a hablar.

Su expresión era tan fría, tan despiadada, que incluso Charlotte se estremeció. La señorita Plim resopló indignada, sus fosas nasales se encendieron, pero no salió ni una sola verdadera palabra de su boca fruncida. Charlotte no lo podía creer.

–Señor –murmuró Bixby.

–Sí, lo sé –dijo Alex en tono de protesta–. No sea grosero con una dama.

–En realidad, señor, no detecto a otra dama más que a la señorita Pettifer. Intentaba explicar que las casas se están alejando.

Alex retiró el arma, soltando el martillo.

–Le sugiero que se vaya en silencio –le dijo a la señorita Plim– antes de que cambie de idea.

Ella le lanzó una mirada tan rabiosa que habría aniquilado la confianza de la mayoría de la gente. Alex se rio.

–No me asusta. Fui educado por monjas. Ellas se arreglarían con una mujer como usted en el tiempo de un Ave María y la mitad de un Padrenuestro, y luego la harían pasar el resto de tus días lavando ropa. Váyase. Ahora. Rápido.

Ante el asombro de Charlotte, la señorita Plim obedeció.

–Te veré en casa –dijo con una última mirada mordaz a Charlotte y giró tan rápido sobre un tacón que Charlotte pensó que daría una vuelta completa. Se abrió paso entre la multitud y desapareció.

Charlotte la siguió con la mirada, atónita. Nunca nadie había reprendido a la señorita Plim de aquella manera. Y, desde luego, nunca nadie había defendido a Charlotte de sus arengas, como si Charlotte pudiera ser vulnerable, blanda, con un corazón que mereciera protección.

Fingió que todo la había divertido mucho antes de que Alex se diera cuenta de lo conmovida que se sentía.

–Dios mío, valió la pena saltar de una casa en llamas, ser arrestada, y traicionar a toda mi herencia, solo para ver este momento. Pero ¿me permitiría hacerle una pequeña pregunta, capitán?

–No –dijo él. Y la forma en que la miró, tan firme, tan profunda, le hizo darse cuenta de que había visto a través de su simulación. Tragó saliva y, sin embargo, no le tenía miedo.

–¿No? –repitió ella, con el corazón temblando.

–No hasta que esté listo para decirlo de nuevo de manera apropiada.

El vaivén se convirtió en un vals.

–Ah, ya veo. ¿Con un anillo?

–Y de rodillas. Sí.

–Sí –dijo ella sin aliento.

Su solemnidad se rompió en una sonrisa distinta a todas las otras que le había visto Charlotte. Su belleza y cálida sinceridad brillaron en su corazón, que suspiró y se abrazó a sí mismo.

–Me alegro de que por fin estés de acuerdo conmigo en algo –dijo Alex, tomándole la cara con una mano. Sus ojos, de una belleza peligrosa, le regalaron una mirada amable.

–Quédate con esa respuesta.

Ella intentó resoplar, pero en su lugar emitió un suspiro soñador.

–Sí.

–Esa también.

Se miraron, y cruzaron sonrisas tontas.

–Chist.

Al girar, vieron a Bixby que sacudía la cabeza con exasperación.

–Disculpen –dijo, sin el menor atisbo de disculpa en su voz–, ¿pero esto es un romance o una aventura? Les recuerdo que nos estamos perdiendo la acción.

Charlotte y Alex intercambiaron una mirada cómplice.

–Creo que esto desafía cualquier definición –dijo Charlotte.

–Lo cual es correcto –añadió Alex–. Charlotte, *we are the makers of manners*.

–Ooh –dijo ella, con una sonrisa radiante–. ¡Shakespeare! No sabía que leías...

Las cejas de Alex se alzaron divertidas.

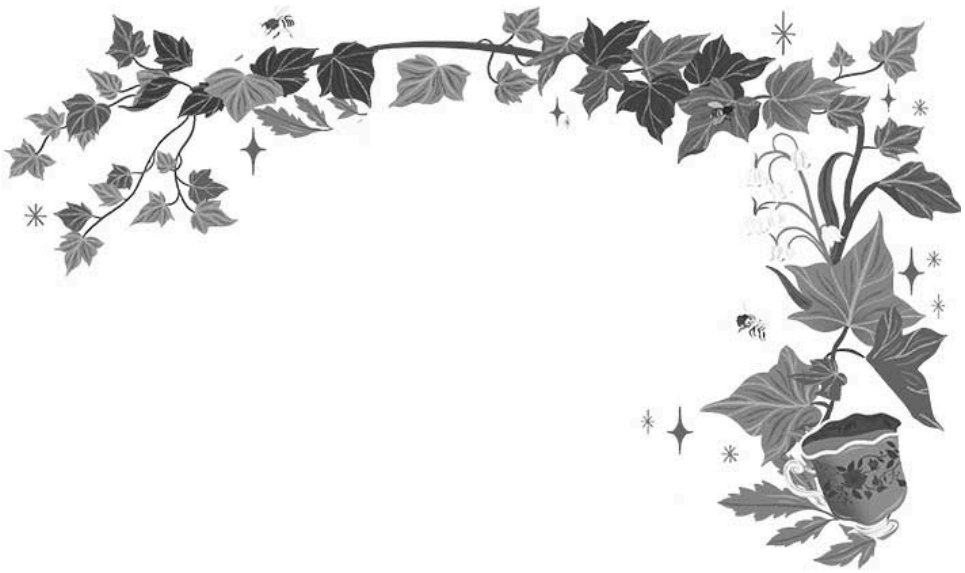
–… ese tipo de cosas –añadió ella–. No sabía que leías ese tipo de cosas.

Él se encogió de hombros.

–Hay muchas cosas que no sabes de mí, cariño.

–Bien, pues no soy demasiado vieja para aprender.

Ella lo tomó de la mano y corrieron tras la multitud hacia la orilla.



24

INFELICES DOS – EMPATÍA INESPERADA – APARECE UNA SOLUCIÓN – EMPANADAS DE CERDO – NED ACONSEJA A ALEX – LOS ÁNGELES DE CLACTON – CREEVE HACE JUSTICIA – NO HAY TEST DE BECHDEL PARA LOS HOMBRES – CHARLOTTE APUNTA – LA SOLUCIÓN DEFINITIVA

Las damas de Inglaterra que aún estuvieran en la cama, sin duda se considerarían malditas por no haber estado en el paseo marítimo de Clacton-on-Sea, y mantendrían su femineidad por los suelos cuando oyeran decir a cualquiera que vio a los piratas luchar entre sí esa mañana. Para cuando la Casa Armitage y la Casa Darlington alcanzaron cielos despejados sobre el puerto en el que poder combatir con mayor comodidad, se había congregado más de la

mitad de la ciudad, ondeaban banderas, la policía había renunciado a intentar poner orden, y varios jóvenes con chaquetas de rayas rojas y blancas iban entre la multitud vendiendo pasteles de cerdo y queso en un palillo.

El cañón de agua de la señorita Darlington había extinguido el fuego de la Casa Armitage y lady Armitage mantenía en alto su casa de batalla gracias a lo que debía ser su pura fuerza de voluntad (o por estar demasiado loca para darse cuenta de que ahora no volaba más que un piso superior y media escalera). Las dos bailaban una alrededor de la otra, intercambiando gritos.

–¿No deberían estar intercambiando tiros en lugar de gritos? –preguntó una mujer. Su pregunta era retórica, pero Alex estaba cerca, así que respondió.

–La señorita Darlington y lady Armitage han estado tratando de matarse durante décadas. Sería extraño que se mataran "de verdad" ahora.

La mujer se volvió para decirle que estaba de acuerdo con su respuesta y, al ver que era un pirata, estuvo a punto de morir en el acto. Haciéndose a un lado, sin querer pisó a un hombre rubio cuya sonrisa brillaba como una espada. (La mujer estaba convencida de que era una buena metáfora debido a la espada literal que sostenía). Con un grito, huyó entre la multitud.

–Veo que sigues encantando a las damas –dijo Alex cuando Ned se paró a su lado.

–Veo que sigues haciendo desastres –replicó Ned, mirando el pelo y la ropa manchados de hollín de Alex.

–¿Por qué agitas así la espada? Podrías sacarle un ojo a alguien.

–Hay cuatro piratas y al menos dos brujas en esta multitud. Acabo de tener una pelea con Olivia Etterly y prometí encontrarme con el señor Rotunder con pistolas al amanecer.

–¿Lo harás?

Detrás de ellos, una mujer se rio.

–Dudo que Ned sepa siquiera cómo se ve un amanecer.

Alex se volvió y le sonrió a Cecilia, que le dirigió una mirada fría y luego le hizo un gesto a Charlotte.

–Señorita Pettifer, ¿cómo está?

Alex observó cómo Charlotte bajaba las pestañas y las volvía a subir, la única señal en su rostro tranquilo de que estaba evaluando con rapidez cómo comportarse en esta situación inesperada. El corazón le dio un pequeño salto de preocupación por ella, y luego otro salto de adoración. Dios, le encantaba que ella no supiera cómo ser normal. Ansiaba llevarla volando a un cielo salvaje donde tuviera la libertad de ser tan extraña, sensual e indescriptiblemente maravillosa como quisiera.

–Estoy bien, gracias, señorita Bassingthwaite –dijo tras una pausa tan breve que solo Alex la notó. Ella asintió con impecable elegancia.

–¿Y usted?

Cecilia suspiró, abanicándose con una mano enguantada de blanco.

–Para serle franca, señorita Pettifer, estoy abrumada. Todo este clamor y aglomeración agota mis sentidos.

Los ojos de Charlotte se abrieron de par en par por el asombro, pero se recuperó y le dedicó a Cecilia una sonrisa cortés, como si ella misma no estuviera a punto de hacer algo terrible, como fruncir

el ceño, o tal vez incluso exhalar exasperada, debido a su propio agobio. Alex se mordió el labio para no sonreír.

–¿Damos un pequeño paseo? –sugirió Cecilia–. Me encantaría que me acompañara mientras intento encontrar un lugar más tranquilo desde el que ver las travesuras de mi tía.

–¿No se supone que deberíamos estar yendo a nuestra casa para perseguir el amuleto? –preguntó Alex.

Charlotte dudó. Alex podía sentir el conflicto que había en ella entre el deber y una nueva amistad. Al instante, supo cuál valoraba más. La amistad no significaba nada para él, ¡nada! Pero deseaba con todo su corazón que ella sí gozara de una. Y si las dos mujeres se hacían amigas, entonces él tendría la ~~excusa~~ obligación de pasar más tiempo con Ned. Tal vez él y Charlotte, Ned y Cecilia, podrían incluso llegar a tener largas conversaciones, viajar juntos, y reunirse en restaurantes. Lo haría por el bien de Charlotte. Él arriesgaría cualquier cosa, incluso los peligros de la intimidad emocional, por ella.

–Está bien –dijo–. No tenemos por qué darnos prisa.

Charlotte lo miró dubitativa y, por un momento, el mundo entero pareció detenerse a la espera de una respuesta.

Luego sonrió.

–Será un placer –le dijo a Cecilia, que le devolvió la sonrisa. Pero antes de marcharse lanzó una mirada más a Alex, como para comprobar de nuevo que seguía vivo. Lo penetró y le apretó el corazón. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie se preocupaba de que estuviera vivo?

De hecho, si lo hubiera pensado un poco, se habría dado cuenta de que había sido la semana anterior, cuando Bixby lo vio entrar por

la puerta después de pasar la noche en una casa de juego, llevando a la bancarrota a traficantes de opio; y seis meses antes, cuando estaba parado junto a Ned en el altar, viendo a Cecilia deslizarse hacia ellos con un vestido blanco y dorado; y tres meses antes de eso, cuando pilotó la casa de una anciana a un lugar más cálido para que sufriera menos de artritis; y de hecho todo el año 1884, cuando introdujo de contrabando en Irlanda suficiente harina y azúcar para alimentar a tres pueblos durante todo el año.

Ignorante de esto, Alex dirigió a Charlotte una mirada tan llena de amor y gratitud que ella frunció el ceño. Por suerte, se dio la vuelta con Cecilia antes de que lo viera suspirar como un niño soñador.

Ned, sin embargo, lo vio demasiado bien.

–Estás enamorado –se rio entre dientes, pinchando a Alex con su espada.

Sin siquiera pestañear, Alex apuntó su arma directamente al espacio entre los dos ojos de Ned. Esto hizo que el otro pirata se riera aún más.

–No importa, viejo amigo –dijo, dando una palmada en el brazo de Alex, un movimiento arriesgado, teniendo en cuenta que era el brazo que sostenía un arma cargada–. Tengo un libro de poesía que puedes tomar prestado.



Charlotte y Cecilia paseaban tomadas del brazo entre la multitud, un proceso facilitado por el hecho de que la mayoría de la gente se dio cuenta de que Cecilia era una pirata (el llamativo sombrerito rojo era

una pista, por no hablar de las dos pistolas en la cintura) y se apresuraban a abrirles paso.

–Por Dios, sí que está cerca –dijo Cecilia, sacando un pañuelo y agitándolo delicadamente delante de su cara. Charlotte se dio cuenta de que era el pañuelo que el capitán Lightbourne le había implorado que le pasara, hacía varios días o toda una vida, en el Museo Británico. La imagen de los lirios asiáticos le hizo suspirar. Ella también amaba los lirios, y Cecilia tenía incluso eso.

Aunque siempre me han gustado más los lirios del valle, se recordó a sí misma y luego se sonrojó al darse cuenta de que había hablado en voz alta. El pánico se apoderó de su garganta. Pero Cecilia se limitó a sonreír.

–A cada cual lo suyo, señorita Pettifer –dijo.

Y así, Charlotte pudo respirar. Una sola frase de la pirata deshizo años de educación reprobatoria plimesca y la hizo sentir por fin aceptable en toda su tímida y frágil sensibilidad. Era una ironía tan propia de Jane-Austen que casi se echó a reír.

–Me alegro de que haya podido salvar al capitán O'Riley –continuó Cecilia con tono alegre, como si validar el verdadero corazón de una mujer fuera para ella una tarea tan cotidiana que ni siquiera necesitara hacer una pausa después–. Bajo sus armas y picardía... y malos modales... y lenguaje sencillamente horrible… por no hablar de esa catástrofe que él llama su casa de batalla… y luego está la dudosa política y la tendencia a beber un poco demasiado cuando está de mal humor, que parece ser muy seguido... eh, sí, por debajo de todo eso, es un buen hombre.

–Estoy de acuerdo en que tiene algunas cualidades valiosas –dijo Charlotte.

–Y es extraordinariamente guapo –añadió Cecilia.

–Es tolerable a la vista, supongo –convino Charlotte.

–También es rico.

Charlotte hizo una pausa y recordó el primer día que lo conoció, la indignación y el secreto e irónico aprecio que sintió por él, como colega estafadora, cuando se abrió el maletín y cayó papel triturado.

–El dinero no lo es todo –le dijo.

–¡Cielo santo! –exclamó Cecilia–. Me temo que ha inhalado demasiado humo del fuego, señorita Pettifer.

Charlotte no contestó, pues se había dado cuenta de que desde la Casa Darlington alguien estaba lanzando un garfio, aún sin éxito, y se le ocurrió una idea terrible.

–Perdóneme, señorita Bassingthwaite, puedo tener prejuicios en cuanto a las tías, pero ¿qué pasaría si su tía Darlington obtuviera el amuleto de lady Armitage?

–La tía Darlington es un personaje noble que defenderá los mejores intereses de Inglaterra ante todo en sus pensamientos –respondió con tono sonoro y una sonrisa complaciente.

–Me alegra oírlo –dijo Charlotte.

–O para ser más precisos, estamos condenados.

En ese momento, una voz llamó desde el borde del camino costero.

–¡Señoras! ¡Señoras! ¡Por aquí!

Charlotte giró y vio a Constantinopla Brown de pie ante un puesto de palomitas de colores chillones. La joven pirata apoyaba una mano en la fachada, mientras que con la otra saludaba alegremente.

Cecilia se volvió hacia Charlotte con una sonrisa que ahora era menos complaciente y más perversamente pirática.

–Digo, señorita Pettifer. ¿Por casualidad le apetece una aventura?



–El secreto de una relación exitosa –decía Ned mientras él y Alex comían pasteles de cerdo que habían robado a un vendedor ambulante– es la comunicación. Cecilia sabe que nunca se me ocurriría (otra vez) instalar una red de tenis en la sala sin hablarlo antes con ella, y puedo estar seguro de que ella no se iría por ahí a hacer locuras sin decírmelo. Por eso somos tan inmensamente felices. Te insto a que sigas mi consejo, viejo amigo, si quieres alcanzar la misma felicidad con la señorita Pettifer.

–Ajá –dijo Alex mientras observaba a Cecilia que hacía girar una pequeña rueda de timón portátil dentro de un puesto de palomitas mientras se elevaba por encima de la multitud. Constantinopla señalaba las casas de batalla en duelo mientras gritaba innecesarias instrucciones de navegación, y Charlotte estaba entre las dos damas piratas, contando las balas de su pistola.

–Por supuesto, tengo la bendición de tener una esposa como Cecilia –continuó Ned–. Tan gentil, tan recatada.

–Mmm –dijo Alex, agradecido por el bocado de pastel que le impedía responder mientras veía a Cecilia golpear una bolsa de palomitas contra una decoración en la parte delantera del puesto volador que le obstruía la vista. La decoración se rompió en el mismo momento en que se abrió la bolsa, lanzando las palomitas sobre la multitud en una apropiada versión circense del maná caído del cielo. Alex tragó el pastel y dijo con cuidado:

–Por cierto, ¿llevas una rueda de timón de repuesto?

–No, lo siento –dijo Ned–. Cecilia lleva la nuestra en el armazón del vestido. Las mujeres piratas realmente tienen las mejores modas, ya sabes. Visionarias, incluso. Recuerda mis palabras, un día todas las mujeres tendrán compartimentos secretos y bolsillos en sus faldas como una cuestión de rutina. Pero ¿para qué quieres una rueda de timón?

–No quiero. Solo me preguntaba cómo había hecho tu recatada esposa para que ese puesto de palomitas levantara vuelo.

Ned miró el colorido puesto que volaba hacia las casas de batalla, con tres mujeres apiñadas en su interior. Puso los ojos en blanco.

–Otra cosa que aprenderás sobre las relaciones exitosas, O'Riley, es que siempre estarás equivocado. Además, no puedes mantener a una buena mujer todo el tiempo con los pies en la tierra, y eso es literal en el caso de una bucanera. Veo que tu señorita Pettifer se está poniendo a la altura de las cosas de una manera que no habría esperado de un miembro de la Liga Wicken.

De hecho, Charlotte se estaba poniendo a la altura en sentido literal de la frase porque estaba trepando al techo del puesto de palomitas y movía los labios susurrando un conjuro. Tenía una pistola en una mano y una larga cinta rosa le ataba el pelo. Alex pensó que se desmayaría con solo verla.

–Lottie es única –dijo.

–¿Crees que deberíamos perseguirlas? –preguntó Ned sin mucho entusiasmo.

–Creo que por algo nos dejaron atrás. Esto es cosa de mujeres.

–Me parece bien. Sé un buen amigo y róbale un café a ese vendedor para mí.

Alex estaba a punto de hacerlo cuando una voz airada sacudió a la multitud.

–¡Bruja! ¡Bruja! –gritó un hombre de pelo claro que se tambaleaba hacia la orilla, señalando con un dedo largo y delgado al puesto de palomitas–. ¡Detengan a esa bruja!

Alex frunció el ceño. No tenía ni idea de quién era el hombre y tampoco interés en detenerse a preguntárselo. Desenfundando su pistola, se adelantó para resolver el problema. Pero llegó demasiado tarde.

Una bolsa de nueces tostadas cayó del puesto sobre la cabeza del hombre. Se desplomó de inmediato en un montón de codos y piernas flacuchas, y el público aplaudió con deleite este número extra que se agregaba al espectáculo.

–Esa es mi chica –murmuró Ned con una sonrisa.

–En realidad esa fue mi chica –dijo una nueva voz. Los piratas echaron una mirada alrededor y vieron llegar a Tom. Llevaba una bola de hierro en las manos que aún estaba unido a un tobillo mediante una cadena. Ned le dio una palmada alegre en el hombro que lo hizo encorvarse de dolor.

Alex se volvió y vio al puesto de palomitas acercarse a la Casa Armitage. Era conducido por Charlotte que mantenía un perfecto y sereno equilibrio en el techo.

–¿Alguien tiene la sensación –preguntó Alex– de que en realidad nosotros somos sus chicos?



Charlotte se puso de pie sobre el techo de hierro corrugado. El viento le daba en la cara y en el corazón. La magia se le salía del cuerpo. No miró hacia abajo, porque no le importaba quién la pudiera estar mirando o qué estuvieran pensando. Mantenía la vista fija en la ventana abierta de la Casa Armitage y la figura en sombras que se adivinaba en su interior. Su mayor interés no era recuperar el amuleto. Eso es algo que había que hacer, pero no era lo que ocupaba su corazón. Lo que le apasionaba ahora era la persecución. La oportunidad de hacer cosas salvajes, de ser salvaje.

Charlotte siempre había creído que las piratas debían parecerse más a las damas de la Liga Wicken, decorosas y sensatas, con sombreros más pequeños. En general, todavía lo creía. Pero, Dios mío, mezclar piratería con brujería era de lo más estimulante.

¿Cómo es que otras brujas no lo habían pensado? ¿Nunca habían experimentado la magia brotando de ellas como una pasión caliente y sensual? ¿O eran remilgadas porque lo habían pensado y tenían miedo?

–Bueno –se dijo Charlotte–, no tengo miedo de tener miedo.

Al menos, no lo había tenido desde que un malvado pirata la besó y la empujó por la plancha hacia las profundidades de sí misma.

Por ejemplo, podía admitir que le daba miedo caerse del puesto de palomitas. Aunque ella podría pronunciar sin problemas *descendeo lente*, igual se ahogaría, ya que nadar no era propio de una dama; y, además, las brujas siempre habían estado demasiado atormentadas por el recuerdo cultural de los baños en juicios de brujas como para tolerar algo más inmersivo que una bañera. Pero el miedo no la dominaba. ¡Se reía en su cara! (O, mejor dicho, fruncía el ceño en su cara y pensaba en cómo podría mejorarse: un

tiburón, tal vez, o una repentina ráfaga de viento). Además, no creía que fuera a caerse, porque estaba decidida a tener su final feliz, y, por lo tanto, la realidad iba a hacer lo que se le dijera durante un rato más.

Debajo, en el interior del puesto, Cecilia maniobraba con pericia para ponerse a la misma altura que la cabina de la Casa Armitage. Constantinopla le gritaba insultos de todo tipo a la vieja pirata, un aporte vivificante, aunque en última instancia bastante inútil. Lady Armitage se aferraba a la gran rueda del timón y reía con desdén. Tenía la cara manchada de humo y el pelo alborotado, pero una luz en los ojos sugería que tenía suficiente energía (o caramelos de cocaína) para seguir en la lucha.

Charlotte levantó el brazo con lentitud, apoyada sobre la fuerza amortiguadora de la magia, y apuntó con el arma a la pirata loca.

–¡Devuélvame mi amuleto!

–¿Te refieres a esta cosa? –preguntó lady Armitage con el amuleto en alto mientras lo balanceaba de un lado a otro, burlona. Con la cadena enrollada en los dedos, no había esperanza de que Charlotte lo atrajera con un conjuro sin llevarse con él a toda la mujer, y tanta magia desestabilizaría los dos edificios aéreos–. ¿Por qué no vienes y lo tomas, pequeña?

–¡Solo ríndete, tía Army! –gritó Cecilia–. ¡Así nos podemos ir a tomar una taza de té con galletas!

Charlotte puso los ojos en blanco. Incluso los piratas más razonables eran locos en el fondo.

–Bueno, si hay galletas.

Para asombro de Charlotte, lady Armitage se apartó de la rueda del timón. Pero su sonrisa era torcida como una luna menguante y

guardaba tantos secretos como ella. Charlotte dio un instintivo paso atrás.

–Saltaré y te lo entregaré –le anunció la pirata sin que se le borrara la sonrisa. Charlotte pensó que solo estaba bromeando, ya que sería imposible que una anciana con ese traje pesado diera un salto de veinte pies a menos que usara brujería, y lady Armitage no era una bruja. Para empezar, su forma de vestir era demasiado vulgar. Pero mientras la pirata miraba el espacio entre las casas, sus ojos se entrecerraron, midiendo la distancia, y Charlotte se dio cuenta de que hablaba en serio. Su intención era dar ese salto, a pesar del seguro fracaso. Charlotte no podía comprender semejante locura.

Pero, sin duda, Alex daría el mismo salto. Las brujas temían demasiado, pero los piratas no temían lo suficiente.

Apuntando el arma, Charlotte empezó a calcular. La cabeza no, no quería matar a la mujer. Pero tampoco las piernas, ya que se arriesgaba a que la bala rebotara en la enagua de crinolina. El hombro sería lo más seguro. Un buen disparo, y luego dar el salto ella misma para recuperar el amuleto, lo que sería "totalmente seguro" y "para nada loco", ya que estaría apoyada por la brujería. (No importaba que la Casa Armitage cayera al vacío si le disparaba a su piloto, por no hablar de las piratas que le arrebatarían inmediatamente el amuleto, y una docena de otras consideraciones que los piratas habrían sabido tener en cuenta. Aunque, para ser justos, darían el salto incluso "sabiendo" eso, lo que no dejaría ninguna diferencia real entre la arrogancia de una bruja y la locura de un pirata).

Ojalá el puesto de palomitas, la casa y la pirata pudieran dejar de balancearse en diferentes direcciones por un momento…

–Por el amor de Dios, Isabella, este comportamiento es deplorable, incluso para ti.

Charlotte miró por el rabillo del ojo a la otra casa de batalla. Por la ventanilla abierta de la cabina, se veía a la señorita Darlington fruncir el ceño con una mano enguantada en la rueda del timón y una taza de té en la otra.

–Además –dijo la gran dama–, los amuletos mágicos pasaron de moda. Todos los héroes y sus cómplices tienen uno. Debes aprender a adoptar una perspectiva moderna, Isabella. He oído que la condesa Strabe tiene una espada maldita que te quedaría mucho mejor.

–¿De verdad?

A lady Armitage le picó el interés. Se alejó otro paso de la rueda. La falda pasó junto a ella, algo se desprendió del eje, dio un golpe contra el suelo y salió por la ventana. Charlotte recordó a la señorita Tesorito sentada bajo la rueda del timón, con un destornillador en la mano y un nivel profesional de misterio en los ojos. "Estoy saboteando la rueda", había dicho con su voz peligrosamente tranquila.

La rueda giró sin que nadie la tocara. La casa empezó a temblar. Dentro del puesto de palomitas, Cecilia dio un grito ahogado al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

–¡Tía! –gritó, aunque a qué tía se refería, Charlotte no lo sabía.

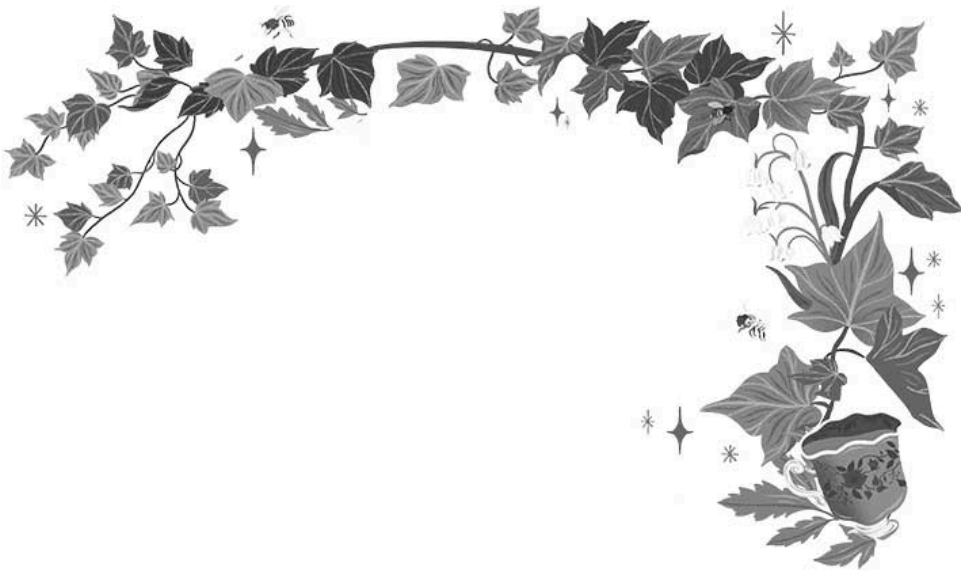
De repente, la casa se inclinó. Charlotte reconoció alarma en el rostro de lady Armitage. Por un momento espantoso, pareció que estaba en su sano juicio. Trató de aferrarse al aire para mantener el

equilibrio. A Charlotte se le aceleró el corazón. Dejó caer el arma y extendió la mano en un instintivo ofrecimiento de rescate. Una docena de palabras del encantamiento se precipitaron de su boca…

La casa se inclinó de nuevo.

Y así como así, lady Armitage salió despedida por la ventana. No hubo un grandioso discurso. Ningún lamento que desgarrara el corazón de aquellos que le temían. En horripilante silencio, cayó cien pies hasta el mar.

Y el amuleto se fue con ella.



25

HERMANAS DE ARMAS – LAS BRUJAS HAN VUELTO – UN CHOQUE DE OPINIONES – CHARLOTTE SE HACE UNA NUEVA AMIGA – DESPEDIDAS – UN VISITANTE INOPORTUNO – UNA NOTA FATÍDICA

Los sentimientos de los piratas no se reprimían. Se permitieron decirse una a otra con qué ardor habían odiado y despreciado a lady Armitage. Y sin embargo, ¡oh, para una casa de fuego, que ascendería el más brillante cielo de Clacton! La Casa Armitage se había ido a pique poco después que su dueña, y el hecho de que ya no volvería a amenazar a Inglaterra, descendiendo en medio de los cruces de calles, atrayendo a los solteros, era casi imposible de comprender.

Juntos, los piratas estaban en la orilla, mirando al mar desde el puerto de Clacton. O, más bien, entrecerrando los ojos, ya que el sol de la mañana brillaba sobre los rostros de un modo decididamente poco fúnebre. Lady Armitage se habría indignado. Formaban una multitud, ya que varios miembros de la Sociedad Wisteria habían llegado sin ser vistos durante la batalla aérea y ahora se habían unido a la atónita reunión. Los sirvientes habían colocado mesas con manteles de encaje y sobre ellas había té, pasteles y pequeños sándwiches de miga, como se hace en los momentos de duelo comunitario, aunque no suelen hacerlo en plena la calle y custodiados por mayordomos armados.

Los lugareños, por su parte, se habían dispersado con rapidez. Una cosa eran las piratas que se batían en duelo en lo alto en flamígeras casas de batalla; pero los piratas que permanecían muy tranquilos en el camino, murmurando entre ellos y bebiendo té, era otra, mucho más aterradora. Habían puesto trabas en las puertas y las habían asegurado con varios muebles. Habían escondido las joyas y les había dicho a los niños que se alejaran inmediatamente de las ventanas. En el puerto, los barcos de pesca se dirigieron con premura hacia el mar, incluso aquellos con la bodega llena de pescado. En Clacton se instaló una paz inquietante.

–No parece un final apropiado para la tía Army –dijo Cecilia con un suspiro. Estaba envuelta en bufandas y chales, que la señorita Darlington le había insistido que usara y Cecilia había aceptado ponerse con resignación, a pesar de que ahora corría el riesgo de desmayarse con el calor del verano. Después de todo, la señorita Darlington acababa de perder a una némesis a la que intentó matar

durante décadas; necesitaba cualquier consuelo que se le pudiera proporcionar.

–No lo sé –dijo Ned, deslizando un brazo alrededor de su esposa y acercándola–. Me parece que solo el mar es lo bastante vasto para contener a Isabella Armitage.

Charlotte lanzó una mirada disimulada a la pareja de piratas. La invadió una extraña sensación en el corazón y trató de definir qué podía ser. No eran celos de su intimidad, pues ya tenía la suya con Alex, que le había puesto su abrigo sobre los hombros y ahora estaba parado detrás de ella, su barbilla apoyada en la frente de Charlotte, envolviéndola con su fuerza y su calor mientras la protegía de las miradas indiscretas de las damas piratas. Tampoco era el deseo de robarles las joyas. Sospechaba que podría tratarse del más raro de los placeres: la camaradería.

La idea de que podría experimentarla con alguien que no fuera Alex, y en menor medida Bixby, era absolutamente maravilloso. Y también desconcertante. Una cosa era que te gustara un capitán pirata con seductores ojos azules que sabía cómo calmar tu corazón e inflamar otras partes de tu anatomía. Charlotte desafiaba a cualquier bruja a ignorar su propia feminidad hasta tal punto. Pero que le gustaran muchos otros piratas, y por las mismas cosas que los hacía piratas: el fervor, el histrionismo y la ridícula alegría de vivir, esto era algo totalmente distinto.

¿Qué clase de bruja era ella exactamente?

La clase que se parecía demasiado a Beryl Black, pensó, preocupada. Y mira lo que le habían hecho los Plim.

Aun así, no pudo evitar querer compartir una sonrisa con Ned y Cecilia. Así que se dio la vuelta y vio a Constantinopla al otro lado de

ella, de la mano de Tom. La pirata le guiñó un ojo.

Abrumada, Charlotte asintió con energía y le dedicó una mirada enojada al agua, que tuvo la decencia de no devolverle una sonrisa. Al parecer, Alex percibió su emoción, la apretó un poco más y le besó la sien.

Charlotte suspiró, más feliz de lo que jamás creyó merecer.

No debía permitir que la abrazara en público. A cada momento esperaba el oprobio de los piratas mayores que los rodeaban. Sin embargo, subir al techo de un puesto de palomitas de maíz en el aire le había conferido el respeto de la Sociedad Wisteria, o tal vez decir "la falta de respeto" sería más exacto, porque la trataban como a una pirata más, aunque (o tal vez porque) había contribuido a la muerte de uno de los suyos. Varias damas le habían estrechado la mano, y otras habían llegado tan lejos como a no robarle la pulsera de abejas o los botones de perlas de su vestido. Charlotte no sabía si llorar o reír ante la idea de cómo horrorizaría todo esto a la Liga Wicken si se enterara.

De hecho, había brujas presentes y observaban el comportamiento de Charlotte con ojos de desaprobación. El equipo de recuperación del amuleto, ya recuperado de la trampa que había puesto Bixby, sin mencionar la noche que habían tenido que pasar en una habitación de hotel barata con una sola cama (lo que no es tan romántico cuando tiene que servirles a cinco mujeres que cenaron gambas al ajillo), se habían sentido atraídas hacia el camino costero debido a ese instinto de buscar problemas que comparten todas las brujas. Pero permanecieron junto a la mesa del té, cautelosas, y se limitaron a sonrisas tensas y a criticar la vajilla. Aunque las brujas no eran sabandijas, como ya se ha establecido anteriormente, tampoco iban

a enfrentarse a Charlotte en medio de una multitud de piratas sin el permiso expreso de la señorita Plim. Un potro de tortura o un taburete de sumersión no le llegaba ni a los talones a lo que podía hacer Judith con una leve sonrisa inquisitiva.

Charlotte, por su parte, no se percató de su presencia, ni siquiera cuando la señorita Gloughenbury derramó sin querer el contenido de una tetera, lo que estuvo a punto de provocar una guerra. Pero nadie se da cuenta de nada excepto los piratas cuando están en compañía de piratas.

–Ahora que lady Armitage se ha ido, es el fin de una era –dijo Constantinopla con un suspiro dramático.

–¿Perdón? –dijo la señora Rotunder y dejó su taza de té en el platillo con un tintineo indignado. Todos los que estaban cerca de ella se apartaron unos pasos–. Yo tengo la misma edad que Isabella y soy igual de notoria. Pueden estar seguros de que la era sigue abierta.

Constantinopla no respondió, pero sonrió y puso los ojos en blanco hacia Tom. Todos los que estaban cerca de ella se apartaron unos pasos, incluido Tom.

Al notar la sonrisa, la señora Rotunder se enfadó.

–A ver, jovencita...

Charlotte se encontró bruscamente apartada por Alex. Detrás de ellos venían Ned y Cecilia, mirando por encima del hombro y murmurando a Alex que se diera prisa.

–¿Qué ocurre? –preguntó Charlotte, a quien no le gustaba que la zarandearan de esa manera (aunque otras formas, que incluían sábanas y almohadas, estaban bien).

Le respondió un choque de aceros.

–¡Por Dios! –exclamó, cuando Constantinopla y la señora Rotunder empezaron a discutir–. ¿Es que los piratas no pueden contenerse ni siquiera una hora?

Alex, Ned y Cecilia cruzaron una mirada.

–No –dijeron a coro. Después de todo, el sustantivo colectivo para los piratas era una banda. El aire resonó mientras entraban en juego una docena más de espadas.

–¡Pero lady Armitage acaba de morir!

–Y este es un final apropiado para ella –dijo Cecilia, agachándose para esquivar una taza de té–. Yo, sin embargo, preferiría irme antes de que la tía Darlington me rompa una pierna y me obligue a guardar reposo durante meses.

–Vamos, mi amor –dijo Ned, tomándola de la mano–. Vamos a robar un poco de tónico para limpiar el hígado en honor de la tía Army.

Cecilia le sonrió con cierta tristeza y luego se volvió hacia Charlotte.

–Buenos días, señorita Pettifer. Por favor, venga a visitarme pronto.

–Lo haré, gracias –contestó Charlotte en forma automática, y entonces se dio cuenta de que no solo lo decía en serio, sino que estaba emocionada ante la perspectiva de hacerle una visita. En el fondo de su mente, Elizabeth Bennet levantó la vista de la hamaca en la que estaba bebiendo limonada y leyendo *Frankenstein*. Hizo un gesto que le daba ánimo con la cabeza y desapareció. Charlotte sintió esa emoción que ahora reconocía como amistad, verdadera amistad.

Le sonrió a Cecilia cuando pasó dando volteretas un sombrero de plumas moradas, lanzando chispas.

–Espero que vengas a mi... es decir, a cualquier evento interesante que pueda celebrar en un futuro próximo.

–Ya he elegido mis zapatos –respondió Cecilia. Vio a la señorita Darlington que miraba a su alrededor con un brillo medicinal en los ojos y comenzó a tirar de la camisa de su marido–. Deprisa, Ned, o empezará a pincharme otra vez para asegurarse de que el bebé está sentado derecho. Lo sé.

Ned dio una palmada en el brazo de Alex a modo de despedida. Alex le tocó el hombro a Ned con el puño y Ned le devolvió el puñetazo y Alex buscó un cuchillo. Las damas cruzaron una mirada sarcástica y luego separaron a los hombres. Se dirigieron en sentido opuesto.

Alex apretó a Charlotte contra su costado mientras caminaban.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó con tono ligero y despreocupado.

–Desayunamos –dijo Charlotte. Pasó corriendo una bruja, amenazando a un pirata con su carterita–. Nos bañamos. Luego vamos a casa, a Londres, supongo. Mamá se estará preguntando dónde me habré metido.

–Habrá un alboroto cuando vuelvas a bordo de una casa pirata.

Se oyó una explosión detrás de ellos. Tropezaron un poco por la ola expansiva y siguieron andando. Charlotte sonrió, aunque su corazón temblaba.

–Sí. Creo que se va a armar un buen lío.



Más tarde ese mismo día, en la oscura calma del salón de la casa Pettifer, la señora Pettifer levantó la vista de su bordado con el ceño ligeramente fruncido.

–Querido, ¿qué es esa luz en la ventana que me da en los ojos de una forma tan molesta?

El señor Pettifer corrió la cortina de encaje y se asomó.

–Es la diligencia, y Judith es la pasajera.

Suspiraron al unísono.

–Parece enferma y pálida como siempre –murmuró el señor Pettifer–. Voy arriba. Tú ocúpate de ella.

–¡De ninguna manera, señor! –exclamó la señora Pettifer, bajando su bordado y elevándose como una luna, brillante, de ojos sombríos y capaz de provocar la locura en caballeros que de otro modo son muy razonables (y también capaz de generar bailes de gente desnuda, aunque eso fue antes de casarse)–. Exijo el mismo derecho a ser antisociable. Vayamos los dos arriba, y dejémosla en las capaces manos de Woollery.

–¿Pero qué pasa si trae noticias de la chica? –preguntó él mientras se apresuraron a subir como niños furtivos.

–Lottie está perfectamente bien –respondió la señora Pettifer–. No tiene ni un rasguño, puedo sentirlo en mis huesos maternales.

Woollery los vio desaparecer en el dormitorio, luego abrió la puerta principal incluso antes de que tocara la señorita Plim.

–Señora –le dijo–. Me temo que la señora y el señor Pettifer no aceptan visitas hoy.

La señorita Plim lo fulminó con la mirada. Ella no era una visita. ¡Era una Plim! Además a ella no le importaban nada ni Delphine ni… mmm, como fuera que se llamase, el marido. Había venido por

Charlotte. Cuando Woollery se corrió para cerrar la puerta, ella soltó una frase en latín que lo empujó a un lado, y luego avanzó hacia el salón sin mirar atrás.

Woollery la recibió en la puerta con una destreza que rayaba en la magia.

–Señora, temo...

–Por supuesto que temes, estúpido –replicó ella–. Voy a entrar a esperar a Charlotte. Necesito té. ¡Rápido!

Woollery se rindió. Cuando se quedó sola, la señorita Plim se paseó por el salón con todo el vigor de una mujer que acaba de pasar horas en una diligencia traqueteante. No sabía si Charlotte volvería esa noche, pero tenía la intención de esperar tanto como fuera necesario. Su furia no tenía límites. Hacía muchos años que no sufría una indignación tan grande. Ya era bastante malo que Charlotte hubiera pasado varios días divirtiéndose, pero peor era que lo hubiera hecho en compañía de un hombre. Si tan solo hubiera podido convencer a Delphine de que el té negro frío y las tostadas sin mantequilla eran esenciales para la formación de la chica, no estarían viendo ahora este desastroso brote de individualismo.

La señorita Plim emitió un suspiro teñido de encantamiento. Los ejemplares de Byron de la señora Pettifer cayeron desde su estante, haciendo un ruido fuerte contra el suelo y crispando sus nervios de la manera más agradable. Estaba cansada de todo. Al diablo con Charlotte, al diablo con la señorita Gloughenbury y con los huérfanos; ya era hora de una nueva profecía.

Woollery trajo el té. La señorita Plim se sirvió una taza y estaba a punto de bebérsela cuando se abrió de nuevo la puerta del salón y un hombre entró sin anunciarse. La señorita Plim lo miró fijamente,

con la taza a medio camino hacia la boca. Su rostro magníficamente cincelado y sus ojos color de perla inhibieron cualquier reproche que ella hubiera podido hacerle. Aunque vestía ropas polvorientas y dos grandes vendas le cubrían las sienes, ella nunca había visto un Adonis así. Se le empañaron las gafas, y en la cavidad torácica la invadió una sensación peculiar, como si ya hubiera tragado té y este la estuviera calentando.

El hombre se detuvo de golpe para mirarla. El aire entre ellos contuvo la respiración.

–Señora –dijo al fin, dirigiéndole una mirada tan repugnante, tan cargada de desprecio, que la señorita Plim casi dio un grito. ¡Se trataba de un alma gemela!–. Soy el detective inspector Creeve. He venido a arrestar a Charlotte Pettifer acusada de brujería. Exijo que me la entregue de inmediato.

La señorita Plim se habría echado el pelo hacia atrás si no hubiera necesitado un martillo para hacerlo.

–Las brujas no existen, mi buen amigo. Pero usted puede arrestar a Charlotte después de que haya terminado de sermonearla sobre su comportamiento inaceptable, para nada brujo. Ella no está aquí en este momento, pero espero a que regrese, y usted puede esperar conmigo. ¿Quiere té?

El detective bufó. Sus ojos brillaron mientras la miraba de arriba abajo. Su lengua se deslizó para lamer lo que solo el observador más caritativo podría llamar labios.

Por fortuna, la señorita Plim era una reconocida filántropa.

–Tenemos té verde –dijo de la misma manera que otra mujer habría mencionado un vino. Servido en una pantufla. En su dormitorio.

Él se secó la humedad de una cavidad nasal. La mirada pálida que había recorrido todo el cuerpo de la señorita Plim se detuvo en la quebradiza línea de la clavícula que asomaba por encima de su corsé de lana gris, y parecía como si quisiera olerla.

–Eres una bruja fétida.

–Y si no me equivoco, usted –dijo la señorita Plim sonrojada– es ese repugnante y despiadado azote de la tierra, un cazador de brujas.

Él dio unos pasos hacia ella y sus caderas se sacudieron en un intento de pavoneo varonil.

–¿Cómo se llama?

–Judy –dijo ella.

–Matthew –dijo él.

Se había acercado tanto, que ella podía oler la salinidad de la sangre bajo sus vendas. El corazón de la bruja se levantó de su silla de respaldo rígido, se frotó la cadera dolorida y empezó a moverse con lentitud. No necesitaba una bola de cristal para corroborar el futuro que empezaba a vislumbrar.

–Soy fétida, mala, reprensible –dijo con voz ronca–. ¿Cómo vas a castigarme, Matthew?

Él agitó las delicadas pestañas y un matiz amarillento comenzó a invadir su expresión: lujuria, o tal vez indigestión. Extendió la mano, le tocó la cara y se llevó los dedos a la nariz. A la señorita Plim le estremeció ese gesto romántico.

–Perteneces a una pira ardiente, mujer –gruñó él, y se acercó tanto que las dos sombras se fundieron en una sola forma temblorosa y distorsionada.

–Oh, sí –respondió la señorita Plim, con una voz que era poco más que un aliento vaporizado por la magia femenina–. Quémame. Quémame viva.



Cuando Charlotte llegó a casa poco después, de la mano de un pirata, encontró el salón vacío. Woollery informó a sus padres de su presencia, y la señora Pettifer bajó corriendo en medio de un despliegue de encajes y risas. Se repartieron abrazos y se dio la bienvenida al capitán O'Riley, a quien le perdonaron su ocupación a la luz de su riqueza y atractivo, por no mencionar el hecho de que la señora Pettifer casi había terminado los preparativos de la boda. Luego el trío se sentó a tomar el té y a charlar. El asiento de Charlotte crujió cuando ella se sentó así que se levantó de nuevo y vio una carta en el almohadón.

–¿Qué pasa, querida? –preguntó la señora Pettifer cuando vio que su hija se ponía blanca.

Charlotte levantó la vista del papel, muda, y los ojos, abiertos de par en par, fueron de la señora Pettifer a Alex.

–¡No lo creo!

Alex se levantó impaciente, le quitó la carta de las manos entumecidas y la leyó con rapidez. Se le cayó la mandíbula. La señora Pettifer tomó el perturbador elemento y lo rasgó con violencia antes de leer su mensaje. Se echó a reír.

–¡Vaya, Judith se ha ido! Renunció al liderazgo de la Liga Wicken y se ha fugado con un hombre, ¡en barco, a Francia!

–Bueno, esa es una noticia devastadora –murmuró Alex en un acento tan irlandés que era prácticamente de color verde y agitaba un vaso de whisky.

–¡Dice que te delega toda su autoridad, Lottie querida! –continuó leyendo la señora Pettifer–. Pero no entiendo esta parte: "Es un castigo adecuado", porque es una noticia maravillosa. No necesito una baraja de tarot para que me diga que es la mejor noticia del mundo. Querida, ¡ahora eres la líder de las brujas!

–Hurra –dijo Charlotte aturdida.

La señora Pettifer frunció el ceño.

–No pareces muy emocionada. Esto es lo que has estado esperando toda tu vida, querida.

–Sí, soy consciente. Pero, mamá, ¿cómo voy a casarme con Alex si voy a dirigir la Liga? La enemistad...

La señora Pettifer alejó esta preocupación con la mano.

–El capitán O'Riley puede ser todo lo pirata que quieras, pero eso representa solo un defecto pequeño y fácil de remediar. Nadie esperaría que renunciaras a un proyecto de reforma tan interesante. Y estoy segura de que aprovechará muy bien sus habilidades en la abogacía o como miembro del parlamento.

("¿Perdón?", dijo Alex, pero fue ignorado).

–Mientras no hagas algo verdaderamente escandaloso, como invitar a una dama de la Sociedad Wisteria a tu boda, estarás bien.

–Mmm –dijo Charlotte, mordiéndose el labio inferior.

–Bueno, supongo que pueden ocurrir cosas desafortunadas en la costa. No temas. Mientras no invites a esa escandalosa Cecilia Bassingthwaite, estarás bien.

–Mmm –dijo Charlotte, y se tiró de espaldas en un sofá.

–Oh –dijo la señora Pettifer una vez más, al borde de la desesperación. Pero rebotó en ese borde, regresó y exclamó con nuevas energías–: ¡No importa, querida! Esto anunciará una nueva era de enemistad entre las sociedades. Ya tengo en mente a ciertas damas piratas a las que invitaré a casa para servirles un té flojo y hacerles cumplidos deslucidos sobre sus sombreros. Además, con el amuleto en posesión de la Liga, tendremos ventaja.

Alex hizo una mueca de dolor. Charlotte cerró los ojos y apretó el dorso de la mano contra ellos.

–Ya veo.

La voz de la señora Pettifer sonaba alarmantemente plimesca. Giró sobre sus talones y empezó a servir té con furia en una taza.

Alex se sentó en el sofá junto a Charlotte.

–Estoy orgulloso de ti –le dijo, sonriendo.

–No tienes por qué estarlo.

Ella inclinó la cabeza y lo miró mal.

–No he hecho nada especial más allá de ser la destinataria de una conveniente profecía.

–Lo que se te da no importa tanto como cómo lo utilizas.

Charlotte hizo una pausa para reflexionar.

–Siempre he pensado que me gustaría organizar mejor la Liga. Ordenar nuestro calendario de visitas. Hacer una lista de atracos a bancos.

El semblante de Alex vaciló ligeramente, pero esbozó una sonrisa alentadora.

–¡Ese es el espíritu! Aunque... me dijiste el otro día que querías usar el poder del amuleto para embellecer el mundo. Incluso sin él, ahora tienes autoridad sobre un grupo de mujeres con poderes

mágicos. Podrías introducir cambios realmente significativos en Inglaterra.

–Cierto –dijo y se le iluminaron los ojos–. ¡Nada de corsés los fines de semana!

Alex asintió, aunque con la cara baja para ocultar la expresión.

–Bien. Eso está... bien.

–Y tal vez, algo que se me ocurre ahora, ¿desviar los recursos de los aristócratas para ayudar a los vagabundos de la calle?

Él la miró a través de sus pestañas.

–Esa es mi bruja.

Charlotte suspiró y su expresión volvió a ensombrecerse.

–No, es inútil. De ahora en adelante estaré atada a Londres, envuelta en secretos. No más aventuras para mí, y tú… tú odias a las brujas. No puedo pedirte que te ates a la mujer que lidera el aquelarre de Inglaterra.

–Ah, Lottie –le dijo tomándole la mano–. Te sorprendería saber lo que estoy dispuesto a hacer por ti.

La señora Pettifer, al oír esto, vertió demasiada leche en el té e inundó el platillo. Charlotte sintió que en su corazón ocurría lo mismo. Le brotaron lágrimas cuando puso una mano en la mandíbula de Alex y acarició su aspereza con el pulgar.

–Es usted un buen hombre, capitán O'Riley.

Él frunció el ceño, aunque sus ojos brillaban con humor.

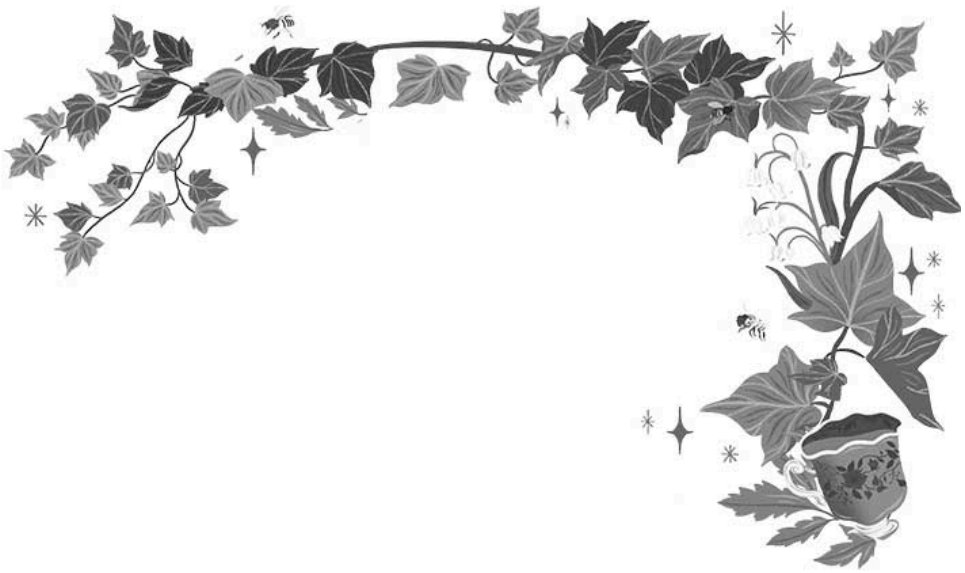
–Tenga cuidado por mi reputación, señora, por favor.

Charlotte se enderezó y alisó las arrugas de la falda.

–Muy bien, hagámoslo. Traigamos una nueva era de grandeza, como dice la profecía.

Cruzaron una sonrisa.

Y la puerta del salón se abrió de golpe.
–Queridos, ¡les traigo noticias!



26

UN NUEVO ORDEN – CHARLOTTE ENCIENDE UNA LUZ – EL VIEJO ORDEN – CHARLOTTE POR FIN VE LA OSCURIDAD – ALEX LO ARRUINA TODO – MIEDO Y NOSTALGIA – CHARLOTTE TIENE LA ÚLTIMA PALABRA

—¡Los tres nos volvemos a encontrar!

La señorita Gloughenbury declaró mientras se deslizaba en la habitación. Bajo un brazo llevaba algo que se aproximaba a un caniche, aunque estaba calvo en algunos lugares, chamuscado en otros, y una pata había sido recolocada mirando para atrás. Cuando vio a Alex sentado en el sofá junto a Charlotte, frunció el ceño.

–Eh, los cuatro, parece. Charlotte, querida, ¿este pirata está pidiendo clemencia, momentos antes de que lo envenenes o lo asfixies?

Antes de que Charlotte pudiera responder, un alboroto llenó la puerta. Entre las rayas, los lunares, la cretona y las plumas, se podía distinguir a tres damas que luchaban por entrar en un orden de precedencia en el que ninguna podía ponerse de acuerdo. Woollery, que venía detrás de ellas con una bandeja de té, anunció tardíamente la llegada no solo de la señorita Gloughenbury, sino también de la señora Chuke, la señora Vicker y eh, la señorita Smith, a quien nadie reconoció debido al hecho de que era Bloodhound Bess disfrazada, que venía para participar de la aventura y de paso ver si esas brujas tenían algo que valiera la pena robar. La señorita Gloughenbury declaró lo obvio:

–Hemos vuelto a Londres. Le pedimos un aventón a una dulce anciana llamada señorita Monstruosa, y vinimos inmediatamente a dar nuestro informe. ¡Casas en llamas! ¡El amuleto perdido para siempre! Y Charlotte haciendo las cosas más extraordinarias...

El reloj de pie detrás de la señorita Gloughenbury comenzó a tambalearse. Pero antes de que esa buena señora pudiera encontrar un final oportuno, la señora Pettifer se adelantó para anunciar:

–¡Judith se ha ido!

Las brujas lanzaron un grito ahogado que podría interpretarse como consternación. El reloj se calmó. La señora Pettifer, disfrutando de algo de su hermana por primera vez en cuarenta y ocho años, sonrió alegremente.

–Antes de partir, Judith delegó su autoridad en Charlotte. Señoras, contemplen a su nueva líder.

Con un ademán florido, señaló a Charlotte, que sonrió débilmente y saludó desde el sofá.

Si las brujas sintieron horror ante este giro de los acontecimientos, uno podría parpadear y no darse cuenta. Con una rapidez impresionante, transformaron sus semblantes en alegres sonrisas y, agolpándose más en la sala, proclamaron que era una noticia maravillosa: ¡Charlotte era una joven excelente! ¡La Liga estaba en las mejores manos! y otros superlativos aleatorios y sinceros que eran totalmente aplicables a la situación. Charlotte se apresuró a ponerse en pie antes de que el entusiasmo la sofocara. Alex, siguiendo su ejemplo, se vio literalmente arrinconado a un lado.

–Qué espléndida presidenta serás, querida –dijo la señorita Gloughenbury mientras tomaba la mano de Charlotte y la sacudía con fuerza de arriba abajo en un agresivo apretón–. Y en cuanto a Judith, no quiero hablar mal de los muertos...

–Solo ha salido del país –intervino la señora Pettifer.

–Ah –dijo la señorita Gloughenbury con la decencia de no parecer demasiado decepcionada–. Bueno, la echaremos de menos. ¿Mm, señoras?

–Mm –asintieron con los labios apretados.

–Dime, Charlotte, ¿también te harás cargo de las instituciones benéficas de tu tía?

La sonrisa estaba llena de dientes.

Charlotte respiró hondo. Todo estaba sucediendo muy deprisa. No tuvo tiempo de averiguar cuál era la respuesta más correcta, ni la mejor manera de quedarse callada, o tan siquiera cómo rescatar la mano de la mano de la señorita Gloughenbury antes de que se produjera un daño nervioso. Elizabeth Bennet se había ido, Anne

Elliot se había ido; solo podía confiar en ella misma. La idea la aterrorizaba.

Entonces Alex se movió ligeramente, se aclaró la garganta, y cuando ella miró en su dirección, Charlotte lo vio sonriéndole con la tranquila certeza de que sería "fuerte", "feroz", "hermosa", "valiente". Entonces se dio cuenta de que, aunque podía salvarse con su propia magia si se caía, ahora lo tenía a él, sólido bajo su arrogancia, bondadoso tras todas sus armas mortales, así que podía dar el salto más atrevido del mundo y aún estar segura.

–Señoritas –dijo, y se soltó de la señorita Gloughenbury con tanta firmeza que la bruja mayor chilló–, no voy a emular los planes caritativos de mi tía. Pretendo dirigir mi propia filantropía... y, de hecho, toda la agenda de la Liga Wicken, según un nuevo modelo.

Las brujas intercambiaron miradas preocupadas.

–En lugar de decidir nosotros mismos lo que es correcto para el mundo, vamos a consultar a aquellos que se beneficiarían de nuestra brujería acerca de lo que sería más útil para sus circunstancias, y seguiremos esa guía.

Los ojos de preocupación se convirtieron en miradas alarmadas.

–Un buen plan en principio –murmuró la señora Chuke–. Por desgracia, querida, la gente pocas veces sabe lo que es mejor para ellos.

–Pero yo...

–Me alegro de verte intentando ser inteligente –añadió la señora Vickers con una sonrisa tan condescendiente que Charlotte sintió que le quitaba diez años–. Tus pequeñas y encantadoras ideas vendrán a demostrar lo valiosas que son las convenciones de nuestra Liga.

–Pero como su presidenta...

–Será tranquilizador tener a otra Plim al timón –aseguró la señorita Gloughenbury–. La tradición siempre es un consuelo.

–Mi mano de tarot de esta mañana mostró eso mismo –dijo la señora Vickers, con énfasis.

–Y mi bola de cristal me mostró un camino firme y familiar para la Liga en el futuro –coincidió la señorita Gloughenbury.

–Ya veo –dijo Charlotte. Y lo vio, con una claridad tan brillante que la quemó. Murmuró detrás de los dientes apretados de su sonrisa.

Las tazas de té empezaron a levantarse de la mesa.

–¡Santo cielo! –gritó la señora Pettifer, tratando de atraparlas.

Los almohadones empezaron a levantarse de los sofás.

–Charlotte, querida –dijo la señorita Gloughenbury, entornando los ojos–. ¿Eres tú la que está haciendo esto?

–¡Claro que sí! –dijo indignada la señora Pettifer, con los brazos llenos de platillos–. Recuerden que Lottie es después de todo la Profetizada, verdadera heredera de Beryl Black.

–Oh, no lo he olvidado –dijo la señorita Gloughenbury, sin apartar su mirada de Charlotte ni siquiera por un parpadeo.

A Charlotte se le cayó el estómago. Las tazas y los cojines volvieron a bajar. Ignorando el grito ahogado de su madre, se quedó mirando las hogueras en los ojos de la señorita Gloughenbury.

–A pesar del caos de la semana pasada –continuó la señora, con una sonrisa que le dejaba marcas como cortes de espada en la piel tirante– todos podemos estar de acuerdo en que Charlotte es una buena chica.

Y ahí estaba la fuerza que había impulsado a la tía Judith todos estos años. No el poder, sino el miedo. No la autoridad, sino la

obediencia.

Con sombría ironía, Charlotte se dio cuenta de que era la verdadera heredera de las fuerzas que habían guiado el destino de Beryl Black. Sería capaz de mantener a raya a la Liga, pero solo si también se mantenía a raya a sí misma. Si mostraba demasiado poder y poca obediencia, demasiada magia y pocos modales, el fuego ardería para ella como lo había hecho para Beryl. La señorita Plim podría haberse ido, pero la señorita Gloughenbury estaba lista para actuar. E incluso si le pedía a Alex que la llevara volando al otro lado del mundo, aún estarían la señora Chuke, la prima Eugenia e incluso su madre, que tenía buenas intenciones pero que había interiorizado la plimisquidad tan completamente que no podía ver más allá de sus propias hojas de té.

Charlotte podría llegar a liderar la Liga, pero las sensibilidades que alimentaban su alegría con la magia, con la vida misma, tendrían que ser reprimidas otra vez y mantenerse así para siempre. De repente, Alex se adelantó.

–Disculpen, señoras –dijo.

Se volvieron para mirarlo con el ceño fruncido, pero antes de que pudieran hablar él tomó a Charlotte por la cintura y la levantó sobre su hombro.

–¡Caramba! –jadeó la señorita Gloughenbury.

–¿Qué estás haciendo, jovencito? –preguntó la señora Chuke.

–¡Ten cuidado con el cristal de Fabergé! –gritó la señora Pettifer.

–Estoy secuestrando a su líder –dijo Alex, con una sonrisa piratesca–. Si tienen algún problema con eso, les aconsejo que se dirijan a la Sociedad Wisteria.

Empezó a dar zancadas hacia la puerta, con Charlotte muda en sus garras.

–¡No puedes secuestrarla! –dijo la señora Chuke–. Ella es la secuestradora en esa relación.

Alex se rio.

–Ella me robó, es verdad. Me robó el corazón y el alma, en el mismo momento en que la vi. Y ahora yo se la robo a ustedes. Buenas noches, señoras.

–¡Pero esto traerá enemistad entre nosotros otra vez! –dijo la señorita Gloughenbury.

–Así será –aceptó Alex alegremente.

Se hizo un momento de silencio mientras las brujas procesaban lo que acababan de oír.

–¡Bribón! –gritó la señorita Gloughenbury, cruzando el salón para servirse una taza de té.

–¡Indignante! –declaró la señora Chuke mientras se acomodaba cómodamente en un sofá.

–Pero Lottie –dijo la señora Pettifer con voz trémula–. ¿Habrá boda?

El corazón de Charlotte, desbocado, sintió un inesperado y suave tirón de amor familiar. Miró a través de su pelo alborotado y sonrió a la señora Pettifer.

–Continúa con los preparativos, mamá, y yo volveré por un rato de mi secuestro para asistir.

Las brujas se pusieron a murmurar excitadas entre ellas. Desde su posición invertida, Charlotte las oyó decir algo acerca de que Lettice, en realidad, había señalado a la madre de Eugenia Cuttle-Plim cuando había profetizado a la verdadera heredera de Beryl hacía

todos esos años, y no a Delphine Pettifer, y que por lo tanto Eugenia era la verdadera Profetizada.

Se habría reído de haber sido apropiado para una secuestrada.

Alex la sacó de la habitación y se detuvo solo un momento para que pudiera despedirse de Woollery (y Alex pudiera robarle el reloj de bolsillo). Mientras pasaban al vestíbulo, la señorita Gloughenbury golpeó una cucharita contra una taza con urgencia.

–Señoras, señoras, si son tan amables...

Un escalofrío recorrió la sangre de Charlotte. Podría haber sido ella. Había estado a una cita de *Mansfield Park* de encorsetar su vida para siempre. Si no hubiera sido por una semana de locura con un pirata salvaje, nunca hubiera sabido lo bruja que era en realidad.

–Gracias por rescatarme –le dijo a Alex.

Él se rio.

–Solo devolvía el favor.



Y así fue como huyeron.

Es decir, subieron a la planta alta y Charlotte hizo varias maletas y escribió una referencia para su doncella mientras Alex se quejaba de cuántos libros traía… Luego le dio un apretón de manos a su padre, que se los encontró por casualidad en el vestíbulo y se las arregló para pronunciar algunas palabras torpes sobre inversiones sabias… Habían llegado casi hasta la puerta cuando la señora Pettifer salió corriendo para preguntarles si querían lirios o rosas en el banquete de bodas, asegurarse de que Charlotte había metido un cepillo de

dientes en la maleta y desearle un rapto de lo más placentero... después de lo cual abandonaron la casa de la mano sin mirar atrás.

Hasta tres minutos más tarde, cuando Charlotte se dio cuenta de que había olvidado su taza de té favorita pero, después de eso, cruzaron la calle y se dirigieron hacia la casa ruinosa de Alex y, como auténticos amantes, volaron hacia el sol poniente.



La vieja casa de piedra iluminaba el cielo cada vez más oscuro como una luna piratesca mientras Bixby la conducía con una sola mano, una novela de Thackeray en la otra y medio ojo en el horizonte. No se dirigía a ningún sitio en particular. "Lejos", le había dicho Charlotte, y aunque él no lo aprobaba, obedeció. Mientras tanto, en el dormitorio, Charlotte y Alex entablaron una conversación madura.

–Te voy a ejercitar tanto que no vas a poder caminar recta durante días –dijo Alex, tirando de las cintas del corsé de Charlotte.

–No estés tan seguro –replicó ella, desabrochándole la camisa–. Me he puesto bastante en forma, esta última semana.

–Oh, cariño, no tienes ni idea de la fuerza que vas a desarrollar.

El corsé cayó al suelo con un ruido seco. Enseguida fue el turno de la camisa.

–A propósito de eso –dijo Charlotte, pasándole un dedo por el pecho–, cuando al final me hagas la pregunta a la que has aludido antes, no esperaré un discurso.

–¿En serio? –dijo, la apretó contra la pared, le bajó los calzones y los pasó con cuidado por encima de las botas para no provocar

disparos prematuros de dardos–. ¿A las mujeres no les gustan esos discursos?

–En principio. Pero en el momento, debes estar demasiado abrumado por la emoción para articular correctamente.

–Ya veo –se arrodilló ante ella y levantó la vista con una sonrisa feroz–. Estoy seguro de que puedo ser inarticulado.

Luego empleó su boca para dejarla tan completamente sin palabras que ni siquiera pudo recordar la ingeniosa réplica que pretendía hacer. Le temblaban tanto las piernas que él tuvo que ayudarla a mantenerse en pie con las manos. Su voz flotaba en una nube de cálido y dichoso aliento. Mientras observaba la puesta de sol rosada y dorada en una aturdida imagen, se dio cuenta de que él estaba haciendo de nuevo lo que había hecho durante toda su relación: silenciarla con placer. Utilizaba la intimidad como una barrera contra las verdades que ninguno de los dos se atrevía a expresar.

–Para –jadeó.

Él se detuvo con obediencia y le besó el cuerpo como si corriera hacia la boca antes de que ella pudiera decir algo más.

–No, quiero decir que pares del todo, por favor.

Alex se echó hacia atrás y ambos se tomaron un momento para respirar. Luego él se puso de pie, sus seis pies se movían como un arma incluso estando desnudo, y proyectaba una pesada sombra contra la pared. Acarició la cara de Charlotte con una mano callosa y llena de cicatrices.

–¿Estás bien?

Pero Charlotte se dio cuenta de que no podía volver a hablar. Estaba como hechizada por una preocupación que se le hacía

evidente en los ojos. La casa se estremeció debido a una súbita corriente de aire, al mismo tiempo que le temblaba el pulso y los dos se tropezaron y cayeron en la cama que Charlotte había llegado a adorar por su desorden exuberante y confortable (aunque pensaba fumigar toda la habitación). Alex estrechó la suavidad de ella contra todos sus lugares duros. Por un momento pareció que iba a empezar a besarla de nuevo, así que ella le puso una mano en el corazón.

–Quiero hablar.

–¿Hablar? –dijo él, como si no entendiera el concepto.

–Sí. Hay muchas cosas importantes que deberíamos discutir, ahora que nos hemos fugado.

Reunió en su mente una lista de temas bien meditados, los alineó ordenadamente, y estaba a punto de anunciar el primero cuando de repente su voz se le escapó...

–Me imagino que cuando Cecilia Bassingthwaite huyó con un pirata, ella fue totalmente digna.

Alex frunció ligeramente el ceño.

–¿Por qué estamos hablando de Cecilia en este momento?

–Y ella tiene el pelo rojo apropiado.

–¿Eh?

–Por otro lado, hace falta una bruja para pilotar una bicicleta.

La boca de Alex se crispó como si intentara reprimir una sonrisa.

–Charlotte, ¿le tienes miedo a Cecilia Bassingthwaite?

Charlotte se burló.

–Qué pregunta más ridícula. Ya está bien de charla. Besémonos.

Se acercó a él, pero él se echó hacia atrás y le puso un dedo en los labios.

–Es seguro tener miedo, ya sabes.

–Ja –dijo y casi le muerde el dedo–. Eso dice el pirata asesino.

–Oh, yo tengo miedo todo el tiempo –respondió, y luego hizo una mueca como si se arrepintiera de sus palabras.

Charlotte lo miró con sobriedad. Él sonreía de esa manera irónica y cortante que ella percibía como defensa y ella olvidó de golpe su propia vulnerabilidad en respuesta a la de él.

–¿Por tu infancia? –preguntó en un tono tan suave como pudo después de toda una vida hablando magia salvaje.

–Supongo –dijo él, y su mirada se desvió hacia una oscuridad que ella supo que ni siquiera el amor había desterrado. Ella apretó sus brazos desnudos, para evitar que se deslizara demasiado.

–Dime qué te asusta, para que pueda romperlo en pedazos y barrerlo.

Él soltó una brusca carcajada.

–Ni siquiera tú podrías lograr eso, Lottie mi amor.

–¿Ah, sí? –Ella enganchó una pierna con una de él. La seda de su media se deslizaba por su piel.

–¿Me está subestimando, capitán O'Riley?

La sonrisa de Alex tembló mientras la miraba.

–Jamás. Y de verdad, no es nada. Pobreza. Amor. Recuerdos. Dios. Adelante, ríete de mí. Me lo merezco.

Los ojos de Charlotte se llenaron de una oscuridad propia mientras le devolvía la mirada.

–Nunca me burlaría de eso, ni negaría el valor que se necesita para vivir una vida feroz, divertida y piratesca a pesar de cargar con semejante sombra en el corazón. Sí, le tengo miedo a Cecilia Bassingthwaite. No de que me haga daño, sino de que no me quiera. Todo el tiempo tengo miedo de hacer algo mal. De decir algo

equivocado. De que me quemen viva por brujería. De la soledad. De mí misma.

–Auch.

Alex le besó la sien, la frente, la comisura de los labios.

–Son miedos muy fuertes.

–Como los tuyos. Y aun así contrabandeas comida a Irlanda para alimentar a los pobres, aunque te hirieron tanto en ese lugar que has reprimido tu acento natural.

Alex se encogió de hombros.

–Admito que me gusta hacer el bien con los recursos que tengo. Y prefiero robar comida para los pobres que comprarme un elegante sofá nuevo. Pero no le digas a nadie que he dicho eso. Sería el hazmerreír.

–Tu secreto está a salvo conmigo.

Le dedicó entonces la verdadera sonrisa que ella tanto amaba, torcida y dulce.

–Y tu corazón está a salvo conmigo, Lottie. Nunca volverás a sentirte sola de nuevo, no mientras yo viva.

–Oh.

Ella recuperó el aliento. Hombre malvado. Malvado, diabólico, amado hombre.

–*Tá mé i ngrá leat, mavourneen* –susurró él, su voz como océano blanco y lluvia perfumada. Charlotte no necesitaba saber irlandés para entender lo que decía. Su corazón desnudo estaba en las palabras, y su corazón de bruja salvaje lo oyó.

–Te quiero –respondió ella. Su sonrisa se desvaneció en una expresión insondablemente profunda, y Charlotte sintió un reflejo en su propio cuerpo. Se recostó y él se movió sobre ella con la calma y

la maestría que la habían seducido días atrás en una casa de té de St. James. Mientras la llenaba lentamente, en cuerpo y alma, profetizó que así sería a partir de entonces. No solo ejercicio, sino amor en la luz. Su magia se agitó en respuesta.

–¡Charlotte! –dijo Alex con una sorpresa que habría sido una franca inquietud en un hombre menos consciente de su reputación de serenamente magistral.

–Te adoro –respondió ella, pero en el antiguo lenguaje de los sueños, levantándolos de la cama.

–Esto es muy altivo de tu parte –dijo él, moviéndose para quitarle el su peso mientras continuaban levantándose.

–Me cansé de esperar tu propuesta, así que estoy elevando nuestra relación a un nuevo nivel.

Se rio y besó la magia de sus labios. Y entonces...

–¡Ay!

Hizo una mueca de dolor al golpearse la cabeza contra el techo.

–Lo siento, lo siento –dijo Charlotte, pero él estaba riendo de nuevo. Él volvió a besarla y ella saboreó su placer. Su encantamiento temblaba, haciendo vibrar magia y felicidad por todo su cuerpo. La pasión relampagueaba contra ella con cada movimiento de Alex. Incluso sintió un pequeño temblor de miedo mientras el aire bailaba a su alrededor, sugiriendo que en cualquier momento podrían volcar y caer. Era un momento hermoso pero caótico, y como una especie de pirata se entregó a él.

Alex se puso de rodillas y apoyó la palma de la mano en el techo para estabilizarse. Charlotte se extendió ante él, flotando, conjurando. Sus amuletos dorados de abeja revoloteaban alrededor de la muñeca en la que latía un pulso acelerado. El pelo se le

arremolinaba libre. Estaba tan contenta, que ni siquiera notó las telarañas que colgaban cerca. Solo veía a Alex, sabiendo que él solo la veía a ella mientras la llevaba con él a su paraíso privado.

Después, volvieron a tierra con cuidado y Charlotte se acurrucó contra las púas negras que protegían el corazón de Alex.

–Este es un final feliz perfecto –suspiró.

–Te equivocas –dijo él, apartando el pelo (y un mugriento mechón de telaraña que prefirió no mencionar) de sus ojos.

–¿Está discutiendo conmigo en este momento romántico, señor?

–Sí. Y te demostraré por qué no habrá finales felices para nosotros.

Hablaba con solemnidad, pero Charlotte no tenía miedo. Se vistieron de nuevo, recogiendo ropa del suelo al azar, y luego Alex la condujo a través de la oscura casa, por la escalera del ático hasta el tejado. La casa se deslizaba con suavidad hacia un horizonte cada vez más oscuro en el que brillaban tenues las últimas cintas del día. El mundo que había debajo apenas podía distinguirse, como el recuerdo de una historia pero no de sus palabras. Charlotte se estremeció cuando se sentó en la parte más alta del techo junto a su pirata, y él la rodeó con el brazo.

–No tengo frío –le aseguró. Un residuo de magia o de amor le corrió como té caliente y dulce por el cuerpo.

–Lo sé –dijo Alex, sonriendo. Y ella vio en sus ojos que él sabía… que la veía y comprendía quién era ella realmente. El calor en ella se ardió en llamas.

–Eres esclava del cielo –dijo él, y ella asintió, amándolo, amándolo tanto.

Alex señaló hacia el gris aterciopelado del norte, donde empezaban a aparecer las estrellas.

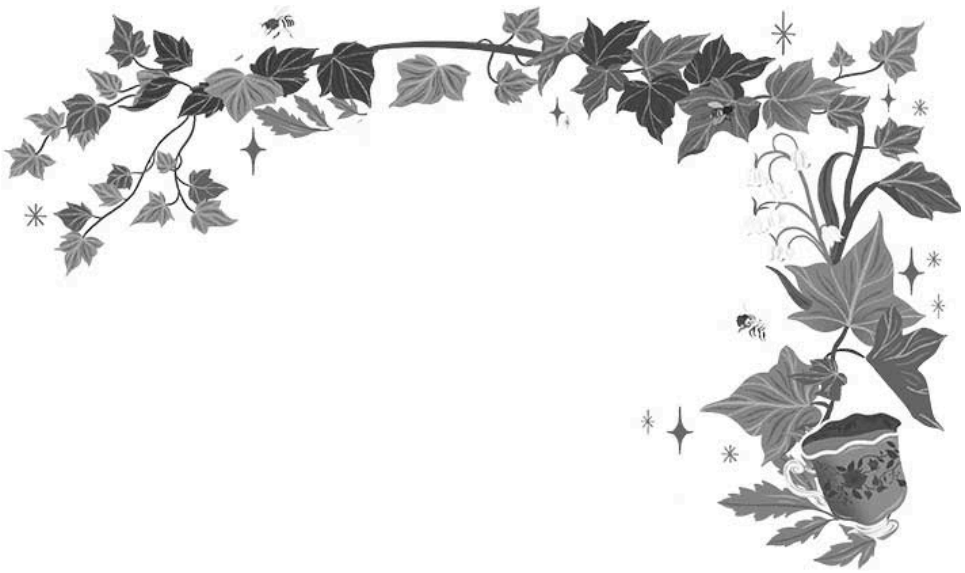
–Mañana te llevaré allí.

–¿Dónde, exactamente? –preguntó ella, como una bruja.

–A cualquier parte, cariño. Al para siempre. A una vida de infinitos y maravillosos comienzos.

El corazón de Charlotte se elevó, cantando, al encuentro de aquel camino salvaje de estrellas.

–Bueno, entonces –dijo ella, sonriendo–. ¡A la carga!



EPÍLOGO

AMOR – ESPERANZA – FE

La imagen de los enamorados alimenta a los enamorados, como lo hace un sustancioso bufé nupcial. En la isla de Cowes, la tarde otoñal se deshacía en colores rojizos y brisas marinas mientras la Sociedad Wisteria permanecía de pie comiendo canapés de ostras, robándose los bolsos y admirando el jardín de rosas en el que se celebraba la boda. Esperaban la llegada de la pareja nupcial para dirigir el primer baile en la pista que había sido montada en el corazón del jardín para tal fin. Entre los asistentes se encontraba el pastor Dickersley, a quien le temblaban un poco las manos mientras charlaba con la señorita Darlington sobre el índice de contagio de los

estigmas. Había celebrado la boda hacía unos instantes con una extraña sensación de *déjà vu* y varios reparos morales que habían sido aplacados con una cuantiosa donación a su iglesia. Ahora, lo único que quería era volver a casa. Pero el último barco de la isla ya había zarpado, y las únicas formas de volver a tierra firme eran pidiéndole un aventón a un pirata o nadando. El pastor Dickersley se alegró de haber empacado ya su ropa.

Por fin apareció la novia, luminosa de blanco, radiante de alegría, de la mano de su apuesto y sonrojado novio. Cuando pisaron la pista de baile, los integrantes del cuarteto de cuerda que habían contratado para la ocasión acomodaron los instrumentos y comenzaron a tocar como si, por alguna razón, sus vidas dependieran de ello. El novio arrastró a su novia hacia un vals.

–Está tan guapa –murmuró Cecilia a Ned con satisfacción mientras observaba a la pareja arremolinarse bajo una constelación de farolillos de papel.

–¿Quién, querida? –preguntó él–. Solo tengo ojos para ti.

Y sonriendo, la condujo a la pista de baile.

–Parece tan contento –dijo Charlotte con un cálido suspiro a Alex, cautivada por el radiante asombro en el rostro de Tom mientras Constantinopla lo dejaba guiarla en el baile.

Alex le besó la coronilla.

–¿Qué hombre no lo estaría, en su primera y única boda?

–Calla, demonio –susurró ella, y él se echó a reír.

Alex tomó una de sus manos entre las dos suyas y la llevó a la pista para que bailara con él. El pirata era dueño de una gracia sorprendente, y mientras seguían a los demás en un amplio y lento círculo, Charlotte se entregó al ritmo sensual como ninguna Plim

debería hacerlo. Pero bueno, ella era mitad Pettifer en estos días, y mitad algo que aún no había determinado. Así que bailó.

Desde el otro lado de la pista, Cecilia la miró y le guiñó un ojo. Charlotte le devolvió una sonrisa.

El pastor Dickersley, que bostezaba mientras observaba a las tres parejas, se sobresaltó tanto que casi se ahoga. Ante sus propios ojos se elevaban del suelo, los pies se deslizaban sobre una luz resplandeciente y una brisa perfumada de rosas.

–¿Qué brujería es esta? –jadeó el pastor.

La Monstruosa Millie le dio una bofetada en el brazo (y le robó un gemelo).

–Hombre tonto –le dijo–. Es solo un sueño loco y magnífico.

Mientras la magia de la felicidad salvaje y rústica de Charlotte ondulaba por el jardín, la Sociedad Wisteria puso en pausa sus conversaciones y sus delitos menores para ver bailar a los jóvenes. Podían ser tiranos y es seguro que eran lunáticos pero también apreciaban el romance con todo su vasto y peculiar corazón. Al unísono, suspiraron soñadoramente. Era un espectáculo realmente hermoso.

Al menos hasta que explotó el pastel de bodas.



Al sur, en el Museo Británico, reinaba el silencio. Las puertas habían cerrado por la noche, y el personal se había retirado. Solo había dos curadores que se arrastraban por los estrechos pasillos del sótano. Miraban por encima del hombro, nerviosos, pues esperaban que los emboscaran damas ancianas o extraños inspectores de policía. Pero

no enfrentaron problemas, y con un suspiro de alivio entraron en la sala de archivos y cerraron la puerta detrás de ellos.

–Detrás de los registros fiscales de 1802 –susurró uno, y destapó su linterna que proporcionó una luz tenue.

El otro empezó a retirar pesados libros de una estantería y quedó a la vista una pequeña caja negra escondida en las profundas sombras. La sacó y se detuvo. Los dos hombres miraron a su alrededor pues esperaban ver aparecer a una mujer con un sombrero de plumas de avestruz, agitando la sombrilla. Como eso no ocurrió, volvieron a respirar y uno de ellos abrió con cautela la caja.

Un feo colgante de cristal y oro yacía sobre un lecho de terciopelo.

–Por alguna razón pensé que el auténtico sería menos espantoso.

–No, era una réplica exacta –respondió su colega.

–¿Cuánto crees que vale?

–Más que tu vida, si los piratas descubren que lo tenemos. Devuélvelo a su sitio y vamos a tomar una cerveza. Este sitio me da escalofríos.

Cerraron la caja, la devolvieron a su escondite, y salieron de la habitación, cerrando la puerta tras ellos. Mientras se alejaban a toda prisa, no vieron el resplandor que se colaba a través de los huecos del marco de la puerta.

–¿Qué fue ese sonido? ¿Casi como el mar en una orilla?

–Nada –dijo el otro, y empujó el hombro de su colega para que se moviera más deprisa–. No era nada en absoluto.

Se apresuraron a salir del museo, y fueron a beber suficiente cerveza para olvidar que habían visto un amuleto.

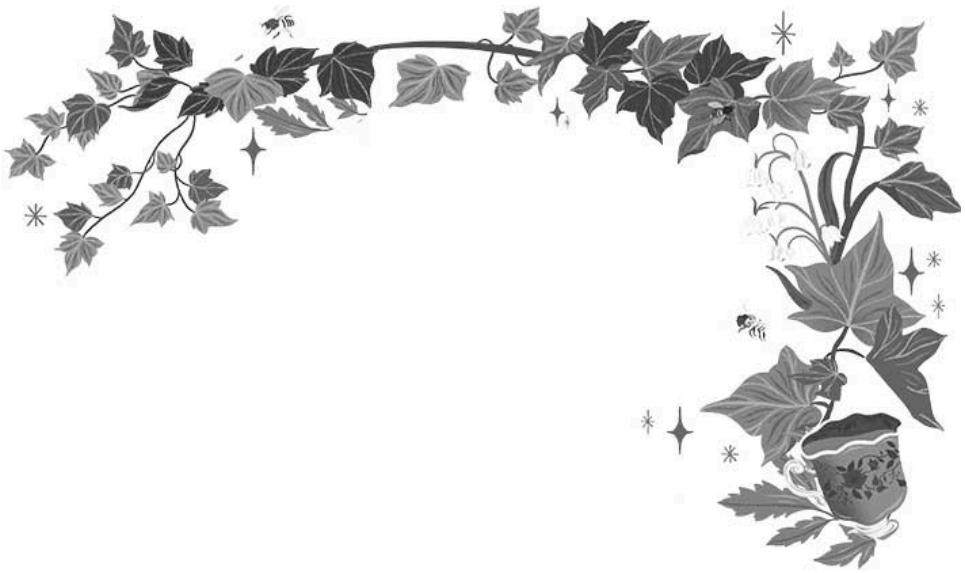


Y de nuevo en el sur, en los muelles, una anciana desembarcó de un barco pesquero. Cojeaba lentamente por callejuelas mugrientas bordeadas con tabernas y salpicadas de manchas de naturaleza indeterminada. Llevaba los pies descalzos, el vestido roto y olía a pescado. El pelo gris le colgaba del cuello como algas. Se detuvo frente a un bar y se pavoneó delante del primer hombre que salió por la puerta.

–Hola, señor –le dijo con una sonrisa torcida–. ¿Quiere casarse?

Él dijo que no, pero ella no dejó que eso la detuviera.





AGRADECIMIENTOS

Jane Austen dijo de su personaje Emma Woodhouse: “Voy a buscar una heroína que no le guste a nadie más que a mí misma”. Así es como me sentía cuando escribía la historia de Charlotte Pettifer. Me preocupaba que a mucha gente no le gustara mi bruja rebelde, pero yo no podía evitar adorarla. Cuando me enfrenté al desalentador paisaje de la página en blanco, Charlotte la asumió con serena intrepidez y, en última instancia, me permitió revelar sus ansiedades ocultas. Por todo lo que es y por todo lo que me dio, le estoy agradecida.

Kristine Swartz, este libro es más mágico (¡literalmente!) gracias a ti. Muchas gracias por la inspiración y la guía. Taylor Haggerty, lo juro, ¡podrías calmar hasta los nervios de la señorita Darlington! Te mando abrazos y mi gratitud más grande.

Bridget O’Toole, gracias por tus ánimos y tu amabilidad, que me alentaron tantas veces, y por llenar mi buzón de correo electrónico de cosas maravillosas. Stephanie Felty, no sabes cuánto aprecio todo lo que haces por mis libros y todas las mañanas que he empezado con una sonrisa gracias a ello. Christine Legon, Stacy Edwards, Mary Baker, Laura Corless y todos los que trabajan entre bastidores en Berkley, les estoy sinceramente agradecida. Dawn Cooper y Katie Anderson, cuentan con mi agradecimiento infinito y efusivo por darme la portada de mis sueños, ¡aunque haya perdido mucho tiempo productivo mirándola! Y todos en el equipo creativo de Penguin que una y otra vez sugiere magníficos gráficos, videos y arte, ¡gracias!

A las Berkletes, incluyendo a Courtney, Olivia, Freya, Ali, Alanna, Amy, Nekesa, Sarah G, Sarah Z, Eliza, Amanda, Joanna, Lauren, Libby, Lyn, Melissa, Mia, Elizabeth y Lynn, que me han tendido una mano tan cálida de camaradería, calcetines y gifs de BB, ¡no sé qué habría hecho sin ustedes!

Todos los autores románticos que me han dado la bienvenida, y los fabulosos bookstagrammers, bibliófilos, libreros y amantes de la lectura que he conocido en Internet: ¡es un placer estar entre ustedes! Que siempre tengan a mano un buen libro y tiempo para leerlo.

Jane Austen, que ha sido (mal) citada en muchos lugares del libro, y William Shakespeare, el único autor que supera a Austen en las preferencias literarias de Charlotte Pettifer, todo el debido honor para ustedes.

Y como siempre, Amaya, mamá, Simon, Anya, Myla, papá, Steph: son mi felicidad y mi corazón. Los quiero.



Índice

Galería de personajes por orden de aparición
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17

18
19
20
21
22
23
24
25
26
Epílogo
Agradecimientos

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en
todo lo que las mujeres románticas
guardamos en lo más profundo de
nuestro corazón y solo en contadas
ocasiones nos atrevemos a compartir.
Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

Holton, India
Las brujas de la extraordinaria Liga Wicken / India Holton. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R Editoras, 2024.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Laura Estefanía.
ISBN 978-607-700-034-1

1. Novelas Románticas. 2. Novelas Fantásticas. 3. Novelas Históricas. I. Estefanía, Laura, trad. II. Título.
CDD A863

Título original: *The League of Gentlewomen Witches*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Armado de interior: Florencia Amenedo
Diseño de tapa: Katie Anderson
Arte de tapa: Down Cooper
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2022, India Holton
© 2024 de la traducción del inglés al español por V&R Editoras S. A.
www.vreditoras.com

Publicado en acuerdo con la autora, representada por BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires

Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-607-637-050-6

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras